

JASPER FFORDE

En el mundo de Thursday Next no hay *hooligans* del fútbol,
sólo de la literatura...

EL POZO DE LAS TRAMAS PERDIDAS



Una aventura de Thursday Next

Lectulandia

Tras recuperar la integridad de *Jane Eyre* y vencer al malvado Acheron Hades, los problemas continúan para la detective literaria Thursday Next: debido a los cambios producidos en el argumento de *Jane Eyre*, Jurisficción la persigue por haber alterado un clásico, está embarazada aunque su marido ha sido «retrosustraído» y la hermana de Hades lo persigue.

Thursday se esconde en la Gran Biblioteca (un piso por cada letra del alfabeto), cuyo sótano más profundo es, precisamente, el Pozo de las Tramas Perdidas. Escondida en una mala novela, Caversham Heights, protagonizada por Jack Spratt, Thursday ayudará a la definitiva deconstrucción de la ficción narrativa

Lectulandia

Jasper Fforde

El pozo de las tramas perdidas

Thursday Next 03

ePUB v1.0

Roy Batty 03.04.12

más libros en lectulandia.com

Título: *El pozo de las tramas perdidas*

Título original: *The Well of Lost Plots*

Autor: *Jasper Fforde*

Año de publicación: 2003

ISBN: 978-84-666-3677-3

*Para Mari
Que hace que las antorchas brillen
con más intensidad*

Debido a circunstancias que escapan de nuestro control, se ha dejado de usar UltraPalabra™. Este libro debe leerse empleando el sistema operativo estándar de ImaginoTransferencia LIBRO V8.3. Pedimos disculpas por las molestias que esto pueda ocasionar.

Consejo de Ordenación de Géneros: MDP/0710849

**Este libro esta optimizado para
UltraPalabra™
La experiencia de lectura definitiva**

Thursday Next: la historia hasta el momento...

Swindon, Wessex, Inglaterra, año 1985. OpEspec es la agencia responsable del control policial de áreas que se consideran demasiado especializadas para las fuerzas ordinarias. Thursday Next pertenece a los detectives literarios de OpEspec 27. Tras devolver con éxito a Jane Eyre a su novela homónima, acabar con el genio criminal Acheron Hades y llevar la paz a la península de Crimea, se ha convertido en una pequeña celebridad.

Después del descubrimiento aparentemente milagroso de *Cardenio*, la obra perdida de Shakespeare, se enfrenta a Yorrick Kaine, personaje huido de un libro y político neofascista. Además también la chantajea la multinacional conocida como Corporación Goliath, que quiere sacar a su agente Jack Schitt de «El cuervo» de Edgar Allan Poe, poema en el que está prisionero. La corporación encarga a Lavoisier, un miembro corrupto de la elite de OpEspec, la CronoGuardia, capaz de viajar en el tiempo, que elimine al marido de Thursday. Regresando treinta y ocho años al pasado, Lavoisier prepara un accidente fatal para el Landen de dos años, pero deja a Thursday con los recuerdos intactos de su existencia; ella acaba siendo la única persona que sabe que su marido llegó a vivir.

Intentando rescatar a su marido erradicado, Thursday encuentra una forma de entrar por sí misma en la ficción y descubre no sólo que hay una agencia policial en el MundoLibro conocida como Jurisficción, sino que ha sido asignada como aprendiz a la señorita Havisham de *Grandes esperanzas*. Desarrollando sus habilidades para saltar en los libros gracias a las sabias aunque en ocasiones poco ortodoxas enseñanzas de la señorita Havisham, Thursday rescata a Jack Schitt sólo para descubrir que la han engañado. Goliath no tiene ninguna intención de reactualizar a su esposo, sino que más bien quiere que ella abra la puerta de la ficción, que la empresa considera un «inmenso mercado muy rentable», a sus múltiples pero básicamente inútiles productos y servicios.

Embarazada del hijo de Landen y perseguida por Goliath y Aornis, la hermana pequeña de Acheron, genio del mal a la que le gusta ir de compras y manipular la memoria, Thursday decide entrar en el MundoLibro y refugiarse temporalmente en el lugar donde nace toda la ficción: el Pozo de las Tramas Perdidas. Aprovechando el Programa de Intercambio de Personajes se muda a un libro inédito de dudosa calidad, donde *cree* que va a estar tranquila.

Agradecimientos

Fragmento de *Regreso a Brideshead* de Evelyn Waugh (copyright © Evelyn Waugh 1945) con el permiso de Peters, Fraser and Dunlop en nombre del Evelyn Waugh Trust y los herederos de Laura Waugh.

Referencias a *Precisamente así* de Rudyard Kipling (copyright © The National Trust for Places of Historic Interest or Natural Beauty) con el amable permiso de A. P. Watt Ltd.

Referencias a *Shadow, el perro pastor* de Enid Blyton con el amable permiso de Enid Blyton Limited y con agradecimiento a Chorion plc.

Frederick Warne & Co. es la propietaria de todos los derechos, copyrights y marcas registradas de los nombres de los personajes de Beatrix Potter y las ilustraciones.

Fragmento de *Tigre tigre* (copyright © Alfred Bester 1955) con el amable permiso de los herederos de Alfred Bester y The Sayle Literary Agency.

A este libro se le han añadido Extras Especiales: el verboc documental «Cómo se hizo», escenas eliminadas de los tres libros, tomas falsas y mucho más. Para acceder a todos esos extras gratuitos diríjase a:

www.jasperfforde.com/specialfeatures.html

e introduzca la contraseña siguiendo las indicaciones.

1

Sin desayuno

EL POZO DE LAS TRAMAS PERDIDAS. Para comprender el Pozo debes hacerte una idea de la disposición de la Gran Biblioteca. En la biblioteca se almacena toda la ficción publicada de forma que los lectores en el Exterior puedan leerla; hay veintiséis pisos, uno por cada letra del alfabeto. La biblioteca está construida en forma de cruz con los cuatro pasillos radiando del punto central. En las paredes, una tras otra, estante tras estante, hay *libros*. Cientos, miles, millones de libros. En tapa dura, de bolsillo, encuadernados en piel, de todo tipo. Pero bajo la Gran Biblioteca hay veintiséis subsótanos sombríos pero laboriosos conocidos como el Pozo de las Tramas Perdidas. Ahí es donde se construyen los libros, donde se perfilan y se pulen, preparándolos para ocupar un lugar en la biblioteca superior. Pero la similitud entre todos esos libros y los ejemplares que leemos en casa no es muy diferente a la similitud entre una fotografía y el sujeto; esos libros están vivos.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

Tener tu hogar en una novela sin publicar no carecía de compensaciones. Todas las banalidades cotidianas del mundo real entorpecen el flujo narrativo y, por tanto, generalmente se evitan. No hacía falta echar gasolina al coche, nunca te equivocabas de número, siempre había suficiente agua caliente y la bolsa de la aspiradora no se llenaba. También había otras diferencias más sutiles. Por ejemplo, era innecesario repetir una frase por si no te habían oído y nadie se llamaba igual, hablaba a la vez o tenía lo que iba a decir «en la punta de la lengua». Lo mejor de todo: el malo era siempre alguien que sabías que lo era y —Chaucer aparte— los pedos escaseaban. Pero también tenía sus inconvenientes. La falta de desayuno era la primera y más notable diferencia en mi rutina diaria. En los libros a menudo se describe la cena y por tanto aparece frecuentemente, al igual que pasa con el almuerzo y el té de la tarde, probablemente porque dan más pie a que avance la historia. No era el desayuno lo único que faltaba. Había una peculiar escasez de cines, papel pintado, baños, colores, libros, animales, ropa interior, olores, cortes de pelo y, extrañamente, enfermedades no demasiado graves. Si alguien enfermaba en un libro, la dolencia era

terminal y dramáticamente desagradable o se trataba en cambio de un ligero resfriado... no había muchas enfermedades intermedias.

Había logrado residir en la ficción en virtud de un proyecto llamado Programa de Intercambio de Personajes. Debido a una avalancha de gente de libro aburrida y descontenta que escapaba de su novela y se convertía en LibroHuido, las autoridades habían montado el proyecto para permitir que los personajes cambiaran de escenario. En un año se producían cerca de diez mil intercambios, muy pocos de los cuales daban lugar a importantes modificaciones de la trama o los diálogos... El lector rara vez sospechaba que pasase algo diferente. Como yo procedía del mundo real y no era de hecho un personaje, Bellman y la señorita Havisham habían acordado dejarme vivir en el MundoLibro a cambio de que colaborase con Jurisficción... al menos mientras mi embarazo me lo permitiese.

La elección de libro para mi exilio autoimpuesto no había sido arbitraria; cuando la señorita Havisham me preguntó en qué novela me apetecía residir, me lo pensé durante mucho tiempo. *Robinson Crusoe* habría sido ideal, teniendo en cuenta el clima, pero no había ni un solo personaje femenino con el que intercambiarse. Podría haber ido a *Orgullo y prejuicio*, pero no me entusiasmaba la idea de llevar cuello alto, cofia, corsé... ni tampoco me apasionaban los modales delicados. No, para evitar cualquier complicación y reducir las posibilidades de tener que mudarme, había decidido residir en una obra de calidad tan dudosa que su publicación y mi subsiguiente expulsión forzada fuesen de lo más improbable. Encontré un libro así en las profundidades del Pozo de las Tramas Perdidas, entre intentos fallidos y pedestres de prosa y épica de tan estrepitosa ineptitud que jamás verían la luz del día, El libro era una espantosa novela de detectives ambientada en Reading y titulada *Caversham Heights*. Había planeado quedarme allí sólo un año, pero no fue así. En mi caso, los planes son como las novelas de *De Floss*: por mucho que te esfuerces, nunca sabes *exactamente* cómo van a acabar.

Me leí en *Caversham Heights*. El aire me pareció cálido en contraste con las condiciones invernales de mi hogar y me encontré de pie en un embarcadero de madera, a la orilla de un lago. Frente a mí tenía un enorme, y aparentemente para desguace, barco volador de los que todavía recorrían las rutas costeras en casa. Yo misma había volado en uno seis meses antes, persiguiendo a alguien que afirmaba haber encontrado poemas de Burns sin publicar. Pero eso había sido en otra vida, cuando pertenecía a OpEspec, en Swindon, el mundo que temporalmente había dejado atrás.

Me calcé unas gafas de sol y miré el antiguo bote volador, que se agitaba tranquilamente bajo la brisa, tirando de las maromas y crujiendo suavemente. Mientras contemplaba el viejo avión, preguntándome cuánto tiempo podría

permanecer a flote algo tan desvencijado, una joven muy bien vestida salió por una puerta redondeada situada en la parte superior del casco. Cargaba con una maleta. Ya había leído *Caversham Heights*, por lo que sabía que se trataba de Mar y, aunque ella a mí no me conocía.

—¡Hola! —gritó, acercándose y ofreciéndome la mano—. Soy Mary. Tú debes ser Thursday. ¡Por todos los santos! ¿Qué es eso?

—Un dodo. Se llama *Pickwick*.

Pickwick hizo «ploc» y miró a Mary con suspicacia.

—¿En serio? —respondió, mirando a *Pickwick* con curiosidad—. No soy una experta, claro está, pero... *creía* que los dodos se habían extinguido.

—Vengan de donde vengan abundan demasiado.

—¿Sí? —comentó Mary—. No creo haber oído hablar de ningún libro en el que salgan dodos vivos.

—No soy un personaje de libro —le dije—. Soy real.

—¡Oh! —exclamó Mary, abriendo unos ojos como platos—. Una *exterior*.

Me tocó inquisitivamente empleando un delgado dedo índice, como si yo estuviese hecha de cristal.

—Nunca antes había visto a alguien del otro lado —anunció, bastante más tranquila después de haber comprobado que no me iba a romper en mil pedazos—. Dime, ¿es cierto que te tienes que cortar el pelo regularmente? Es decir, ¿el pelo te *crece*?

—Sí. —Sonreí—. Y también las uñas.

—¿En serio? —Mary meditó—. Había oído rumores, pero pensaba que no eran más que leyendas sobre el Exterior. Supongo que también tendrás que comer, ¿no? Es decir, para seguir con vida, no sólo cuando lo exige la historia.

—Uno de los grandes placeres de la vida —le garanticé.

No me pareció conveniente contarle los aspectos negativos del mundo real, como las caries, la incontinencia o la vejez. Mary vivía en una ventana temporal de tres años y no envejecía, no moría, no se casaba, no tenía hijos, no enfermaba ni cambiaba de ninguna otra forma. Aunque parecía resuelta y de voluntad fuerte, era sólo porque la habían *escrito* de esa forma. A pesar de todas sus cualidades, Mary simplemente existía para contrastar con Jack Spratt, el detective de *Caversham Heights*, la sargento leal a la que Jack explicaba las cosas para que el lector se enterase de qué pasaba. Era lo que los escritores llaman un personaje para «exposición», pero yo jamás tendría la descortesía de decírselo a la cara.

—¿Voy a vivir aquí?

Señalé la figura destartalada del bote volador.

—Sé lo que piensas. —Mary sonrió orgullosa—. ¿No es lo más hermoso que has visto nunca? Es un Sunderland; fue construido en 1943 pero voló por última vez en

1968. Estoy a medio camino de convertirlo en una casa flotante, pero no tengas ningún reparo en ayudar. Simplemente bombea la sentina, y te lo agradecería si una vez al mes pudieses poner en marcha el motor número tres... en la cabina están las instrucciones para hacerlo.

—Bien... vale —murmuré.

—Genial. Te he pegado en el frigorífico un resumen de la novela y una idea aproximada de lo que tienes que decir, pero no te preocupes si no eres del todo precisa; como es una novela sin publicar puedes decir casi lo que te apetezca... dentro de lo razonable, claro.

—Claro.

Pensé un momento.

—Soy nueva en el Programa de Intercambio de Personajes —dije—. ¿Cuándo me llamarán para que haga algo?

—Kee es el funcionario interno encargado de eso, él te lo hará saber. Al principio Jack puede parecer brusco —añadió Mary—, pero tiene un corazón de oro. Si te pide que conduzcas su Allegro, asegúrate de pisar bien el embrague antes de cambiar de marcha. El café lo toma sin leche y el amor entre mi personaje y el detective Baker es *estrictamente* no correspondido, ¿está claro?

—Muy claro —respondí, agradecida de no tener que representar escenas de amor.

—Genial. ¿Te han entregado todos los papeles necesarios, identificaciones y esas cosas?

Me toqué el bolsillo y ella me pasó un papel y unas llaves.

—Genial. Éste es mi número de notaalpiéfono por si pasa algo, éstas son las llaves de mi bote volador y del BMW. Si pasa por aquí un perdedor llamado Arnold, dile que espero que se pudra en el infierno. ¿Alguna pregunta?

—No se me ocurre ninguna.

Sonrió.

—Entonces, hemos terminado. Te gustará esto. Te veré dentro de un año. ¡Chao!

Me saludó con alegría y recorrió el sendero de tierra. Yo la contemplé hasta que desapareció y luego me senté en un banco de madera destartalado, junto a un parterre de flores largo tiempo muertas. Dejé que *Pickwick* saliese de la bolsa. Indignada, ahuecó las plumas y parpadeó por el sol. Miré al otro lado del lago. Los botes navegando eran poco más que triángulos de colores llamativos que se movían de un lado para otro en la distancia. Más cerca de la orilla, un par de cisnes aletearon con violencia y patalearon sobre el agua intentando despegar, para aterrizar tan pronto como estuvieron en el aire, lanzando un buen chorro de espuma sobre las aguas tranquilas. Parecía demasiado esfuerzo para avanzar unos cientos de metros.

Me concentré en el bote volador. La pintura que cubría y protegía el casco con remaches se había desconchado parcialmente, dejando al descubierto los coloristas

logotipos de líneas aéreas olvidadas tiempo atrás. Las ventanillas de plexiglás estaban empañadas y de la parte superior de la pesada ala colgaban ociosos cables revueltos desde los huecos grasientos para los tres desaparecidos motores, cuya segura inaccesibilidad se había convertido en refugio para nidos de pájaros. Goliath, Aornis y OpEspec parecían a un millón de kilómetros de distancia, pero también Landen. *Landen*. Los recuerdos de mi esposo jamás se encontraban muy lejos. Yo pensaba en todos los momentos que habíamos pasado juntos y que realmente no habían existido. En todos los lugares que no habíamos visitado, en todas las cosas que no habíamos hecho juntos. Puede que le hubiesen erradicado a los dos años, pero yo todavía conservaba sus recuerdos... aunque no tuviera a nadie con quien compartirlos.

El sonido de una motocicleta que se aproximaba me sacó de mis cavilaciones. El motorista no controlaba muy bien el vehículo; me alegró que se detuviese antes de entrar en el embarcadero: con aquella forma errática de conducir bien podría haber acabado en el lago.

—Hola —dijo con alegría, quitándose el casco de cuero. Era un joven de oscura piel mediterránea y ojos profundamente hundidos—. Me llamo Arnold. Nunca te había visto por aquí, ¿verdad?

Me puse en pie y le di la mano.

—Me llamo Next. Thursday Next. Programa de Intercambio de Personajes.

—¡Oh, maldita sea! —murmuró—. ¡Maldita y maldita sea otra vez! Supongo que eso significa que he llegado tarde.

Asentí y él miró la carretera, cabeceando con tristeza.

—¿Me ha dejado algún mensaje?

—Sí —dije insegura—. Ha dicho que... eh... te vería cuando volviese.

—¿Ha dicho eso? —respondió Arnold, alegrándose—. Es buena señal. Normalmente me llama perdedor y me manda a pudrirme al infierno.

—Probablemente tarde en volver —añadí, intentando compensar el no haber transmitido correctamente el mensaje de Mary—. Quizás un año... quizá más.

—Comprendo —murmuró, suspirando desde el fondo del alma y mirando la extensión del lago. Vio a *Pickwick*, que intentaba ganar un combate de miradas contra un extraño pájaro acuático de pico redondeado—. ¿Qué es eso? —preguntó de pronto.

—Creo que es un pato, aunque no estoy segura... no los hay allí de donde vengo.

—No, lo otro.

—Un dodo.[\[1\]](#)

—¿Qué pasa? —preguntó Arnold.

Estaba recibiendo una señal de notaalpiéfono; en el MundoLibro la gente habitualmente se comunicaba de esa forma.

—Una llamada de notaalpiéfono —respondí—, pero no es un mensaje... es como

la radio de mi hogar.[2]

Arnold me miró fijamente.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—Vengo de lo que llamáis el Exterior.[3]

Abrió bien los ojos.

—¿Quieres decir que... eres *real*?

—Eso me temo —respondí, algo perpleja.

—¡Increíble! ¿Es cierto que los exteriores no pueden decir «qué triste estás, Tristán, tras tan tétrica trama teatral» varias veces y deprisa?

—Es cierto. Lo llamamos trabalenguas.

—¡Fascinante! —respondió—. Aquí no tenemos nada *similar*. ¡Puedo decir «hay Cilicia y Cecilia, Sicilia, Silesia y Seleucia» una y otra vez tantas veces como quiera!

Y lo hizo. Tres veces.

—Ahora prueba tú.

Respiré hondo.

—Hay Silisia y Sesilia, Sisilia, Silesia y Seleusia.

Arnold rió como un desagüe. Creo que en toda su vida no había escuchado nunca nada tan divertido. Le sonreí.

—Hazlo otra vez —me animó.

—No, gracias.[4] ¿Cómo hago que pare esta cháchara de notaalpiéfono dentro de mi cráneo?

—Sólo tienes que pensar «apagado» con mucha fuerza.

Lo hice y el notaalpiéfono se detuvo.

—¿Mejor?

Asentí.

—Ya le pillarás el tranquillo.

Pensó durante un minuto, barrió el lago con la mirada más inocente que pudo fingir y luego dijo:

—¿Quieres comprar algunos verbos? No son ninguna basura. Buenos y potentes verbos regulares... directamente del Mar Textual... Tengo un amigo en un garabatero.

Sonreí.

—Me parece que no, Arnold... y no creo que debieses ofrecérmelo... pertenezco a Jurisficción.

—Oh —dijo Arnold, poniéndose de pronto totalmente pálido. Se mordió el labio y me dedicó una mirada tal de súplica que casi me eché a reír.

—No te asustes —le dije—, no lo notificaré.

Suspiró aliviado, murmuró un «gracias», se subió a la moto y se alejó con un estilo espasmódico, esquivando por poco los buzones de la entrada del camino.

El interior del bote volador era más luminoso y espacioso de lo que había imaginado, pero olía un poco a cerrado. Mary se equivocaba; no llevaba hecha la mitad de la reforma del buque... más bien una décima parte. Las paredes estaban forradas a medias de machihembrado de pino, del que sobresalían el revestimiento aislante y los cables eléctricos sin conectar. En el interior del casco cavernoso del bote había espacio para dos pisos. El de abajo era un salón abierto con un par de sofás viejos orientados hacia un aparato de televisión. Intenté encenderlo, pero no iba... en el MundoLibro no había televisión a menos que lo exigiese la narración. La mayoría de lo que me rodeaba no eran más que elementos de utilería, los necesarios para el capítulo en que Jack Spratt visita el Sunderland para discutir el caso. Sobre una pequeña estufa había fotografías de Mary, de sus días en la Academia de Policía, y una de cuando la habían ascendido a sargento de detectives.

Abrí una puerta que llevaba a una cocinita. Pegado al frigorífico se encontraba el resumen de *Caversham Heights*. Lo repasé. La secuencia de hechos era aproximadamente la que recordaba de mi primera lectura en el Pozo, aunque daba la impresión de que Mary había exagerado su intervención en la resolución de algunos enigmas. Dejé el resumen, encontré un cuenco y lo llené de agua para *Pickwick*, saqué su huevo de la bolsa y lo coloqué sobre el sofá, donde de inmediato se dedicó a darle vueltas y golpecitos con el pico. Seguí avanzando y descubrí un dormitorio donde debería haber estado la torreta delantera, y subí por una escalera estrecha hasta la cabina del piloto, que estaba justo encima: la mejor vista de la casa, ya que las grandes ventanas de plexiglás ofrecían una buena panorámica del lago. Los controles estaban situados delante de dos sillas cómodas y, frente a una masa de palancas para controlar los motores, había un complejo panel de control lleno de instrumentos rotos y descoloridos. A mi derecha vi el único motor que le quedaba al aparato, de aspecto solitario, con las palas de la hélice manchadas de caca de pájaro.

Tras los asientos de los pilotos, donde se hubiese sentado el mecánico de a bordo, había una mesa con una lámpara, un notaalpiéfono y una máquina de escribir. El estante contenía sobre todo revistas sobre asuntos policiales y muchos libros de texto forenses. Atravesé una puerta estrecha y me encontré en un dormitorio agradable. No era muy generoso de altura, pero sí cómodo, seco y estaba recubierto de pino con una portilla sobre la cama doble. Tras el dormitorio había un almacén, un calentador de agua, montones de madera y una escalera de caracol. Estaba a punto de bajar cuando oí a alguien hablar en el salón de abajo.

—¿Qué te parece que es?

La voz sonaba hueca y sin inflexiones... No pude determinar si era masculina o femenina.

Me detuve e instintivamente saqué la automática de la sobaquera. Mary vivía sola... o eso decía el libro. Mientras me dirigía lentamente escaleras abajo oí otra voz

que respondía a la primera:

—Creo que es algún tipo de pájaro.

La segunda voz no era más definida que la primera; de hecho, si la segunda no hubiese *respondido* a la primera, bien podría haber creído que pertenecía a la misma persona.

Al bajar la escalera vi a dos tipos de pie en medio del salón mirando a *Pickwick*, que les devolvía la mirada protegiendo valientemente el huevo tras el sofá.

—¡Eh! —dije, apuntándoles con la pistola—. ¡Quietos!

Los dos alzaron la vista y me miraron inexpresivos, con unos rasgos tan sosos y monótonos como sus voces. Como ambos eran igualmente indefinidos, era imposible distinguirlos. Los brazos les colgaban lánguidos a los costados y carecían por completo de lenguaje corporal. Era posible que estuviesen furiosos, interesados, preocupados o exaltados... pero yo no tenía modo de saberlo.

—¿Quiénes sois? —pregunté.

—No somos nadie —respondió el de la izquierda.

—Todo el mundo es *alguien* —respondí.

—Eso no es del todo exacto —dijo el de la derecha—. Tenemos un número de código, pero nada más. Yo soy TSI1404912-A y, aquí a mi lado, TSI-1404912-C.

—¿Qué pasó con -B?

—Un gramásito lo devoró el martes pasado.

Bajé el arma. La señorita Havisham me había hablado de los genéricos. Se creaban en el Pozo para poblar los libros que se escribían. En aquel punto de su creación no eran más que un lienzo humano sin pintar... tan neutros como una moneda que esperaba ser estampada con algo de individualismo. No tenían pasado, problemas ni debilidades... nada que los hiciera más comprensibles o interesantes. Había varias instituciones encargadas de convertirlos en miembros útiles de la ficción. También tenían grado. De A a D, de uno a diez. Los de grado D eran como abejas obreras en multitudes y calles atestadas. Los pequeños papeles con diálogo eran para los de grado C; los de grado B normalmente eran personajes importantes pero no *protagonistas*. Normalmente los papeles protagonistas —aunque no siempre— se reservaban para los de grado A, escogidos individualmente por su capacidad para representar al personaje y por su multidimensionalidad. Huckleberry Finn, Tess y Anna Karenina eran de grado A, pero también lo eran Hyde, Hannibal Lecter y el profesor Moriarty. Volví a dar un repaso a los genéricos. ¿Eran asesinos o héroes? Imposible saber cómo acabarían. En todo caso, en aquella fase de su desarrollo serían totalmente inofensivos. Me guardé la automática.

—Sois genéricos, ¿no?

—Efectivamente —dijeron al unísono.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Recuerdas la locura del minimalismo? —preguntó el de la derecha.

—¿Sí? —respondí, acercándome para mirar con curiosidad sus rostros inexpresivos. Había muchas cosas en el Pozo a las que tendría que acostumbrarme. Eran inofensivos pero, la verdad, resultaban inquietantes. *Pickwick* seguía escondida detrás del sofá.

—La provocó una escasez de personajes en 1982 —dijo el de la izquierda—. Vikram Seth está ideando un libro muy grande para los próximos años y me parece que el Pozo no quiere que lo vuelvan a pillar desprevenido. Nos fabrican y luego nos mandan a residir en novelas sin publicar hasta que necesiten de nuestros servicios.

—Almacenados, ¿no?

—Yo prefiero la palabra «acuartelados» —respondió el de la izquierda, con una ligera indignación que daba a entender que no pasaría mucho tiempo sin personalidad.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Dos meses —respondió el de la derecha—. Esperamos una plaza en la Universidad Genérica San Tabularrasa para un curso básico sobre personajes. Vivo en el dormitorio extra de la cola.

—Yo también —añadió el de la izquierda—. Lo mismo.

Un momento de pausa.

—Vaaale —dije—. Como vamos a vivir juntos, será mejor que os dé un nombre. Tú —dije, señalando con el dedo al de la derecha—, a partir de ahora te llamarás ibb. Tú serás obb —añadí, señalando al otro.

Los volví a señalar por si no se habían enterado, ya que no daban ni la más mínima señal de haberme comprendido o siquiera de haberme oído.

—Tú eres ibb y tú eres obb.

Una pausa. Algo no acababa de sonarme bien, pero no estaba segura de qué.

—ibb —dije para mí, luego—: obb.ibb.ibb-obb. ¿Os suena raro?

—No llevan mayúscula —dijo obb—. No nos dan la mayúscula hasta que no empiezan las clases. Tampoco esperábamos tener un nombre tan pronto. ¿Podemos quedárnoslo?

—Os lo regalo —les dije.

—Yo soy ibb —dijo el otro, como si quisiese dejarlo claro.

—Y yo soy obb —dijo obb.

—Y yo soy Thursday —les dije, ofreciéndoles la mano. Se turnaron para agarrármela sin emoción. Ya tenía claro que la pareja no iba a ser una gran fuente de diversión.

—Y ésa es *Pickwick*.

Miraron a *Pickwick*, que hizo «ploc» bajito, salió de detrás del sofá, se colocó sobre el huevo y fingió dormirse.

—Bien —anuncié, dando una palmada—, ¿alguien sabe cocinar? A mí no se me da muy bien y, si no queréis pasaros un año comiendo frijoles y tostadas, será mejor que aprendáis. Yo ocupo el puesto de Mary, y si no os interponéis en mi camino yo no me interpondré en el vuestro. Me voy a la cama tarde y me levanto temprano. Tengo un marido que no existe y a finales de año voy a tener un bebé, por lo que es posible que esté un poco malhumorada... y tengo sobrepeso. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo el de la izquierda—. ¿Cuál de nosotros has dicho que era obb?

Deshice mi escaso equipaje en la pequeña habitación situada tras la cabina del piloto. Había bosquejado de memoria un retrato de Landen que coloqué en la mesilla de noche, mirándolo un momento. Le echaba terriblemente de menos y me pregunté, por enésima vez, si de verdad debía estar allí escondida, en lugar de ahí *fuera*, en mi propio mundo, intentando recuperarle. El problema era que ya lo había intentado y había fracasado miserablemente. De no haber sido por el oportuno rescate por parte de la señorita Havisham, habría seguido atrapada en un sótano de Goliath. Con nuestro hijo creciendo en mi interior, había decidido que huir no era la opción de los cobardes, sino la más razonable... me quedaría allí hasta que naciese el bebé. Luego podría planear mi regreso, y posteriormente, el regreso de Landen.

Fui abajo y le expliqué a obb los rudimentos de la cocina, que para él eran tan alienígenas como tener nombre. Por suerte, encontré un viejo ejemplar de *Todo para el ama de casa*, de la señora Beeton, que le dije a obb que estudiase, medio en broma, como si fuesen deberes. Tres horas más tarde había asado una pata de cordero perfecta con toda su guarnición. Ya había descubierto una característica de los genéricos: era posible que fuesen aburridos y poco interesantes, pero aprendían rápido.

2

En Caversham Heights

Libro / YGEO / 1204961 / TITULO: *Caversham Heights*. RU, 1976, 90.000 palabras. GÉNERO: novela negra. SISTEMA OPERATIVO LIBRESCO: LIBRO V7.2. INFESTACIÓN DE GRAMÁSITOS: 1 (una) pareja de parentésimos (protegida) tiene allí su nido. TRAMA: detectivesca rutinaria con detective estereotipado, Jack Spratt. Ambientada en Reading (Inglaterra). La trama (la poca que hay) se refiere a un jefe de la droga que espera hacerse un hueco a la fuerza en los bajos fondos de Reading. Aburrida y sin ningún elemento destacable, *Caversham Heights* reúne los peores aspectos de la novela de aficionados. Personajes sin relieve, trabajo policial poco convincente y un ritmo tan lento que de noche le adelantan los caracoles. RECOMENDACIÓN: impublicable. Se sugiere la división del libro para su reciclado en cuanto sea posible. SITUACIÓN ACTUAL: esperando al informe de la Inspección de Libros del Consejo de Géneros antes de dar la orden de destrucción.

Gaceta del subsótano de la Biblioteca 1982,
Volumen CLXI

A la mañana siguiente expliqué los rudimentos del desayuno a ibb y a obb. Les comenté que, tradicionalmente, los cereales se tomaban antes del bacón y los huevos, pero que las tostadas y el café no tenían un puesto fijo en esa comida. Estaban confundidos por el hecho de que la mermelada estuviese casi exclusivamente presente en el desayuno e intentaba explicarles las posibilidades técnicas de un huevo pasado por agua cuando un ejemplar de *The Toad* cayó sobre el felpudo. Las únicas noticias se referían a una guerra de bandas de la droga en Reading. Formaba parte de la trama de *Caversham Heights* y me recordaba que tarde o temprano — probablemente más bien temprano— se esperaba que ocupase el puesto de Mary como parte del Programa de Intercambio de Personajes. Volví a leer cuidadosamente el resumen, con lo que saqué una idea bastante clara de la trama de cada capítulo, pero no de los diálogos. Tampoco encontré indicaciones sobre lo que debía hacer ni cuándo hacerlo. No tuve que preguntármelo mucho tiempo, porque una llamada a la puerta reveló a un hombre muy nervioso que sostenía una carpeta con sujetapapeles.

—¿Señorita Next?

—¿Sí?

—Me llamo Kee.

—¿Qué?

—No, no Qué, *Kee*... K-E-E.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede llevar el culo hasta Reading, eso es lo que puede hacer.

—De inmediato...

—No sé por qué los del Programa de Intercambio de Personajes creen que esto son unas vacaciones —añadió, muy molesto—. Sólo porque hace diez años que pende sobre nuestras cabezas una orden de demolición creen que pueden gandulear.

—Le aseguro que no pensaba tal cosa —contesté, intentando calmar al personaje secundario que había aceptado la responsabilidad de mantenerme controlada. Como había leído el libro sabía que era poco más que una voz al otro lado del teléfono.

»Me pondré a ello de inmediato —le dije, agarrando el abrigo y dirigiéndome al coche de Mary—. ¿Tiene una dirección?

Me pasó un trozo de papel y me recordó que llegaba tarde.

—Y nada de improvisar —añadió. Le prometí que no lo haría y recorrí el camino hasta el coche de Mary.

Me dirigí lentamente a Reading por la M4, que parecía tan concurrida como en casa. Yo usaba esa misma carretera cuando viajaba entre Swindon y Londres. Hasta que no llegué al cruce de Burghfield Road no me di cuenta de que sólo había, como mucho, media docena de vehículos en la carretera. Lo que primero me llamó la atención sobre ese extraño fenómeno fue un enorme camión blanco con un rótulo lateral: «Productos para el cuidado de los pies del doctor Spong». Vi tres iguales en menos de un minuto, todos con un chófer idéntico vestido con mono azul y gorra. Después de ése los vehículos que más destacaban eran un escarabajo WW rojo que conducía una joven y un Morris Marina abollado con un señor mayor al volante. Cuando llegué a la escena del primer asesinato de *Caversham Heights*, había contado cuarenta y tres camiones blancos, veintidós escarabajos y dieciséis Morris Marina abollados, por no mencionar varios Ford Escort verdes y un par de Chevrolet blancos. Evidentemente se trataba de una limitación del texto y nada más, así que aparqué con rapidez, leí otra vez las notas de Mary para asegurarme de saber lo que tenía que hacer, respiré hondo y fui a la zona que habían acordonado. Había varios agentes de uniforme dando vueltas. Enseñé mi identificación y pase por debajo de la cinta de «Policía: no cruzar».

El patio, de forma oblonga, medía unos cuatro metros de ancho por unos seis de largo y estaba rodeado por un muro bajo de ladrillo rojo al que se le caía el mortero. Una enorme tienda blanca cubría la zona y una patóloga forense estaba arrodillada junto a un cadáver bien descrito dictando notas a la grabadora.

—¡Hola! —dijo una voz jovial cerca de mí. Me volví para ver a un hombre corpulento con gabardina que me sonreía.

—Sargento de detectives Mary —le dije obedientemente—. Transferida desde Basingstoke.

—*Todavía* no te tienes que preocupar de eso. —Sonrió—. En este momento la historia sigue a Jack... Está hablando con el agente Tibbit, en la calle. Inspector jefe Briggs. Soy el amistoso pero apenado jefe de este pequeño drama criminal, malhumorado y dado a los estallidos de furia, pero en el fondo apoyo a mis hombres. Tendré que suspender a Jack al menos una vez antes de que acabe la historia.

—¿Cómo está? —solté.

—¡Genial! —gritó Briggs, dándome la mano con gratitud—. Mary me dijo que perteneces a Jurisficción. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Alguna noticia de cuándo se pasará por aquí la Inspección de Libros del Consejo de Géneros? —preguntó—. Vendría bien saberlo.

—¿Consejo de Géneros? —repetí, intentando que no se notara mi ignorancia—. Lo siento, no llevo mucho tiempo en el MundoLibro.

—¿Una exterior? —respondió Briggs, abriendo unos ojos como platos por efecto del asombro—. ¿Aquí, en *Caversham Heights*?

—Sí— admití—. Soy...

—Dime —me interrumpió Briggs—, ¿qué aspecto tienen las olas al chocar contra la orilla?

—¿Quién es exterior? —dijo la patóloga, una mujer india de mediana edad que se puso en pie de pronto y me miró con atención—. ¿Tú?

—Sí —admití.

—Soy la doctora Singh —me explicó la patóloga, estrechándome la mano con fuerza—. Soy seria, aparentemente sin sentido del humor, me gustan los gatos y la gente a la que le gustan los gatos y no soporto a los imbéciles pero, en ocasiones, expreso cierta calidez humana. Dime, ¿crees que me parezco en algo a una patóloga *real*?

—Claro que sí —respondí, intentando recordar su breve aparición en el libro.

—Verás —añadió—, nunca he visto a un patólogo de verdad y no estoy del todo segura de qué se supone que debo hacer.

—Lo estás haciendo muy bien —le aseguré.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Briggs—. ¿Crees que necesito desarrollarme más como personaje? ¿Soy como todas las personas *reales* con las que te relacionas o soy un poco unidimensional?

—Bien... —empecé a decir.

—¡Lo sabía! —exclamó compungido—. Es por el pelo, ¿no? ¿Crees que debería

llevarlo más corto? ¿Más largo? ¿Y si tuviese un rasgo extraño de personalidad? He estado aprendiendo a tocar el trombón... eso sería raro, ¿verdad?

—¿Alguien dice que hay un exterior en el libro...! —interrumpió un agente de uniforme de una pareja que acababa de llegar al patio—. Soy el policía sin nombre número 1 y éste es mi colega, el policía sin nombre número 2. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre el Exterior?

—Claro.

—¿Para qué sirve la sopa de letras?

—No lo sé.

—¿Estás segura de que vienes del Exterior? —preguntó suspicaz, para añadir—: Entonces, dime otra cosa: ¿por qué no hay forma masculina de «pianista»?

—No estoy segura.

—No vienes del Exterior —dijo el policía sin nombre número 1 con tristeza—. ¡Debería darte vergüenza, mintiendo y haciéndonos concebir esperanzas!

—Muy bien —respondí, tapándome los ojos—. Lo demostraré. Hablen por turno, pero sin la acotación para indicar quién habla.

—Vale —dijo el policía sin nombre número 1—. ¿Quién habla?

—¿Y quién habla ahora? —añadió la doctora Singh.

—He dicho que *no* incluyan la acotación de quién habla. Prueben otra vez.

—Es más difícil de lo que piensas —suspiró el policía sin nombre número 1—.

Vale, allá vamos.

Una pausa.

—¿Quién habla ahora?

—¿Y quién soy yo?

—La señora Singh en primer lugar, el policía sin nombre número 1 después. ¿He acertado?

—¡Asombroso! —murmuró la señora Singh—. ¿Cómo lo haces?

—Reconozco las voces. También tengo sentido del olfato.

—¿En serio? ¿Conoces a alguien en la industria editorial?

—A nadie que pueda ayudaros. Mi esposo es, o era, escritor, pero ahora mismo sus contactos no me distinguirían de Eva. Soy agente de OpEspec; no tengo mucha relación con la novela contemporánea.

—¿OpEspec? —preguntó el agente sin nombre número 2—. ¿Qué es eso?

—Nos van a eliminar, ¿sabes? —terció Briggs—. A menos que encontremos editor...

—Podrían partirnos en letras —añadió el agente sin nombre número 1 en voz baja—, lanzarnos al Mar Textual, y tengo mujer y dos hijos... o al menos, en mi trasfondo narrativo los tengo.

—No puedo ayudarlos —les dije—. Ni siquiera soy...

—¡A sus puestos, por favor! —gritó Briggs tan súbitamente que di un respingo.

La patóloga y los dos agentes sin nombre se apresuraron a ocupar sus puestos y esperar a Jack, a quien oía hablando con alguien en la casa.

—Buena suerte —me susurró Briggs por una comisura mientras me indicaba que me sentase en el muro bajo—. Te haré de apuntador si te quedas en blanco.

—Gracias.

El detective inspector jefe Briggs estaba sentado en un muro bajo con una policia de paisano muy atareada tomando notas y que no levantó la vista. Briggs se puso en pie cuando entró Jack y miró la hora de forma muy poco sutil. Jack respondió a la pregunta implícita poniéndose a la defensiva, lo que enseguida comprendió que había sido un error.

—Lo siento, señor, he venido todo lo rápido que he podido.

Briggs gruñó y agitó una mano en dirección al cadáver.

—Parece que murió de varios disparos —dijo con tono grave—. Lo han encontrado muerto a las 8.47 de la mañana.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Spratt.

—Un par de cosas. Primero, el muerto es sobrino del capo Angel DeFablio, así que me gustará contar con alguien a quien se le dé bien la prensa por si a los medios les da por iniciar una cruzada. Segundo, te hago un favor al darte este caso. Ahora mismo no eres precisamente bien recibido en el séptimo piso. Hay a quien le gustaría verte defenestrado... y no quiero que eso pase.

—¿Hay una tercera razón?

—No hay nadie más disponible.

—Me gustaba más cuando sólo había dos.

—Escucha, Jack —añadió Briggs—, eres un buen agente, aunque en ocasiones saltas con demasiada facilidad, y te quiero en mi equipo sin que haya ningún percance.

—¿Ahora es cuando tengo que decir «gracias»?

—Sí. Ocúpate de esto con cuidado y entrégame un informe preliminar lo antes que puedas. ¿Vale?

Briggs señaló en dirección a la joven que había estado esperando pacientemente.

—Jack, quiero presentarte a Thurs... quiero decir, a la sargento Mary Jones.

—Hola —dijo Jack.

—Encantada de conocerle, señor —dijo la joven.

—Y yo a ti. ¿Con quién trabajas?

—Next... quiero decir *Jones* es tu nuevo sargento —dijo Briggs, quien inexplicablemente había empezado a sudar—. Ha sido trasladada desde Swindon

con una valoración A1.

—Basingstoke —le corrigió Mary.

—Lo siento. *Basingstoke*.

—No pretendo ofender a la sargento Jones, señor, pero tenía la esperanza de conseguir a Butcher, Spooner o...

—No es posible, Jack —dijo Briggs en un tono de voz que hacía inútil la discusión—. Bien, me marchó. Te dejo aquí con, eh...

—Jones.

—Sí, Jones, para que os conozcáis. Recuerda: necesito el informe lo antes posible. ¿Comprendido?

Jack, efectivamente, lo comprendía, y Briggs se fue. El detective se estremeció de frío y volvió a mirar a la joven sargento.

—Mary Jones, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Qué has descubierto hasta ahora?

Metió la mano en el bolsillo para sacar la libreta, pero no la encontró, por lo que se limitó a contar con los dedos.

—El nombre del difunto es Sonny DeFablio.

Una pausa. Jack no dijo nada, por lo que Jones, ahora un poco sorprendida, siguió hablando como si lo hubiese hecho.

—¿Hora de la muerte? Es pronto para saberlo. Probablemente las tres de la madrugada, más o menos. Sabremos más cuando hayamos levantado el cadáver. ¿Arma? Lo sabremos cuando...

—... Jack, ¿está bien?

Se había sentado con expresión cansada y miraba al suelo, con la cabeza entre la manos.

Miré a mi alrededor, pero la doctora Singh, sus ayudantes y los policías sin nombre estaban ocupados en lo suyo. No deseaban implicarse, por lo visto... o quizá simplemente estaban avergonzados.

—No puedo seguir con esto —murmuró Jack.

—Señor —insistí, intentando improvisar—, ¿quiere ver el cuerpo o nos lo llevamos?

—¿Qué sentido tiene? —sollozó el protagonista, desmoronado—. Nadie nos está leyendo; no importa. —Le puse una mano en el hombro—. He *intentado* que resultase más interesante —sollozó—, pero nada surte efecto. Mi mujer no me habla, estoy a punto de perder el trabajo, las drogas entran a mansalva en Reading y, si no consigo que la narración sea remotamente legible, nos suprimirán y no quedará nada excepto un espacio vacío en el estante y, en la cabeza del autor, el recuerdo de lo que

podría haber sido.

—Tu esposa te abandonó simplemente porque *todos* los detectives inconformistas y solitarios tienen problemas familiares —le expliqué—. Estoy segura de que en realidad te quiere.

—No, no, no me quiere —volvió a sollozar—. Todo está perdido. ¿No lo comprendes? Es costumbre que los detectives tengan un coche raro y yo tenía un maravilloso Delage-Talbot Supersport de 1924. Alguien robó la idea y lo reemplazó por un terrible Austin Allegro. Si borran alguna *escena*, estaremos en las últimas.

Me miró.

—¿Cómo te llamas?

—Thursday Next.

Alzó la cabeza de pronto.

—¿Thursday Next? ¿La agente exterior de Jurisficción, aprendiz de la señorita Havisham? ¿Esa Thursday Next?

Asentí. Las noticias vuelan en el Pozo.

Una chispa de entusiasmo apareció en sus ojos.

—Leí algo sobre ti en *The Word*. Dime, ¿tendrías forma de descubrir cuándo la Inspección de Libros va a leer nuestra historia? He preparado a siete B-2 autónomos y tridimensionales para que vengan y den al libro un poco más de gracia... durante una hora o así. Con su ayuda, es posible que logremos mantenernos; sólo tengo que saber *cuándo*.

—Lo siento, Jack —suspiré—. Soy nueva en todo esto. ¿Qué es exactamente el Consejo de Géneros?

—Se ocupa de legislar la ficción —respondió—. Sobre todo, las convenciones dramáticas. Forma parte del Consejo un representante de cada género... Son *ellos* quienes imponen las convenciones narrativas y son *ellos*, a través de la Inspección de Libros, los que deciden si una novela inédita se conserva... o es destruida.

—Oh. —Empezaba a comprender que el MundoLibro estaba gobernado por casi tantas reglas y reglamentos como mi mundo—. Entonces no puedo ayudar.

—¿Qué hay de la Gran Central Textual? ¿Conoces a alguien allí?

De la GCT sí que había oído hablar: vigilaba los libros de la Gran Biblioteca y pasaba a Jurisficción, que era exclusivamente una agencia policial, cualquier problema textual. Aparte de eso no sabía nada más. Volví a negar con la cabeza.

—¡Maldita sea! —murmuró, mirando al suelo—. He solicitado al C de G una remodelación mezclando géneros, pero bien podría haber pedido hablar con Gran Panjandrum en persona.

—¿Por qué no cambias el libro desde *dentro*? —pregunté.

—¿Cambiarlo sin permiso? —respondió, conmocionado por mi sugerencia—. Eso sería rebelión. Quiero llamar la atención del C de G, pero no de esa forma...

¡Nos aplastarían en menos de un capítulo!

—Pero si el cuerpo de inspectores todavía no ha pasado —dije muy despacio—, ¿cómo iban a saber que algo ha cambiado?

Se lo pensó un momento.

—Es más fácil decirlo que hacerlo... ¡Si empiezo a hacer el tonto con la narración, podría desplomarse como un castillo de naipes!

—Entonces empieza por poco —le propuse—. Primero cámbiate a *ti*. Si sale bien, intenta modificar un poco la trama.

—Ssssí —dijo Jack lentamente—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Deja la bebida.

—¿Cómo sabes lo de mi problema con la bebida?

—Todos los detectives inconformistas y solitarios con problemas domésticos tienen también problemas con la bebida —comenté—. Deja el alcohol y vuelve a casa con tu mujer.

—No me han escrito así —respondió Jack lentamente—. Simplemente no puedo hacerlo. Sería ir contra el estereotipo... ¡Los lectores...!

—Jack, no hay lectores. Y si no intentas lo que te propongo, *nunca* habrá lectores... ni tampoco Jack Spratt. Pero si las cosas salen bien, incluso podrías aparecer... en una continuación.

—¿Una continuación? —repitió Jack con una expresión soñadora en los ojos—. Quieres decir... ¿una *serie* de Jack Spratt?

—Quién sabe, quizás algún día en un estuche.

Se puso en pie con los ojos resplandecientes.

—Un estuche —susurró, mirando un punto cercano—. Depende de mí, ¿no? —añadió, hablando despacio.

—Sí. Cámbiate, cambia el libro... y pronto, antes de que sea demasiado tarde, convierte la novela en algo que el cuerpo de inspectores *quiera* leer.

—Vale —dijo al fin—, empezaré en el próximo capítulo. En lugar de discutir con Briggs por lo de soltar al sospechoso sin cargos, me llevaré a mi mujer a almorzar.

—No.

—¿No?

—No —afirmé—. Mañana no, ni en el próximo capítulo, ni siquiera en la página siguiente o en el párrafo siguiente. Vas a hacerlo *ahora*.

—¡No podemos! —protestó—. Quedan al menos nueve páginas en las que tú y yo discutimos el estado del cuerpo con la doctora Singh y repasamos todo ese aburrido material forense.

—Déjame a mí —le dije—. Vamos a retroceder un par de párrafos. ¿Preparado?

Asintió y nos desplazamos al comienzo de la página anterior, justo cuando Briggs salía.

Jack, efectivamente, lo comprendía, y Briggs se fue.

El detective se estremeció bajo el frío y volvió a mirar a la joven sargento.

—Mary Jones, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Qué has descubierto hasta ahora?

Metió la mano en el bolsillo para sacar la libreta, pero no la encontró, por lo que se limitó a contar con los dedos.

—El nombre del difunto es Sonny DeFablio.

—¿Algo más?

—Su esposa ha llamado.

—Ella... ¿Ha llamado?

—Sí. Ha dicho que era importante.

—Me pasará esta tarde a verla.

—Ha dicho que era *muy* urgente —recalcó Jones.

—Defiende el fuerte por mí, ¿vale?

—Claro que sí, señor.

Jack se marchó del escenario del crimen dejando a Jones con la doctora Singh.

—Vale —dijo Mary—, ¿qué tenemos?

Hicimos la escena juntas. La doctora Singh me pasó toda la información que estaba más acostumbrada a contarle a Jack. Me dio una enorme cantidad de detalles sobre la hora de la muerte y una explicación incluso demasiado precisa acerca de cómo creía que había sucedido. Balística, trayectoria, patrones de sangre, todo. Yo me alegré de veras cuando terminó y el capítulo pasó a la improvisada reunión de Jack con su ex mujer. Tan pronto como terminamos, la doctora Singh se volvió hacia mí y me dijo ansiosa.

—Espero que sepas lo que haces.

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco —respondió la seudopatóloga—. ¿Sabes ese discursito que he soltado hace un momento sobre contusiones post mórtem, ángulos de entrada de la bala y decoloración de los tejidos?

—¿Sí?

Se inclinó hacia mí.

—No entiendo ni una palabra. Ocho páginas de diálogo técnico y no tengo ni la más remota idea de qué estoy hablando. En la Universidad Genérica me prepararon como figura materna de bodrios hogareños. De haber sabido que me iban a mandar *aquí* habría pasado algunas horas en una novela de Cornwell. ¿Tienes alguna idea de qué se supone que debería hacer?

Rebusqué en su bolsa y saqué un enorme termómetro.

—Prueba con esto.

—¿Qué hago con esto?

Se lo indiqué.

—Estás de *broma* —respondió la doctora Singh, horrorizada.

3

Tres brujas, opción múltiple y sarcasmo

JURISFICCIÓN es el nombre que recibe la sección policial cuyo ámbito de actuación está *dentro* de los libros. Por orden del Consejo de Géneros y aprovechando las posibilidades de la Gran Central Textual para recopilar información, el cuerpo de Agentes de Recursos Prosaicos de Jurisficción es una mezcla variopinta de personajes, la mayoría reclutados de la ficción, pero algunos, como Harris Tweed y yo misma, del mundo real. Los «oteadores» empleados por la Gran Central Textual descubren los problemas de la ficción y se los pasan a Bellman, que, elegido por un periodo de diez años, dirige Jurisficción según un reglamento estricto fijado por el Consejo de Géneros. Jurisficción tiene su propio código de conducta, un departamento técnico, cafetería y lavandera residente.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

La señora Singh no desperdició la oportunidad y reunió a otros aprendices de patólogo que conocía en el Pozo. Todos permanecieron hipnotizados mientras yo transmitía la poca información que poseía. Agotada, conseguí escapar cuatro horas más tarde. Ya era de noche cuando logré llegar a casa. Abrí la puerta del bote volador y me quité los zapatos. *Pickwick* vino corriendo a recibirme y me tiró excitada de la pernera del pantalón. La seguí por todo el salón y luego tuve que esperar mientras recordaba dónde había dejado el huevo. Al final lo encontramos envuelto detrás del equipo de alta fidelidad, y la felicité, aunque no había ningún cambio en su apariencia.

Fui a la cocina, *ibb* y *obb* llevaban todo el día estudiando a la señora Beeton, e *ibb* intentaba preparar filetes con patatas fritas. Landen solía cocinar para mí y de pronto me sentí muy sola y pequeña, tan lejos de mi hogar que bien hubiese podido estar en Plutón. *obb* daba los últimos toques a un pastel de boda de cuatro pisos profusamente decorado.

—Hola, *ibb* —dije—, ¿cómo va?

—¿Cómo va qué? —respondió el genérico con aquel molesto tono monótono que usaban—. Y yo soy *obb*.

—Lo siento... *obb*.

—¿Por qué lo sientes? ¿Has hecho algo?

—No importa.

Me senté a la mesa y abrí un paquete que había llegado. Era de la señorita Havisham y contenía el *Examen Estándar de Ingreso en Jurisficción*. Jurisficción era la policía de dentro de los libros, a la que me había unido casi por accidente. Yo quería sacar a Jack Schitt de «El cuervo» e incorporarme al grupo parecía la mejor forma de aprender. Pero había acabado tomándole cariño a Jurisficción y ya sentía de veras que debía ayudar a mantener la solidez de la palabra escrita. Era el mismo trabajo que había realizado en OpEspec, aunque ejecutado desde el otro lado. Pero me sorprendió que, en esa ocasión, la señorita Havisham se equivocara: no estaba preparada para ser miembro de pleno derecho.

El pesado volumen contenía quinientas preguntas, casi todas de opción múltiple. Me di cuenta de que el examen se controlaba a sí mismo; tan pronto como abrí el libro, un reloj situado en la esquina superior izquierda se puso a descontar dos horas. En su mayoría eran preguntas de literatura con las que no tuve ningún problema. La ley de Jurisficción era más compleja y probablemente tuviese que consultar a la señorita Havisham. Decidí probar suerte y, diez minutos más tarde, estaba pensándome la pregunta cuarenta y seis: «¿Cuáles de los siguientes poetas nunca usaron la palabra ilegal “majestuoso” en ninguna de sus obras?» En ese momento sonó un golpe en la puerta seguido de un trueno.

Cerré el libro de examen y abrí. En el embarcadero había tres viejas espantosas vestidas con sucios harapos, de rasgos huesudos, piel áspera y llena de verrugas. En cuanto hube abierto iniciaron una actuación bien ensayada.

—¿Cuando nos volveremos a reunir las tres? —dijo la primera bruja—. ¿En Thurber, Wodehouse o en Greene?

—Cuando el bullicio haya acabado —añadió la segunda—. ¡Cuando la historia haya terminado!

Se produjo una pausa hasta que la segunda bruja le dio un codazo a la tercera.

—Lo que será tras la puesta de sol —dijo ésta con rapidez.

—¿En qué lugar?

—En el texto.

—¡Allí para reunirse con la señorita Next!

Dejaron de hablar y las miré fijamente, sin estar segura de qué se suponía que debía hacer.

—Muchas gracias —respondí, pero la primera bruja bufó desdeñosa y encajó el pie en la puerta cuando intenté cerrarla.

—¿Profecías, cortés dama? —preguntó mientras las otras dos reían horriblemente a carcajadas.

—La verdad es que no —respondí, apartando el pie—. Quizás en otro momento.

—¡Salud, señorita Next, salud! ¡Ciudadana de Swindon!

—En serio, lo lamento... y no tengo monedas.

—¡Salud, señorita Next, salud! ¡Agente de pleno derecho de Jurisficción, eso serás!

—Si no se van —dije, empezando a sentirme molesta—, yo...

—¡Salud, señorita Next! ¡Al final Bellman, eso serás!

—Claro que sí. Venga, váyanse charlatanas... ¡Vayan a molestar a otra!

—¡Un chelín! —dijo la primera—. Y te diremos más... o menos, como prefieras.

Cerré la puerta a pesar de sus protestas y me dediqué de nuevo al examen. Sólo había conseguido responder a la pregunta cuarenta y nueve, «¿Cuál de estas palabras no es un gerundio?», cuando volvieron a llamar a la puerta.

—¡Maldita sea! —murmuré, poniéndome en pie y golpeándome el talón con la pata de la mesa. Eran las tres brujas otra vez.

—Creo que les he dicho...

—Seis peniques, entonces —dijo la bruja principal, alargando una mano huesuda.

—No —respondí con firmeza, frotándome el talón—. *Nunca* compro nada a los vendedores a domicilio.

Todas arrancaron de nuevo.

—Tres para ti y tres para mí, y otra vez tres para dar...

Volví a cerrar la puerta. No era supersticiosa y tenía cosas mucho más importantes de las que ocuparme. Simplemente volví a sentarme, tomé un sorbo de té y respondí a la siguiente pregunta: «¿Quién escribió *El sapo de Toad Hall*?» Volvieron a llamar a la puerta.

—Vale —dije para mí, atravesando la sala—. Estoy harta de vosotras tres. —Abrí la puerta y solté—: Mira, vieja, en serio que no me interesa y nunca me interesará tu... Oh. —Me quedé mirando incrédula. Era Yaya Next. Creo que no me hubiese sorprendido más si se hubiese tratado del almirante Nelson en persona—. ¡¿Yaya?! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

Iba ataviada de guinga azul de pies a cabeza: el vestido, el abrigo, incluso el sombrero, los zapatos y el bolso.

La abracé. Olía a Bodmin para señoras. Ella me devolvió el abrazo con esa fragilidad de las personas mayores. Y era muy mayor... Ciento ocho años según el último recuento.

—He venido a cuidar de ti, joven Thursday —anunció.

—Eh... gracias, Yaya —respondí, preguntándome exactamente cómo había llegado hasta allí.

—Vas a tener un bebé y necesitas cuidados —añadió con grandiosidad—. Tengo la maleta en el amarradero y vas a pagar el taxi.

—Claro que sí —murmuré. Fuera encontré un taxi amarillo con el rótulo en la

puerta: «TaxisTransGenéricos.»

—¿Cuánto? —le pregunté al taxista.

—Diecisiete con seis.

—¿Sí? —respondí sarcástica—. ¿Seguiste la ruta más larga?

—Los viajes al Pozo cuestan el doble —dijo el taxista—. Paga o Jurisficción se enterará de esto.

Le pasé una libra y él se tocó los bolsillos.

—Lo siento —dijo—. ¿No tienes nada más pequeño? No llevo mucho cambio.

—Quédatelo —le dije mientras el notaalpiéfono murmuraba algo relativo a un grupo de diez que quería salir de la Florencia de *El Decamerón*. Recogí el recibo y el taxi se alejó. Llevé la maleta de Yaya al Sunderland.

—Estos son ibb y obb —le expliqué—, genéricos acuartelados conmigo. El de la izquierda es ibb.

—Yo soy obb.

—Lo siento. *Ése* es ibb y *ése* es obb. Ésta es mi abuela.

—Hola —dijo Yaya Next, mirando a los dos invitados.

—Eres muy vieja —comentó ibb.

—Tengo ciento ocho —anunció Yaya con orgullo—. ¿Sabéis hacer algo aparte de mirar fijamente?

—La verdad es que no —dijo ibb.

—Ploc —dijo *Pickwick*, que había sacado la cabeza por la puerta. Ahuecó las plumas de emoción y corrió a saludar a Yaya, quien siempre parecía llevar encima un par de golosinas.

—¿Cómo es eso de ser vieja? —preguntó ibb, que miraba atentamente las blandas arrugas rosadas de la piel de Yaya.

—Es la adolescencia de la muerte —respondió ella—. Pero ¿sabéis qué es lo peor?

ibb y obb negaron con la cabeza.

—Por sólo tres días me voy a perder mi propio funeral.

—¡Yaya! —la reñí—. Los vas a confundir... Tienden a tomárselo todo literalmente.

Era demasiado tarde.

—¿Perderse su propio funeral? —murmuró ibb, pensando con gran concentración—. ¿Cómo es posible?

—Piénsalo, ibb —dijo obb—. Si viviese tres días más, podría *hablar* en su propio funeral. ¿Lo pillas?

—Claro que sí —dijo ibb—, qué estúpido soy.

Y se fueron a la cocina, hablando sobre el libro de la señora Beeton y comentando la mejor forma de afrontar la relación amorosa entre la fregona y el limpiabotas...

debía de tratarse de una edición muy antigua.

—¿Cuándo cenamos? —preguntó Yaya, mirando con desdén el interior del bote volador—. Estoy muerta de hambre. Pero no me des nada que sea más duro que el sebo, por favor. Mis piños ya no son lo que eran.

Delicadamente la ayudé a quitarse el abrigo de guinga y la senté a la mesa. Para ella un filete era como comer travesaños de ferrocarril, así que me puse a prepararle una tortilla.

—Bien, Yaya —dije, rompiendo algunos huevos—, quiero que me digas qué haces aquí.

—Tengo que estar aquí para recordarte cosas que podrías olvidar, joven Thursday.

—¿Como qué?

—Como a Landen. También erradicaron a mi marido y me hizo falta alguien que me ayudase durante el proceso, por tanto aquí estoy para ayudarte a ti.

—¡No voy a olvidarle, Yaya!

—Sí —admitió de esa forma suya peculiar—, aquí estoy para asegurarme de ello.

—Eso explica *por qué* estás aquí —insistí—, pero ¿qué hay del *cómo* has llegado?

—Antaño yo también solía hacer trabajos ocasionales para Jurisficción —me explicó—, hace mucho tiempo, sí, pero fue uno de los múltiples trabajos de mi vida... y ni siquiera fue el más extraño.

—¿Cuál *fue* ése? —pregunté, sabiendo en el fondo que no debía preguntarlo.

—Bien, una vez fui Dios Emperador del Universo —respondió de la misma forma en que podría haber admitido que iba al cine—. Me resultó muy raro ser hombre durante veinticuatro horas.

—Sí —respondí—, supongo que debió de serlo.

ibb puso la mesa y nos sentamos a comer diez minutos más tarde. Mientras Yaya sorbía la tortilla yo intenté mantener una conversación con ibb y obb. El problema era que ninguno de los dos tenía la capacidad de comunicación social necesaria para asimilar de una conversación otra cosa que los hechos desnudos.

Probé a contar un chiste que le había oído a Bowden, mi compañero de OpEspec, sobre un pulpo y una gaita. Pero cuando acabé, los dos me miraron fijamente.

—¿Por qué iba a llevar pijama una gaita? —preguntó ibb.

—No era un pijama —respondí—, era el tartán. El pulpo *creyó* que era un pijama.

—Comprendo —dijo obb, sin comprenderlo en absoluto—. ¿Te importaría repetirlo?

—Decidido —dije con resolución—, vais a tener personalidad aunque muera en el intento.

—¿Morir? —preguntó ibb totalmente en serio—. ¿Por qué ibas a morir?

Pensé con mucho cuidado. Debía haber un *comienzo* posible. Chasquéé los dedos.

—Sarcasmo —dije—. Empezaremos por ahí.

Los dos me miraron inexpresivos.

—Bien —arranqué—, el sarcasmo es pariente cercano de la ironía y da a entender un doble significado... literalmente significa lo contrario de lo que se ha dicho. Por ejemplo, si me estuvieses mintiendo sobre quién se comió todas las anchoas que dejé en la alacena, y tú te las *hubieses* comido, podrías decir: «No fui yo.» Entonces yo diría: «*Claro* que no fuiste tú», queriendo decir en realidad que estoy segura de *que fuiste* tú, pero expresándolo de forma irónica y sarcástica.

—¿Qué son anchoas? —preguntó ibb.

—Un pescado pequeño y muy salado.

—Comprendo —respondió ibb—. ¿El sarcasmo se aplica a otras cosas o sólo al pescado?

—No, las anchoas robadas son sólo un ejemplo. Ahora probad.

—¿Una anchoa?

—No, probad con el sarcasmo.

Siguieron mirándome inexpresivos. Suspiré.

—Es como intentar clavar melaza en la pared —murmuré por lo bajo.

—Ploc —dijo *Pickwick* en sueños, desplomándose lentamente—. Ploc-ploc.

—El sarcasmo se explica mejor con humor —dijo Yaya, que había estado siguiendo con interés mis esfuerzos—. ¿Sabéis que *Pickwick* no es demasiado lista?

Pickwick se agitó en sueños allí donde había caído, descansando sobre la cabeza con las patas en el aire.

—Sí, lo sabemos —respondieron ibb y obb, que al menos eran muy observadores.

—Bien, si yo dijese que es más fácil enseñarle un truco a la levadura que a *Pickwick*, estaría usando una forma suave de sarcasmo para hacer un chiste.

—¿La levadura? —preguntó ibb—. Pero si la levadura no es inteligente.

—*Exacto* —respondió Yaya—. Por tanto, estoy comentando sarcásticamente que *Pickwick* tiene menos capacidad mental que la levadura. Probad vosotros.

Los genéricos se lo pensaron un buen rato.

—Por tanto —dijo ibb muy despacio—, ¿qué tal... *Pickwick* es tan lista que se sienta en la tele y mira el sofá?

—Es un comienzo —dijo Yaya.

—Y —añadió ibb, más confiado por momentos—, si *Pickwick* participase en un programa concurso, sería mejor que escogiese «huevo de dodo» como tema.

obb también empezaba a pillarle el tranquilo.

—Si una idea se le pasase por la cabeza, sería el viaje más corto jamás registrado...

—*Pickwick* causaría sensación en Oxford... pero sólo dentro de un frasco de

muestras.

—Vale, ya basta de sarcasmos —me apresuré a decir—. Sé que *Pickwick* no ganaría el premio de Cerebro del MundoLibro pero es una compañera fiel.

Miré a *Pickwick*, que se cayó del sofá y se dio un buen golpe contra el suelo. Se despertó y empezó a hacer «ploc» con estruendo al sofá, a la mesa de café, a la alfombra... de hecho, a todo lo que tuviese cerca... antes de calmarse, subirse al huevo y volver a quedarse dormida.

—Lo habéis hecho bien, chicos —dije—. En otra ocasión probaremos a leer entre líneas.

Poco después *ibb* y *obb* se fueron a su cuarto discutiendo sobre la relación entre sarcasmo e ironía, y sobre si la ironía podría generarse en condiciones de laboratorio. Yaya y yo charlamos sobre el hogar. Madre estaba muy bien, eso parecía, y *Joffy*, *Wilbur* y *Orville* andaban tan locos como siempre. Yaya, sabiendo de mis encuentros con *Yorrick Kaine*, me informó de que éste había regresado poco después del episodio de *Volé Towers*, había perdido su escaño en el Parlamento y que poco después había vuelto a dirigir su periódico y su empresa editorial. Yo sabía que era ficticio y un peligro para el mundo, pero no veía qué podía hacer desde donde me encontraba. Hablamos hasta tarde del MundoLibro, *Landen*, la erradicación y tener hijos. Yaya tenía tres, así que me contó todos esos detalles que no te cuentan cuando firmas para el primero.

—Es mejor que consideres que los tobillos hinchados son un premio —dijo, lo que no me sirvió de mucho.

Esa noche acomodé a Yaya en mi cuarto y yo dormí en el dormitorio situado bajo la cabina del piloto. Me aisé, me desvestí y me metí en la cama, cansada del trabajo del día. Allí me quedé, mirando la luz reflejada que bailaba en el techo, y pensé en mi padre, en *Emma Hamilton*, en *Jack Spratt*, en la *Crema Maravillosa* y en los bebés. Se suponía que estaba allí para descansar, pero no podía ignorar el peligro de eliminación de *Caversham Heights*... Podría haberme mudado, pero me gustaba estar allí y, además, ya había huido lo suficiente. La llegada de Yaya había sido un hecho extraño, pero dado que en el Pozo muchas cosas eran extrañas, lo raro se había vuelto muy normal. Si las cosas seguían así, lo aburrido y sin sentido se volvería espectacularmente interesante.

Landen Parke-Laine

Dicen que no mueres en realidad hasta que no te olvidan, y en el caso de Landen era doblemente cierto. Desde la erradicación de Landen había descubierto que podía devolverle la vida en mis recuerdos y en mis sueños, y había adquirido el hábito de esperar con ansia la hora de quedarme dormida y regresar a un momento preciso que pudiésemos compartir, aunque sólo brevemente.

Landen perdió la pierna por culpa de una mina y a su mejor amigo por culpa de un error militar. El amigo era mi hermano, Antón... y Landen testificó en su contra en la vista posterior a la desastrosa «Carga de la Brigada Ligera Blindada», en 1973. Culparon a mi hermano del desastre, Landen fue licenciado con honores y yo recibí la Estrella de Crimea al valor. No nos hablamos durante diez años y nos casamos hace dos meses. Hay quien dice que fue un romance muy poco ortodoxo... pero la verdad es que yo no me di cuenta.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

Esa noche, volví a Crimea. Dirás quizá que no era el destino más evidente para mis sueños. La península había sido una fuente constante de angustia en mis horas de vigilia: una época de estrés, de dolor y muerte violenta. Pero fue en Crimea donde conocí a Landen y donde nos enamoramos. Esos recuerdos me resultaban más preciosos porque no se habían creado nunca y, por esa razón, a veces regresaba a los días dolorosos de Crimea. Me relajé, y Morfeo me transportó en sus brazos hasta la península del mar Negro, doce años antes.

Cuando llegué a la península en 1973, hacía diez años que no se disparaba ni un tiro, aunque el conflicto se había iniciado ciento veinte años antes. Era conductora de la Tercera Brigada Ligera Blindada de Tanques de Wessex... tenía veintitrés años y conducía un vehículo blindado de trece toneladas. Al mando estaba el mayor Phelps, que más tarde perdería su antebrazo y su cordura durante una carga mal ejecutada contra toda la artillería rusa. Dada mi ingenuidad juvenil, había creído que Crimea sería divertida... idea que pronto se desvanecería.

—Preséntate en el estacionamiento a las catorce horas —me dijo el sargento una

mañana, un hombre amable pero brusco llamado Tozer. Sobreviviría a la carga pero moriría ocho años después en un accidente de instrucción. Asistí a su funeral. Era un buen hombre.

—¿Alguna idea sobre qué voy a hacer, sargento? —pregunté.

El sargento Tozer se encogió de hombros.

—Funciones especiales. Me dijeron que pusiese a alguien inteligente... pero no había nadie disponible, así que te toca a ti.

Reí.

—Gracias, sargento.

Recientemente soñaba mucho con esa escena y por una razón muy clara... Aquélla fue la primera vez que Landen y yo pasamos un rato juntos. Mi hermano Antón también servía en Crimea y nos había presentado unas semanas antes. Antón hacía esas cosas continuamente. Ese día debía llevar a Landen en un vehículo blindado de reconocimiento hasta un puesto de observación que daba a un valle donde, según habían informado, había una acumulación de artillería imperial rusa. Al incidente lo llamábamos «nuestra primera cita».

Llegué y me dijeron que firmase por un vehículo blindado Dingo, uno pequeño para dos con potencia suficiente para salir rápidamente de los atolladeros... o para meterse en un atolladero rápidamente, dependiendo de tu grado de competencia. Recogí el vehículo y esperé casi una hora en la tienda con otros muchos conductores, charlando y riendo, bebiendo té y contando historias imposibles. Hacía frío, pero me alegraba de estar ocupándome de aquello en lugar de dedicada a mis deberes habituales, que solían consistir en limpiar el campamento y otras tareas tediosas.

—¿Cabo Next? —dijo un oficial tras meter la cabeza en la tienda—. ¡Deje el té... nos vamos!

No era guapo pero era *interesante* y, al contrario que muchos de los oficiales, parecía poseer cierto aire de tranquilidad.

—Buenos días, señor —dije, sin estar segura de si me recordaba. No tendría que haberme preocupado por eso. En aquel momento lo ignoraba, pero él le había pedido específicamente al sargento Tozer que me asignase a mí. También estaba interesado, pero ligar estando de servicio era un arte sutil. El castigo podía ser duro.

Le llevé hasta el Dingo y subí. Le di al botón de arranque y el motor cobró vida. Landen se acomodó en el asiento de mando.

—¿Has visto a Antón últimamente? —preguntó.

—Estará en la costa unas cuantas semanas —le dije.

—Ah —respondió—. Saqué cincuenta libras cuando ganaste la competición de boxeo para mujeres de la pasada semana. Te estoy agradecido.

Sonreí y le di las gracias, pero no me prestaba atención... Estaba muy ocupado con el mapa.

—Vamos aquí, cabo.

Examiné el mapa. Era lo más cerca que hubiese estado nunca del frente. Para mi vergüenza, la perspectiva del peligro me resultó embriagadora. Landen se dio cuenta.

—No es tan tremendamente emocionante como crees, Next. He estado allí en veinte ocasiones y sólo me dispararon una vez.

—¿Cómo fue?

—Desagradablemente ruidoso. Toma por la carretera a Balaclava. Ya te diré cuándo girar a la derecha.

Así que recorrimos la carretera atravesando un panorama rural tan plácido que costaba imaginar que dos ejércitos estuviesen enfrentándose a quince kilómetros escasos, con suficiente potencia de fuego como para destrozarse toda la península.

—¿Alguna vez has visto a un ruso? —me preguntó cuando dejamos atrás unos camiones militares que daban apoyo a las baterías de artillería del frente; su única misión era lanzar algunos proyectiles contra los rusos... sólo para dejar claro que seguíamos allí.

—Nunca, señor.

—Tienen el mismo aspecto que tú o que yo, ya sabes.

—¿Se refiere a que no llevan enormes gorros peludos ni nieve sobre los hombros? El sarcasmo no le pasó desapercibido.

—Lo siento —dijo—, no pretendía ponerme paternalista. ¿Cuánto llevas aquí?

—Dos semanas.

—Yo llevo dos años —dijo Landen—, pero bien podrían ser dos semanas. Gira a la derecha en esa granja de ahí delante.

Reduje la velocidad y giré para entrar en el polvoriento camino de una granja. Los amortiguadores de un Dingo son muy duros; seguir ese camino fue un paseo desconcertante y movido. Dejábamos atrás granjas vacías, todas con las cicatrices de batallas muy antiguas. En el campo había carrocerías blindadas viejas y oxidadas, restos abandonados de la lucha, testimonios de cuánto tiempo hacía que se luchaba en aquella guerra estática. Corrían rumores de que en tierra de nadie todavía había piezas de artillería del siglo XIX. Nos detuvimos en un control, Landen mostró su pase y seguimos avanzando, con un soldado que se unió a nosotros «por precaución». Llevaba un cargador de munición suplementario y el arma cargada (lo que siempre significa que se avecinan problemas), aparte de una daga en la bota. Sólo le quedaban catorce palabras y veintiún minutos para morir en un bosquecito que en tiempos más felices podría haber sido un buen lugar para un picnic. La bala le entraría por debajo del omóplato izquierdo, se desviaría hacia la columna, le atravesaría el corazón, saldría siete centímetros bajo la axila y acabaría encajada en el indicador de combustible. Moriría instantáneamente, y dieciocho meses más tarde yo les contaría a sus padres lo sucedido. Su madre lloraría y su padre me daría las gracias con la

garganta seca. Pero el soldado no sabía nada de eso. Ésos eran mis recuerdos, no los suyos.

—¡Un avión ruso de observación! —gritó el soldado condenado.

Landen me ordenó que volviese a los árboles. Al soldado le quedaban nueve palabras. Sería la primera persona que vería morir en el conflicto, pero estaría lejos de ser la última. Siendo civil te ahorras esa clase de molestias, pero en el Ejército son habituales... y nunca te acostumbras.

Di un volantazo y regresé al bosquecillo lo más rápidamente posible. Nos detuvimos bajo la cubierta protectora de los árboles y contemplamos el pequeño avión de observación bajo la sombra moteada. En ese momento no lo sabíamos, pero una avanzadilla de comandos rusos se dirigía hacia nosotros. Media hora antes habían ocupado el puesto de observación hacia el que nos dirigíamos y los comandos recibían el apoyo del avión de observación que habíamos visto. Tras ellos iban veinte tanques de batalla rusos con apoyo de infantería. El ataque fallaría, claro está, pero sólo gracias a la radio VHF que llevábamos en el Dingo. Yo saldría de allí, y Landen pediría un ataque aéreo. Así fue como sucedió. Así es como había sucedido *siempre*. Unidos por el miedo y el calor del combate. Pero mientras nos protegíamos bajo los abedules, apretujados en el vehículo, acompañados exclusivamente por el arrullo de una perdiz y el susurro bajo del motor del Dingo, no lo sabíamos y sólo nos preocupaba que el avión de observación que daba vueltas sobre nuestras cabezas retrasaba nuestra llegada al puesto de observación.

—¿Qué hace? —susurró Landen, protegiéndose los ojos para ver mejor.

—Parece un Yak-12 —respondió el soldado.

Le quedaban seis palabras y menos de un minuto. Yo había estado mirando hacia arriba, como ellos, pero entonces miré por la escotilla de observación del vehículo de reconocimiento. El corazón me dio un vuelco cuando vi a un ruso correr y saltar a una hondonada natural a cien metros delante del Dingo.

—¡Rusos! —grité—. ¡A cien metros, a las doce en punto!

Alcé la mano para cerrar la escotilla, pero Landen me agarró la muñeca.

—¡Todavía no! —susurró—. Mete una marcha.

Hice lo que me decía mientras Landen y el soldado se giraban para mirar.

—¿Qué ves? —susurró Landen.

—Cinco, quizá seis —le susurró el soldado—, viniendo hacia aquí.

—Yo también —murmuró Landen—. ¡Adelante, cabo, adelante!

Pisé el acelerador, solté el embrague y el Dingo avanzó de pronto. Casi instantáneamente se oyó el estruendo del fuego de las ametralladoras. Para ellos éramos una sorpresa malograda. Oí los disparos más cercanos cuando nuestro soldado respondió al fuego, junto con el estallido esporádico de una pistola que sabía que era de Landen. No cerré la escotilla de observación; tenía que ver todo lo que me

fuese posible. El vehículo de reconocimiento daba tumbos por el sendero y se desvió antes de acelerar con el repiqueteo metálico de las armas golpeando el blindaje. Sentí un peso que me caía contra la espalda y un brazo ensangrentado me tapó la visión.

—¡Sigue avanzando! —gritó el soldado—. ¡Y no te detengas hasta que yo te lo diga!

Soltó otra ráfaga, sacó el cargador vacío, encajó el nuevo y volvió a disparar.

—¡No sucedió así...! —protesté en voz alta, ya que el soldado había sobrepasado el tiempo asignado y el recuento de palabras. Miré la mano ensangrentada que había caído sobre mí. Una sensación de temor comenzó a devorarme lentamente por dentro. El indicador de combustible seguía intacto... ¿no tendría que haber estallado cuando habían disparado al soldado? Luego lo comprendí. El soldado había sobrevivido y el *oficial* había muerto.

Me senté de golpe en la cama, empapada de sudor y con la respiración agitada. El impacto del recuerdo había disminuido con los años, pero había algo nuevo en él, algo inesperado. Repasé mentalmente las imágenes, viendo cómo la mano ensangrentada caía una y otra vez. Todo parecía horriblemente real. Pero había algo que se me escapaba, algo que tendría que haber sabido pero que ignoraba... una pérdida que no podía explicar, una ausencia que era incapaz de precisar...

—Landen —dijo una voz tranquila desde la oscuridad—, se llamaba *Landen*.

—¡Landen! —grité—. Sí, sí, se llamaba Landen.

—Y no murió en Crimea. Murió el soldado.

—No, no, ¡recuerdo que murió!

—El recuerdo está *equivocado*.

Era Yaya, sentada junto a mí, vestida con su camisón de guinga. Me agarraba la mano con fuerza y me miraba a través de sus gafas, con el pelo gris a la deriva y desgredado. Y con sus palabras comencé a recordar. Landen *había* sobrevivido... debía sobrevivir para poder pedir el ataque aéreo. Pero incluso en aquel momento, despierta, podía recordarle muerto a mi lado. No tenía sentido.

—¿No murió?

—No.

Tomé de la mesa de noche el retrato suyo que había esbozado.

—¿Volví a verle? —pregunté, examinando el rostro, que no me resultaba familiar.

—Oh, sí —respondió Yaya—. Muchas veces. Es más, te casaste con él.

—Lo hice, ¿verdad? —Lloré. Las lágrimas fluyeron de mis ojos a medida que los recuerdos regresaban—. ¡En la Sagrada Señora del Bogavante, en Swindon! ¿Estuviste allí?

—Sí —dijo Yaya—, no me lo hubiese perdido por nada.

Seguía confusa.

—¿Qué le pasó a él? ¿Por qué no está conmigo ahora?

—Fue erradicado —respondió Yaya en voz baja—. Obra de Lavoisier y Goliath.

—Lo recuerdo —respondí, con la oscuridad de mi mente transformándose en luz a medida que se abría una cortina y todo lo sucedido regresaba en torrente—. Jack Schitt. Goliath. Erradicaron a Landen para chantajearme. Pero fracasé. No le recuperé. Por eso estoy aquí. —Callé—. Pero ¿cómo es posible que le haya olvidado? ¡Ayer mismo pensaba en él! ¿Qué me está pasando?

—Es Aornis, cariño —me explicó Yaya—. Es mnemonomorfa. Cambia los recuerdos. ¿Recuerdas todos los problemas que tuviste con ella?

Los recordaba, ahora que los mencionaba. Las palabras de Yaya rasgaron el delicado velo de olvido que ocultaba la presencia de Aornis a mi mente. Todo lo relativo a la hermanita pequeña de Hades regresó como si hubiese estado oculto a mi memoria consciente. Aornis, que había jurado vengarse de mí por haber matado a su hermano; Aornis, que podía manipular los recuerdos como le diese la gana; Aornis, que casi había provocado un Apocalipsis de la Crema Maravillosa. Pero Aornis no estaba allí. Ella vivía en...

—... el mundo *real* —murmuré—. ¿Cómo puede estar aquí, dentro de la ficción? En *Caversham Heights*, de todos los lugares posibles.

—No lo está —respondió Yaya—. Aornis sólo está en tu mente. Tampoco es ella por entero. No es más que un gusano mental, una especie de virus psíquico. Aornis es ingeniosa, adaptable y rencorosa; no conozco a nadie más capaz de tener vida propia dentro de los recuerdos de otra persona.

—Bien, ¿cómo me libero de ella?

—En mi juventud tuve experiencia con mnemonomorfos —respondió Yaya—, pero hay cosas que debe derrotar uno mismo. Presta atención, y tú y yo hablaremos a menudo y durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿todavía no ha acabado?

—No —respondió Yaya con tristeza, cabeceando—. Me gustaría que no fuese así. Prepárate para un buen susto, joven Thursday. Dime el nombre completo de Landen.

—¡No seas ridícula! —la reñí—. Es Landen Parke...

Callé. Un miedo frío me invadió el pecho. Seguro que podía recordar el nombre de mi esposo. Pero por mucho que lo intentase, no me era posible. Miré a Yaya.

—Sí, lo sé —respondió—, pero no voy a decírtelo. Cuando lo recuerdes, sabrás que has ganado.

El Pozo de las Tramas Perdidas

NOTAALPIÉFONO. Aunque el doctor Fausto, ya en 1622, propuso la idea de emplear las notas al pie como medio de comunicación, hasta 1856 no se fabricó el primer notaalpiéfono práctico. En 1895 se instaló una versión experimental en *Tiempos difíciles*. Tres años después casi todo Dickens estaba conectado. El sistema se expandió con rapidez, culminando en la primera conexión entre géneros, inaugurada con gran fanfarria en 1915 entre *Drama humano* y *Crimen*. Desde entonces la red ha sido mejorada y ampliada, pero la reciente aparición de las llamadas-basura de notaalpiéfono y la liberalización de los canales de noticias y entretenimiento casi han bloqueado el sistema. En 1985 se creó una red de notaalpiéfono móvil.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

Yaya se había levantado temprano para preparar el desayuno y me la encontré dormida en el sillón, con la tetera casi fundida sobre la cocina y *Pickwick* completamente enredada en su labor de punto. Preparé un poco de café y me serví el desayuno a pesar de que sentía náuseas. *ibb* y *obb* llegaron un poco más tarde y me dijeron que habían «dormido como troncos» y que tenían tanta hambre que podían «comerse un caballo entre dos colchones». Engullían el desayuno cuando llamaron a la puerta. Era Akrid Snell, la mitad de Perkins & Snell, la serie de novelas de detectives. Tenía unos cuarenta años, vestía un elegante traje beige con sombrero a juego y completaba el retrato un abundante bigote pelirrojo. Era uno de los abogados de Jurisficción y le habían asignado mi caso; todavía me enfrentaba a la acusación de infracción de ficción, por cambiar el final de *Jane Eyre*.

—Hola —dijo—. ¡Bienvenida al MundoLibro!

—Gracias. ¿Estás bien?

—¡Estoy estupendamente! —respondió—. He librado a Edipo de la acusación de incesto. Con un tecnicismo, claro está... en el momento de los hechos no sabía que ella era su madre.

—Claro está —convine—. ¿Y Fagin?

—Me temo que sigue condenado a la horca —dijo con menos alegría—. El Grifo está en ello... seguro que encontrará una salida. —Mientras hablábamos daba un vistazo al interior del lastimoso bote volador—. ¡Bien! —dijo al fin—. Tomas algunas decisiones curiosas. He oído que se está creando la última novela de Daphne Farquitt un poco más abajo, en este mismo estante. Está ambientada en el siglo XVIII y sería mucho más cómoda que esto. ¿Has visto la reseña de mi último libro?

Se refería, claro está, al libro en el que aparecía. Snell era ficticio desde la suela de los zapatos hasta la copa del sombrero y, como la mayoría de los personajes de ficción, un poco sensible a ese hecho. Yo había leído la reseña de *Entusiasmado con la muerte* y era bastante negativa; en situaciones como ésa, el tacto era esencial.

—No. Debí despistarme.

—¡Oh! —respondió—. Bien, era realmente... realmente buena, la verdad. Recibí halagos tales como: «Snell es... muy bueno... redondo diría.» Y describía el libro como: «Con seguridad el más grande... de 1986.» También se habla de un estuche. Escucha, quería decirte que probablemente tu juicio por infracción de ficción se celebre la próxima semana. Intenté lograr otro aplazamiento, pero Hopkins es ante todo tenaz; quedan por decidir el lugar y la hora.

—¿Debería preocuparme? —pregunté, acordándome de la última vez que había tenido que vérmelas con un tribunal del MundoLibro, en *El proceso* de Kafka. El resultado había sido predeciblemente impredecible.

—En realidad no —admitió Snell—. Nuestra defensa basada en la «aprobación incondicional de los lectores» debería servir para algo. Al fin y al cabo, la verdad es que lo hiciste, así que mentir descaradamente no serviría de mucho. Escucha —prosiguió, sin tomar aliento—, la señorita Havisham me ha pedido que te enseñe las maravillas del Pozo. Habría venido ella misma, pero tiene un curso de exterminio de gramásitos.

—Vimos gramásitos en *Grandes esperanzas* —le dije.

—Eso he oído. Nunca se es demasiado cuidadoso con los gramásitos. —Miró a ibb y a obb, que se estaban terminando mis huevos con bacon—. ¿Esto es un desayuno?

Asentí.

—¡Fascinante! Siempre me he preguntado qué aspecto tendría un desayuno. En nuestros libros tenemos veintitrés cenas, doce almuerzos y dieciocho horas del té... pero ni un solo desayuno. —Tardó un momento en preguntar—: ¿Por qué crees que la confitura de naranja se llama mermelada?

Le dije que no tenía ni idea y le pasé una taza de café.

—¿Hay genéricos viviendo en tus libros? —pregunté.

—Como media docena a la vez —respondió, sirviéndose azúcar y mirando fijamente a ibb y obb, quienes, como hacían siempre, le miraron a él—. Son muy

aburridos hasta que desarrollan una personalidad. Entonces se pueden volver muy entretenidos. El problema es que tienen la molesta costumbre de asimilar las características de un protagonista de carácter fuerte, personalidad que puede extenderse entre ellos como una plaga. Antes se los acuartelaba en masa, pero cambiamos de política después de alojar a seis mil genéricos en *Rebeca*. En menos de un mes todos menos ocho se habían convertido en la señora Danvers. Escucha, supongo que no te interesa tener un par de amas de llaves, ¿verdad?

—No creo —respondí, recordando la personalidad ligeramente abrasiva de la señora Danvers.

—No me extraña —respondió Snell riendo.

—Entonces, ¿ahora hay un número limitado por novela?

—Aprendes rápido. Tuvimos un problema similar con los Merlines. Desde hace años los magos mentores de edad avanzada y barba nos salen por las orejas.

Se inclinó hacia mí.

—¿Sabes cuántos Merlines ha colocado el Pozo de las Tramas Perdidas en los últimos cincuenta años?

—Dime.

—¡Nueve mil! —jadeó—. ¡Hemos alterado tramas para incluir mentores de edad avanzada! ¿Crees que estuvo mal?

—No estoy segura —dije, un poco confundida.

—Al menos, Merlín es un personaje popular —añadió Snell—. Le pones otro sombrero y puede aparecer casi en cualquier lado. Intenta librarte de miles de señoras Danvers. No hay demasiada demanda de amas de llaves cincuentonas espeluznantes; de nada valieron las ofertas de compre dos y llévase una gratis. Las usamos para corregir erratas. Como una especie de ejército.

—¿Cómo es? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—A ser ficticio.

—¡Ah! —respondió Snell lentamente—. Sí... ficticio.

Comprendí demasiado tarde que había ido excesivamente lejos. Imaginé que así se hubiera sentido un perro de haber sacado el tema del moquillo en una conversación educada.

—No te reprocho tu curiosidad, señorita Next. Puesto que eres una exterior, no me ofendo. Si yo fuese tú, no preguntaría demasiado por el pasado de los ficticios. Todos aspiramos a ser nosotros mismos, un personaje original en una letanía de ficción tan vasta que nuestra aspiración es vana. Después del entrenamiento básico en San Tabularrasa, pasé a la Facultad de Detectives Dupin; hice viajes de estudios por las obras de Hammet, Chandler y Sayers antes de asistir a un curso de posgrado en la Facultad Avanzada Agatha Christie. Me hubiese gustado ser original, pero nací

setenta años tarde. —Hizo una pausa para reflexionar. Yo lamentaba haber sacado el tema. No debe de resultar fácil ser un refrito de todo lo ya escrito—. ¡Bueno! —dijo, terminándose el café—. Ya basta de hablar de mí. ¿Lista?

Asentí.

—Entonces, vamos.

Dicho lo cual, tomándome de la mano, me transportó fuera de *Caversham Heights*, a los interminables pasillos del Pozo de las Tramas Perdidas.

El Pozo era similar a la Biblioteca en lo tocante al aspecto del edificio —madera oscura, alfombras gruesas, muchos estantes—, pero ahí terminaban las similitudes. Para empezar, era *ruidoso*. Artesanos, operarios, técnicos y genéricos recorrían los anchos pasillos, apareciendo y desapareciendo cuando pasaban de un libro a otro, construyendo, cambiando y borrando según los deseos de los autores. Por todas partes había cajas y paquetes, y la gente comía, dormía y se ocupaba de sus asuntos en talleres y casitas construidas como si de un desordenado barrio de chabolas se tratase. Carteles y vallas anunciaban bienes y servicios específicos del negocio de la escritura.^[5]

—Creo que estoy recibiendo un mensaje-basura de notaalpiéfono, Snell —dije por encima del estruendo—. ¿Debería preocuparme?

—Aquí abajo se reciben continuamente —me respondió—. Ignóralos... y nunca pases una nota al pie en cadena.^[6]

Nos acosó un hombre anuncio rechoncho que anunciaba recursos narrativos a medida «para el palabrista exigente».

—No, gracias —gritó Snell, agarrándome del brazo y yendo hacia un punto más tranquilo, entre Emporio del Capítulo Final del doctor Forthright y la Primera Academia de Mentores—. El Pozo tiene veintiséis pisos —me dijo, agitando una mano hacia la multitud bulliciosa—. En su mayoría son fábricas caóticas de prosa ficticia como éste, pero en el subsótano veintiséis hay una entrada al Mar Textual. Un día bajaremos hasta allí y veremos cómo descargan los garabateros.

—¿Qué descargan?

—Palabras —Snell sonrió—, palabras, palabras y más palabras. Los ladrillos de la ficción, el ADN de la narrativa.

—Pero no veo que estén escribiendo ningún libro —comenté, mirando a mi alrededor.

Rió por lo bajo.

—¡Vosotros los exteriores! Puede que los libros *parezcan* sólo palabras sobre páginas, pero en realidad hay una tecnología tremendamente compleja de ImaginoTransferencia que convierte esos garabatos de tinta en imágenes dentro de tu cabeza. Ahora mismo estamos empleando el Sistema Operativo LIBRO V8.3. Pero no

por mucho tiempo. La Gran Central Textual quiere actualizar el sistema.

—En las noticias de anoche alguien mencionó UltraPalabra™ —comenté.

—Un nombre para finolis. LIBRO V9, para mí y para ti. El verbalizador Libris nos lo presentará pronto. Ya están probando UltraPalabra™. Si es tan bueno como dicen, ¡los libros no volverán a ser lo mismo!

—Bien —suspiré, intentando captar la idea—. Siempre había pensado que las novelas simplemente... bien, se *escribían*.

—*Escribir* no es más que la palabra que empleamos para describir el proceso de grabación —respondió Snell mientras seguíamos caminando—. En el Pozo de las Tramas Perdidas conectamos la imaginación del escritor con los personajes y tramas de forma que tengan sentido en la mente del lector. Después de todo, puede argumentarse que leer es un proceso mucho más creativo e imaginativo que escribir; merece tanto respeto el lector que recrea una emoción, o los colores del cielo durante la puesta de sol, o el olor de la brisa cálida de verano en la cara, como el escritor... quizá más.

Era una idea original; la sopesé.

—¿En serio? —respondí, algo dubitativa.

—¡Claro que sí! —Snell rio—. «La espuma batiendo los guijarros» no significa nada a menos que imagines las olas cayendo sobre la zona de mareas o sientas las olas estremecer la playa bajo tus pies, ¿no?

—Supongo que no.

—Los libros —dijo Snell— son una forma de magia.

Lo pensé un momento y eché una ojeada a la caótica fábrica de ficción. Mi marido *era* o *es* novelista. Siempre había querido saber qué le pasaba por la cabeza y aquello, suponía, era lo más cerca que iba a estar de saberlo.[\[7\]](#) Seguimos caminando, dejando atrás una tienda llamada Ha pasado un minuto. Vendía recursos descriptivos para el paso del tiempo; esa semana tenían en oferta especial los cambios de estación.

—¿Qué pasa con los libros inéditos? —pregunté, sin saber si los personajes de *Caversham Heights* tenían realmente de qué preocuparse.

—La tasa de fracasos es muy alta —admitió Snell—, y no sólo por su dudoso mérito. *La estregadera de Bunyan* de John McSquurd es uno de los mejores libros que se han escrito jamás pero nunca ha abandonado las manos del autor. La mayoría de las obras malas, rechazadas o sin publicar languidecen aquí abajo en el Pozo hasta que las desmontamos para recuperar los materiales. Otras son tan espantosas que se destruyen: se arrancan las palabras de las páginas y se arrojan al Mar Textual.

—¿Y a los personajes simplemente se los recicla como cartón?

Snell hizo una pausa y tosió cortésmente.

—Yo no malgastaría simpatías en los unidimensionales, Thursday. Acabarás hecha polvo y la verdad es que no hay tiempo ni recursos para reconvertirlos en

personajes más interesantes.

—¿Señor Snell?

Era un joven vestido con un traje caro, que traía lo que parecía una funda de almohada muy sucia con algo pesado del tamaño de un melón en su interior.

—¡Hola, Alfred! —dijo Snell, dándole la mano al hombre—. Thursday, éste es García. Lleva más de diez años suministrando a la serie de Perkins & Snell interesantes recursos narrativos. ¿Recuerdas el torso sin identificar que apareció flotando en el Humber en *Muerte entre los vivos* o el cadáver de veinte años con la bolsa de dinero emparedado en la habitación de *Réquiem por un ratero*?

—¡Por supuesto! —dije, dándole la mano al técnico—. Buen material, muy interesante, del que te hace seguir pasando páginas. ¿Cómo está?

—Bien, gracias —respondió García. Volvió a dirigirse a Snell después de sonreír amablemente—. Tengo entendido que están preparando la siguiente novela de Perkins & Snell y tengo una cosita que podría interesarle.

Abrió la bolsa y miramos dentro. Era una cabeza. Lo más importante, una cabeza *cercenada*.

—¿Una cabeza en una bolsa? —preguntó Snell frunciendo el ceño, mirando más de cerca.

—Efectivamente —dijo García con orgullo—, pero no se trata de *cualquier* cabeza en una bolsa. Ésta tiene un tatuaje sumamente intrigante en la nuca. Usted también podría descubrirla en un contenedor, en el exterior de su oficina, en el congelador de un sospechoso muerto... Las posibilidades son infinitas.

A Snell le chispearon los ojos de emoción. Era justo lo que su próximo libro necesitaba tras la demoledora crítica de *Entusiasmado con la muerte*.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Trescientos —propuso García.

—¡¿Trescientos?! —exclamó Snell—. Con eso podría comprar una docena de cabezas en bolsas y me quedaría dinero para un envío perdido de oro nazi.

García rio.

—Ya nadie usa el recurso del «envío perdido de oro nazi». Si no quiere la cabeza, bueno... puedo colocarla casi en cualquier sitio. Simplemente se la ofrecí a usted primero porque ya hemos hecho negocios antes y me cae bien.

Snell pensó un momento.

—Ciento cincuenta.

—Doscientos.

—Ciento setenta y cinco.

—Doscientos y añadiré un caso de identidad falsa, una guapa agente doble y un microfilm perdido.

—¡Trato hecho!

—Es un placer hacer negocios con usted —dijo García mientras le entregaba la cabeza y se guardaba el dinero—. Dele recuerdos al señor Perkins, por favor.

Sonrió, nos dio la mano a los dos y se fue.

—¡Oh, genial! —exclamó Snell, tan contento como un crío con bici nueva—. ¡Espera a que Perkins vea esto! ¿Dónde crees que deberíamos encontrarla?

La verdad, sinceramente, el truco de la «cabeza en una bolsa» me parecía poco convincente, pero era demasiado educada para decirlo, así que sugerí:

—A mí me gusta la idea del congelador.

—¡A mí también! —dijo entusiasmado mientras pasábamos delante de una pequeña tienda cuyo rótulo rezaba: «Pasados narrativos a medida. No hay trabajo demasiado difícil. Especialidad en infancias traumáticas.»

—¿Pasados?

—Claro. Todo personaje digno de tal nombre tiene un pasado. Entremos a dar un vistazo.

Nos agachamos y atravesamos la puerta baja. El interior era un taller, pequeño y lleno de humo. En medio de la estancia había un banco de trabajo atestado de retortas, tubos de ensayo y productos químicos; las paredes, me di cuenta, estaban forradas de estantes llenos de botellas bien tapadas que contenían pequeñas cantidades de líquidos de colores, cada una etiquetada con la descripción de la clase de pasado correspondiente, desde «infancia idílica» hasta «gallardo pasado militar».

—Ésta está casi vacía —comenté, señalando una botella bastante grande que decía: «Equivocado sentimiento de culpa por la muerte de un ser querido/compañero hace diez años.»

—Sí —dijo un hombrecito con un traje de pana tan deforme que daba la impresión de que el sastre seguía dentro haciendo retoques—, es muy popular últimamente. Algunos apenas están usados. Mire arriba.

Miré las botellas llenas que acumulaban polvo en los estantes superiores. La etiqueta de una rezaba: «Estudió los calamares en Sri Lanka.» Otra ponía: «Aprendiz de cazador galés de topos.»

—Bien, ¿qué puedo hacer por ustedes? —preguntó el creador de pasados, mirándonos con alegría y frotándose las manos—. ¿Algo para la dama? ¿Maltrato a manos de hermanastras sádicas? ¿Un incidente traumático con un animal salvaje? ¿No? Esta semana tenemos en oferta las aventuras amorosas desafortunadas: compra una y llévate gratis un hermano menor con problemas de drogas.

Snell le mostró al mercader su placa de Jurisficción.

—Visita de negocios, señor Grnksghy. Ésta es la aprendiz Next.

—¡Ah! —dijo, perdiendo algo de entusiasmo—. La ley.

—El señor Grnksghy solía escribir pasados para las Brontë y Thomas Hardy —explicó Snell, dejando la bolsa en el suelo y sentándose en el borde de una mesa.

—¡Ah, sí! —respondió el hombre, mirándome por encima de sus gafas de medialuna—. Pero eso fue hace mucho tiempo. Charlotte Brontë sí que *era* una escritora. Mucho buen trabajo para ella, alguno apenas usado...

—Sí, al habla —interrumpió Snell con la mirada perdida—. Estoy con Thursday en el Pozo. ¿Qué pasa?

Vio que los dos le mirábamos y se explicó:

—Notaalpiéfono. Es la señorita Havisham.

—Es de muy mala educación —murmuró el señor Grnksghy—. ¿Por qué no sale fuera si quiere hablar con esa cosa?

—Probablemente no sea nada, pero le echaré un vistazo —dijo Snell, mirando al vacío. Se volvió hacia nosotros, vio que el señor Grnksghy le observaba furibundo y agitó la mano antes de salir de la tienda, todavía hablando.

—¿Dónde estábamos, joven?

—Hablaba de que Charlotte Brontë pedía pasados para sus personajes que luego no usaba.

—Oh, sí. —El hombre sonrió, girando delicadamente un grifo y mirando cómo una gotita de líquido aceitoso y coloreado caía en un matraz—. Creé el pasado narrativo más maravilloso para Edward y Bertha Rochester, pero ¿sabes que sólo usó una pequeña parte de él?

—Debió de ser una gran decepción.

—Lo fue —suspiró—. Soy un artista, no un técnico. Pero no importa. Hace unos años lo vendí completo a *El ancho mar de los Sargazos*. Harry Flashman, de *Los días de escuela de Tom Brown*, siguió el mismo camino. Guardé el pasado del señor Pickwick durante años, pero no pude venderlo. Lo doné al museo de Jurisficción.

—¿Con qué fabrica los pasados, señor Grnksghy?

—Sobre todo con melaza —respondió, agitando el frasco y viendo cómo la sustancia aceitosa se evaporaba—, y recuerdos. *Montones* de recuerdos. Es más, la melaza sólo sirve como aglutinante. Dígame, ¿qué opina de la actualización a UltraPalabra™?

—Todavía tengo que informarme adecuadamente —admití.

—Sobre todo me gusta la idea de ResumeLectura™ —comentó el hombrecillo, añadiendo una gota de líquido rojo y contemplando el resultado con gran interés—. Afirman que podrán comprimir *Guerra y paz* en ochenta palabras, conservando la grandeza del original.

—Ver para creer —respondí.

—Aquí abajo no —me corrigió el señor Grnksghy—. Aquí abajo, *leer* es creer.

Se produjo una pausa mientras yo reflexionaba sobre aquello.

—¿Señor Grnksghy?

—¿Sí?

—¿Cómo se pronuncia su nombre?

En ese momento Snell volvió a entrar.

—Era la señorita Havisham —anunció, recuperando la cabeza—. Gracias por su tiempo, señor Grnksghy. Vámonos.

Snell me llevó por el pasillo dejando atrás más tiendas y vendedores hasta llegar a unos ascensores de bronce y madera. Las puertas se abrieron y varios golfillos de la calle salieron corriendo. Llevaban palos partidos con trozos de papel encajados.

—Ideas de camino a un libro en construcción —explicó Snell mientras entrábamos en el ascensor—. La sesión de Bolsa debe haber empezado. El departamento de Venta y Préstamo de Ideas está en el piso diecisiete.

El ascensor descendió rápidamente.

—¿Te siguen molestando los mensajes-basura de notaalpiéfono?

—Un poco.[\[8\]](#)

—Te acostumbrarás a pasar de ellos.

Sonó la campanilla y las puertas del ascensor se abrieron dejando entrar un viento frío. Estaba más oscuro que el piso que acabábamos de visitar y varios personajes con mala pinta nos miraban desde las sombras. Iba a salir, pero Snell me detuvo. Miró y susurró.

—Éste es el subsótano veintidós. El lugar más peligroso del Pozo. Refugio de salvajes, cazarrecompensas, asesinos, ladrones, estafadores, chaqueteros, ladrones de escenas, bandoleros y plagiarios.

—En el lugar de donde vengo no toleramos tales cosas —murmuré.

—Aquí las *alentamos* —explicó Snell—. La ficción no tendría demasiada gracia sin una buena dosis de sinvergüenzas, y tienen que vivir en algún lugar.

Percibí la amenaza en cuanto salimos del ascensor. Varias figuras encapuchadas cercanas intercambiaron murmullos, los rostros indistinguibles en la oscuridad, las manos huesudas y blancas. Pasamos junto a dos enormes gatos en cuyos ojos parecía bailar el fuego; nos miraron con ansia y se relamieron.

—Cena —dijo uno, mirándonos de arriba abajo—. ¿Nos los comemos juntos o uno a uno?

—Uno a uno —dijo el segundo gato, que era ligeramente mayor y bastante más temible—, pero será mejor que esperemos a que llegue Big Martin.

—Oh, sí —dijo el primer gato, escondiendo las garras con rapidez—, será mejor.

Snell había pasado por completo de los dos gatos; miró la hora y dijo:

—Vamos al Cordero Degollado a vernos con uno de mis contactos. Alguien ha estado montando Recursos Narrativos a partir de unidades dañadas que deberían haber sido inutilizadas. No es sólo ilegal... es peligroso. Lo último que nos hace falta es que aparezca fuera de lugar un recurso narrativo como «¿cortamos el cable rojo o

el cable azul?» y destrozó el suspense. ¿Cuántas historias has leído en las que desactiven la bomba con una hora de margen?

—Supongo que no muchas.

—Supones bien. Hemos llegado.

El interior en penumbra del Cordero Degollado era lastimoso y olía a cerveza. Tres ventiladores de techo agitaban la atmósfera cargada de humo y en un rincón un grupo tocaba música melancólica. Las paredes oscuras estaban divididas en reservados penumbrosos; la barra del centro era por lo visto el lugar más iluminado del local y allí reunidas, como polillas, había una curiosa colección de personas y criaturas, todas ellas charlando en voz baja. La atmósfera del local estaba tan cargada de tópicos que podrías haberla cortado con un cuchillo.

—¿Ves ahí? —dijo Snell, señalando a dos hombres enfrascados en su conversación.

—Sí.

—Mister Hyde hablando con Blofeld. En el siguiente reservado están Von Stalhein y Wackford Squeers. El tipo alto de la capa es el emperador Zhark, tirano de la galaxia conocida. La de las espinas es la señora Bigarilla. Seguramente están en misión de entrenamiento, igual que nosotros.

—¿La señora Bigarilla es una aprendiz? —pregunté incrédula, mirando a la enorme puercoespín que sostenía un cesto de ropa y bebía delicadamente jerez seco.

—No. Zhark es el aprendiz. Bigarilla es agente de pleno derecho. Se encarga de la ficción infantil, preside la Sociedad de Erizos... y nos lava la ropa.

—¿Sociedad de Erizos? —repetí—. ¿Eso para qué sirve?

—Promociona a los erizos en todas las ramas de la literatura. La señora Bigarilla fue la primera que obtuvo un papel protagonista y ha hecho uso de su posición para ayudar a los de su especie; los mencionan Kipling, Carroll, Esopo y, cuatro veces, Shakespeare. También se le dan bien las manchas difíciles y nunca chamusca los puños.

—*La tempestad*, *El sueño de una noche de verano*, *Macbeth* —murmuré, contando con los dedos—. ¿Cuál es la cuarta?

—*Enrique VI*, primera parte, acto cuarto, escena 1: «Puerco bastardo.»

—Siempre había creído que eso era un insulto, no sabía que se referiera a un puercoespín —comenté—. Podía referirse igualmente a un canalla.

Snell suspiró.

—Bien, le hemos concedido el beneficio de la duda. Para compensar la indignidad de haber sido usados como bolas de croquet en *Alicia*. Tampoco menciones a Tólstoi ni a Berlín cuando ande cerca... la conversación con Bigarilla es más fácil si evitas hablar de clases sociales y te limitas a preguntar por la temperatura de lavado de la lana.

—Lo tendré en cuenta —murmuré—. Este bar no tiene tan mala pinta, con todas esas plantas, ¿verdad?

Snell volvió a suspirar.

—Son *trífidos*, Thursday. La cosa llena de bultos que practica el swing con el Jabberwock es un krell, y el rinoceronte de ahí es Rataxis. Arresta a cualquiera que intente venderte tabletas de Soma, no compres ningún geniecillo embotellado por buena que sea la oferta y, sobre todo, *no mires a Medusa*. Si aparecen Big Martin o la Bestia Cazadora, sal por patas. Pídeme una copa y te veré al fondo dentro de cinco minutos.

—Vale.

Se hundió en la oscuridad y me quedé sintiéndome algo incómoda. Me acerqué a la barra y pedí dos copas. Un tercer gato se había unido a los otros dos que había visto antes. El recién llegado me señaló, pero los otros dos negaron con la cabeza y le susurraron algo al oído. Me volví hacia el otro lado y di un respingo de sorpresa cuando me encontré cara a cara con una criatura curiosa que parecía haber escapado de una mala novela de ciencia ficción. Era todo tentáculos y ojos. En mi cara debió de aparecer una sonrisa porque la criatura me increpó:

—**¿Cuál es el problema, nunca habías visto a un thraal?**

No entendí ni una palabra; me pareció que hablaba en **Courier Bold**, pero no estaba segura, así que no dije nada, con la esperanza de librarme.

—**¡Eh!** —dijo—. **Te estoy hablando, dos ojos.**

El altercado había atraído a otro hombre, que tenía aspecto de ser el resultado de algún grotesco experimento genético malogrado.

—Dice que no le caes bien.

—Lo lamento.

—A mí tampoco me caes bien —dijo el hombre en tono amenazador. Luego añadió, por si me hacía falta—: Estoy sentenciado a muerte en siete géneros.

—Lamento oírlo —le aseguré, pero no resultó.

—¡Más lo lamentarás!

—Venga, Nigel —dijo una voz que reconocí—. Deja que te invite a un trago.

Aquello no gustó al experimento genético, porque de inmediato acercó la mano al arma; un movimiento rápido y en un instante tenía mi automática contra su cabeza. La pistola de Nigel seguía en la funda. Se hizo el silencio en el bar.

—Eres rápida, chica —dijo Nigel—. Eso lo respeto.

—Viene conmigo —afirmó el recién llegado—. Vamos a tranquilizarnos.

Bajé el arma y volví a poner el seguro. Nigel asintió respetuosamente y volvió a su sitio en la barra, junto al alienígena de aspecto extraño.

—¿Está bien?

Era Harris Tweed. Un colega agente de Jurisficción, exterior como yo. Le había

visto por última vez hacía tres días, en la biblioteca de lord Volescamper, cuando habíamos hecho huir al ficticio renegado Yorrick Kaine después de que éste invocase a la Bestia Cazadora para destruirnos. Tweed se había ido siguiendo los ladridos de un librosabueso y no le había visto desde entonces.

—Gracias, Tweed —dije—. ¿Qué pretendía el alienígena?

—Es un thraal, Thursday. Hablaba en **Courier Bold**, la lengua tradicional del Pozo. Los thraal no son sólo todo ojos y tentáculos, sino todo boca... no le hubiese hecho daño. Por otra parte, a Nigel se le ha ido la mano en más de una ocasión. De todas formas, ¿qué hace sola en el subsótano veintidós?

—No estoy sola. Havisham está ocupada, así que Snell me está mostrando las cosas.

—Ah —respondió Tweed, mirando a su alrededor—. ¿Eso significa que va a hacer el examen de acceso?

—Ya llevo un tercio del examen escrito. ¿Localizó a Kaine?

—No. Llegamos hasta Londres, donde le perdimos el rastro. Los librosabuesos no lo hacen muy bien en el Exterior, y además debemos obtener un permiso especial para perseguir a LibroHuidos en el mundo real.

—¿Qué ha dicho Bellman?

—Está a favor, claro —respondió Tweed—, pero el lanzamiento de UltraPalabra™ ha acaparado las conversaciones del Consejo de Géneros. En su momento daremos con Kaine.

En ese momento regresó Snell, quien dirigió un saludo a Tweed, que éste devolvió educadamente.

—Buenos días, señor Tweed —dijo Snell—. ¿Se une a nosotros para tomar una copa?

—Por desgracia, no puedo —respondió Tweed—. Los veré mañana por la mañana al pasar lista, ¿vale?

—Un tipo curioso —comentó Snell tan pronto Tweed se hubo ido—. ¿Qué hacía aquí?

Le pasé la bebida a Snell y nos sentamos en un reservado vacío. Estaba situado cerca de los tres gatos y nos miraban con glotonería mientras consultaban un enorme libro de recetas.

—He tenido algunos problemas en la barra y Tweed ha acudido en mi ayuda.

—Eso está bien. ¿Alguna vez has visto uno de éstos?

Hizo rodar un pequeño globo sobre la mesa y yo lo recogí. Se parecía un poco a un adorno de Navidad, aunque era algo más resistente. Había un pequeño texto con código de barras y un número de identificación impreso a un lado.

—«¡De pronto, se oyó un disparo! DNC/167945» —leí en voz alta—. ¿Qué significa?

—Es un recurso narrativo congelado en seco. Robado. Lo partes y ¡pum!, la historia se sale por la tangente.

—¿Cómo sabemos que es robado?

—No lleva el sello de autorización del Consejo de Géneros. Sin él, no vale nada. Regístralo como prueba cuando regreses a la oficina.

Dio un sorbo a la bebida, tosió y miró la copa.

—¿Qué es esto?

—No estoy segura, pero la mía sabe igual de mal.

—Eso no es posible. Hola, emperador, ¿conoce a Thursday Next? Thursday, éste es el emperador Zhark.

Allí, junto a nuestra mesa, había un hombre alto con capa. Era de piel pálida, pómulos marcados y llevaba una perilla pequeña y muy bien recortada. Me miró con ojos fríos y oscuros y alzó una ceja imperial.

—Saludos —entonó con indiferencia—. Recuerdos a la señorita Havisham. Snell, ¿cómo va mi defensa?

—No muy bien, Su Impiedad —respondió—. Puede que aniquilar todos los planetas del cúmulo de Cignus no fuese muy buen paso.

—Es culpa de esos malditos rambosianos —dijo Zhark furioso—. Amenazaron mi imperio. De no haber destruido sistemas estelares nadie me habría respetado; es por el bien de la paz galáctica, ya lo sabe... *estabilidad*, y además, ¿qué sentido tiene poseer un rayo mortífero devastadoramente destructivo si no puedes usarlo?

—Bien, yo no iría repitiendo eso por ahí. ¿No puede decir que lo estaba limpiando cuando se le disparó sin querer, o algo parecido?

—Supongo —dijo Zhark a regañadientes—. ¿Hay una cabeza en la bolsa?

—Sí —respondió Snell—. ¿Quiere mirar?

—No, gracias. Oferta especial, ¿no?

¿Qué?

—Oferta especial. Ya sabe, saldo por liquidación. ¿Cuánto pagó por ella?

—Sólo... cien —dijo Snell, mirándose—. Menos aún, en realidad.

—Le han timado. —Zhark rió—. Salen a cuarenta la media docena en CrimenEscena, Inc. y vienen con doble sello.

Snell se puso colorado y dio un salto para ponerse en pie.

—¡Ese cabroncete! —escupió—. ¡Cuando vuelva a verle le meteré en una bolsa! Se volvió hacia mí.

—¿Podrás volver sola?

—Claro.

—Bien —respondió entre dientes—. ¡Nos vemos más tarde!

—¡Un momento! —dijo, pero era demasiado tarde. Había desaparecido.

—¿Problemas? —preguntó Zhark.

—No —respondí lentamente, sosteniendo la funda de almohada sucia—. Simplemente que se le ha olvidado la cabeza. Ah, y tenga cuidado, emperador, un trífido se le acerca por la espalda.

Zhark se volvió para encararse con el trífido. Éste se lo pensó mejor antes de atacar y regresó con sus amigos, que enfriaban las raíces en la barra.

Zhark se fue y yo miré a mi alrededor. En la mesa de al lado un cuarto gato se había unido a los otros tres. Era más grande que ellos y con bastantes más cicatrices de batalla. Sólo tenía un ojo y le habían arrancado unos buenos trozos de oreja. Todos se relamieron y el gato más reciente dijo en voz baja:

—¿Nos la comemos?

—Todavía no —respondió el primer gato—, estamos esperando a Big Martin.

Volvieron a las bebidas sin apartar la vista de mí. Ya me hacía una idea de cómo se sentían los ratones. Al cabo de diez minutos decidí que no iba a dejarme intimidar por unos animales domésticos sobredimensionados y me levanté para irme, llevándome conmigo la cabeza de Snell. Los gatos también se levantaron y me siguieron por el pasillo sombrío. En las tiendas vendían armas, planes malvados para dominar el mundo e ideas novedosas para asesinatos, venganzas, extorsiones y demás cabronadas. Me di cuenta de que también era fácil entrenar a los genéricos en las malas artes para convertirlos en malvados. Los gatos maullaron de emoción y apreté el paso hasta que salí a un espacio abierto entre los edificios de madera del barrio de chabolas. La razón para la existencia del espacio abierto era evidente. Sentado en una caja había otro gato. Pero éste era diferente. No era un gato doméstico sobredimensionado. Aquella bestia era cuatro veces más grande que un tigre y me miraba con una malevolencia que no terminaba de ocultar. Había sacado las garras y enseñaba los colmillos, brillantes de glotona ansiedad. Me detuve y miré atrás. Los otros cuatro gatos, en fila, me miraban expectantes, moviendo la cola. Una mirada rápida por el pasillo me dejó claro que no había nadie cerca que pudiese ayudarme; es más, la mayoría de los presentes parecían estar preparándose para contemplar el espectáculo. Saqué la automática mientras uno de los gatos saltaba hasta el recién llegado y le decía:

—¿Podemos comérmola ahora, porfa?

El gato enorme posó una de sus zarpas en la caja y la desplazó sobre la madera. Era como una cuchilla cortando arcilla húmeda. Me miró con inmensos ojos verdes y dijo con voz profunda y vibrante:

—¿No deberíamos esperar a que llegue Big Martin?

—Sí —suspiró el gato más pequeño, decepcionado—, quizá deberíamos esperar.

De pronto, el gato grande irguió las orejas y saltó de la caja a la oscuridad; apunté con la pistola, pero no me atacaba a mí. El gato desmesurado huía presa del pánico. Los otros felinos abandonaron la escena con rapidez y en un tris también

desaparecieron los testigos. A los pocos segundos estaba completamente sola en el pasillo, sin otra compañía que el martilleo rápido de mi propio corazón y la cabeza en la bolsa.

6

La noche de los gramásitos

GRAMÁSITO. Término genérico para una forma de vida parásita que vive en los libros y se alimenta de gramática. Conocidos técnicamente como «gerundores», fueron un primer intento de transformar sustantivos (de los que había en abundancia) en verbos (que en aquella época no eran tan abundantes) por el simple procedimiento de añadir un sufijo. Fueron un completo fracaso en la administración de recursos verbales, escaparon y ahora vagan libremente por los subsótanos. Aunque afortunadamente son muy poco habituales en la Biblioteca, de vez en cuando se localizan núcleos aislados de gramásitos a los que se combate implacablemente.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
Biblioteca (glosario)*

Me volví y caminé lentamente hacia los ascensores, con una tremenda sensación de inminente alteridad poniéndome de punta los pelos de la nuca. Pulsé el botón de llamada pero no pasó nada; corrí por el pasillo y probé con una segunda batería de ascensores pero sin mayor éxito. Estaba considerando correr hasta las escaleras cuando oí algo. Era un gemido bajo y distante muy diferente a cualquier otro gemido bajo que hubiese oído o que quisiese volver a oír. Me resbalaba la bolsa de la cabeza porque me sudaban las manos y, aunque me *repetí* que estaba tranquila, pulsé el botón de llamada varias veces e iba a empuñar la automática justo cuando una forma se recortó al fondo del pasillo. Volaba cerca de los estantes y se parecía a un murciélago, a un lagarto y también a un buitre. Estaba cubierta de pelaje gris desigual, vestía calcetines de rayas y un chaleco de colores llamativos de dudoso gusto. Ya había visto algo así antes: era un gramásito y, aunque diferente del adjetivoro de *Grandes esperanzas*, supuse que igualmente dañino. No era de extrañar que los residentes del Pozo hubiesen puesto pies en polvorosa. El gramásito pasó a toda velocidad sin verme y desapareció con un estruendo similar al de la artillería lejana. Me relajé un poco, esperando que el Pozo volviese a la vida, pero no se movió nada. Muy lejos, en la distancia, más allá del Cordero Degollado, un murmullo alcanzó mis oídos atentos. Volví a darle al botón de llamada a medida que el sonido aumentaba de intensidad y una ligera brisa me daba en la cara, como el céfiro

aceitoso que precede el paso del metro. Me estremecí. En el lugar de donde yo venía, una Browning automática era muy convincente, pero no tenía ni idea de cómo afectaría a un parásito que chupaba gramática... y no me parecía un buen momento para descubrirlo. Me disponía a correr cuando oí un sonido melodioso, la luz del botón de llamada se encendió y uno de los indicadores de ascensor comenzó a moverse lentamente hacia el suelo. Corrí y apoyé la espalda contra las puertas, soltando el seguro de la automática mientras el viento y el ruido se intensificaban. Los primeros gramásitos llegaron cuando el ascensor estaba a cuatro pisos de distancia. Mientras volaban miraban el pasillo olisqueando los libros con sus largos morros y soltando chirridos de excitación. Eran la vanguardia. Unos segundos después llegó la bandada acompañada de un rugido ensordecedor. Dos o tres gramásitos golpeaban libros hasta que caían de los estantes y otros se lanzaban gritando de emoción sobre los manuscritos inacabados. Se produjo una escaramuza cuando un personaje saltó de una página, sólo para ser empalado por un gramásito que redujo al pobre desgraciado a unas pocas frases explicativas que a continuación se comieron los carroñeros que aguardaban a un lado. Había visto más que suficiente. Abrí fuego y me cargué a tres, que los mismos carroñeros se comieron de inmediato. Estaba claro que los gramásitos tenían poco sentido del honor y poca compasión; sus compatriotas se limitaron a redistribuirse para llenar los huecos que habían dejado sus camaradas caídos. Acerté a dos más que escarbaban en las estanterías intentando hacer caer más libros y luego me giré para recargar. Al hacerlo, otro silencio siniestro llenó el pasillo. Preparé la automática y alcé la vista. Unos cien gramásitos me miraban con sus diminutos ojos negros, y no describiría precisamente sus miradas como de amistosos vecinos. Suspiré. Vaya una forma de acabar. Ya podía ver la lápida:

THURSDAY NEXT

1950-1986

Agente de OpEspec y amante esposa
de alguien que no existe.

*Asesinada por una razón no demasiado clara
en un lugar abstracto por un enemigo abstracto.*

Alcé el arma y los gramásitos se agitaron un poco, como si estuviesen decidiendo cuál de ellos se sacrificaría para poder reducirme. Apuntaría con el arma al que empezase a moverse, con la esperanza de posponer lo inevitable. El que parecía el líder —me di cuenta de que llevaba el chaleco de colores más llamativos— dio un paso al frente y yo le apunté mientras otro aprovechaba la oportunidad y se lanzaba de pronto contra mí, con su pico afilado directo hacia mi pecho. Me giré justo a

tiempo de ver sus diminutos ojos negros centellear con mil verbos digeridos cuando una mano en el hombro tiró de mí hacia el ascensor. El gramásito, llevado por la inercia, hundió el pico en la madera circundante. Fui a darle al botón de cerrar, pero mi salvador todavía anónimo me agarró la muñeca con destreza.

—*Nunca* huimos de los gramásitos.

Era un tono de reprimenda que conocía muy bien. La señorita Havisham. Vestida con su harapiento traje de novia, con velo y todo, me miraba consternada. Creo que yo era una de las peores aprendizas que había tenido que educar... o al menos así conseguía que me sintiera.

—No tenemos nada que temer excepto al propio miedo —entonó, sacando su pistola de bolsillo y encargándose de dos gramásitos que habían ido corriendo hacia las puertas del ascensor—. ¡Parece que me paso las horas que estoy despierta salvándote, mi niña!

Los gramásitos avanzaban lentamente hacia nosotras; ya había al menos trescientos y llegaban más. La verdad es que nos superaban en número.

—Lo siento —respondí con rapidez, haciendo una reverencia, por si acaso, mientras disparaba otra vez—, pero ¿no cree que deberíamos irnos?

—Sólo temo a la Bestia Cazadora —anunció Havisham autoritaria—. A la Bestia Cazadora, a Big Martin... y la sémola.

Le disparó a otro gramásito con un chaleco especialmente afrutado y siguió hablando.

—Si te hubieses molestado en prepararte, sabrías que esos de ahí son verbisoides, probablemente los gramásitos más fáciles de eliminar.

Y casi sin parar para tomar aliento, la señorita Havisham se lanzó a una interpretación ronca y desafinada de *Jerusalén*. Los gramásitos se detuvieron de golpe y se miraron. Para cuando yo me uní a ella en el verso sobre el «santo cordero de Dios» habían empezado a retroceder de miedo. Cantamos en voz más alta, la señorita Havisham y yo, y al llegar a «satánicos molinos» ya habían empezado a huir; cuando llegamos a «dadme mi carro de fuego» no quedaba ni uno.

—¡Rápido! —dijo la señorita Havisham—. Recoge los chalecos. Dan una recompensa por ellos.

Recogimos los chalecos de los gramásitos caídos; no resultó un trabajo agradable. Los cadáveres olían tanto a tinta que no podía evitar toser. Los cuerpos se los llevarían los limpiaplagas, que los hervirían y destilarían de ellos los verbos que pudiesen. En el Pozo no se malgastaba nada.

—¿Qué eran los más pequeños?

—Lo he olvidado —respondió Havisham, haciendo un paquete con los chalecos—. Aquí tienes, te va a hacer falta. Estúdialo bien si quieres aprobar los exámenes.

Me pasó mi guía de viaje, la que me había quitado Goliath; en sus páginas se

encontraban todos los consejos y el equipo que necesitaba para viajar por el MundoLibro.

—¿Cómo lo logró?

La señorita Havisham no me respondió. Bufó y me llevó de vuelta al ascensor. Estaba claro que no le apetecía estar en el subsótano veintidós. No podía reprochárselo, francamente.

La señorita Havisham se relajó cuando abandonamos los subsótanos y regresamos a la naturaleza ordenada de la Biblioteca.

—¿Por qué los gramásitos llevan calcetines a rayas? —pregunté, mirando el paquete de prendas que había en el suelo.

—Probablemente porque los de topos están pasados de moda —respondió encogiéndose de hombros y recargando el arma—. ¿Qué hay en la bolsa?

—Oh... eh... una compra de Snell.

La señorita Havisham era como un padre estricto, tu peor profesor y un dictador suramericano recién elegido, todo en uno. Lo que no significa que no me cayese bien ni que no la respetase... Era sólo que cuando hablaba con ella me sentía como si tuviera otra vez nueve años.

—¿Por qué cantamos para librarnos de ellos?

—Como ya he dicho, esos gramásitos eran verbisoides —respondió sin mirarme—, y un verbisoide, al igual que muchos estudiantes, odia y teme los verbos *irregulares*. Prefiere sobre todo consumir verbos regulares. Un verbo irregular como «hacer», cuya raíz cambia («hacemos», «hacíamos», «hicimos»), tiende a liar sus cabecitas.

—¿*Cualquier* verbo irregular los asusta? —pregunté con interés.

—Básicamente. Pero algunos irregulares son más fáciles que otros. Es mucho mejor limitarse a cantar algo que contenga muchos.

—¿Qué tal si nos vamos del verbo «ir»? —aventuré, pensando por una vez de forma práctica—. Debe de sonarles muy irregular: voy, iba, fui, iré...

—No —respondió la señorita Havisham, perdiendo la paciencia por segundos—, porque podrían interpretarlo como «partir».

—No si lo hacemos *volando* —añadí, reacia a rendirme—, «volar» también es irregular.

La señorita Havisham me miró con ojos helados.

—Claro que sí. Pero para un verbisoide hambriento *volar* podría ser lo mismo que regresar, caminar, entrar, trotar, trasladarse, deambular e incluso transitar.

—Ah —dije, dándome cuenta de que pillar a la señorita Havisham era tan difícil como clavar el fantasma de Banquo a la mesa de café—. Sí, podrían confundirse, ¿verdad?

—Mira —dijo la señorita Havisham, ablandándose un poquito—, si salir corriendo matase a los gramásitos ya no quedaría ni uno. Mejor canta *Jerusalén* y te irá bastante bien... siempre y cuando no la cantes contra los adjetivos o los parataxis; probablemente también se pondrían a cantar y luego te devorarían.

El ascensor se detuvo en el subsótano once, se abrieron las puertas y entró una enorme hembra de jaguar con su hijo, que tenía una patita llena de púas y se quejaba amargamente de que el erizo y la tortuga le habían engañado y se habían escapado. Mamá jaguar cabeceó entristecida, miró exasperada hacia arriba y luego se volvió hacia su hijo.

—Hijo, hijo —dijo, repetidas veces, moviendo la cola con elegancia—, ¿qué has estado haciendo que no deberías haber hecho?

—Bien —dijo la señorita Havisham mientras las puertas volvían a cerrarse—, ¿cómo te va en ese horrible *Caversham Heights*?

—Bien, gracias, señorita Havisham —murmuré—, la gente de allí está muy preocupada de que vayan a destruir el libro bajo sus pies.

—Con razón —respondió Havisham—. Lo he leído. Cada día se destruyen cientos de libros como *Heights*. No pierdas el tiempo ni malgastes energía con ellos. En el Pozo cada cual cuida de sí mismo. Yo me mantendría al margen y no haría demasiados amigos. Tienen la costumbre de morirse justo cuando empiezan a caerte bien. Siempre sucede así. Es narrativo.

—*Heights* no es mal lugar para vivir —dije, con la esperanza de ganarme su compasión.

—Sin duda —murmuró ella, con la mirada perdida—. Recuerdo cuando estaba en el Pozo, cuando creaban *Grandes esperanzas*. Era la chica más feliz del mundo cuando me dijeron que iba a trabajar con Charles Dickens. La primera de mi clase en la Universidad Genérica y, modestia aparte, bastante guapa. Creía que haría una joven Estella admirable: tan refinada como hermosa, altiva y orgullosa. Al final superaría el autoritario malhumor de su benefactora irascible para encontrar el amor verdadero.

—Y... ¿qué pasó?

—No era lo suficientemente alta.

—¿Lo suficientemente alta? ¿Para un libro? ¿Eso no es como no tener el color de ojos adecuado para trabajar en la radio?

—Le dieron el papel a una putita que recuperaron de una obra de Thackeray destruida. La vaca. No me extraña que la trate tan mal... ¡ese papel debería haber sido mío!

Guardó silencio.

—A ver si lo he entendido —dijo el jaguar, que no sabía distinguir un erizo de una tortuga—, si es lenta y pesada la echo al agua y luego la saco de la concha...

—¡Hijo, hijo! —dijo su madre, repetidamente, agitando la cola—, préstame

atención y recuerda lo que te digo. Un erizo se dobla sobre sí mismo formando una bola y sus espinas sobresalen por todas partes...

—¿Recibiste el examen de Jurisficción que te envié? —preguntó la señorita Havisham—. He reservado hora para el examen práctico, para pasado mañana.

—¡Oh! —dije.

—¿Algún problema? —me preguntó, mirándome con suspicacia.

—No, señora, simplemente no me siento preparada... creo que voy a suspender.

—Discrepo —respondió, mirando el indicador de piso—. Yo sé que suspenderás. Pero así son las cosas. Todo lo que te pido es que no quedes como una tonta ni pierdas la vida. Vaya, eso sí que sería embarazoso.

—Bien —dijo el jaguar frotándose la cabeza—, si puede hacerse una bola entonces es una tortuga y...

—¡AAAH! —gritó la madre jaguar, agitando la cola con furia—. *Al revés.* Señorita Havisham, ¿qué puedo hacer con este chico?

—No tengo ni idea —respondió—. Desde mi punto de vista, todos los hombres son estúpidos.

El jaguar se quedó boquiabierto y miró al suelo.

—¿Puedo sugerir algo? —pregunté.

—¡Lo que quiera! —respondió la madre jaguar.

—Si lo convierte en una rima, a lo mejor consigue recordarlo.

La madre jaguar suspiró.

—No servirá de nada. Ayer olvidó que era un jaguar. Hace que me duelan las manchas, en serio, lo consigue.

—¿Qué tal esto? —dije, inventando una rima sobre la marcha:

*No se enrolla pero nada,
la tortuga lenta y pesada.
No nada pero se hace una
bola
el erizo de espalda
espinosa.*

La madre jaguar dejó la cola quieta y me pidió que se lo apuntase. Todavía seguía intentando que su hijo lo recordase cuando las puertas del ascensor se abrieron en el quinto piso y salimos.

—Creía que íbamos a las oficinas de Jurisficción —dije mientras recorríamos los pasillos de la Gran Biblioteca. Los estantes de madera crujían bajo el peso del producto creativo de casi dos milenios.

—Mañana será la próxima reunión —respondió, deteniéndose frente a un estante

y dejando caer los chalecos de gramásito en un montón antes de escoger un volumen de encuadernación tosca—, y le dije a Perkins que le ayudaría a dar de comer al Minotauro.

—¿Eso ha hecho? —pregunté, algo aprensiva.

—Claro que sí. La ficciozoología resulta ser un tema muy fascinante y, créeme, un área sobre la que deberías aprender más.

Me pasó el libro, que, me di cuenta, estaba escrito a mano.

—Está protegido por una contraseña —anunció Havisham—, murmura «zafiro» antes de leerte en su interior.

Recogió los chalecos.

—Iré a buscarte dentro de una hora. Perkins te estará esperando al otro lado. Por favor, presta atención y no dejes que te convenza para cuidar de los conejos. No olvides la clave... no podrás entrar ni salir si no la tienes.

—Zafiro —repetí.

—Muy bien —dijo, y se esfumó.

Coloqué el libro en una de las mesas de lectura y me senté. Los marmóreos bustos de escritores que salpicaban la Biblioteca me miraban con severidad y estaba a punto de ponerme a leer cuando me di cuenta de que, en la parte superior de la librería de enfrente, una forma etérea empezaba a solidificarse, como un espectro, ante mis ojos. En casa algo así se hubiera considerado una cuestión seria y trascendente, pero donde me encontraba no era más que el gato de Cheshire haciendo una de sus famosas apariciones.

—¡Hola! —dijo tan pronto como apareció la boca—. ¿Cómo te va?

El gato de Cheshire era el bibliotecario y el primero a quien había conocido en el MundoLibro. Aficionado como era a las incongruencias y los comentarios incomprensibles, costaba que no te cayese bien.

—No estoy segura —respondí—. Me atacaron los gramásitos y me amenazaron los amigos de Big Martin y un thraal. Convivo con dos genéricos, los personajes de *Caversham Heights* creen que puedo salvar su libro y ahora mismo tengo que servir el desayuno al Minotauro.

—*Nada* de eso se sale de lo normal. ¿Algo más?

—¿Cuánto tiempo tienes?[9]

Me toqué las orejas.

—¿Problemas?

—Puedo oír cómo dos rusas cotillean, justo aquí, dentro de mi cabeza.

—Probablemente sea un cruce de líneas de notaalpiéfono —respondió el gato. Bajó de un salto, apoyó la cabeza suave contra la mía y prestó atención.

—¿Puedes oírlas? —pregunté.

—¡Qué va! —respondió el gato—, pero tienes unas orejas muy *calentitas*. ¿Te

gusta la comida china?

—Sí, por favor —respondí. Hacía tiempo que no comía nada.

—A mí también —comentó el gato—. Qué pena que no tengamos. ¿Qué hay en la bolsa?

—Una cosa de Snell.

—Ah. ¿Qué opinas de esa broma de UltraPalabra™?

—La verdad es que no estoy segura —respondí, muy sinceramente—. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Qué opinas del nuevo sistema operativo?

—Cuando llegue le prestaré toda mi atención —dijo sin mojarse. Luego añadió —: Es una carcajada, ¿verdad?

—¿El qué?

—El sonido que generas en el fondo de la garganta cuando oyes algo divertido. Házmelo saber si necesitas cualquier cosa. Adiós.

Y muy lentamente se fue desvaneciendo, desde la punta de la cola hasta la punta de la nariz. Su sonrisa, como era habitual, flotó en el aire un tiempo cuando hubo desaparecido el resto de su persona.

Volví a centrarme en el libro, murmuré «zafiro» y leí en voz alta el primer párrafo.

Dar de comer al Minotauro

NOMBRE: Perkins-David *Pinky*.

NÚMERO DE AGENTE: AGD136-323

DIRECCIÓN: Serie de novela negra Perkins & Snell

FECHA DE INDUCCIÓN: Septiembre de 1957

NOTAS: Perkins se unió al servicio y ha tenido una conducta ejemplar durante toda su carrera. Después de firmar por veinte años de servicio, en 1977 amplió el contrato otros veinte. Durante cinco años dirigió la Brigada de Protección Antiortográfica y luego fue transferido a Inspección y Erradicación de Gramásitos. En 1983 aceptó el cargo de director de la instalación de Investigación de Gramásitos.

Entrada en el Registro de Servicio de Jurisficción (resumida)

Aparecí en un prado extenso cerca de un arroyo; los sauces y los alerces colgaban sobre las aguas cristalinas y viejos robles puntuaban el paisaje. Era un día cálido, seco y bastante agradable. De hecho era un perfecto día de verano inglés y, de pronto, sentí morriña.

—Antes miraba mucho el paisaje —dijo una voz cercana—. Hoy en día no tengo tiempo para eso.

Me volví para ver a un hombre alto apoyado en un abedul plateado que sostenía un ejemplar del periódico comercial de Jurisficción, *Tipos móviles*. Le reconocí a pesar de que no nos habían presentado. Era Perkins, compañero de Snell en Jurisficción, al igual que en la serie de novelas de detectives de Perkins & Snell.

—Hola —dijo, ofreciéndome la mano y sonriendo—, chócala. Me llamo Perkins. Akrid me contó que le diste un buen repaso a Hopkins.

—Gracias —respondí—. Akrid es muy amable, pero mi situación todavía no se ha resuelto.

Indicó con un brazo el horizonte.

—¿Qué te parece?

Admiré la vista. En la distancia, sobre una pradera verde esmeralda, se alzaban altas montañas coronadas de nieve. Al pie de las montañas había bosques y un río serpenteaba por el valle.

—Hermoso.

—Se lo requisamos a la división de fantasía del Pozo de las Tramas Perdidas. Es un mundo completo en sí mismo, escrito para una novela de espadas y magia titulada *La espada de los zenobianos*. Más allá de las montañas hay extensiones heladas, fiordos profundos y reliquias de civilizaciones largo tiempo olvidadas, castillos, ese tipo de cosas. Lo subastaron cuando el libro fue abandonado. Todavía no tenía personajes ni acontecimientos, lo que resulta una pena... considerando el trabajo que invirtió en el mundo en sí, podría haber sido un éxito de ventas. Sea como sea, los exteriores pierden y nosotros ganamos. Lo empleamos para conservar gramásitos y otras bestias extrañas que, por una razón u otra, no pueden vivir seguras en sus propios libros.

—¿Un santuario?

—Sí, y también un lugar para su estudio y contención, de ahí la clave.

—Por lo visto hay muchos conejos —comenté, mirando a mi alrededor.

—Ah, sí —respondió Perkins, pasando un puente de piedra que cruzaba el arroyo —, nunca hemos conseguido controlar la reproducción en *La colina de Watership*... Si no interviniésemos, en un año el libro estaría tan repleto de lagomorfos comedores de dientes de león que una de cada dos palabras sería «conejo». Aún así, Lennie disfruta de este lugar cuando tiene algo de tiempo libre.

Recorrimos un sendero hasta un castillo en ruinas. La hierba cubría los montones de restos caídos de la muralla y la madera del puente levadizo se había podrido y descansaba en el fondo seco y lleno de zarzas. Lo que parecían cuervos sobrevolaban en círculos la más alta de las torres supervivientes.

—No son pájaros —dijo Perkins, pasándome unos binoculares—. Echa un vistazo.

Miré las criaturas que daban vueltas planeando con grandes alas de murciélago.

—¿Parentésimos?

—Muy bien. Aquí tengo seis parejas que criar... me apresuro en añadir que sólo para investigación. La mayoría de los libros pueden mantener cuarenta o así sin sufrir ningún daño. Sólo tenemos que intervenir cuando la población se dispara. Una multitud de gramásitos puede ser devastadora.

—Lo sé —respondí—. Casi sufrí...

—¡Cuidado!

Me empujó a un lado mientras un proyectil de excrementos daba contra el suelo cerca de donde yo había estado. Miré a las almenas y vi a un hombre bestia cubierto de espeso pelo oscuro que nos miraba y emitía un extraño grito gutural.

—Yahoos —me explicó Perkins con desdén—. No se portan excesivamente bien y no hay forma de educarlos.

—¿De *Los viajes de Gulliver*?

—Exacto. Cuando una obra realmente original, como la de Jonathan Swift, aporta personajes nuevos, a menudo se los duplica para su evaluación y consulta. Los personajes se pueden volver a entrenar, pero las *criaturas* normalmente acaban aquí. Los yahoos no son exactamente mis favoritos, pero son razonablemente inofensivos, así que lo mejor es pasar de ellos.

Recorrimos rápidamente el torreón para evitar cualquier otro posible misil y entramos en el patio interior, donde un par de centauros pastaban tranquilamente. Nos miraron, sonrieron, saludaron y siguieron comiendo. Me di cuenta de que uno de ellos escuchaba un walkman.

—¿Hay centauros?

—Y sátiros, trogloditas, quimeras, elfos, hadas, dríadas, sirenas, marcianos, trasgos, duendes, harpías, alienígenas, trolls... de todo. —Perkins sonrió—. Buena parte de las novelas inéditas, son de fantasía y en muchas hay bestias míticas. Cuando destruyen uno de esos libros, normalmente acudo al vertedero. Sería una pena reducirlas a texto, ¿verdad?

—¿Hay unicornios? —pregunté.

—Sí. —Perkins suspiró—. A montones. Más de los que puedo manejar. Me gustaría que los escritores en ciernes fuesen más responsables con sus creaciones. Puedo comprender que los niños escriban sobre unicornios, pero los adultos deberían ser más sensatos. Todo unicornio de toda historia destruida acaba aquí. Se me ha ocurrido una idea para una pegatina de coche. «Un unicornio no es sólo para la página veintisiete, es para siempre.» ¿Qué te parece?

—Me parece que no conseguirás que la gente deje de escribir sobre ellos. ¿Qué tal quitarles el cuerno y encajarlos en libros sobre ponis?

—Fingiré no haber oído esa propuesta —respondió Perkins glacial. Añadió—: También tenemos dragones. A veces los oímos, de noche cuando el viento sopla en la dirección correcta. Cuando Pelinor atrape, *si lo consigue*, a la Bestia Cazadora, ésta se vendrá a vivir aquí. Espero que en algún punto muy lejano. Con cuidado, no pises la mierda de orco. Eres exterior, ¿no es cierto?

—Nacida y criada allí.

—¿Alguien se ha dado cuenta de que los ornitorrincos y los caballitos de mar son ficticios?

—¿Lo son?

—Claro que sí... no creerás que algo tan extraño podría haber evolucionado por casualidad, ¿verdad? Por cierto, ¿qué tal te cae la señorita Havisham?

—Me cae muy bien.

—Igual que a todos nosotros. Además, creo que ella se nos parece mucho, aunque jamás lo admitirá.

Habíamos llegado a la torre de homenaje y Perkins empujó la puerta para abrirla.

En el interior se encontraban su oficina y laboratorio. Una pared estaba cubierta de frascos de vidrio llenos de extrañas criaturas de formas y tamaños diversos y, sobre la mesa, había un gramásito parcialmente diseccionado. Su estómago contenía palabras en proceso de digestión y conversión en letras.

—No estoy del todo seguro de cómo lo hacen —dijo Perkins, pinchando el cadáver con una cuchara—. ¿Conoces a Mathias?

Miré a mi alrededor, pero no vi nada excepto un enorme caballo castaño cuyos flancos relucían bajo la luz. El caballo me miró y yo miré al caballo, luego miré más allá del caballo... pero no había nadie más. Al final lo comprendí.

—Buenos días, Mathias —dije tan educadamente como pude—. Me llamo Thursday Next.

Perkins rio estruendosamente y el caballo relinchó antes de responder con voz muy profunda:

—Encantado de conocerla, señora. ¿Me permite que me una a ustedes dentro de unos momentos?

Acepté y el caballo volvió a lo suyo, que, ahora lo veía, eran complicadas notas que escribía en un enorme libro abierto sobre el suelo. De vez en cuando se detenía y mojaba en un tintero la pluma atada al casco y volvía a escribir en una letra enorme.

—¿Un houyhnhnm? —pregunté—. ¿También de *Los viajes de Gulliver*?

Perkins asintió.

—Mathias, su yegua y los dos yahoos trabajaron como asesores para la versión de 1963, obra de Pierre Boulle, *El planeta de los simios*.

—Louis Aragon dijo en una ocasión —anunció Mathias desde el otro lado de la habitación— que la función de los genios era hacer que al cabo de veinte años los cretinos tuviesen ideas.

—No creo que Boulle fuese un cretino, Mathias —dijo Perkins—. En cualquier caso, siempre estás con lo mismo. «Voltaire dijo esto», «Baudelaire dijo aquello». A veces tengo la impresión de que simplemente... simplemente...

Se detuvo, intentando encontrar las palabras.

—¿Fue Da Vinci el que dijo —propuso amablemente el caballo— que los que citan a un autor en medio de una discusión están empleando su memoria, no su intelecto?

—Exacto —respondió el frustrado Perkins—, eso era lo que estaba a punto de decir.

—*Témpora mutantur, et nos mutamur in illis* —murmuró el caballo, mirando el techo meditabundo.

—Lo único que eso demuestra es lo pedante que eres —murmuró Perkins—. Siempre te pones igual cuando tenemos visita, ¿o no?

—Alguien tiene que elevar el nivel de este lugar perdido y miserable —respondió

Mathias—, y si vuelves a llamarme «ungulado pseudoerudito» te daré un doloroso mordisco en el cuello.

Perkins y el caballo se miraron con furia.

—¿Dijiste que había una pareja de houyhnhnms? —dije, intentando quitar hierro a la situación.

—Mi compañera, mi amor, mi yegua —explicó el caballo— se encuentra ahora mismo en Oxford, *tu* Oxford... estudiando ciencias políticas en All Souls y se lo costea trabajando ocasionalmente en tradición oral.

—¿En qué? —pregunté, interesada por saber dónde podía encontrar trabajo un caballo parlante.

—Chistes sobre caballos parlantes —me explicó Mathias con un estremecimiento de indignación—. Supongo que has oído el de los caballos que charlan en el pub.

—Hace tiempo que no —respondí.

—No me sorprende —respondió el caballo con altivez—. Sus estudios la mantienen ocupada. Cuando se queda sin fondos va de gira con uno nuevo. Creo que ahora cuenta el del caballo que habla con el galgo.

Era cierto. Bowden lo había contado en el concurso de talentos de la Sepia Feliz. Probablemente fuese por eso que los chistes iban y venían en ciclos... simplemente los ficticios de la tradición oral estaban de gira. Me vino otra idea.

—¿No crees que se darían cuenta? —pregunté—. ¿Un caballo, en Oxford?

—Te sorprendería lo poco observadores que son algunos de los profesores —bufó Perkins—. ¿Dónde crees que estudió marxismo el cerdo Napoleón? ¿En la fábrica de tocino Píarris?

—¿No se quejaron los demás estudiantes?

—¡Claro que sí! Echaron a Napoleón.

—¿Por el olor?

—No... por copiar. Ven por aquí. Al Minotauro lo tengo en los calabozos. ¿Conoces bien la leyenda?

—Claro que sí —respondí—. Es el hijo medio hombre y medio toro de la mujer del rey Minos, Pasífae.

—Perfecto. —Rio—. Los periódicos sensacionalistas hicieron el agosto: «Escándalo: el hijo de la reina de Creta y un toro.» Para retenerle construimos una copia del laberinto, pero la Sociedad para el Tratamiento Digno de los Monstruos insistió en que dos personas lo examinasen.

—¿Y?

—Eso fue hace doce años; creo que siguen dentro. Yo tengo al Minotauro aquí.

Abrió una puerta que conducía a una sala abovedada, bajo el antiguo salón del trono. Estaba oscura y olía a huevos podridos y a sudor.

—Eh, ¿lo tienes encerrado bajo llave? —pregunté.

—¡Claro que sí! —respondió, señalando una enorme llave que colgaba de un gancho—. ¿Crees que soy idiota?

A medida que mis ojos se acostumbraban a la penumbra distinguí que la mitad del espacio estaba dividido por barrotes oxidados de hierro. Había una puerta en el centro, cerrada con un candado ridículamente grande.

—No te acerques demasiado —me advirtió Perkins mientras él tomaba un cuenco de acero de un estante—. Llevo casi cinco años dándole yogur para comer y, para ser sinceros, el Minotauro empieza a aburrirse.

—¿Yogur?

—Con cereales. Alimentarlo con vírgenes griegas salía demasiado caro.

—¿No lo mató Teseo? —pregunté. Una forma tenebrosa empezó a moverse al fondo de la bóveda gruñendo. Incluso con los barrotes, no me sentía demasiado feliz de estar allí.

—Habitualmente —respondió Perkins, sirviendo yogur—, pero en 1944 unos genéricos maliciosos le sacaron de un ejemplar de *Los mitos griegos* de Graves y le dejaron en Tsaritsyn. Un agente de Jurisficción bastante despierto se dio cuenta de lo que estaba pasando y lo sacó de allí... Desde entonces le tenemos aquí.

Perkins llenó el cuenco de yogur, le echó cereales de un enorme cubo y luego colocó el cuenco en el suelo a un metro de los barrotes. Usó el palo de una escoba para empujarlo el resto del camino.

Mientras observábamos, el Minotauro apareció de las profundidades oscuras de la jaula y sentí cómo se me ponía de punta el pelo de la nuca. Su cuerpo grande y musculoso estaba sucio y los cuernos afilados destacaban en su cabeza. Se desplazaba con el paso lento de un mono, usando las patas delanteras para estabilizarse. Mientras miraba, alargó dos manos como garras para recoger el cuenco y luego se fue a un rincón oscuro. A la escasa luz pude entrever sus colmillos y un par de ojos de un amarillo oscuro que miraban con una ansiosa malevolencia.

—Estoy considerando llamarle Norman —murmuró Perkins—. Ven, quiero enseñarte algo.

Abandonamos la zona oscura y fétida bajo el viejo salón y regresamos al laboratorio, donde Perkins abrió un enorme libro encuadernado en piel que había sobre la mesa.

—Éste es el bestiario de Jurisficción —explicó, volviendo la página para mostrar la imagen del gramásito que habíamos encontrado en *Grandes esperanzas*.

—Un adjetivoro —murmuré.

—Muy bien —respondió Perkins—. Bastante común en el Pozo, pero generalmente bastante controlado en la ficción.

Pasó una página para mostrar una especie de pez abisal, pero en lugar de una luz en el extremo del pedúnculo de la cabeza tenía un artículo indefinido.

—Pez nombre —explicó Perkins—. Nadan en las orillas exteriores del Mar Textual, con la esperanza de atraer y devorar sustantivos perdidos deseosos de empezar una frase embrionaria.

Volvió la página para enseñarme un gusanito.

—¿Un gusalibro? —sugerí, puesto que los había visto antes en el taller de mi tío Mycroft.

—Efectivamente —respondió Perkins—. No son estrictamente una plaga y, en realidad, son muy necesarios para la existencia del MundoLibro. Comen palabras y excretan significados alternativos como si fuesen un radiador caliente. Creo que lo más parecido en el Exterior son las lombrices. Airean el suelo, ¿no?

Asentí.

—Los gusalibros ejecutan la misma función aquí abajo. Sin ellos, las palabras tendrían un único significado y cada significado tendría una palabra. Viven en los diccionarios de sinónimos, pero sus efectos beneficiosos se sienten en toda la ficción.

—Entonces, ¿por qué se los considera una plaga?

—Son útiles, pero también problemáticos. Si tienes demasiados gusalibros en una novela, el lenguaje se convierte en casi insoportablemente florido.

—He leído libros así —confesé.

Pasó la página y reconocí a los gramásitos que habían pasado en enjambre por el Pozo.

—Verbisoides —dijo suspirando—, hay que destruirlos sin piedad. Una vez que un verbisoide extrae el verbo de una frase, ésta por lo general se colapsa; si se hace el número suficiente de veces, toda la narración se deshace como un panecillo bajo una tormenta.

—¿Por qué visten chaleco y calcetines a rayas?

—Para estar calentitos, supongo.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando volvió a pasar la página—. ¿Otro verbinador?

—Bien, algo similar —respondió Perkins—. Esto es un converbinador. Lo que hace es crear verbos a partir de nombres y otras palabras. En general añadiendo la terminación. Durante una sequía se sabe que incluso han creado verbos compuestos como *aireacondicionar* y *señalizar*. Al igual que los gusalibros, son necesarios... pero no se puede permitir que proliferen demasiado.

—Algunos dirían que ya hay demasiados verbos —dije.

—Los que dicen tal cosa —respondió Perkins irritado— deberían venir y trabajar un poco para Jurisficción intentando limitarlos.

—¿Qué hay del virus antiortográfico? —pregunté.

—*Antiorto graficus molesworthian* —murmuró Perkins, yendo hasta donde había un montón de diccionarios alrededor de un frasquito de vidrio. Lo levantó y me lo

mostró. Una neblina violeta se agitaba en su interior; me recordó a uno de los SMS de Spike—. Éste es el último virus —explicó Perkins—. Tuvimos que destruir el resto. Es muy potente... ¿lo percibes a través del vidrio?

—*Inesario* —dije, probándolo—, *indutable, professor, diarea*. Tienes razón, es bastante potente, ¿verdad?

Volvió a colocarlo en la caja de seguridad de diccionarios.

—Se descontroló antes de 1744, cuando el agente Johnson publicó su diccionario —comentó Perkins—. El Lavinia-Webster y el Oxford English Dictionary lo mantienen a raya, pero debemos tener cuidado. Antes solíamos contener cualquier estallido y mandarlo a las series Molesworth, donde nadie volvía a saber de ellos. Ahora, destruimos cualquier virus nuevo usando una batería de diccionarios que guardamos en el piso diecisiete de la Gran Biblioteca. Pero nunca se es demasiado cuidadoso. Hay que usar el formulario S-12 para informar al gato de *cualquier* errata con la que te topes.

En el exterior se oyó el escándalo estridente de una bocina.

—¡Se ha acabado el tiempo! —Perkins sonrió—. Esa debe de ser la señorita Havisham.

La señorita Havisham no venía sola. Estaba sentada en un gran automóvil cuyo capó se extendía tres metros por delante. Las grandes y desprotegidas ruedas de radios llevaban neumáticos tristemente raquíuticos e inadecuados; de cada lado del capó sobresalían ocho tubos de escape, que se unían en uno que se extendía a lo largo de todo el chasis. La parte trasera del coche acababa en punta, como un bote, y justo delante de las ruedas traseras dos enormes transmisiones llevaban la potencia hasta el eje trasero con grandes cadenas de transmisión. Era una bestia temible. Era el Higham Special de veintisiete litros.

A doscientos sesenta por la A419

Hijo rico de un conde polaco y una madre americana, Louis Zborowski vivía en Higham Place, cerca de Canterbury, donde construyó tres coches con motor de avión, llamados todos ellos *Chitty Bang Bang*, y un cuarto monstruo, el Higham Special, un coche que él y Clive Gallop habían diseñado encajando un motor de avión de 27 litros en un chasis de la compañía Rubery Owen e incorporándole una caja de cambios Benz. Tras la muerte de Zborowski en Monza, al volante de un Mercedes, el Special había estado dando vueltas a Brooklands a 187 kilómetros por hora. Sin embargo todavía no había demostrado todo su potencial. Después de un breve periodo como propiedad de una dama cuya identidad no se ha divulgado, el Special fue vendido a Parry Thomas, que tras unas cuidadosas modificaciones propias llevó el récord terrestre de velocidad hasta los 274,593 kilómetros por hora, en Pendine Sands, sur de Gales, en 1926.

EL MUY REV. TOREDLYNE
El récord terrestre de velocidad

—¿Le ha estado aburriendo, señor Perkins? —gritó Havisham.

—En absoluto —respondió Perkins, guiñándome un ojo—. Ha sido una alumna de lo más atenta.

—Bah —murmuró Havisham—. La esperanza es lo último que se pierde. Sube, niña, ¡nos vamos!

Vacilé. Ya había ido en coche con la señorita Havisham, y en un vehículo que yo consideraba relativamente seguro. Aquella bestia de automóvil daba la impresión de que podía matarte dos veces incluso antes de meter la segunda.

—¿A qué esperas, niña? —dijo Havisham con impaciencia—. Si dejas el Special al ralentí durante más tiempo freiremos las bujías. Además, necesitamos todo el combustible para la carrera.

—¿La carrera?

—¡No te preocupes! —gritó la señorita Havisham dando un acelerón. El coche se ladeó mucho y emitió un gruñido gutural—. No estarás a bordo cuando lo haga... te requiero para otros menesteres.

Respiré hondo y subí a la pequeña cabina para dos pasajeros. Parecía recién

modificada y era poco más que un coche de carreras con algunos detalles añadidos para hacer que pareciese digno de ir por carretera. La señorita Havisham pisó el embrague y se peleó un momento con la caja de cambios. Las enormes cadenas de transmisión recibieron la potencia con una ligera resistencia: como un caballo de carreras purasangre que acabase de oler la carrera de obstáculos.

—¿Adonde vamos? —pregunté.

—¡A casa! —respondió la señorita Havisham mientras manipulaba el acelerador de mano. El coche saltó sobre el patio cubierto de hierba y ganó velocidad.

—¿A *Grandes esperanzas*? —pregunté mientras la señorita Havisham daba un giro en redondo, trasteando con las palancas del centro del enorme volante.

—¡No a mi casa —respondió—, a la tuya!

Con otro gruñido grave y un tirón, el coche aceleró rápidamente... pero no estaba segura de hacia dónde; delante de nosotras estaban el puente levadizo y los sólidos muros de piedra del castillo.

—¡No temas! —gritó Havisham para hacerse oír a pesar del rugido del motor—. ¡Nos leeré en el Exterior con la misma facilidad con la que parpadeo!

Ganamos velocidad. Esperaba que saltásemos directamente, pero no fue así. Seguimos avanzando hacia el pesado castillo a una velocidad que no era del todo compatible con la supervivencia.

—¿Señorita Havisham? —pregunté, con la voz teñida por el miedo.

—¡Simplemente busco la mejor forma de llevarnos hasta allí, niña! —respondió con alegría.

—¡Alto! —grité cuando llegamos al punto sin retorno y lo sobrepasamos en un instante.

—Veamos... —murmuró Havisham, pensando intensamente, pisando el acelerador a tope.

Me tapé los ojos. El coche iba demasiado rápido, no podía saltar, y la colisión parecía inevitable. Agarré el flanco del coche y me envaré mientras Havisham nos llevaba, a ella, al coche y a mí, a través de las barreras de la ficción hasta el mundo real. *Mi mundo*.

Volví a abrir los ojos. La señorita Havisham estudiaba un mapa de carreteras mientras el Higham Special hacía eses por la carretera. Agarré el volante justo cuando un furgón de reparto de leche se hundía en un seto.

—No iré por la M4, por si el C de G se entera —dijo mirando a su alrededor—. Iremos por la A419... ¿estamos cerca?

Al instante reconocí dónde nos encontrábamos. Al norte de Swindon, en las afueras de un pueblecito llamado Highworth.

—Siga por la rotonda y colina arriba hasta llegar al pueblo —le dije. Luego añadí

—: Pero recuerde, *hay* que ceder el paso.

Demasiado tarde. La señorita Havisham jamás cedía el paso. El primer coche frenó a tiempo, pero el que iba detrás no tuvo tanta suerte... se estampó contra el de delante. Yo me agarré con el corazón en la garganta mientras la señorita Havisham aceleraba rápidamente colina arriba para entrar en Highworth. Me sentí presionada contra el asiento y, por un instante, sentada sobre dos toneladas de maquinaria rugiente. Y de pronto comprendí por qué a Havisham le gustaba tanto hacer esas cosas: en una palabra, era *emocionante*.

—El conde se limitó a prestarme el Special —me explicó—. Parry Thomas lo recibirá la semana que viene y tiene la intención de conseguir el récord de velocidad. He estado probando con una nueva mezcla de combustibles; la A419 es recta y llana... en ella debería alcanzar al menos los doscientos noventa.

—Gire a la derecha en la B4019, en Jesmond —le dije—, cuando el semáforo se ponga veerde.

El camión no chocó con nosotras por los pelos.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada.

—¿Sabes?, Thursday, deberías soltarte un poco y aprender a disfrutar más de la vida... puedes llegar a ser tan quejica y envarada... —Me quedé sin habla—. Y no te enfurruñes —añadió la señorita Havisham—. Si algo no soporto es un aprendiz enfurruñado.

Circulamos por la carretera, casi nos la pegamos en una curva cerrada y milagrosamente alcanzamos la carretera principal Swindon-Cirencester. Estaba prohibido girar a la derecha, pero lo hicimos de todas formas, acompañadas de un coro de neumáticos frenando en seco y bocinas furiosas. Havisham siguió acelerando. Estábamos ya cerca de la cima de la colina cuando nos topamos con un cartel de desvío que bloqueaba la carretera. Havisham golpeó el volante con furia.

—¡No me lo puedo creer! —aulló.

—¿Carretera cortada? —inquirí, intentando ocultar mi alivio—. Bien... es decir, bien, qué vergüenza. En otra ocasión, ¿no?

Havisham metió primera, bordeamos el cartel y fuimos colina abajo.

—¡Es él, puedo sentirlo! —gruñó—. ¡Intenta robarme el récord!

—¿Quién? —pregunté.

Como en respuesta, otro coche de carreras pasó a nuestro lado emitiendo un ruidoso «¡pup, pup!»

—Él —murmuró Havisham mientras salíamos de la carretera junto a una cámara de velocidad—. Un conductor tan nefasto que es una amenaza para sí mismo y para todo ser inteligente que recorra las autopistas.

Debía de ser realmente terrible para que Havisham se diese cuenta. Unos minutos

después el otro coche reapareció y se nos puso al lado.

—¡Hola, Havisham! —dijo el conductor, quitándose las gafas protectoras para revelar los ojos saltones; sonreía—. Sigues usando la vieja tortuga Special del conde *Caracol Zborowski*, ¿eh?

—Buenas tardes, Señor Sapo —dijo Havisham—. ¿Bellman sabe que está en el Exterior?

—¡Claro que no! —aulló el Señor Sapo, riéndose—. Y tú no vas a decírselo, vieja niña, ¡porque tú tampoco deberías estar aquí!

Havisham guardó silencio y miró al frente, intentando pasar de él.

—¿Eso de ahí es un motor de avión Liberty? —preguntó el Señor Sapo, señalando el capó del Special, que se estremecía con el ronroneo del enorme motor.

—Quizá —respondió Havisham.

—¡Ja! —respondió el Señor Sapo con una sonrisa contagiosa—. ¡Yo llevo un Merlin de la Rolls-Royce en este viejo trasto!

Observé a la señorita Havisham con interés. Miraba directamente al frente, pero le temblaron los párpados un poco cuando el Señor Sapo revolucionó el motor. Al final, no pudo aguantar más y la curiosidad pudo con su desprecio.

—¿Qué tal va?

—¡Como un cohete! —respondió el Señor Sapo, saltando de la emoción—. Más de mil caballos en el eje trasero. ¡Hace que tu Higham Special parezca una segadora!

—*Eso ya lo veremos* —respondió Havisham, entornando los ojos—. ¿El lugar de siempre, la hora de siempre, la apuesta de siempre?

—¡Hecho! —dijo el Señor Sapo. Aceleró, se calzó las gafas protectoras y se perdió en una nube de humo de goma. El «pop, pop» de su bocina permaneció como un eco varios segundos después de que se fuese.

—Reptil viscoso —murmuró Havisham.

—Hablando en propiedad, no es ninguna de las dos cosas —respondí—. Más bien es un anfibio de piel seca.

—Ha causado más accidentes que cenas calientes te has comido tú.

—¿Va a correr contra él? —pregunté algo nerviosa.

—Y también voy a ganarle —respondió Havisham, pasándome unas tenazas para cortar cerrojos.

—¿Qué quiere que haga? —pregunté.

—Abre la cámara de tráfico y saca la película cuando se haya terminado la carrera.

Salí. Ella se puso las gafas protectoras y desapareció con un rugido de motor y un chirrido de neumáticos. Yo miré nerviosa a mi alrededor mientras ella y el coche se perdían en la distancia y el rugido del motor se convertía en un zumbido puntuado por toses sordas del tubo de escape. Hacía sol y podía ver al menos tres naves aéreas

volando por el cielo; me pregunté cómo irían las cosas en OpEspec. Con mi dimisión le había mandado a Víctor una nota comunicándole que estaría fuera un año o más. De pronto, algo me sacó de mi ensimismamiento. Algo tenebroso que se movía en el perímetro de mi atención. Algo que debería haber hecho o algo que había olvidado. Me estremecí y todo encajó. La noche anterior. Yaya. El gusano mental de Aornis. ¿Qué había estado desatando en mi mente? Suspiré a medida que las piezas fueron encajando lentamente. Yaya me había dicho que repasase los hechos una y otra vez para refrescar los recuerdos familiares que Aornis intentaba borrar. Pero ¿cómo te pones a descubrir lo que has olvidado? Me concentré... «Landen». Llevaba todo el día sin pensar en él, lo que era raro. Recordaba dónde nos habíamos conocido y lo que le había pasado... en eso no había ningún problema. ¿Algo mis? Su nombre completo. Landen Parke-*algo*. ¿Empezaba por «B»? No podía recordarlo. Suspiré y coloqué la mano donde suponía que estaba el bebé; ya tenía el tamaño de media corona, colocaba. Recordaba lo suficiente de Landen para saber que le amaba y le echaba terriblemente de menos... lo que supongo que era una buena señal. Pensé en la perfidia de Lavoisier y los hermanos Schitt y sentí la furia crecer en mi interior. Cerré los ojos e intenté relajarme. Junto a la carretera había una cabina y, obedeciendo un impulso, llamé a mi madre.

—Hola, mamá —dije—, soy Thursday.

—¡Thursday! —gritó de emoción—. Un momento... el fogón se ha incendiado.

—¿El fogón?

—Toda la cocina en realidad... ¡espera un momento!

Se oyó un estruendo y unos segundos más tarde volvía al teléfono.

—Ya está apagado. ¡Querida! ¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá.

—¿Y el bebé?

—También está bien. ¿Cómo te van las cosas?

—¡Fatal! —exclamó—. Desde que te fuiste Goliath y OpEspec han montado un campamento fuera y Emma Hamilton vive en la habitación de invitados y come como una lima.

Se oyó un rugido furioso y una corriente ruidosa cuando Havisham pasó por allí convertida poco más que en un borrón; la cámara de control de velocidad disparó dos destellos rápidamente y se oyeron algunos estallidos potentes más cuando Havisham le dio al acelerador.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó madre.

—Nunca me creerías aunque te lo contase. Mi... eh... *marido* no habrá pasado preguntando por mí, ¿verdad?

—Me temo que no, cariño —dijo con su voz más comprensiva; sabía lo de Landen y lo comprendía mejor que la mayoría. Su propio marido, mi padre, había

sido erradicado diecisiete años antes—. ¿Por qué no vienes por aquí y hablamos? —añadió—. La reunión de Erradicaciones Anónimas es hoy a las ocho; estarás entre amigos.

—No creo, mamá.

—¿Comes regularmente?

—Sí, mamá.

—He conseguido que DH-82 aprenda unos trucos.

DH-82 era su tilacino rescatado. Enseñar a un tilacino, por lo general increíblemente apático, a hacer algo que no fuese comer y dormir era casi noticia de primera página.

—Eso es estupendo. Escucha, sólo he llamado para decir que te echo de menos y que no te preocupes por mí...

—¡Voy a dar otra vuelta! —gritó la señorita Havisham, que se había acercado. Le hice un gesto con la mano y salió corriendo.

—¿Mantienes caliente el huevo de *Pickwick*?

Le dije a mamá que ése era el trabajo de *Pickwick*, que la volvería a llamar en cuanto pudiese y colgué. Pensé en llamar a Bowden, pero decidí que probablemente no era buena idea. El teléfono de mamá estaría intervenido y ya les había dicho suficiente. Regresé a la carretera y vi cómo un pequeño punto gris crecía y crecía hasta que el Special pasó a mi lado con un bramido estridente. La cámara de velocidad volvió a destellar y un eructo de llamas surgió del tubo de escape. A la señorita Havisham le llevó casi dos kilómetros reducir la velocidad, así que me senté en un murito y esperé pacientemente su regreso. Una pequeña nave aérea de cuatro pasajeros había aparecido a no más de un kilómetro de distancia. Parecía ser de control de tráfico de OpEspec y no podía arriesgarme a que me descubriesen. Miré con ansiedad hacia donde Havisham se acercaba lentamente hacia mí.

—Vamos —murmuré entre dientes—, acelera un poco, por amor de Dios.

Havisham llegó y cabeceó apenada.

—La mezcla es demasiado fuerte —explicó—. ¿Sacas la película de la cámara?

Señalé la nave aérea que venía hacia nosotros. Se acercaba muy rápido... para ser una nave aérea.

La señorita Havisham la miró, gruñó y saltó para abrir el enorme capó y mirar dentro. Yo rompí el candado, saqué la cámara y rebobiné la película todo lo rápido que pude.

—¡Alto! —ladró el sistema de megafonía de la nave aérea al situarse a unos centenares de metros—. Están arrestadas. Esperen junto al vehículo.

—Tenemos que irnos —dije con impaciencia.

—¡Tonterías! —respondió la señorita Havisham.

—¡Coloquen las manos sobre el capó! —gritó la megafonía. La nave aérea pasó

justo por encima de los árboles—. ¡Están advertidas!

—Señorita Havisham —dije—, ¡si descubren quién soy podría meterme en muchos líos!

—*Tonterías*, niña. ¿Por qué iban a querer a alguien tan insignificante como tú?

La nave aérea volvió con los motores invertidos; una vez que empezasen a hacerme preguntas yo me pasaría mucho tiempo respondiéndolas.

—¡Tenemos que irnos, señorita Havisham!

Notó la urgencia de mi voz y me indicó que subiese al coche. En unos momentos nos habíamos alejado por completo, con coche y todo, de vuelta al vestíbulo de la Gran Biblioteca.

—Entonces, ¿no eres muy apreciada en el Exterior? —preguntó Havisham, apagando el motor, que chisporroteó y se detuvo. Era agradable disfrutar del súbito silencio.

—Podría expresarse así.

—¿Has violado la ley?

—En realidad no.

Me miró un momento.

—Ya me pareció un poco raro que Goliath te tuviese atrapada en su sótano más profundo y seguro. ¿Tienes la película de la cámara de control de velocidad?

Se la entregué.

—Pediré que hagan dos copias —comentó—. Gracias por tu ayuda. Te veré mañana en la reunión. ¡No llegues tarde!

Esperé a que se hubiese ido, luego volví sobre mis pasos por la Biblioteca, hasta donde había dejado el recurso narrativo de la cabeza en la bolsa de Snell, y me fui a casa. No salté directamente; tomé el ascensor. Puede que saltar entre libros sea una forma rápida de moverse, pero también requiere habilidad.

Manzanas a la benedictina, un erizo y el comandante Bradshaw

DISPOSITIVO DE GRABACIÓN DE IMAGINOTRANSFERENCIA. Máquina empleada en el Pozo para escribir los libros, el DGIT parece un enorme cuerno (normalmente metálico, de medio metro de diámetro aproximadamente) unido a una mesa de mezclas de caoba pulida que se parece un poco a un órgano de iglesia pero con muchas más palancas y registros. Mientras la historia se representa delante del *cuerno de recogida*, las acciones, diálogos, humor, patetismo, etc., se recogen, se mezclan y se transmiten como datos brutos a la Gran Central Textual, donde los palabreros convierten el material en código narrativo legible. Una vez terminado, se transmite directamente a la pluma o máquina de escribir del autor y, de ahí, por medio de una conexión notaalpiéfono, vuelve al Pozo en forma de texto llano. La página se lee y, si todo está bien, se añade al manuscrito y los personajes avanzan. Lo mejor del sistema es que los autores no sospechan nada... creen que son *ellos* los que realizan todo el trabajo.

COMANDANTE TRAFFORD BRADSHAW, CBE
Guía Bradshaw al Mundo Libro

—¡Ya estoy en casa! —grité mientras cruzaba la puerta. *Pickwick* me dijo «ploc» con alegría, comprendió que no traía golosinas y se fue a toda prisa para regresar con un trozo de papel que había encontrado en la papelera y que me ofreció como regalo. Le di las gracias efusivamente y volvió con el huevo.

—Hola —dijo ibb, que había estado experimentando, en plan Beeton, en la cocina—, ¿qué hay en la bolsa?

—No quieras saberlo.

—Humm —respondió ibb pensativo—. Ya que no lo habría preguntado de *no* haber querido saberlo, tu respuesta debe de ser otra forma de decir: «No voy a decírtelo, calla.» ¿Es así?

—Más o menos —respondí, dejando la bolsa en el armario de las escobas—. ¿Está Yaya por aquí?

—No creo.

obb entró un poco más tarde, leyendo un libro de texto titulado *Personalidades para principiantes*.

—Hola, Thursday —dijo—, un erizo y una tortuga pasaron a visitarte por la tarde.

—¿Qué querían?

—No lo han dicho.

—¿Y Yaya?

—En el Exterior. Dijo que no la esperases despierta. Pareces muy cansada; ¿estás bien?

Era cierto, *estaba* cansada, pero no segura de por qué. ¿Por estrés? No todos los días me tengo que enfrentar a enjambres de gramásitos y lidiar con la forma de conducir de Havisham, aparte de con yahoos, thraals, los amigos de Big Martin y recursos narrativos de cabezas en bolsas. Quizá fuese simplemente que el bebé me trastornaba las hormonas.

—¿Qué hay de cena? —pregunté, dejándome caer en la silla y cerrando los ojos.

—He estado experimentando con unas recetas alternativas —contestó ibb—, así que tomaremos manzanas a la benedictina.

—¿Manzanas a la benedictina?

—Sí; como los huevos a la benedictina, pero con...

—Me hago una idea. ¿Algo más?

—Claro. Podrías probar los nabos a la naranja o las natilias de macarrones; de postre, he preparado bizcocho de anchoas y arenques. ¿Qué vas a tomar?

—Frijoles y tostadas.

Suspiré. Era como volver a vivir con mamá.

Esa noche no soñé. Landen estuvo ausente, pero, claro, también lo estuvo... lo estuvo... como se llame esa mujer. Dormí como un tronco y no oí el despertador. Me desperté sintiéndome fatal y me limité a quedarme tendida de espaldas, respirando hondo e intentando apartar las nubes de náuseas. Llamaron a la puerta.

—¡ibb! —grité—. ¿Puedes abrir?

Me palpitaba la cabeza, pero no respondieron. Miré la hora; eran casi las nueve y los dos estarían en San Tabularrasa practicando incisos enigmáticos o algo. Me obligué a incorporarme, me levanté de la cama, me puse la bata y bajé. Ya no había nadie cuando abrí la puerta. La estaba cerrando cuando una vocecilla dijo:

—Estamos aquí abajo.

Eran un erizo y una tortuga. Pero el erizo no era como la señora Bigarilla, que era tan alta como yo; el erizo y la tortuga tenían justo el tamaño que debían tener.

—¿Thursday Next? —preguntó el erizo.

—Sí —respondí—, ¿creéis que puedo hacer algo por vosotros?

—Puede dejar de meter la nariz donde nadie la llama —dijo altivo el erizo—, eso

es lo que puede hacer.

—No lo comprendo.

—¿El jaguar? —dijo la tortuga—. *No se enrolla pero nada*. ¿Te suena, listilla?

—¡Oh! —dije—. Debéis de ser Lenta y pesada y Espalda espinosa.

—Los mismos. Y ese pequeño recordatorio que *amablemente* ofreció a jaguar nos va a causar algunos problemas... el felino atontado no va a olvidarlo jamás de los jamases.

Suspiré. Vivir en el MundoLibro era bastante más complicado de lo que había imaginado.

—Bien, ¿por qué no aprendes a nadar o algo así?

—¿Quién, yo? —dijo Espalda espinosa—. No seas tonta; ¿quién ha oído hablar de un erizo que nade?

—Y tú podrías aprender a doblarte —añadí, dirigiéndome a Lenta y pesada.

—¿Doblarme? —respondió la tortuga indignada—. No creo, muchas gracias.

—Probad —insistí—. Suéltate un poco la concha e intenta tocarte los dedos de los pies.

Una pausa. El erizo y la tortuga se miraron y rieron.

—¡Vaya si íbamos a sorprender al jaguar! —Rieron, me dieron las gracias y se fueron.

Cerré la puerta, me senté y miré la nevera, me encogí de hombros y me comí una buena porción de manzanas a la benedictina antes de darme una buena ducha larga y relajante.

En los pasillos del Pozo había tanta actividad como el día anterior. Los comercios estaban repletos de compradores, se llegaba a acuerdos, se aceptaban pedidos, se encontraban gangas. De vez en cuando veía a un personaje aparecer o desaparecer, a medida que sus actividades le llevaban de un libro a otro. Miré los escaparates intentando adivinar cómo hacían lo que hacían. Había congruentistas, gramaticistas, temporizadores, fijadores de emociones, paginadores... lo que te hiciese falta.[\[10\]](#)

Era el notaalpiéfono basura una vez más. Intenté desactivarlo, pero sólo logré bajar el volumen. Mientras caminaba di con una figura conocida entre los comerciantes y especuladores narrativos. Vestía su traje habitual de cazador/explorador: chaqueta de safari y salacot con un revólver en la funda de piel. Era el comandante Bradshaw, protagonista de treinta y cuatro emocionantes historias de aventuras para niños disponibles en tapa dura a 7,6 cada una. Descatalogadas desde los años treinta. Bradshaw pasaba su retiro siendo una especie de *éminence grise* de Jurisficción. Lo había visto todo y lo había hecho todo... o al menos eso afirmaba él.

—¡Cien! —le oí exclamar con amargura al acercarme—. ¿Esa es tu mejor oferta?

El comerciante de secuencias de acción con el que hablaba se encogió de hombros.

—Hoy en día no hay mucha demanda de ataques de leones.

—¡Pero es aterrador, totalmente aterrador! —exclamó Bradshaw—. De los de sentir el aliento cálido de la bestia en el cogote. Mejoraría cualquier novela para jovencitas, apostararía yo... Sería diferente a los vestidos y las fiestas de siempre, ¿qué me dices?

—Ciento veinte. Lo toma o lo deja.

—¡Chupasangre! —murmuró Bradshaw, aceptando el dinero y entregándole una bolita de vidrio que contenía el ataque del león, esperaba yo que bien atrapado en su interior. Se apartó del comerciante y me vio mirándole. Rápidamente escondió el dinero y se levantó cortés el salacot.

—¡Buenos días!

—Buenos días —respondí.

—La aprendiz de Havisham, ¿no? ¿Cómo te llamabas?

—Thursday Next.

—Eso es —exclamó—. Por mi vida.

Era, aprecí, treinta centímetros más alto que la última vez que nos habíamos visto. Casi me llegaba al hombro.

—Es usted... —se me escapó sin querer.

—¿... más alto? —terminó por mí—. Totalmente correcto, niña. Me gustan las mujeres que no se sienten constreñidas por los convencionalismos y la buena educación. Melanie, mi esposa, ya sabes, también es bastante ruda. «Trafford (me dice... así me llamo, Trafford), eres un montón de mierda de elefante sin valor.» Bien, hizo este comentario sin que viniera a cuento... yo acababa de volver a casa después de una aventura angustiosa en África Central. Me capturaron y casi me asaron para cenar. Dos exploradores suecos habían robado la esmeralda sagrada de Umpopo y...

—Comandante Bradshaw —le interrumpí, intentando desesperadamente evitar que contase una de sus descabelladas aventuras—, ¿esta mañana ha visto a la señorita Havisham?

—Haces bien en interrumpirme —dijo con alegría—. Me gustan las mujeres que saben decirle sutilmente a un viejo que cierre el pico. La señora Bradshaw y tú tenéis mucho en común. Debéis conoceros.

Caminamos por los bulliciosos pasillos.[\[11\]](#)

Me toqué el oído.

—¿Problemas? —preguntó Bradshaw.

—Sí —respondí—. En la cabeza tengo a dos rusas cotilleando.

—¿Líneas cruzadas? Invento infernal. Si persiste habla con Plum, de JurisTec.

Dime —siguió, bajando la voz y mirando furtivamente a su alrededor—, no le contarás a nadie lo de esa venta del ataque del león, ¿verdad? Si se sabe que el viejo Bradshaw está vendiendo sus secuencias de acción, no dejarán de meterse conmigo.

—No diré nada —le aseguré mientras evitábamos a un comerciante que intentaba vendernos un exceso de clones B-3 de Darcy—, pero ¿es habitual que la gente venda partes de sus propios libros?

—Oh, sí —respondió Bradshaw—. Pero sólo si están descatalogados y pueden pasar sin el recurso narrativo. El problema es —añadió— que estoy un poco corto de fondos. Falta poco para los Premios MundoLibro y la señora Bradshaw es un poco tímida en público. He pensado que un vestido nuevo le iría de perlas... y aquí abajo la ropa cuesta lo suyo.

—Igual en el Exterior.

—¿Sí? —Soltó una carcajada—. El Pozo siempre me recuerda el mercado de Nairobi. ¿Y a ti?

—Parece que se impone la burocracia —comenté—. Yo hubiese dicho que una fábrica de ficción sería, por definición, mucho más informal y relajada.

—Si crees que aquí hay rigidez, deberías visitar ensayo. Allí las reglas para poner un punto y coma ocupan varios volúmenes. *Todo* lo inventado por el hombre implica burocracia, corrupción y errores en su misma médula, niña. Me sorprende que no te hayas dado cuenta todavía. ¿Qué opinas del Pozo?

—Sigo siendo un poco novata —confesé.

—¿En serio? —respondió él—. Deja que te ayude.

Se detuvo a mirar un momento y me señaló a un hombre de unos veinte años que se nos acercaba. Vestía un abrigo largo de montar y cargaba con una maleta de piel gastada marcada con los nombres de libros y obras que había visitado durante el ejercicio de su profesión.

—¿Le ves?

—¿Sí?

—Es un artesano... un congruentista.

—¿Qué hace?

—Corrige incongruencias de la trama o la exposición... Si un autor dice algo como «los narcisos florecen en verano» o «repasaron el informe balístico de la escopeta», entonces un artesano como él lo arregla. Cerrar argujeros es una de las fases finales de la creación. Inmediatamente después los gramaticistas, ecolocalizadores y ortógrafos lo dejan todo perfecto.

Para entonces el joven ya se nos había acercado.

—Hola, señor Starboard —dijo Bradshaw al congruentista, quien le dedicó una cálida sonrisa de reconocimiento.

—¡Comandante Bradshaw! —murmuró, vacilando un poco—. Qué honor tan

inmenso es volver a verle, señor. ¿La señora Bradshaw está bien?

—Muy bien, gracias. Ésta es la señorita Next... acaba de incorporarse al departamento. Le estoy enseñando los entresijos.

El congruentista me dio la mano y emitió sonidos de bienvenida.

—El otro día cerré un argujero en *Grandes esperanzas* —le dije—. ¿Ése era uno de sus libros?

—¡Por Dios, no! —exclamó el joven—. El arte de mantener la congruencia narrativa ha avanzado mucho desde Dickens. No encontrará ningún congruentista digno de ese nombre que intente colar el manido «se abre la puerta y aparecen el amigo, la tía, el padre, el socio, etcétera» dispuesto a explicar dónde ha estado después de haber desaparecido misteriosamente de la narración doscientas páginas antes. Hoy en día la metodología preferida es volver atrás y remendar el argujero o, simplemente, *camuflarlo*.

—Comprendo.

—Es más —siguió diciendo el joven, volviéndose más locuaz al percibir mi interés—, estoy trabajando en un sistema para ocultar los argujeros *destacándoselos* al lector, que se limita a decir: «¡Ah! Estoy en un argujero narrativo, ¡será mejor que lo ignore!» Pero es un sistema un poco avanzado. Creo —añadió desenfadadamente— que en todo el Pozo no encontrará ningún congruentista más experimentado. Llevo ya más de cuarenta años en el oficio.

—¿Cuándo empezó? —comenté, mirando con curiosidad al joven—. ¿De bebé?

El joven envejeció, encaneció y se arrugó ante mis ojos hasta aparentar sesenta años y luego, estirando los brazos y haciendo una fioritura, anunció:

—*Voilà!*

—A nadie le caen bien los fanfarrones, Llyster —dijo Bradshaw, mirando la hora—. No quiero meterte prisa, Thursday, niña, pero deberíamos ir a Norland Park para pasar lista.

Galante, me ofreció el codo y yo pasé el brazo.

—Gracias, comandante.

—¡Aquí para lo que haga falta! —rio Bradshaw y nos leyó en el interior de *Sentido y sensibilidad*.

Sesión de Jurisficción número 40.319

JURISTEC: Contracción popular de División Tecnológica de Jurisficción, empresa de investigación y desarrollo que trabaja exclusivamente para Jurisficción y recibe financiación del Consejo de Géneros a través de la Gran Central Textual. Debido a las tareas habitualmente rigurosas y especializadas ejecutadas por los Agentes de Recursos Prosaicos, a JurisTec se le permite construir dispositivos que se salen de las leyes habituales de la física. Es el único departamento que, aparte del género de la ciencia ficción, tiene licencia para ello. El artículo estándar de un agente es la guía de viaje, que a su vez contiene otros diseños de JurisTec como el eyecto-sombrero, la máscara VAO, el marcatexto, la Cadena™ y cribas textuales de distinta porosidad, por nombrar sólo unos cuantos.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

Las oficinas de Jurisficción estaban situadas en Norland Park, el hogar de los Dashwood, en *Sentido y sensibilidad*. La familia cedía amablemente el salón de baile con la condición implícita de que los libros de Jane Austen recibieran protección especial.

Norland Park estaba situada en un extenso prado sinuoso delimitado por viejos robles. Anochecía, como solía suceder cuando llegábamos, y las palomas torcaces zureaban en el palomar. La hierba, cálida y tranquila, era como una alfombra muy mullida, y el aire estaba impregnado del delicado aroma de la pinaza.

Pero no todo era perfecto en el jardín de prosa del siglo XIX; al acercarnos a la mansión nos dimos cuenta de que había algún tipo de conmoción. De hecho, era una manifestación; la clase de reunión a la que estaba acostumbrada en casa. Pero no se trataba de una protesta por el precio del queso o porque el partido *whig* fuera peligrosamente de derechas o antigalés; tampoco porque Goliath tuviera derecho a hacer aprobar una ley que obligase a todos a comer en SmileyBurger al menos dos veces por semana. No, ésa era una manifestación que sólo podía uno esperar ver en el mundo de la ficción.

Bellman, jefe electo de Jurisficción, vestido de pregonero, hacía sonar con furia

su campana para intentar que la multitud se calmase.

—*Otra vez no* —murmuró Bradshaw cuando pasamos—. ¿Qué querrán los orales en esta ocasión?

Yo desconocía el término y, como no quería parecer tonta, intenté desentrañar por mi cuenta su significado. La persona más cercana a mí era una pastora (una simple suposición por mi parte, ya que no tenía ninguna oveja, sólo un enorme cayado). A su lado estaba un muchacho vestido de azul con un cuerno comentando la caída de los precios del cordero y, junto a ellos, había una anciana muy mayor con un perrito que gemía, fingía estar muerto, fumaba en pipa y, en rápida sucesión, ejecutaba otros trucos. Un hombre bajito vestido con un camisón largo y gorro de dormir, que bostezaba aparatosamente, completaba el cuadro. Quizá yo no estuviese en mi mejor momento, pero hasta que no vi un huevo enorme con brazos y piernas no comprendí de quiénes se trataba.

—¡Son personajes de poemas infantiles! —exclamé.

—Son una patada en los bajos, eso es lo que son —murmuró Bradshaw cuando un niño pequeño saltó de la multitud, agarró un cerdo y echó a correr. Bo-Peep le pilló el tobillo con el cayado y el chico cayó de bruces en la hierba. El cerdo acabó rodando sobre un parterre con un «oink» de sorpresa y luego huyó apresuradamente mientras un tipo inmenso se dedicaba a darle una buena al muchacho.

—... sólo queremos los mismos derechos que cualquier otro personaje del MundoLibro —dijo Humpty Dumpty, su rostro ovoide pintado de un carmesí profundo—. Sólo por debernos a los niños y a la tradición oral no significa que puedan aprovecharse de nosotros.

La multitud emitió murmullos y gruñidos de acuerdo. Humpty Dumpty siguió hablando mientras yo le miraba fijamente, preguntándome si su cinturón no sería en realidad una corbata, ya que era imposible saber dónde tenía el cuello y dónde la cintura.

—... tenemos una petición firmada por más de mil orales que no pueden estar hoy aquí —dijo el enorme huevo, agitando un montón de papeles entre gritos de la multitud.

—Esta vez no bromeamos, señor Bellman —añadió un panadero, de pie en una bañera de madera al lado de un carnicero y un fabricante de velas—. Estamos más que dispuestos a retirar nuestros poemas si no se aceptan nuestras condiciones.

Los personajes reunidos corearon su aprobación.

—Todo iba bien antes de que se sindicasen —me susurró Bradshaw al oído—. Vamos, usemos la puerta de atrás.

Fuimos al otro lado de la mansión pisando la gravilla.

—¿Por qué los personajes de la tradición oral no pueden participar en el Programa de Intercambio de Personajes? —pregunté.

—¿Quién iba a ocupar su lugar? —bufó Bradshaw—. ¿Tú?

—¿No se podría entrenar a genéricos para ser, bien, personajes suplentes?

—Es mejor dejar las relaciones sindicales a quienes se saben la ley al dedillo —respondió Bradshaw—. Tal y como están las cosas, apenas podemos mantenernos al día con el material nuevo. Yo no me preocuparía por el señor Dumpty; lleva siglos siendo un agitador. No es culpa nuestra que él y sus amigos rípidos sigan protegidos por el viejo acuerdo TradiciónOralPlus... ¡Por amor del cielo, señorita Dashwood! ¿Su madre sabe que fuma?

Se trataba de Marianne Dashwood. Cuando doblamos la esquina la vimos dando una calada. Tiró la colilla con rapidez y contuvo el aliento todo lo posible antes de toser y dejar escapar una nube de humo.

—¡Comandante! —dijo resollando, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Prométame que no contará nada!

—Mis labios están sellados —respondió Bradshaw con seriedad—, sólo por esta vez.

Marianne suspiró de alivio y se volvió hacia mí.

—¡Señorita Next! —dijo entusiasmada—. Bienvenida una vez más a nuestro pequeño libro. ¿Todo bien?

—Muy bien —le aseguré, pasándole el bote de Marmite, los caramelos mentolados y las pilas AA que le había prometido en mi última visita—. ¿Se asegurará de que las reciban su hermana y su madre?

Palmeó con alegría y aceptó emocionada los regalos.

—¡Es una maravilla! —dijo feliz—. ¿Qué podría hacer para pagárselo?

—No deje que Lola Vavoom la interprete en la versión cinematográfica.

—No está en mis manos —respondió con tristeza—, pero si precisa un favor, ¡aquí estoy!

Subimos por la escalera de servicio y llegamos hasta el salón, donde un muy desaliñado Bellman caminaba hacia nosotros cabeceando, con las exigencias de empleo que Humpty Dumpty le había encajado en las manos.

—Esos orales son cada vez más militantes —dijo jadeando—. Planean un paro de cuarenta y ocho horas para mañana.

—¿Qué efecto tendrá? —pregunté.

—¿No es evidente? —me regañó Bellman—. Será imposible recordar los poemas infantiles. En el Exterior mucha gente creerá tener mala memoria. De poco servirá, porque quienes se saben un poema normalmente tienen cerca un libro de cuentos.

—Ah —dije.

—El mayor problema —añadió Bellman, secándose la frente— es que si se lo concedemos a los de los poemas infantiles todos los demás querrán renegociar sus

acuerdos, desde los personajes poéticos pasando por los cuentos infantiles hasta los personajes de chiste. A veces me alegro de estar a punto de retirarme. ¡Luego, alguien como usted se hará cargo, comandante Bradshaw!

—¡Yo no! —dijo Bradshaw tajante—. No volvería a ser Bellman ni por todas las «ces» de Cuando cuentas cuentos, cuenta cuántos cuentos cuentas, porque cuando cuentas cuentos, nunca sabes cuántos cuentos cuentas.

Bellman rio y entramos en el salón de baile de Norland Park.

—¿Lo han oído? —dijo con bastante urgencia un joven que se nos acercó—. A la Reina Roja le han tenido que amputar una pierna. Trombosis arterial me ha dicho el médico.

—¿En serio? —dije—. ¿Cuándo?

—La semana pasada. Y eso no es todo.

Bajó la voz.

—¡Bellman se ha suicidado con gas!

—Pero si acabamos de hablar con él —respondí.

—Oh —dijo el joven, pensando con rapidez—. Quería decir que Perkins se ha suicidado con gas.

Se nos unió la señorita Havisham.

—¡Billy! —lo regañó—. Es más que suficiente. ¡Sal de aquí antes de que te arranque las orejas!

El joven se desinfló, pero no tardó en rehacerse y anunciar altivo que le habían pedido que escribiese diálogos adicionales para John Steinbeck. Se fue. La señorita Havisham movió la cabeza con tristeza.

—Si alguna vez te dice «buenos días» —dijo—, no le creas. ¿Todo bien, Trafford?

—Genial, Estella, niña, genial. Me encontré con Thursday en el Pozo.

—No estarías vendiendo partes de tus libros, ¿verdad? —preguntó ella, traviesa.

—¡Por amor del cielo, no! —respondió Bradshaw, fingiendo conmoción y sorpresa—. Ni por asomo —añadió, mirando la sala en busca de alguna forma de escapar—. Debo hablar con el gato de Cheshire. ¡Buenos días!

Y, tocándose cortés el salacot, se fue.

—Bradshaw, Bradshaw —suspiró la señorita Havisham, cabeceando apenada—, pronto *Bradshaw desafía al kaiser* tendrá tantos agujeros que lo podremos usar de colador.

—Quería comprarle un vestido a la señora Bradshaw —le expliqué.

—¿Ya la conoces?

—Todavía no.

—Cuando te la presenten, no te quedes mirándola fijamente, ¿vale? Es de muy mala educación.

—¿Por qué iba a...?

—¡Vamos! —La señorita Havisham tiró de mí—. ¡Casi es la hora de la reunión!

El salón de baile de Norland Park hacía tiempo que se usaba exclusivamente para asuntos de Jurisficción. Estaba repleto de mesas y archivadores, y muchas de las mesas se hallaban hasta arriba de expedientes atados con cintas. Junto a una pared había una mesa con comida y, esperándonos —o al menos esperando a Bellman—, estaba todo el personal de Jurisficción. En la lista había unos treinta agentes en activo, diez de los cuales estaban muy ocupados con sus misiones y otros cinco trabajando en sus correspondientes libros, por lo que nunca había más de quince personas en la oficina. Vernham Deane me dedicó un alegre saludo al vernos entrar. Era el canalla y galán oficial de una novela de Daphne Farquitt titulada *El señor de High Potternews*, pero hablando con él no se notaba. Conmigo siempre había sido cortés y amable. Junto a él estaba Harris Tweed, que sólo un día antes había intervenido providencialmente en el Cordero Degollado.

—¡Señorita Havisham! —exclamó, acercándose y entregándonos un sobre a las dos—. Tengo la recompensa por esos gramásitos que mataron; la he dividido en partes iguales, ¿vale?

Me dedicó un guiño y se fue antes de que Havisham pudiese abrir la boca.

—¡Thursday! —dijo Akrid Snell—. Lamento haberme ido de esa forma. Hola, señorita Havisham. He oído que te atacó un enjambre de gramásitos; ¡nunca nadie había disparado a seis verbisoides de una sola vez!

—No fue nada —respondí—. Y Akrid, todavía tengo esa cosa... eh... que compraste.

—¿Cosa? ¿Qué cosa?

—Recuerda —le animé, sabiendo que intentar influir en tu propia narración estaba totalmente prohibido—, la *cosa*. En la bolsa. Ya sabes.

—¡Oh! Ah... ah, sí —dijo, comprendiendo al fin a qué me refería—. La *cosa*. La recogeré después del trabajo, ¿vale?

—¿Snell vuelve a hacer uso del comercio interno? —preguntó Havisham en voz baja en cuanto se hubo ido.

—Eso me temo.

—Yo haría lo mismo si mi libro fuese tan malo como los suyos.

Miré quién se había presentado. Sir John Falstaff estaba allí, así como el rey Pelinore, Deane, lady Cavendish, la señora Bigarilla con el emperador Zhark, Gully Foyle y Perkins.

—¿Quiénes son? —le pregunté a Havisham, señalando a dos agentes que no reconocí.

—Ichabod Crane es el de la izquierda que sostiene la calabaza —me explicó—. Beatrice es la otra. Un poco ordinaria para mi gusto, pero buena en su trabajo.

Le di las gracias y busqué a la Reina Roja, cuya manifiesta hostilidad contra Havisham era el secreto peor guardado de Jurisficción; no estaba por ninguna parte.

—¡Saludos, señorita Next! —tronó Falstaff, anadeando hacia nosotras y mirándome a través de una nube de vapores de alcohol. Había bebido, robado y se había comportado como un mujeriego por todo *Enrique IV* primera y segunda partes para luego lograr encajar en *Las alegres comadres de Windsor*. Algunos le consideraban un canalla encantador; a mí me parecía simplemente repugnante, aunque era el patrón de todos los libertinos simpáticos del mundo de la ficción, así que pensé que debía intentar darle cierto margen.

—Buenos días, sir John —dije, intentando ser educada.

—Buenos días para ti, dulce muchacha —exclamó con alegría—. ¿Montas a caballo?

—Un poco.

—¿Quizás entonces te gustaría cabalgar a lo largo y ancho de mi feliz Inglaterra? Podría llevarte a lugares y enseñarte cosas...

—Debo rechazar la oferta, sir John.

Se rio ruidosamente en mi cara. Sentí que la furia comenzaba a despertar en mi interior, pero por suerte Bellman, para no perder más tiempo, había subido a su pequeña tarima y le daba a la campana.

—Lamento haberos hecho esperar —murmuró—. Como habéis visto, las cosas están un poco complicadas ahí fuera. Pero me alegra ver a tantos de vosotros. ¿Queda alguien por llegar?

—¿Esperamos a Godot? —preguntó Deane.

—¿Alguien sabe dónde está? —preguntó Bellman—. Beatrice, ¿no trabajabas con él?

—Yo no —respondió la joven—. Podría preguntárselo a Benedict si se molestase en asistir, pero igualmente podrían preguntárselo a una cabra... una cabra muy *estúpida*, en mi opinión.

—La dulce lengua de la dama ofende nuestros oídos —dijo Benedict, quien había estado sentado de forma que no le veíamos pero que se puso en pie para mirar con furia a Beatrice—. Cuando la fuente de tu mente se aclare, la usaré para dar de beber a un asno.

—Ah —respondió Beatrice riendo—. Mirad, está dando cuerda al reloj de su ingenio. ¡Con el tiempo dará la hora!

—Querida Beatrice —le respondió Benedict, inclinándose—, buscaba a una idiota cuando te encontré.

—¿Tú, Benedict, que tienes más cerumen que cerebro?

Se miraron entornando los ojos y luego se sonrieron con cortés enemistad.

—Vale, vale —interrumpió Bellman—. Tranquilidad. ¿Sabéis donde está el agente Godot o no?

Beatrice respondió que no lo sabía.

—Vale —anunció Bellman—. Sigamos. Comienza la sesión número 40.319 de Jurisficción.

Volvió a darle a la campanilla, tosió y consultó sus notas.

—Primer punto: debemos felicitar a Deane y a lady Cavendish por frustrar los planes de los bowdlerizadores en Chaucer. —Se oyeron algunas palabras de ánimo y hubo algunas palmadas en la espalda—. Ha habido daños, pero no han empeorado, por tanto será mejor que vigilemos en el futuro. Segundo punto —dejó el sujetapapeles y se apoyó en el atril—: ¿recuerdan la locura de las letras en cadena que recorrió el MundoLibro hace unos años? ¿Recibe una letra y envíala a diez amigos? Bien, alguien se ha pasado con la letra «U». Aquí mismo tengo un informe de la Agencia de Protección Ambiental del Mar Textual que dice que las reservas de letras «U» han alcanzado niveles peligrosamente bajos. Debemos limitar su consumo hasta que vuelvan a aumentar. ¿Sugerencias?

—¿Qué tal usar una «N» minúscula cabeza abajo? Así obtendríamos algunas úes adicionales —dijo Benedict.

—Ya intentamos algo parecido girando la «W» durante la gran migración de la «M» del 62; no salió bien.

—¿Qué tal si *modificamos* algunas palabras? —propuso el rey Pelinore, acariciándose el largo bigote blanco—. Palabras como «agua», por ejemplo, podríamos escribirlas con una «W» alternativa. Eso nos ahorraría muchas úes.

—Por ejemplo, ¿escribir*paragwas*?

—Es una buena idea —intervino Snell—. *Gwaraní, pingwino, antigwo...* las hay a cientos. Podemos inventarnos una regla y achacarla a razones fonéticas.

—Hummm —dijo Bellman, concentrándose—. La verdad es que podría resultar. Volvió a mirar las notas.

—Tercer punto... Tweed, ¿está por ahí?

Harris Tweed hizo un gesto desde su asiento.

—Bien —siguió diciendo Bellman—. Tengo entendido que perseguía a un LibroHuido que reside en el Exterior.

Tweed me miró y se puso en pie.

—A un tipo llamado Yorrick Kaine. En el Exterior es un tipo importante. Preside Kaine Publishing y se ha situado como cabeza de su propio partido político.

—Sí, sí —dijo Bellman con impaciencia—, y robó *Cardenio*, lo sé... pero lo importante es ¿dónde está ahora?

—Regresó al Exterior, donde le perdí —respondió Tweed.

—El Consejo de Géneros no está muy dispuesto a autorizar trabajos en el mundo real —dijo lentamente Bellman—. Es demasiado arriesgado. Ni siquiera sabemos de qué libro proviene Kaine y, como ahora mismo no hace nada contra nosotros, creo que debería quedarse en el Exterior.

—Pero Kaine es un peligro muy real para *nuestro* mundo —exclamé. Considerando las ideas políticas a la derecha de la derecha de Kaine, esa declaración era una nueva forma de quedarme corta—. En una ocasión robó en la Gran Biblioteca —añadí—. ¿Cómo podemos dar por supuesto que no volverá a hacerlo? ¿No es nuestra obligación proteger a los lectores de los ficcionautas dispuestos a...?

—Señorita Next —me interrumpió Bellman—, comprendo lo que dice pero *no* voy a autorizar una operación en el Exterior. Lo lamento, pero así son las cosas. Pasará al registro de LibroHuidos y montaremos cribas textuales en todos los pisos de la Biblioteca por si planea regresar. Ahí fuera usted puede hacer lo que le plazca; aquí hará lo que digamos. ¿Está claro?

Sentí furia y acaloramiento, pero la señorita Havisham me apretó el brazo, así que permanecí inmóvil.

—Bien —siguió diciendo Bellman, consultando las notas—. Punto cuatro: la Gran Central Textual ha informado de varios intentos de incursión desde el Exterior. Nada importante, pero suficiente para generar algunos estremecimientos en la barrera Ficción-Exterior. Señorita Havisham, ¿no informó de que una empresa del Exterior estaba experimentando con la entrada a la ficción?

Así era. Goliath llevaba años intentando entrar en el MundoLibro, pero con poco éxito; sólo había logrado extraer una masa informe de los volúmenes uno al ocho de *El mundo del queso*. El tío Mycroft se había refugiado en la serie de Sherlock Holmes para evitar a Goliath.

—Se llamaba la compañía *Algo* —respondió Havisham pensativa.

—Goliath —le dije—. Se llama Corporación Goliath.

—Goliath. Eso era. Di un vistazo mientras recuperaba la guía de viaje de la señorita Next.

—¿Cree que la tecnología Exterior está lo suficientemente avanzada? —preguntó Bellman.

—No. Todavía está en pañales. Han intentado enviar una sonda sin tripulación a *Los que escuchan* pero, por lo que sé, sin demasiado éxito.

—Bien —respondió Bellman—, los mantendremos vigilados. ¿Cómo se llama la corporación?

—Goliath —dije.

Lo anotó.

—Punto cinco: han robado toda la puntuación del capítulo final de *Ulises*. Probablemente unos quinientos puntos y aparte, comas, apostrofes y dos puntos. —

Calló un momento—. Vern, ¿no estaba trabajando en esto?

—Efectivamente —respondió el terrateniente, dando un paso al frente y abriendo un libro de notas—. Detectamos el robo hace dos días. Hablé con el gato y dijo que nadie había *entrado en* el libro, así que sólo cabe suponer que penetraron en la novela a través de la *interpretación* literaria de Dublín... lo que nos ofrece varios miles de sospechosos. Supongo que el ladrón creyó que nadie se daría cuenta, ya que la mayoría de los lectores no llegan hasta ese punto de *Ulises*. ¿Recuerdan el robo del capítulo sesenta y dos de *Moby Dick* que nadie echa en falta? Bien, en este caso se han dado cuenta, pero según los informes preliminares los lectores no consideran que la falta de puntuación sea un error descomunal, sino una señal de genio, así que tenemos cierto margen de maniobra.

—¿Estamos seguros de que fue un robo? —preguntó Beatrice—. ¿No pueden haber sido los gramásitos?

—No lo creo —respondió Perkins, que había convertido la librozoología en algo cercano a una ciencia—. Los puntusauroides son muy poco habituales y, para llevarse tanta puntuación, haría falta una bandada de varios cientos de individuos. Además, no creo que hubiesen dejado el último punto y final... eso me parece más propio de un ladrón malévolo.

—Vale —dijo Bellman—. ¿Qué hacemos, pues?

—El único mercado para puntuación robada es el Pozo.

—Hummm —reflexionó Bellman—. Un agente de Jurisficción allá abajo destaca tanto como una banda de instrumentos de metal en un funeral. Necesitamos a alguien que vaya de incógnito. ¿Algún voluntario?

—El caso es mío —dijo Vernham Deane—. Iré yo. A menos que alguien se considere mejor cualificado.

Silencio total.

—¡Parece que así queda la cosa! —dijo entusiasmado Bellman, apuntándolo—. Sexto punto: como recordarán, David y Catriona Balfour fueron bojuminados hace unas semanas. Como sin ellos no queda mucho de *Secuestrados* y *Catrina*, y puesto que Robert Louis Stevenson sigue siendo un autor popular, el Consejo de Géneros ha licenciado a un par de genéricos A-4 para ocupar su lugar. Se les concederá acceso ilimitado a todos los libros de Stevenson y quiero que se aseguren de que se sientan como en casa.

Los agentes reunidos murmuraron.

—Sí —dijo Bellman con resignación—. Sé que ellos nunca serán *exactamente* lo mismo, pero con un poco de suerte todo saldrá bien; nadie del Exterior se dio cuenta de que reemplazamos a David Copperfield, ¿verdad que no?

Nadie dijo nada.

—Bien. Séptimo punto: como saben, dentro de dos semanas me retiro y el

Consejo de Géneros va a necesitar un nuevo Bellman. Todas las candidaturas deben presentarse directamente al Consejo para su estudio.

Otra pausa.

—Octavo punto: como saben, la Gran Central Textual lleva cinco años trabajando en una actualización del sistema operativo de los libros...

Los agentes reunidos gimieron. Estaba claro que era un punto especialmente controvertido. Snell me había explicado por encima la tecnología de ImaginoTransferencia que había tras todos los libros, pero no tenía ni idea de cómo operaba realmente. De hecho, todavía no lo sé.

—¿Sabes lo que pasó cuando intentaron actualizar ROLLO? —dijo Bradshaw—. La incompatibilidad de sistemas eliminó toda la biblioteca de Alejandría... tuvieron que prenderle fuego para que no se extendiese.

—En aquella época sabíamos mucho menos sobre sistemas operativos, comandante —respondió Bellman con voz tranquilizadora—, y pueden estar seguros de que se han tenido en cuenta los problemas de actualización anteriores. Muchos de nosotros tenemos nuestras reservas acerca de la versión estándar de LIBRO en la que están registradas muchas de nuestras amadas obras, y creo que la actualización de LIBRO V9 es algo que deberíamos recibir con los brazos abiertos. —Nadie dijo ni pío. Estábamos expectantes—. Bien. Vale, podría seguir hablando todo el día, pero, francamente, opino que sería mejor dejar que nuestro verbalizador Libris, venido desde la Gran Central Textual, nos diera todos los detalles. ¿Xavier?

Presentación de UltraPalabra™

Primero fue TradiciónOral, actualizado diez mil años después al rimador (para que fuese más fácil de recordar) TradiciónOralPlus. Durante miles de años ése fue el *único* sistema operativo narrativo y todavía se usa. Hará unos veinte mil años el sistema se dividió en dos. Por un lado el ManchaCuevaPro (antecesor de PintaPlus V2.3, UrnaGriega V1.2, MármolEscultórico V1.4 y el reciente, que los engloba todos, SuperExpresiónArtística-5). La otra rama, el sistema narrativo pictofonético, se inició con TablillaDeArchi11a V2.1 y pasó por varias versiones que competían entre sí (TablillaDeCera, Papiro, VitelaPlus) antes de su unificación en el exitoso ROLLO, que tras ocho actualizaciones llegó a la versión 3.5 antes de ser reemplazado por el totalmente nuevo y claramente superior LIBRO V1. Estable, fácil de almacenar y transportar, compacto y con un índice muy útil, LIBRO lleva casi mil ochocientos años como líder.

VERBALIZADOR XAVIER LIBRIS

Sistemas operativos narrativos: los primeros años

Un hombre bajito y bastante pálido ocupó su puesto en la tarima; apenas sobresalía del atril. Vestía una camisa blanca de manga corta con el bolsillo tan cargado de bolígrafos que parecía a punto de reventar. Todos nos sentamos y le miramos con interés; UltraPalabra™ había sido la comidilla del Pozo desde hacía tiempo y todos estaban deseosos por descubrir si los rumores sobre su virtuosismo técnico eran ciertos.

—Buenos días a todos —arrancó Libris con voz nerviosa—. Durante los próximos treinta minutos intentaré explicarles algunos detalles de nuestro más reciente sistema operativo: LIBRO V9, llamado UltraPalabra™.

Se produjo el silencio mientras los agentes lo asimilaban. Me dio la sensación de que no era algo simplemente importante sino *realmente* importante. Como presenciar la firma de un acuerdo de paz o algo así. Incluso Bradshaw, que no era ningún amante de la tecnología, se inclinaba hacia delante y prestaba atención con interés, con el ceño fruncido.

Libris puso la primera página de la presentación. Apareció la imagen de un viejo

libro.

—Bien —empezó a decir—, cuando inventamos originalmente el concepto de «página» en LIBRO VI creimos haber alcanzado el cénit del almacenamiento narrativo. La página era compacta, fácil de leer y, empleando las tecnologías integradas de NumeroDePágina™ y Titulo Arriba™, disponíamos de un sistema de indexación muy superior al de ROLLO. —En este punto cambió la imagen para mostrarnos varios estilos de libros habidos a lo largo del tiempo—. Con los años hemos ido refinando el sistema LIBRO. Las ilustraciones fueron la primera actualización de la V1.1, generalizamos la ortografía en la V3.1 y las vocales y verbos irregulares se estabilizaron en la V4.2. Hoy en día empleamos LIBRO V8.3, una de las tecnologías de ImaginoTransferencia más estables y complejas jamás creadas: la transferencia fluida desde la palabra escrita hasta la imaginación del lector nunca ha sido más rápida.

Se detuvo un momento. Todos sabíamos que LIBRO V8.3 era excelente; dejando de lado algunas erratas que aparecían y la calidad irregular de las historias (algo que en ningún caso era culpa del sistema), era bueno, muy bueno.

—Construir los libros en los subsótanos, si bien es un proceso tedioso, va bastante bien, aunque sea un poco caótico. —Los agentes reunidos convinieron con un murmullo; estaba claro que a nadie le gustaba lo que pasaba allá abajo—. Pero —añadió Libris— la reutilización constante de ideas trilladas puede que no capte el interés del lector mucho más tiempo. Los estudios de mercado del Consejo de Géneros parecen indicar que los lectores empiezan a aburrirse por lo parecidos que son los argumentos.

—Creo que ya se han aburrido del todo —dijo Bellman, que se controló con rapidez, se disculpó por la interrupción y dejó que Libris siguiese hablando.

—Pero —continuó Libris— para comprender el problema repasemos un poco la historia. Cuando diseñamos el sistema LIBRO, hace mil ochocientos años, lo hicimos sobre todo para registrar acontecimientos... nunca pensamos que se produciría una demanda de *narraciones*. En el siglo X, las narraciones eran tan escasas que creíamos que tendríamos tramas nuevas para mil años. Cuando llegamos al siglo XVII habíamos reducido la estimación a seiscientos años... pero seguía sin haber razones para preocuparse. Luego, sucedió algo que llevó el sistema operativo a sus límites.

—La alfabetización masiva —intervino la señorita Havisham.

—Exacto —respondió Libris—. La demanda de narraciones escritas se incrementó exponencialmente durante los siglos XVIII y XIX. Diez años antes de la publicación de *Pamela*, en 1740, teníamos suficientes ideas para otros cuatrocientos años; en la época de Dickens las ideas habían sido casi todas reutilizadas, porque la reutilización era un método al que habíamos estado recurriendo desde el siglo XIII para retrasar lo inevitable. Pero en 1884, a todos los efectos, agotamos nuestras reservas de ideas originales.

Se oyeron murmullos entre los agentes reunidos.

—*Planilandia* —dijo Bradshaw después de reflexionar un momento—. Fue la última idea original, ¿no?

—Básicamente. Los pocos conceptos originales que quedaban se los apropió el movimiento de la ciencia ficción hasta los años cincuenta de este siglo, pero en lo que a ideas *puras* se refiere, 1884 fue el final. Esperábamos lo peor... un colapso total del MundoLibro y un abandono completo de los lectores. Pero no pasó. En contra de lo esperado, las ideas reutilizadas *funcionaban*.

—Pero ¿no se debe a la forma en que están contadas? —preguntó Havisham en su tono de voz de «no me contradigas»—. ¡Las *permutaciones* narrativas son infinitas!

—Es un número grande, pero no *infinito*, señorita Havisham. Lo que intento decir es que, en cuanto se hayan usado todas las permutaciones, no tendremos salida. En el siglo XX se han escrito y publicado libros a un ritmo sin precedentes... Ni siquiera la introducción de los virus de Exterior Postergador1.3 y BloqueoDeEscritor2.4 retrasó a los autores. En el Exterior hay cada vez más demandas por plagio; los autores empiezan a escribir el mismo libro. Tal y como veo la situación, nos queda un año, posiblemente dieciocho meses, antes de que el pozo de la ficción se seque. —Hizo una pausa para dejarnos calibrar las consecuencias—. Esa es la razón para volver a la fase de diseño y reconsiderar toda la situación.

Volvió a cambiar la imagen y se produjo una conmoción audible. En la imagen ponía: «Sistema narrativo de 32 tramas.»

—Como saben —siguió diciendo—, todo sistema operativo libresco contiene en su núcleo la estructura básica de ocho tramas que heredamos de TradiciónOral. Como solíamos decir: «Nadie necesitará jamás más de ocho tramas.»

—Nueve, si contamos los ritos de entrada en la edad adulta —intervino Beatrice.

—Eso son «viajes iniciáticos», ¿no? —dijo Tweed.

—Entonces, ¿qué hay de *Macbeth*? —preguntó Benedict.

—«Rivalidad y venganza», querido —respondió Havisham.

—Creía que era «tentación» —comentó Beatrice, a quien le gustaba contradecir a Benedict siempre que tenía ocasión.

—¡Por favor! —dijo Bellman—. Podríamos pasarnos el día discutiendo esos detalles. Y podréis hacerlo, si dejáis terminar a Libris.

Los agentes guardaron silencio. Supuse que se trataba de una discusión eterna.

—Por tanto, la única forma de avanzar —siguió diciendo Libris— es rehacer por completo el sistema operativo. Si pasamos a una base de treinta y dos tramas para nuestras narraciones, habrá tantísimas ideas que nadie sabrá qué hacer con ellas. El MundoLibro no habrá visto un avance igual desde la invención de los tipos móviles.

—Siempre he apoyado las nuevas tecnologías, señor Libris —dijo lady Cavendish con amabilidad—, pero ¿la popularidad de los libros no indica claramente las

bondades del sistema actual?

—Depende de lo que se entienda por «popular». Sólo un treinta por ciento de los exteriores leen ficción de forma regular. Con UltraPalabra™ aspiramos a cambiar esa situación. Pero me estoy adelantando... la abundancia de nuevas ideas es sólo un aspecto. Veamos qué otras ventajas aporta el nuevo sistema.

Volvió a cambiar la imagen. En esta ocasión decía: «Características mejoradas.»

—Primero, UltraPalabra™ es totalmente compatible con todas las novelas, obras de teatro y poemas que existen en la actualidad. Aparte de eso, los nuevos libros escritos con este sistema tendrán mejoras adicionales que deleitarán al lector.

—Díganos, ¿cómo esperan mejorar el libro? —preguntó Bradshaw.

—Voy a ponerles un ejemplo —repuso Libris entusiasmado—. En los libros tal como los conocemos actualmente, hay que indicar quién habla durante los diálogos porque el lector no tiene ni idea de quién lo hace. La cosa se complica si en una escena hablan muchos personajes. Es fácil perderse con tanto «dijo George», «respondió Michael», «añadió Paul» y todo eso. Con la mejora de la Identificación de Personajes de UltraPalabra™, el lector no tendrá dificultades para identificar quién habla sin necesidad de esos tediosos incisos. Además, UltraPalabra™ tiene PuntosDeTramaPlus™, una herramienta que ofrece al lector un resumen en caso de que se pierda o deba dejar el libro sin terminar unos meses. Otras herramientas son ResumeLectura™, PagiLuz™ y tres bandas sonoras.

—¿Cómo manejan los lectores esas características? —preguntó lady Cavendish.

—Habrá una página de preferencias al principio.

—¿Sensible al tacto? —pregunté.

—No —respondió Libris emocionado—, sensible a la *lectura*. Palabras que saben que están siendo leídas. En la página de preferencias también se puede elegir DensidadVerbal™, que ajusta el vocabulario al lector... nada de palabras difíciles o, si te *gustan* las palabras difíciles, puedes *incrementar* la complejidad del vocabulario. —Silencio mientras todos asimilaban esa información—. Pero volviendo a la pregunta, lady Cavendish, mucha gente rechaza la ficción porque la lectura le parece lenta y tediosa. Ahora mismo, la tasa más rápida que podemos lograr es de seis palabras por segundo. Con UltraPalabra™ dispondremos de la tecnología para cuadruplicar la transferencia... algo que resultará muy atractivo para los nuevos lectores.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, Libris —dijo Bradshaw a gritos—. La tecnología está muy bien y todo eso, pero a menos que se haga todo *extremadamente* bien, podría acabar siendo una catástrofe de magnitud incalculable.

—Tampoco le gustó el sistema de posicionamiento por ISBN, comandante —respondió Libris—, sin embargo navegar por los libros nunca ha sido más fácil.

Se miraron uno al otro hasta que un potente eructo ensució el aire. Era Falstaff.

—A lo largo de mi vida —dijo, poniéndose en pie con mucho esfuerzo—, he vivido muchos cambios; algunos buenos, algunos malos. Fui testigo del gran desplazamiento vocálico y recuerdo con cariño esos buenos días de antaño en que los juegos de palabras, los gordos y los extranjeros eran lo más gracioso. Presencié el ascenso de la novela y la caída del poema épico. Recuerdo cuando podías ponerte ciego de vino, comer hasta reventar y todavía te quedaba cambio de seis peniques para una puta. Recuerdo cuando el agua podía matarte y el alcohol te salvaba; recuerdo...

—¿Adonde quiere ir a parar? —preguntó Libris irritado.

—¡Ah! —respondió Falstaff, intentando recordar adonde quería llegar con su discurso—. Oh, sí. Yo estaba presente en la muy anticipada actualización a la Versión 4, en 1841. «Cambiaré para siempre la forma de leer», decía el Consejo de Géneros. ¿Y qué pasó? El Gran Estallido Textual. Casi todo lo escrito por Eurípides, Esquilo y Sófocles se perdió para siempre... y creamos los gramásitos.

—Nunca se demostró que la Versión 4 crease los gramásitos, sir John...

—Vamos, vamos, Libris, ¿se le ha secado el cerebro? Yo estaba allí. Yo lo vi. Yo lo sé.

Libris alzó las manos.

—No he venido aquí a discutir, sir John... sólo quiero exponer los hechos. En cualquier caso, UltraPalabra™ es incompatible con los gramásitos; el texto estará bloqueado... no podrán alimentarse.

—Eso esperan ustedes, señor.

—Lo *sabemos* —respondió Libris con rotundidad. Luego añadió más tranquilo—: Escuche, la Versión 4 *fue* un tremendo error, lo admitimos abiertamente, razón por la cual nos ha llevado tanto tiempo diseñar y probar rigurosamente UltraPalabra™. No es por nada que lo llamamos la experiencia de lectura definitiva. —Hizo una pausa—. Ha venido para quedarse, damas y caballeros... así que es mejor acostumbrarse.

Esperábamos otro ataque de Falstaff, pero el viejo amigo del rey Hal se había sentado y cabeceaba apenado. Nadie más dijo nada.

Libris dio un paso atrás y miró a Bellman, quien hizo sonar la campanilla.

—Bien, gracias a todos por escuchar la presentación del verbalizador Libris, y me gustaría darle las gracias por venir hoy aquí para contarnos todo esto.

Se puso a aplaudir y todos hicimos lo mismo... con la notable excepción de Falstaff y Bradshaw.

—Pronto tendremos folletos de presentación —dijo Bellman—. Dentro de diez minutos asignaremos las misiones individuales. Y recordad: tened cuidado ahí fuera. Eso es todo. Doy por terminada la sesión.

E hizo sonar la campanilla una vez más.

Libris bajó de la tarima y desapareció antes de que Bradshaw tuviese oportunidad de seguir interrogándole. La señorita Havisham le puso la mano en el hombro. Bradshaw era el único con el que yo la había visto ser un poco cariñosa. Supongo que la suya era una amistad fruto de una larga relación laboral.

—Estoy demasiado viejo para este juego, Havisham, amiga mía —murmuró.

—Los dos lo estamos, Trafford. Pero ¿quién va a enseñar a los jóvenes?

Havisham me señaló con un gesto. Hacía más de una década que nadie me llamaba joven.

—Estoy agotado, Estella —dijo Bradshaw con tristeza—. Nada de nuevas tecnologías para mí. Voy a regresar para siempre a mi libro. Al menos en *Bradshaw en el Congo* no tendré que aguantar todas estas tonterías. Adiós, niña.

—Adiós, comandante... Recuerdos a la señora Bradshaw.

—Gracias, señorita... Lo siento, ¿cómo se llamaba?

—Thursday Next.

—Claro que sí. Bien, adiós.

Sonrió, se tocó el salacot y se fue.

—Querido y viejo Bradshaw. —La señorita Havisham sonrió—. Se retira como doce veces al año desde 1938. Le volveremos a ver la próxima semana.

—¡Ah! —dijo Bellman acercándose a nosotras—. Havisham y Next. —Consultó las notas—. Estuvo en el Exterior para realizar otro intento de superar el récord de velocidad, ¿no?

—¿Yo? —respondió Havisham—. ¡Claro que no!

—Bien —dijo Bellman, sin creerla ni por un instante—, el Consejo de Géneros me ha comunicado que tratará con severidad a cualquier miembro de Jurisficción que abuse de sus privilegios.

—¿Con cuánta severidad?

—*Muy* severamente.

—No se atreverían —respondió Havisham altiva—. Bien, ¿qué tiene para nosotras?

—Dirigirá la sesión de control de furia en *Cumbres borrascosas*.

—He terminado mis seis sesiones —respondió Havisham—. Le toca a Falstaff.

—Eso no es cierto —respondió Bellman—. Sólo lleva tres. Cambiar de encargado cada semana no es conveniente. Nadie puede saltarse su turno, señorita Havisham, ni siquiera usted.

La señorita Havisham suspiró.

—Está bien.

—Bueno. Será mejor no hacerlos esperar.

Bellman se fue antes de que Havisham pudiese responder. Permaneció en silencio un momento, como un volcán que decidiera si entrar en erupción o no. Después de

unos segundos me miró.

—¿Eso ha sido una sonrisa? —me soltó.

—No, señorita Havisham —respondí, intentando ocultar la gracia que me hacía la idea de que alguien como ella pudiese aconsejar a otros sobre... precisamente la furia.

—Por favor, dime qué te parece tan divertido. Realmente me gustaría saberlo.

—Ha sido una sonrisa de sorpresa.

—¿Lo ha sido? Bien, antes de que tengas la impresión errónea de que por alguna razón me preocupan los sentimientos de semejante panda de personajes patéticos, voy a dejar claro que me *ordenaron* hacer este trabajo... lo mismo que cuando me metieron en el Grupo de Protección de Heathcliff. Personalmente, antes preferiría morir... pero órdenes son órdenes. Tráeme un té y reúnete conmigo en mi mesa.

Había muchas conversaciones emocionadas sobre la actualización de UltraPalabra™ y oí fragmentos que abarcaban todo el espectro, desde la más firme condena hasta el apoyo incondicional. Tanto daba; Jurisficción no era más que un cuerpo policial y no tenía mucha influencia política. Aquél era terreno de los altos poderes del Consejo de Géneros. Era como estar de vuelta en OpEspec. Me topé con Vernham Deane en la mesa del bufé.

—Bien —dijo Vernham, sirviéndose unas pastas—, ¿qué opinas?

—Bradshaw y Falstaff parecen un poco apagados.

—En ocasiones la cautela es un bien poco valorado —dijo con prudencia—. ¿Qué opina Havisham?

—No estoy segura.

—¡Vern! —dijo Beatrice, que se unía a nosotros acompañada de lady Cavendish—. ¿Cuál es la trama de *Winnie-the-Pooh*?

—¿El «triunfo del perdedor»? —propuso él.

—¡Te lo dije! —dijo Beatrice, volviéndose hacia Cavendish—. «Oso con poco cerebro triunfa a pesar de las adversidades.» ¿Contenta?

—No —respondió ella—. Es un «viaje iniciático».

—¡Tú opinas que todas las narraciones son un viaje iniciático!

—Lo son.

Siguieron discutiendo mientras yo cogía taza y platillo.

—¿Ya conoces a la señora Bradshaw? —preguntó Deane.

Le dije que no.

—Cuando lo hagas, no te rías.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Serví té para la señorita Havisham, sin olvidar primero la leche. Deane se comió

un canapé y preguntó:

—¿Cómo te van las cosas? La última vez que te vi tenías problemas en casa.

—Vivo en el Pozo —le dije—, como parte del Programa de Intercambio de Personajes.

—¿En serio? —dijo—. Qué cosas. ¿Cómo va el último Farquitt?

—Bien, *creo* —le dije, consciente de la ligera vergüenza que sentía Deane de ser un malvado unidimensional—, el título de trabajo es *Amor sin vergüenza*.

—Muy propio de Farquitt. —Deane suspiró—. Habrá un personaje como yo... normalmente lo hay. También probablemente haya una sirvienta campesina violada por alguien como yo... y luego expulsada cruelmente para tener su bebé en un asilo y lograr vengarse diez capítulos después.

—Bien, no sabría...

—No es justo, ¿sabes? —dijo, cambiando de humor—. ¿Por qué debo estar condenado, lectura tras lectura, a emborracharme hasta morir, triste y solitario, a ocho páginas del final?

—¿Porque eres el malo y en las novelas de Farquitt los malos siempre reciben su merecido?

—Sigue sin ser justo. —Frunció el ceño—. En incontables ocasiones he solicitado un Ajuste Interno de Trama, pero me lo deniegan siempre. ¿Hablarías en mi favor con la señorita Havisham? Me han dicho que pertenece al subcomité de Ajustes de Tramas del Consejo de Géneros.

—¿Eso estaría bien? —pregunté—. Que hablase con ella, quiero decir. ¿No deberías seguir los cauces habituales?

—En realidad tienes razón —respondió—, pero estoy dispuesto a probarlo todo. ¿Hablarás con ella?

Le dije que lo intentaría, pero decidí sobre la marcha que probablemente no lo haría. Deane parecía muy agradable en *Jurisficción*, pero en *El señor de High Potternews* era un monstruo; que muriera triste, solitario y olvidado era probablemente lo adecuado... al menos, en términos narrativos.

Le di el té a la señorita Havisham, que dejó de hablar con Perkins en cuanto me vio acercarme. Me dedicó una mueca y desapareció. La seguí al segundo piso de la Gran Biblioteca, donde la encontré en la sección Brontë con un ejemplar de *Cumbres borrascosas* en la mano. Sabía que probablemente le *tuviese* reservado un huequecito a Heathcliff, pero imaginaba que dicho hueco estaría en los traicioneros pantanos, al pie del risco de Penistone.

—Por cierto, ¿conoces a las tres brujas? —preguntó.

—Sí —respondí—. Me dijeron...

—*Haz caso omiso* de todo lo que te digan. Mira en qué lío metieron a Macbeth.

—Pero dijeron...

—No quiero oírlo. Locuras y tonterías. Causan problemas y nada más.
¿Comprendes?

—Claro.

—No digas «claro». ¡Es tan poco educado! ¿No puedes decir: «Sí, señorita Havisham»?

—Sí, señorita Havisham.

—Mejor. ¡Vamos, nos dirigimos a Brontë!

Y nos leímos dentro de las páginas de *Cumbres borrascosas*.

Cumbres borrascosas

Cumbres borrascosas fue la única novela de Emily Brontë que algunos consideraron tan buena como las demás y otros una vergüenza. Sólo cabe conjeturar lo que hubiese escrito de haber vivido más tiempo; teniendo en cuenta el carácter fuerte y apasionado de Emily, probablemente más de lo mismo. Pero, independientemente de la impresión que de *Cumbres borrascosas* se lleve el lector, ya sea de tristeza por los amantes condenados, de irritación por la petulancia de Catherine o incluso de furia por la manera estúpida de comportarse de las víctimas de Heathcliff que hacen cola para dejarse maltratar, una cosa es segura: retrata con brillantez el lugar salvaje azotado por el viento que tan bien refleja la pasión destructiva de los dos protagonistas... y algunos dicen que no ha sido superada.

MILLON DE FLOSS

Cumbres borrascosas; ¿obra maestra
o bodrio rimbombante?

Nevaba cuando llegamos y el viento agitaba los copos formando algo similar a grandes nubes de irritados insectos de invierno. La casa era mucho más pequeña de lo que había imaginado, pero no menos lastimosa, incluso bajo la amable capa de nieve. Las contraventanas colgaban torcidas y del interior sólo llegaba un débil resplandor. Estaba claro que no visitábamos la casa en los buenos días del viejo señor Earnshaw, sino en los de la ocupación del señor Heathcliff, cuya bárbara administración se reflejaba en el edificio adusto y ventoso al que nos acercábamos.

Nuestros pies aplastaron la nieve recién caída mientras alcanzábamos la puerta principal. Golpeamos la madera nudosa. Un anciano nervudo respondió después de una muy larga pausa. Nos miró por turnos con expresión amargada antes de que la luz se hiciese sobre sus rasgos cansados al reconocernos y se lanzase a un chapurreo emocionado:

—Es comportamiento óseo, asechar en los campos, después de las dose a noche, ¡con ese mal, temible demonio de una gitana! Creen que estoy siego; pero no lo toy; ¡ya les gustaría!... Veo ir y venir al bote del joven Linton, ¡y veo sí, sí a la buena para nada, bruja podrida! ¡Salta y se encierra en la casa en cuan oye el carruaje del amo

asercarse por el camino!

—¡Nada de eso importa! —exclamó la señorita Havisham. Para ella la paciencia era un concepto desconocido—. Déjanos pasar, Joseph, ¡o sentirás la bota en los calzones!

Gruñó pero abrió la puerta. Entramos rodeadas de copos de nieve y nos limpiamos los pies en el felpudo mientras la puerta se cerraba.

—¿Qué ha dicho? —pregunté mientras Joseph seguía murmurando por lo bajo.

—No tengo ni la más remota idea —respondió la señorita Havisham, quitándose la nieve del velo de novia—. De hecho, nadie lo sabe. Vamos, tenemos que vernos con los otros. Insistimos en que todos los personajes importantes de *Cumbres* asistan a la sesiones de control de furia.

No había vestíbulo de entrada ni pasillo. La puerta principal daba a una enorme sala donde había seis personas reunidas alrededor del hogar. Uno de los hombres se puso en pie educadamente e inclinó la cabeza para saludar. Más tarde supe que era Edgar Linton, esposo de Catherine Earnshaw, que estaba sentada junto a él en el asiento de madera y miraba meditabunda el fuego. Junto a ellos había un hombre de aspecto disoluto, dormido, borracho, o posiblemente ambas cosas. Estaba claro que nos habían estado esperando y la falta de entusiasmo dejaba claro que la terapia no ocupaba un lugar muy alto en su lista de prioridades... o de intereses.

—Buenas noches a todos —dijo la señorita Havisham—. Me gustaría agradecerles su asistencia a la sesión de control de furia de Jurisficción.

Casi parecía amable; no era nada propio de ella y me pregunté cuánto tiempo aguantaría.

—Ésta es la señorita Next, que va a observar la sesión de esta noche —siguió hablando—. Bien, quiero que todos os deis la mano y creéis un círculo de confianza para darle la bienvenida al grupo. ¿Dónde está Heathcliff?

—¡No tengo ni idea de dónde puede estar ese sinvergüenza! —escupió Linton con furia—. Por lo que a mí respecta, ojalá que con la cabeza metida en un cenagal... ¡que el diablo se lo lleve y ya irá con retraso!

—¡Oh! —gritó Catherine, apartando su mano de la de Edgar—. ¿Por qué le odias de esa forma? ¡A él, que me ama más de lo que tú podrías llegar a amarme...!

—Alto, alto —interrumpió Havisham conciliadora—. ¿Recordáis lo que dijimos la semana pasada sobre los insultos? Edgar, creo que deberías disculparte con Catherine por llamar sinvergüenza a Heathcliff, y Catherine, la semana pasada prometiste no volver a comentar delante de tu marido lo mucho que amas a Heathcliff.

Gruñeron sus disculpas.

—Heathcliff llegará en cualquier momento —dijo una sirvienta, que supe que era Nelly Dean—. Su agente dijo que tenía que ocuparse de una publicidad.

¿Podemos empezar sin él?

La señorita Havisham miró la hora.

—Supongo que podríamos ocuparnos de la introducción —respondió, con claros deseos de terminar con aquello y volver a casa—. Quizá podamos presentarnos a la señorita Next y al mismo tiempo resumir lo que sentimos. Edgar, ¿te importa?

—¿Yo? Oh, muy bien. Me llamo Edgar Linton. Soy el legítimo propietario de Thrushcross Grange, y odio y desprecio a Heathcliff porque, independientemente de lo que yo haga, mi esposa Catherine le sigue amando.

—Me llamo Hindley Earnshaw —dijo el borracho arrastrando las palabras—. Soy el hijo mayor del viejo señor Earnshaw. Odio y desprecio a Heathcliff porque mi padre le prefería a él antes que a mí, y más tarde, porque ese sinvergüenza me quitó lo que me correspondía por derecho.

—Eso ha estado muy bien, Hindley —dijo la señorita Havisham—, ni una sola palabrota. Creo que estamos avanzando. ¿Quién va ahora?

—Me llamo Hareton Earnshaw —dijo un joven de aspecto hosco que miraba la mesa mientras hablaba y que evidentemente odiaba aquellas reuniones más que los demás—, hijo de Hindley y Frances. Odio y desprecio a Heathcliff porque me trata poco más que como a un perro... y no es que yo haya hecho nada contra él; me castiga porque mi padre le trató como a un sirviente.

—Soy Isabella —anunció una mujer bien parecida—, hermana de Edgar. Odio y desprecio a Heathcliff porque me mintió, abusó de mí, me golpeó y trató de matarme. Luego, tras mi muerte, robó a nuestro hijo y le usó para lograr el control de la herencia Linton.

—En ésa hay mucha furia —susurró la señorita Havisham—. ¿Empiezas a darte cuenta de la situación?

—¿De que Heathcliff les cae bastante mal? —le susurré.

—¿Tanto se nota? —respondió, algo sorprendida de que sus sesiones no estuviesen por lo visto surtiendo tanto efecto como deseaba.

—Yo soy Catherine Linton —dijo una joven testaruda y llenita de no más de dieciséis años—, hija de Edgar y Catherine. Odio y desprecio a Heathcliff porque me tuvo prisionera durante cinco días, manteniéndome alejada de mi padre moribundo para obligarme a casarme con Linton... exclusivamente para obtener Thrushcross Grange, la verdadera residencia Linton.

—Y yo soy Linton —anunció un niño de aspecto muy enfermizo, que tosía en un pañuelo—, hijo de Heathcliff e Isabella. Odio y desprecio a Heathcliff porque me robó la única felicidad que podría haber conocido y me dejó morir cautivo. Soy un peón en sus esfuerzos por consumir la venganza.

—Vaya, vaya —murmuró Catherine Linton.

—Yo soy Catherine Earnshaw —dijo la última mujer, que miró con desdén al

resto del grupo—, ¡y amo a Heathcliff más que a la vida misma!

Todos gimieron, varios miembros del grupo cabecearon de tristeza y Catherine la joven hizo el gesto de meterse el dedo en la garganta.

—Ninguno de vosotros le conoce como yo, ¡y si le hubieseis tratado con cordialidad en lugar de con odio nada de esto habría pasado!

—¡Ramera mentirosa! —gritó Hindley, poniéndose en pie de un salto—. Si tú no hubieses decidido casarte con Edgar para obtener poder y posición, Heathcliff se habría comportado de forma algo más razonable... No, tú has sido la causante de todo, ¡putita egoísta! —Palabras que fueron recibidas con aplausos, a pesar de los intentos de Havisham por mantener el orden.

—Él es un hombre de verdad —añadió Catherine, entre abucheos del grupo—, un héroe byrónico que trasciende la moral y las leyes sociales; mi amor por Heathcliff es firme como una roca. Grupo, ¡yo soy Heathcliff! ¡Siempre está en mi mente: no como un placer, no más de lo que yo soy un placer para mí misma, sino como mi propio ser!

Isabella dio un golpe en la mesa y agitó el dedo con furia hacia Catherine.

—Un hombre de verdad amaría y reverenciaría a la mujer con la que se casase —gritó—. ¡No le arrojaría un cuchillo de carnicero ni usaría y abusaría de cuantos la rodean continuamente en pos de una venganza por el trato injusto que considera haber recibido hace veinte años! ¿Y qué, si Hindley le trató mal? ¡Un buen cristiano le perdonaría y aprendería a vivir en paz!

—¡Ah! —dijo la joven Catherine, poniéndose también en pie y gritando a pleno pulmón para hacerse oír a pesar del tumulto de acusaciones y de frustración acumulada—. Ahí está el meollo del asunto. Heathcliff es tan poco cristiano como se puede llegar a ser. ¡Es un demonio con forma humana que aspira a la destrucción de todos los que le rodean!

—Estoy de acuerdo con Catherine —dijo Linton con voz débil—. ¡Ese hombre es malvado y corrupto hasta la médula!

—¡Sal fuera y repítelo! —gritó Catherine la mayor, agitando un puño.

—Permitirías que el chico pillase un resfriado y muriese, ¿no? —respondió retadora Catherine la joven, mirando con furia a la madre que había muerto para darla a luz a ella—. ¡Fueron tus altaneros aires de consentida los que nos metieron en este lío! Si le amabas tanto como dices, ¿por qué no te casaste con él y punto?

—¡UN POCO DE ORDEN, POR FAVOR! —bramó la señorita Havisham, con tal fuerza que todos se sobresaltaron, la miraron intimidados y se sentaron refunfuñando un poco—. Gracias. Bien, todos estos gritos no van a servir de nada. Si queremos afrontar la furia en *Cumbres borrascosas* vamos a tener que actuar como seres humanos civilizados y discutir racionalmente nuestros sentimientos.

—Vaya, vaya —dijo una voz procedente de la oscuridad. Todos guardaron

silencio y se volvieron hacia el recién llegado, que penetró en la luz acompañado de dos guardaespaldas y de alguien más, por lo visto su agente. El recién llegado era sombrío, de tez morena y extremadamente guapo. Hasta el momento de esa reunión jamás había comprendido por qué los personajes de *Cumbres borrascosas* se comportaban de aquella forma ocasionalmente irracional; pero tras contemplar la deslumbrante belleza, los ojos oscuros y penetrantes, lo comprendí. Heathcliff poseía un carisma electrizante; podría haber encantado a una cobra para que ella misma se atase en un nudo.

—¡Heathcliff! —gritó Catherine, saltando a sus brazos y estrechándolo con fuerza—. Oh, Heathcliff, mi amor, ¡cómo te he echado de menos!

—¡Bah! —gritó Edgar, agitando con furia el bastón por el aire—. Deja a mi mujer de inmediato o te juro por Dios que...

—¿Qué harás? —preguntó Heathcliff—. ¡Tú, mequetrefe cobarde y altanero! ¡Mi perro tiene más valor en una pata que tú en todo el cuerpo! Y Linton, enclenque, ¿qué es eso que has dicho de que soy «malvado y corrupto»?

—Nada —dijo Linton en voz baja.

—Señor Heathcliff —dijo la señorita Havisham con firmeza—, no sirve de nada que llegue tarde a estas sesiones ni que irrite a sus compañeros.

—Que el diablo se lleve sus sesiones, señorita Havisham —respondió Heathcliff furibundo—. ¿Quién es el protagonista de la novela? Yo. ¿A quién esperan encontrar los lectores cuando abren el libro? A mí. ¿Quién ha ganado el premio al protagonista romántico más turbulento del MundoLibro setenta y siete veces seguidas? Yo. Todo yo. Sin mí, *Cumbres borrascosas* es una novelucha provinciana tediosamente larga y carente de interés. Yo soy el centro de este libro y haré lo que me dé la gana, mi dama, ¡y por lo que a mí respecta, puede ir corriendo a contárselo a Bellman, al Consejo de Géneros y al mismísimo Gran Panjandrum!

Del bolsillo de la chaqueta se sacó una foto dedicada y me la pasó con un guiño. Lo curioso fue que le reconocí. Había estado actuando en Hollywood, con gran éxito, bajo el nombre de Buck Stallion, lo que probablemente explicaba de dónde había sacado su fortuna; con su sueldo podría haber comprado Thrushcross Grange tres veces.

—El Consejo de Géneros ha decretado que asista a la sesiones, Heathcliff —dijo Havisham con voz helada—. La supervivencia de este libro exige controlar las emociones de su interior; ahora mismo la novela es tres veces más violenta que cuando se escribió... si seguimos así, no pasará mucho antes de que el asesinato y el caos la controlen por completo. ¿Recuerdan lo que pasó con la en su momento tranquila comedia de costumbres *Tito Andrónico*? Ahora es el charco de sangre más demente y caníbal de todo Shakespeare. ¡*Cumbres borrascosas* seguirá el mismo rumbo si alguien no controla la furia y el resentimiento!

—¡No quiero convertirme en pastel! —gimió Linton.

—Un discurso valiente —respondió Heathcliff con sorna—, muy valiente. —Se inclinó hacia la señorita Havisham, quien mantuvo desafiante su posición—. Déjeme «compartir» algo con el grupo. *Cumbres borrascosas* y todos los que viven en la novela pueden irse al demonio por lo que a mí respecta. Ha servido a su propósito permitiéndome perfeccionar el delicado arte de la traición y la venganza... pero ahora soy más grande que este libro y más grande que todos vosotros. Ahí fuera hay mejores novelas esperándome, ¡que saben cómo servir adecuadamente a un personaje de mi profundidad!

Los reunidos soltaron exclamaciones ahogadas a medida que fueron asimilando la noticia. Sin Heathcliff no habría libro... y en consecuencia, ellos también desaparecerían.

—No pasaría ni a *El cumpleaños de Spot* sin el permiso del Consejo —gruñó Havisham—. ¡Intente abandonar *Cumbres borrascosas* y haremos que desee no haber sido escrito!

Heathcliff rio.

—¡Tonterías! El Consejo tiene necesidad urgente de personajes como yo; dejarme atrapado en un clásico donde sólo me leen estudiantes aburridos de literatura inglesa es malgastar uno de lo mejores protagonistas románticos jamás escritos. Recuerde lo que le digo, el Consejo hará lo que sea necesario para atraer a más lectores... nadie se opondrá a un traspaso, ¡se lo aseguro!

—¿Qué hay de nosotros? —gimió Linton, tosiendo al borde de las lágrimas— ¡Seremos reducidos a texto!

—¡El mejor destino para todos vosotros! —gruñó Heathcliff—. Y yo estaré en la orilla, ¡dispuesto a disfrutar de vuestros últimos gritos al hundiros bajo las olas!

—¿Y yó? —preguntó Catherine.

—Tú vendrás conmigo. —Heathcliff sonrió, ablandándose—. Tú y yo volveremos a vivir en una novela moderna, sin todas esas limitaciones de la rectitud victoriana; se me ha ocurrido que podríamos residir en una novela de espías y tener un cachorro de bóxer con una oreja caída...

Se oyó una tremenda detonación cuando se hundió hacia dentro la puerta principal en una nube de astillas y polvo. Havisham, instantáneamente, empujó a Heathcliff al suelo y se le colocó encima, gritando:

—¡A cubierto!

Disparó la pequeña pistola contra un hombre enmascarado que entró de un salto por la puerta humeante disparando una ametralladora. La bala de Havisham dio en el blanco y el tipo cayó como un pelele. Uno de los dos guardaespaldas de Heathcliff recibió disparos en cuello y pecho, pero el segundo guardaespaldas sacó su propia ametralladora y abrió fuego contra los otros asesinos que entraban. Linton se

desmayó de golpe. Isabella y Edgar lo hicieron a continuación. Al menos desmayados no gritaban. Saqué mi arma y disparé como hacían el guardaespaldas y Havisham mientras otro enmascarado entraba; acabamos con él, pero una de sus balas dio en la cabeza del segundo guardaespaldas, que cayó sin vida. Me arrastré hacia Havisham y también me coloqué encima de Heathcliff. Gimió:

—¡Ayudadme! ¡No dejéis que me maten! ¡No quiero morir!

—¡Cierra el pico! —gritó Havisham y Heathcliff se calló al instante. Miré alrededor. Su agente se protegía bajo la cartera y el resto de los personajes se habían metido bajo la mesa de roble. Hubo una pausa.

—¿Qué está pasando? —susurré.

—Un ataque ProCath —murmuró Havisham, recargando la pistola en medio del súbito silencio—. El apoyo a la joven Catherine y el odio por Heathcliff son muy profundos en el MundoLibro; habitualmente se trata de un tirador solitario... nunca había visto nada tan coordinado. Voy a saltar de aquí con Heathcliff; volveré inmediatamente a por ti.

Murmuró algunas palabras, pero no pasó nada. Las repitió y siguió sin pasar nada.

—¡Que se los lleve el demonio! —murmuró, sacando su notaalpiéfono móvil de entre los pliegues del vestido de novia—. Deben de estar usando una criba textual.

—¿Qué es una criba textual?

—No lo sé... no está del todo claro.

Miró el notaalpiéfono móvil y lo agitó desesperadamente.

—¡Maldición! No hay cobertura. ¿Dónde está el notaalpiéfono más cercano?

—En la cocina —respondió Nelly Dean—, junto al cesto del pan.

—Debemos avisar a Bellman. Thursday, quiero que vayas a la cocina...

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase debido a una ráfaga de ametralladora que dio contra la casa, acabando con ventanas y contraventanas; las cortinas bailaron convirtiéndose en jirones, el yeso saltó de las paredes al hundirse las balas. Seguimos agachadas mientras Catherine gritaba, Linton despertaba para volver a desmayarse, Hindley tomaba un trago de su petaca y Heathcliff se convulsionaba de miedo. Al cabo de unos diez minutos los disparos cesaron. El aire estaba lleno de polvo y nosotros estábamos cubiertos de yeso, esquirlas de vidrio y astillas de madera.

—¡Havisham! —dijo una voz amplificadora desde el exterior—. ¡No queremos causarles daño! ¡Entregue a Heathcliff y los dejaremos en paz!

—¡No! —gritó Catherine la mayor, que se había arrastrado hasta nosotros e intentaba agarrar la cabeza de Heathcliff—. ¡Heathcliff, no me abandones!

—No tengo intención de hacerlo —dijo con voz apagada, porque tenía la nariz apretada contra las piedras por mi peso y el de Havisham—. Havisham, espero que recuerde sus órdenes.

—¡Envíe a Heathcliff y no les haremos daño ni a usted ni a su aprendiz! —

volvió a gritar el megáfono—. ¡Interpóngase en nuestro camino y acabaremos con los dos!

—¿Van en serio? —pregunté.

—Vaya que sí —respondió Havisham sombría—. El año pasado un grupo de ProCath intentó secuestrar a madame Bovary para obligar al Consejo a entregar a Heathcliff.

—¿Qué pasó?

—Los supervivientes del grupo fueron reducidos a texto —respondió Havisham—, pero eso no ha detenido al movimiento ProCath. ¿Crees que puedes llegar al notaalpiéfono?

—Claro... es decir, sí, señorita Havisham.

Me arrastré hacia la cocina.

—Les daremos dos minutos —volvió a hablar la voz del megáfono—. Después, entraremos.

—Tengo una propuesta mejor —gritó Havisham.

Una pausa.

—¿Y cuál es? —dijo el megáfono.

—Dejadnos ir y tendré misericordia cuando os encuentre.

—Creo —respondió la voz del megáfono— que seguiremos con mi plan. Le quedan un minuto y cuarenta y cinco segundos.

Llegué hasta la puerta de la cocina, que estaba tan destrozada como el salón. Había harina y cereales por el suelo, frascos rotos, y una ráfaga de nieve entraba por las ventanas. Encontré el notaalpiéfono; el fuego de ametralladora lo había agujereado. Solté una maldición y me arrastré rápidamente de vuelta al salón. Miré a Havisham a los ojos y negué con la cabeza. Me hizo un gesto para que fuese a mirar atrás y así lo hice, atravesando la oscuridad de la despensa para mirar al exterior. Podía ver a dos, sentados en la nieve, con las armas preparadas. Corrí de vuelta al lado de Havisham.

—¿Qué tal?

—Veo a dos detrás.

—Y hay al menos tres delante —añadió—. Estoy dispuesta a considerar propuestas.

—¿Qué tal entregarles a Heathcliff? —dijo un coro de voces.

—¿Alguna otra?

—Podría intentar colocarme detrás —murmuré—, si usted los entretiene...

Me interrumpió un espantoso grito de terror proveniente del exterior, seguido de un ruido como si estrujasen algo, luego otro grito y fuego esporádico de ametralladora. Se oyó un golpe contundente y otro disparo, luego un grito y entonces los ProCath de atrás también abrieron fuego; pero no contra la casa... sino contra una

amenaza que no podíamos ver. Havisham y yo intercambiamos una mirada y nos encogimos de hombros mientras un hombre entraba presa del pánico; todavía sostenía la pistola y, debido a eso, su destino estaba sellado. Havisham le disparó dos veces y cayó muerto junto a nosotros con expresión de horror en el rostro. Se oyeron algunos disparos más, otro grito de agonía, luego silencio. Me estremecí y me puse en pie para mirar con cuidado por la puerta. Fuera no había nada excepto la blanda nieve, alterada aquí y allá por huellas de pisadas.

Sólo encontramos un cuerpo, que había sido lanzado al tejado del granero, pero había muchísima sangre y lo que parecían las huellas de las garras de un felino muy grande. Yo miraba las pisadas del tamaño de un plato de cocina que la nieve iba borrando lentamente cuando Havisham me puso la mano en el hombro.

—Big Martin —dijo en voz baja—. Debía de estar siguiéndote.

—¿Todavía? —pregunté, comprensiblemente preocupada.

—¿Quién sabe? —respondió la señorita Havisham—. Big Martin no rinde cuentas ante nadie. Entra.

Regresamos a donde el elenco se limpiaba el polvo. Joseph murmuraba para sí e intentaba tapar las ventanas con mantas.

—Bien —dijo la señorita Havisham dando una palmada—, ha sido una sesión emocionante, ¿no?

—Sigo teniendo la intención de abandonar este libro horrible —respondió Heathcliff, que había vuelto a su actitud habitual de repelente absoluto.

—No, no lo hará —respondió Havisham.

—Intente detenerme...

La señorita Havisham, que estaba harta de contenerse y que odiaba hasta la muerte a los hombres como Heathcliff, le agarró por el cuello de la camisa y le empujó la cabeza contra la mesa apuntándole a la nuca con la pistola.

—Escúcheme bien —dijo con la voz temblorosa de furia—, para mí, es basura sin valor. Agradezca a su buena estrella que sea leal a Jurisficción. Muchos otros en mi lugar le hubiesen entregado. Podría matarle ahora y nadie se enteraría.

Heathcliff me miró suplicante.

—Yo estaba fuera cuando oí el disparo —le dije.

—¡Nosotros también! —exclamaron ansiosos los demás, excepto Catherine Earnshaw, que se limitó a fruncir el ceño.

—¡Quizá debería hacerlo! —volvió a decir Havisham—. Quizá fuese para mejor. ¡Podría hacer que pareciese un accidente!

—¡No! —gritó Heathcliff contrito—. He cambiado de opinión. Voy a quedarme aquí y seré el viejo y sencillo señor Heathcliff por siempre jamás.

Havisham le miró y, lentamente, le soltó.

—Bien —dijo, poniéndole el seguro a la pistola y recuperando el aliento—. Creo

que con esto concluye la sesión de control de furia de Jurisficción. ¿Qué hemos aprendido?

Los otros personajes la miraron, estupefactos.

—Bien. La próxima semana a la misma hora, ¿sí?

Educación a los genéricos

Los genéricos eran los camaleones del Pozo. En general se los entrenaba para tareas específicas, pero se los podía actualizar en caso necesario. Ocasionalmente, un genérico saltaba espontáneamente dentro de su grado, pero se decía que el salto de un grado a otro sin ayuda externa era imposible. Por lo que yo descubriría, la palabra «imposible» no debería usarse en el Pozo a la ligera. Siendo la imaginación como es, podía pasar cualquier cosa... y así sucedía habitualmente.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

Volví a casa yo sola una vez terminada la «limpieza» de *Cumbres borrascosas*. Jurisficción conocía bien al líder de ProCath y éste prefería nuestras armas en el interior a los dientes de Big Martin en el exterior. A las pocas líneas se había reparado la casa y, como Havisham había celebrado la sesión de control de furia *entre* capítulos, ningún lector se dio cuenta. De hecho, el único rastro del ataque que queda en el libro es la escopeta de Hareton, que estalla accidentalmente en el capítulo treinta y dos, muy probablemente porque alguna bala perdida dañó el mecanismo.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó Yaya.

—Muy... *expositivo* al principio —dije, dejándome caer sobre el sofá y haciéndole cosquillas a *Pickwick*, que se había puesto muy seria—, pero ha terminado dramáticamente.

—¿Han tenido que rescatarte otra vez?

—Esta vez no.

—Los primeros días en un nuevo trabajo siempre son un poco raros —dijo Yaya—. ¿Por qué tienes que trabajar para Jurisficción?

—Forma parte del acuerdo del Programa de Intercambio.

—Oh, sí —respondió—. ¿Te gustaría que te preparase una tortilla?

—Lo que sea.

—Vale. Necesito que me rompas los huevos, los batas, que me bajes una sartén y...

Me levanté como pude y fui hasta la pequeña cocina. El refrigerador, como siempre, estaba repleto de comida.

—¿Dónde están ibb y obb? —pregunté.

—Fuera, creo —respondió Yaya—. Ya que estás levantada, ¿preparas un poco de té?

—Claro. Sigo sin poder recordar el segundo nombre de Landen, Yaya... Llevo intentándolo todo el día.

Yaya entró en la cocina y se sentó en la banqueta, que resulta que estaba justo en medio del camino para ir a todas partes. Yaya olía a jerez, pero juro que no tengo ni idea de dónde lo escondía.

—Pero ¿recuerdas su aspecto?

Dejé lo que estaba haciendo y miré por la ventana de la cocina.

—Sí —respondí lentamente—, hasta la última arruga, hasta el último lunar, hasta la última expresión... pero sigo recordándole muriendo en Crimea.

—*Eso jamás* sucedió, querida —me dijo—. Pero el hecho de que... si fuese tú usaría un cuenco más grande... puedas recordar sus rasgos demuestra que no ha desaparecido más que ayer. Yo usaría mantequilla en lugar de aceite y, si tienes champiñones, podrías picarlos con un poco de cebolla y bacón... ¿tienes bacón?

—Es probable. Todavía no me has contado cómo lograste llegar hasta aquí, Yaya.

—Eso es fácil de explicar —dijo—. Dime, ¿lograste la lista de los libros más aburridos?

Yaya Next tenía ciento ocho años y estaba convencida de que no podría morir hasta no haber leído los diez clásicos más aburridos. En una ocasión le había propuesto *La reina de las hadas*, *El paraíso perdido*, *Ivanhoe*, *Moby Dick*, *À la recherche du temps perdu*, *Pamela* y *El progreso del peregrino*. Los había leído todos y algunos más, pero seguía con nosotros. El problema era que «aburrido» es tan difícil de cuantificar como «bonito», así que en realidad se me tenían que ocurrir los diez libros que *ella* considerase los más aburridos.

—¿Qué tal *Silas Marner*?

—Sólo es aburrido a trozos... como *Tiempos difíciles*. Tendrás que pensar en algo mejor... y si fuese tú usaría una sartén más grande, pero a fuego más lento.

—Vale —dije, empezando a mosquearme—, ¿no quieres cocinar tú? Hasta ahora has hecho la mayor parte del trabajo.

—No, no —respondió Yaya, sin darse por enterada—, lo estás haciendo bien.

Se produjo una conmoción en la puerta y entró Ibb, seguido de cerca por Obb.

—¡Felicidades! —grité.

—¿Por qué? —preguntó Ibb, que tenía un aspecto sorprendentemente diferente al de Obb. Para empezar, Obb era al menos diez centímetros más alto y tenía el pelo más oscuro que Ibb, que empezaba a ser rubio.

—Por la mayúscula.

—Oh, sí —dijo Ibb entusiasmado—, es asombroso lo que logras tras un día en

San Tabularrasa. Mañana habremos terminado el entrenamiento sexual y al final de la semana estaremos ya en grupos de personajes.

—Yo quiero ser figura mentora masculina —dijo Obb—. Nuestro tutor dice que a veces podemos elegir lo que hacemos y adonde queremos ir. ¿Estás preparando la cena?

—No —respondí, comprobando su respuesta al sarcasmo—, le estoy administrando a mi mascota un tratamiento de huevo caliente.

Ibb rio... lo que me pareció una buena señal... y se fue con Obb a practicar respuestas enigmáticas en caso de que alguno de los dos fuese asignado como compañero humorístico.

—Adolescentes —dijo Yaya Next—, ejem, yo haría una tortilla más grande. Ocúpate tú, ¿vale? Yo voy a descansar.

Veinte minutos más tarde todos nos sentamos a comer. Obb se había cepillado el pelo para marcarse la raya e Ibb llevaba uno de los vestidos de guinga de Yaya.

—¿Esperas ser mujer? —pregunté, pasándole un plato a Ibb.

—Sí —respondió Ibb—, pero no como tú. Me gustaría ser más femenina y un poco inútil... de las que gritan mucho cuando se meten en líos y precisan que las rescaten.

—¿En serio? —pregunté, pasando la ensalada a Yaya—. ¿Por qué?

Ibb se encogió de hombros.

—No sé. Me gusta la idea de que me rescaten a menudo, eso es todo. Que te carguen con brazos fuertes tiene cierto... *atractivo*. También he pensado que además podrían explicarme continuamente el argumento, aunque debo tener algunas frases buenas, ser vulnerable y acabar resolviendo la situación tras un destello súbito de brillantez propio de un genio idiota.

—Creo que no tendrás ningún problema para encontrar un hueco —suspiré—. Tienes muy claros los detalles. ¿Has usado a alguien en concreto como modelo?

—¡A ella! —exclamó Ibb, sacando de debajo de la mesa un ejemplar muy manoseado de la revista exterior *Pantalla de sueños*. En la portada aparecía nada menos que Lola Vavoom, entrevistada por enésima vez sobre sus maridos, sus afirmaciones de no haber pasado por el quirófano y su última película... habitualmente por ese orden.

—¡Yaya! —dije con severidad—. ¿Le diste a Ibb esa revista?

—Bueno...

—¡Sabes lo influenciables que son los genéricos! ¿Por qué no le diste una revista en la que saliese Jenny Gudgeon? Interpreta a mujeres de verdad... y además sabe actuar.

—¿Has visto a Lola Vavoom en *Mi hermana cuida gansos*? —respondió Yaya indignada—. Creo que te sorprendería... Demuestra un gran talento.

Pensé en Cordelia Flakk y su amigo productor Harry Flex deseando que Lola me interpretase en la pantalla. La idea era demasiado horrible para tenerla siquiera en cuenta.

—Nos ibas a explicar qué es el contenido implícito —dijo Obb, sirviéndose más ensalada.

—Oh, sí —respondí; cualquier cosa que me distrajes de Vavoom era bienvenida—. El contenido implícito es lo que se sobreentiende del texto escrito. El texto le dice al lector lo que los personajes *dicen y hacen*, pero lo implícito le indica lo que *representan* y lo que *sienten*. Lo maravilloso del contenido implícito es que se sirve de la gramática corriente y de la experiencia humana... pero es imposible comprenderlo sin conocer bien a la gente y cómo interactúa. ¿Lo entendéis?

Ibb y Obb se miraron.

—No.

—Vale, voy a daros un ejemplo simple. En una fiesta, un hombre le da a una mujer una copa y ella la acepta sin decir ni una palabra. ¿Qué está pasando?

—¿Que ella no es demasiado educada? —propuso Ibb.

—Quizá —respondí—, pero lo que realmente me interesa es alguna pista sobre su relación.

Obb se rascó la cabeza y dijo:

—No puede hablar porque... eh... ¿Perdió la lengua en un accidente industrial por una negligencia de la que él fue responsable?

—Os estáis pasando. ¿Por qué razón alguien podría *no* decirle «gracias» a otra persona?

—Porque —dijo Ibb muy despacio—, ¿se conocen?

—Bien. Si en una fiesta tu esposa, marido, novia o compañero te pasase una copa, es probable que te limitases a aceptarla; si fuese el anfitrión quien se la diese a un invitado, entonces éste le daría las gracias. Otro ejemplo: una pareja va por la calle y ella camina tres metros por detrás.

—¿Él tiene las piernas más largas? —propuso Ibb.

—No.

—¿Han roto?

—Han discutido —dijo Obb emocionado—, y viven cerca, porque si no habrían ido en coche.

—Podría ser —respondí—. El contenido implícito te indica muchas cosas. Ibb, ¿te has comido el último bombón de la nevera?

Una pausa.

—No.

—Bien, como has tardado en responder, estoy casi segura de que mientes.

—¡Oh! —dijo Ibb—. Me acordaré.

Llamaron a la puerta.

La abrí y allí estaba Arnold, el antiguo pretendiente de Mary, muy elegante con un traje y un ramito de flores. Antes de que tuviese tiempo de abrir la boca cerré la puerta.

—¡Ah! —dije, volviéndome hacia Ibb y Obb—. Ah, ahora tenemos una buena oportunidad de estudiar el contenido implícito. Veamos si sois capaces de descubrir lo que está pasando más allá de nuestras palabras... e Ibb, *por favor*, no alimentes a *Pickwick* con las sobras de la mesa.

Volví a abrir la puerta y Arnold, que ya se iba, regresó corriendo.

—¡Oh! —dijo con sorpresa fingida—. ¿Mary no ha vuelto?

—No —respondí—. Es más, probablemente tarde bastante en volver. ¿Quieres dejar un mensaje?

Y volví a cerrarle la puerta en las narices.

—Vale —les dije a Ibb y a Obb—. ¿Qué creéis que está pasando?

—¿Busca a Mary? —propuso Ibb.

—Pero él *sabe* que no está —dijo Obb—. Debe de venir a hablar *contigo*, Thursday.

—¿Por qué?

—¿Para pedirte una cita?

—Bien hecho. ¿Qué le estoy diciendo?

Ibb y Obb pensaron intensamente.

—Si no quisieras verle le habrías dicho que se fuese, así que es posible que sientas un poquitín de interés.

—Excelente —les dije—. Veamos qué pasa a continuación.

Volví a abrir la puerta para mostrar a un confundido Arnold, que me sonrió de oreja a oreja.

—Bien —dijo—, no tengo ningún mensaje para Mary. Es que... habíamos planeado ver esta noche a los Cabaña de Sauce y las Limas...

Me volví hacia Ibb y Obb, quienes negaron con la cabeza. Ellos tampoco se lo creían.

—Bien... —dijo Arnold lentamente—. ¿A *ti* te gustaría acompañarme al concierto?

Volví a cerrar la puerta.

—*Finge* haber tenido la idea a de ir a ver a los Cabaña de Sauce esta noche —dijo Ibb despacio y con más confianza—, cuando en realidad creo que era lo que había planeado desde un principio. Creo que le gustas mucho.

Volví a abrir la puerta.

—Lo siento, no —le dije bruscamente—. Estoy felizmente casada.

—No es una cita —exclamó Arnold apresuradamente—, sólo un concierto. Toma

las entradas de todas formas. No tengo a nadie más a quien dárselas; si no quieres ir, simplemente tíralas.

Volví a cerrar la puerta.

—Ibb se equivoca —dijo Obb—. *Realmente* le gustas, pero ha echado a perder su oportunidad al mostrarse *demasiado* desesperado... te resultaría difícil respetar a alguien que casi se pone a mendigar.

—No está mal —respondí—. Veamos cómo acaba.

Volví a abrir la puerta y miré a los ojos sinceros de Arnold.

—La echas de menos, ¿verdad?

—¿Echo de menos a quién? —preguntó Arnold, aparentemente con despreocupación.

—¡Negación de amor! —gritaron Ibb y Obb desde atrás—. ¡No le gustas nada... está enamorado de Mary y te pide una cita por despecho!

Arnold nos miró con suspicacia.

—¿Qué está pasando?

—Clases de contenido implícito —le expliqué—. Lamento haber sido descortés. ¿Quieres un café?

—Bien, la verdad es que debería irme.

—¡Se hace el interesante! —gritó Ibb, y Obb añadió con rapidez:

—La balanza se inclina hacia él porque has sido maleducada con todo eso de la puerta y ahora vas a tener que *insistir* en que entre a tomar café, ¡incluso si eso te obliga a ser más amable con él de lo que pretendías en un principio!

—¿Son siempre así? —preguntó Arnold, entrando.

—Aprenden rápido —comenté—. Ése es Ibb y ése es Obb. Ibb y Obb, éste es Arnold.

—¡Hola! —dijo Arnold. Tras pensarlo, preguntó—: ¿Queréis ir a ver los Cabaña de Sauce y las Limas?

Se miraron un momento, se dieron cuenta de que estaban sentados un poco demasiado juntos y se apartaron.

—¿Te apetece? —dijo Ibb.

—Bien, sólo si tú quieres...

—Yo no tengo ningún inconveniente... la decisión es tuya.

—Bien, sí, me gustaría de veras.

—Entonces, vamos... a menos que tengas otros planes...

—No, no, no los tengo.

Se pusieron en pie, aceptaron las entradas de Arnold y salieron rápidamente por la puerta.

Reí y volví a la cocina.

—¿Quién es la anciana? —preguntó Arnold.

—Es mi abuela —respondí, poniendo la tetera y sacando el café.

—¿Está... ya sabes?

—¡Por amor del cielo, no! —exclamé—. Sólo duerme. Tiene ciento ocho años.

—¿En serio? ¿Por qué va vestida con esa espantosa guinga azul?

—Viste así desde que tengo memoria. Ha venido para asegurarse de que no olvide a mi marido. Lo siento. Ha parecido como si quisiera recalcartelo, ¿verdad?

—Escucha —dijo Arnold—, no te preocupes. Mis intenciones al presentarme no eran románticas. Pero Mary, bien, es impresionante, ya sabes, y no sólo la amo por estar escrito así... esto es real. Como Nelson y Emma, Bogart y Bacall...

—Finch-Hatton y Blixen. Sí, lo sé. He pasado por eso.

—¿Denys estaba enamorada del barón Blixen?

—De *Karen* Blixen.

—Oh. —Se sentó y le puse el café delante—. Bien, háblame de tu marido.

—¡Ja! —dije, sonriendo—. No querrás que te aburra con Landen.

—No es aburrido. Tú me escuchas cuando hablo de Mary.

Removí el café sin mirar, repasando los recuerdos de Landen para asegurarme de tenerlos todos. En sueños Yaya murmuró algo sobre bogavantes.

—Debió de ser una decisión terrible venir a ocultarse aquí —dijo Arnold en voz baja—. No creo que las Thursdays hagan esas cosas habitualmente.

—Tienes razón —respondí—, no las hacen. Pero en ocasiones, retroceder y reagruparse no es lo mismo que huir.

—¿Retirada táctica?

—Exacto. ¿Qué harías para volver a estar con Mary?

—Lo que fuese necesario.

—Y yo con Landen. *Le recuperaré*, sólo que no ahora. Lo más extraño —añadí un poco melancólica— será que, cuando vuelva, ni siquiera recordará haberse ido. No es como si estuviera esperando a que le reactualice.

Charlamos más o menos una hora. El me habló del Pozo y yo le hablé del Exterior. Intentaba hacerme repetir «elefante benevolente irrelevante» cuando Yaya se despertó dando gritos:

—¡Los franceses! ¡Los franceses! —Tuvimos que calmarla con un vaso de whisky tibio antes de meterla en la cama.

—Será mejor que me vaya —dijo Arnold—. ¿Te importa si vuelvo a pasarme?

—En absoluto —respondí—, estaría muy bien.

Después me fui a la cama y seguía despierta cuando Ibb y Obb volvieron del concierto. Reían y se prepararon unas muy ruidosas tazas de té antes de retirarse. Yo me quedé tendida e intenté dormir, con la esperanza de soñar que estaba de vuelta en nuestra casa, la que Landen y yo compartíamos al casarnos. Si no eso, al menos soñar

que estábamos de vacaciones. Si no era posible, soñar en cuando nos conocimos y, si eso tampoco estaba disponible, en una discusión y, finalmente, en cualquier momento con Landen. Aornis, sin embargo, tenía otras intenciones.

Landen Parke-algo

Antes de Aornis Hades, sólo OE-5 sospechaba de la existencia de los mnemonomorfos, aunque OE-5, por falsedad, holgazanería u olvido, nunca se lo contó a nadie. Los archivos sobre mnemonomorfos se conservan en ocho lugares diferentes y cada semana se cotejan automáticamente y se actualizan. La habilidad para controlar la entropía no implica necesariamente la habilidad de alterar los recuerdos; es más, Aornis ha sido hasta ahora (que sepamos) la única entidad capaz de hacerlo. Como demostró la señorita Next en 1986 y 1987, los mnemonomorfos tienen un talón de Aquiles. Sin embargo, dado que no queda ninguna prueba física de Aornis, hay algo que a todos nos gustaría saber: ¿era real o simplemente fue un mal recuerdo?

BLAKE LAMME (EX OE-5)
*¿Los recuerdas? Un estudio sobre
los mnemonomorfos*

—¡Dulce y querida Thursday! —murmuró una voz paternalista que me resultaba estremecedoramente familiar. Abrí los ojos. Me encontraba en el tejado de Thornfield Hall, la mansión de Rochester en *Jane Eyre*: en el momento y el escenario de mi enfrentamiento final con Acheron Hades. La vieja mansión ardía y notaba que bajo mis pies el tejado se iba calentando. Tosí por el humo y me lloraban los ojos. Junto a mí se encontraba Edward Rochester, acunando una mano malherida. Acheron ya había arrojado a la pobre esposa de Rochester, Bertha, por encima del parapeto y se disponía a acabar con nosotros.

—*Dulce locura, ¿eh?* —Rio—. Jane está con sus primos; la narración está con ella, ¡y yo tengo el manual! —Lo agitó, se lo metió en el bolsillo y agarró la pistola—. ¿Quién será el primero?

Pasé de Hades y miré a mi alrededor. La voz paternalista del «dulce y querida Thursday» no había sido suya... había sido la voz de Aornis. Vestía las mismas prendas de diseño que la última vez que la había visto. Al fin y al cabo no era más que un recuerdo.

—¡Eh! —dijo Acheron—. ¡Te estoy hablando!

Me volví y, como se esperaba, disparé y Hades atrapó la bala... como había

pasado en realidad. Abrió el puño: el proyectil se había convertido en un pequeño disco de plomo. Sonrió y detrás de él se produjo un estallido de chispas.

Pero, en esta ocasión, Acheron no me interesaba.

—¡Aornis! —grité—. ¡Muéstrate, cobarde!

—¡No soy una cobarde! —dijo Aornis, saliendo de detrás de la enorme chimenea.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunté furiosa apuntándola con el arma. Ni se inmutó. Es más, parecía más preocupada por evitar que la suciedad del tejado le manchase los zapatos de gamuza.

—Bienvenida. —Rio—. ¡Al museo de tu mente!

El tejado de Thornfield desapareció y fue reemplazado por el interior de la iglesia abandonada donde Spike y yo nos habíamos enfrentado al Ser Malvado Supremo que se había metido en la cabeza de Spike. Había sucedido de verdad unas semanas antes; los recuerdos seguían frescos... todo era estremecedoramente realista.

—Y yo soy la conservadora del museo —dijo Aornis. Nos llevó al comedor de casa cuando yo tenía ocho años y era una niña con coleta de lo más precoz. Mi padre, antes de su erradicación, claro está, trinchaba el asado y me decía que si seguía incordiando me enviaría a mi cuarto.

—¿Te resulta familiar? —preguntó Aornis—. Puedo invocar cualquier escena. ¿Recuerdas esto?

Y estuvimos en la orilla del Támesis durante el intento abortado de mi padre por rescatar al Landen de dos años. Sentía el miedo y la desesperación con tal fuerza en mi pecho que apenas podía respirar. Gemí.

—Puedo repetirla, si quieres. Puedo repetírtela todas las noches *para siempre*. O puedo borrarla por completo. ¿Qué tal ésta?

Se hizo de noche en la zona de Swindon adonde van las jóvenes parejas en coche para tener un poco de intimidad. Había ido allí con Darren, un enamorado *extremadamente* improbable. Estaba muy cerca de mí, abrazándome, en el asiento trasero de su Morris 8. Yo tenía diecisiete años y era impulsiva... Darren tenía dieciocho y era repulsivo. Podía oler su aliento cervecero y un olor adolescente tan intenso que podría haber agarrado el aire y retorcido el pestazo con las manos desnudas. Veía a Aornis fuera del coche, sonriéndome, y entre los esforzados jadeos de Darren, grité.

—Pero no es éste el *peor* lugar al que ir. —Aornis sonrió al otro lado de la ventanilla—. Podemos regresar a Crimea y liberar recuerdos incluso demasiado aterradores para ti. Los recuerdos reprimidos, los que bloqueas para poder vivir día a día.

—No —dije—. ¡Aornis, la carga no...!

Pero allí nos encontrábamos, en el último lugar donde deseaba estar, conduciendo el vehículo hacia toda la artillería rusa, aquella tarde de agosto de 1973. De los

ochenta y cuatro vehículos de transporte y tanques ligeros que avanzaron contra los cañones rusos sólo regresaron dos vehículos. De los quinientos treinta y cuatro soldados implicados sólo sobrevivieron cincuenta y uno.

Era justo antes del comienzo de la lluvia de fuego. El oficial al mando, el mayor Phelps, iba en el exterior del vehículo, como le gustaba, dado que era un idiota integral, y a mi izquierda y mi derecha veía los otros vehículos armados levantando grandes penachos del polvo de verano que recubría la tierra cuarteada. Nos podían ver desde kilómetros de distancia. La primera explosión fue tan inesperada que pensé que la munición de un tanque ligero había estallado por accidente; el gemido de un impacto cercano me hizo comprender que no había sido así. Instantáneamente cambié de dirección y fui en zigzag. Miré a Phelps esperando órdenes, pero estaba doblado sobre la portezuela; había perdido el antebrazo y estaba inconsciente. El ataque fue tan intenso que se convirtió en un único gruñido estridente, con ondas de presión golpeando el vehículo con tal intensidad que apenas podía mantener las manos en los controles.

Dos años después leí el informe oficial; nos habían apuntado cuarenta y dos cañones a mil metros de distancia y habían empleado trescientos ochenta y siete proyectiles explosivos... cuatro para cada vehículo. Había sido como pescar en un barril.

El sargento Tozer tomó el mando y me ordenó que fuese hacia un vehículo blindado que había perdido la tracción y estaba volcado. Yo paré tras el transporte destrozado mientras Tozer y el escuadrón saltaban para recoger a los heridos.

—Pero ¿en qué pensabas en *realidad*? —preguntó Aornis, que estaba junto a mí en el transporte, mirando con desdén el polvo y la grasa.

—En huir —dije—. Estaba aterrorizada. Todos lo estábamos.

—¡Next! —gritó Tozer—. ¡Deja de hablar con Aornis y llévanos al próximo vehículo!

Me aparté cuando se producía otra explosión. Vi una torreta, de la que colgaban un par de piernas, dar vueltas por el aire.

Fui hasta el siguiente vehículo. La metralla nos golpeaba continuamente como granizo sobre un tejado de latón. Los supervivientes disparaban inútilmente con los rifles; la situación no tenía buen aspecto. El vehículo de transporte estaba lleno de heridos y al girar algo lo golpeó de lado. Era un trozo suelto; nos golpeó oblicuamente y rebotó. Al día siguiente vería en el blindaje una marca de un metro de largo. A cien metros estuvimos relativamente seguros, porque el polvo y el humo ocultaban nuestra retirada; pasamos el puesto de mando avanzado, donde todos los oficiales gritaban por los teléfonos de campaña, y después llegamos a la primera zona de hospital. A pesar de saber que se trataba de un sueño, el miedo era tan real como aquel día, y de mi interior comenzaron a surgir lágrimas de frustración. Pensé que

Aornis continuaría con el mismo recuerdo para revivir el viaje de regreso al ataque, pero evidentemente su juego cruel obedecía cierta táctica; en un parpadeo regresamos al tejado de Thornfield Hall.

Acheron siguió hablando desde el punto donde se había interrumpido; me miraba con expresión de triunfo.

—Puede que te consuele saber —dijo— que había planeado concederte el honor de convertirte en Felix9. ¿Tu quién eres? —Miraba a Aornis.

—Aornis —dijo ella con timidez.

Acheron mostró una poco habitual sonrisa y bajó el arma.

—¿Aornis? —repitió—. ¿La *pequeña* Aornis? —Ella asintió y corrió a abrazarle—. ¡Que me aspen! —La miraba con atención—. ¡Cómo has crecido! La última vez que te vi eras así de alta y apenas habías *empezado* a torturar animales. Dime: ¿has entrado en el negocio familiar o fracasaste como ese inútil de Styx?

—¡Soy mnemonomorfo! —dijo con orgullo, ansiosa de recibir la aprobación de su hermano.

—¡Por supuesto! —dijo él—. Debería haberlo sabido. Ahora mismo estamos en los recuerdos de Next, ¿no es así?

Ella asintió con entusiasmo.

—¡Ésta es mi chica! Dime, ¿me mató? Después de todo, sólo estoy aquí como un *recuerdo* en su mente.

—Me temo que sí —dijo Aornis abatida—, te mató bien muerto.

—¿Usando algún ataque a traición? ¿Morí como un Hades?

—Me temo que no... Fue una victoria noble.

—¡Zorra!

—Estoy de acuerdo. Pero yo obtendré la venganza que mereces, querido hermano. De eso puedes estar seguro.

Una reunión familiar de aquel calibre debería haber sido enternecedora, pero la verdad es que no me conmovió. Fuera como fuese, nos mantenía lejos de Crimea.

—Madre está muy disgustada contigo —dijo Aornis, aficionada como todos los Hades a ir directamente al grano.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees tú? Asesinaste a Styx.

—Styx era un imbécil y había avergonzado a la familia Hades. Padre en persona se habría encargado de matarlo, de haber seguido con vida.

—Bien, madre está muy disgustada por ese asunto y me parece que deberías disculparte.

—Vale, la próxima vez. Espera un momento, estoy muerto... no puedo disculparme. Discúlpate *tú* por mí.

—Soy un mnemonomorfo, no lo olvides... y aquí sólo estoy presente como

gusano mental; digamos que como una especie de personalidad satélite. La verdad, si supiese dónde está Thursday ya estaría muerta. No, cuando pueda comunicarme con la Aornis de verdad, esto es lo que haremos...

—¡Pssst! —dijo una voz cerca de mi oreja. Era Yaya Next.

—¡Yaya! —dijé—. ¡Me alegro de verte!

—Vámonos mientras Aornis está distraída —dijo.

Me agarró de la mano y me llevó por el tejado hasta una ventana por la que entramos en el edificio. Pero, en lugar de encontrarnos en los restos ardientes de Thornfield Hall, nos encontramos en la línea de banda de un campo de croquet. No de *cualquier* partido de croquet: era la final de la Liga Mundial. Yo solía jugar al croquet bastante en serio hasta que OpEspec me dejó sin tiempo libre. Los dos equipos vestían los blindajes corporales, se apoyaban en los mazos de sauce y discutían la estrategia durante un tiempo muerto.

—Vale —dijo Aubrey Jambe, que era el capitán—. Biffo va a lanzar la bola roja desde la línea de cuarenta yardas por encima de los arbustos de rododendros, hasta más allá del jardín italiano para dejarla en buena posición cerca del aro cinco. Spike, tú seguirás desde ahí y le darás a su bola amarilla... Stig te defenderá. George, quiero que marques al número cinco. Es un neandertal, así que tendrás que usar todos los trucos. Smudger, tú vas a cometer una falta contra la duquesa... cuando el párroco te enseñe la tarjeta roja, haré que entre Thursday. ¿De acuerdo?

Todos me miraron. Yo también llevaba las protecciones. Era sustituta. Un mazo de croquet me colgaba de la muñeca por medio de una correa y sostenía un casco.

—¿Thursday? —repitió Aubrey—. ¿Estás bien? ¡Pareces en Babia!

—Estoy bien —dije lentamente—. Esperaré tus instrucciones.

—Bien.

Sonó una sirena: había acabado el tiempo muerto. Miré el marcador. Swindon perdía por 12 a 21.

—Yaya —dije, viendo cómo el equipo corría para seguir jugando—, no recuerdo nada de esto.

—¡Claro que no! —dijo Yaya, como si yo fuese tonta—. Este recuerdo es *mío*. Aornis no nos encontrará aquí.

—Espera un segundo —dije—, ¿cómo puedo estar soñando tus recuerdos?

—Calla, calla —me riñó—. ¡Cuántas preguntas! Todo se aclarará en su momento. Ahora, ¿quieres dormir profundamente sin soñar, para poder descansar?

—¡Oh, por favor!

—Bien, esta noche Aornis no volverá a molestarte... yo te cuidaré.

Se acercó a un jugador de croquet corpulento que sólo tenía una oreja. Después de decirle unas palabras, me señaló. Yo miré el estadio. Era el estadio de croquet de

Swindon, pero un poco diferente. Me sorprendí al comprobar que detrás de mí, en el palco de autoridades, se encontraba Yorrick Kaine hablando con uno de sus ayudantes. A su lado estaba el presidente Formby, que me sonrió y me saludó. Me volví, recorriendo con los ojos la multitud y encontrando a la persona que *efectivamente* quería ver. Era Landen, y en el regazo tenía a un niño pequeño.

—¡Landen! —grité, pero los vítores de la multitud ahogaron mi grito. Pero me vio y sonrió. Agarró la mano del niño y le hizo saludarme. Yaya me tiró de la protección del hombro para que le prestase atención—. Yaya —dije—, es Lan...

Y a continuación el mazo me golpeó en la cabeza. Negrura y olvido. Como era habitual, justo cuando empezaba lo mejor.

Capitán Nemo

SUMINISTROS DE WEMMICK. Para que los agentes de Jurisficción puedan viajar por la ficción sin problemas y sin ser vistos, en el vestíbulo de la Gran Biblioteca se construyó Suministros de Wemmick. El almacén dispone de un inventario casi ilimitado, ya que al señor Wemmick se le permite crear lo que precise empleando un pequeño dispositivo de ImaginoTransferencia autorizado por la Gran Central Textual. Para minimizar los hurtos por parte del personal de Jurisficción, todos los artículos que se retiran deben ser devueltos, momento en que son rápidamente reducidos a texto.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

A la mañana siguiente me levanté tarde. Mi cama quedaba cerca de una portilla, así que me di la vuelta, doblé una almohada y miré cómo el sol rielaba sobre la superficie del lago. Oía el golpeteo suave del agua contra el casco del bote volador y experimenté una sensación de tranquilidad y paz interior que diez años con los mejores estresexpertos de OpEspec no hubiesen logrado.

Me puse en pie lentamente y de pronto me sentí mareada. La habitación me dio vueltas y me entró un sofoco. Después de una breve y desagradable visita al baño, me sentí algo mejor y bajé.

Me preparé unas tostadas (me aliviaban las náuseas) y miré mi reflejo en la tostadora cromada. Tenía un aspecto horrible. Agarraba la tostadora sacando la lengua, intentando ver qué tal estaba, cuando entraron los genéricos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ibb.

—Nada —respondí, dejando apresuradamente la tostadora en su sitio—. ¿A clase?

Los dos asintieron. Me di cuenta de que no sólo se habían preparado su propia comida sino que, después, habían recogido. Cierta tacto con los demás es una buena señal en un genérico. Demuestra personalidad.

—¿Sabéis dónde está Yaya? —pregunté.

—Ha dicho que se iba a la corte de los Medici unos días —respondió Obb—. Te

ha dejado una nota.

Encontré la nota en la encimera y la recogí, mirando algo confusa el mensaje de una sola palabra.

—Volveremos a las cinco —anunció Ibb—. ¿Necesitas algo?

—¿Qué? Eh... no —dije, volviendo a leer la nota de Yaya—. Os veré luego.

Me comí un abundante desayuno e hice un poco más del examen de opción múltiple. Después de media hora de pelearme con preguntas del tipo «¿En qué libro reside Sam Weller, el limpiabotas?» y «¿Quién dijo: “Cuando ella apareció, fue como si al fin hubiese llegado la primavera tras un terrible invierno”?», me detuve y, por enésima vez, miré la nota de Yaya, compuesta de una única palabra: RECUERDA.

—¿Recuerda *qué*? —murmuré para mí, y me fui a dar un paseo.

Paseé por la orilla del lago, recorriendo un sendero que atravesaba el bosquecillo de abedules que crecía al borde del agua. Pasé bajo las ramas bajas y seguí hacia el conjunto variopinto de buques anclados cerca del viejo Sunderland. El primero era una pinaza reconvertida, con las cubiertas tapadas con plásticos y en constante estado de renovación. Había también una gabarra Humber abandonada y hundida donde estaba amarrada. Iba a avanzar cuando oí una chillona risa demoníaca seguida de un trueno y percibí olor a azufre traído por una ráfaga de viento glacial. Parpadeé y tosí a medida que el humo verde me rodeaba; cuando se dispersó comprobé que ya no estaba sola. Tres viejas brujas de barbilla ganchuda y piel manchada bailaban y reían delante de mí, frotándose las manos sucias y moviéndose de la forma más torpe y descoordinada posible. Era la peor sobreactuación que hubiese visto en mi vida.

—*Tres veces ladra el perro ciego* —dijo la primera bruja, sacando un caldero de la nada y colocándolo delante de mí.

—*Tres veces más una el erizo planchó* —dijo la segunda, quien conjuró un fuego echando unas hojas bajo el caldero.

—*Passer-by grita: «¡Es la hora! ¡Es la hora!»* —fue el alarido de la tercera, que arrojó algo al caldero haciéndolo burbujear ominosamente.

—La verdad es que no tengo tiempo para esto —dije cabreada—. ¿Por qué no se van a molestar a otra?

—*Una sopa de nueces* —siguió diciendo la segunda bruja— *en el caldero se cuece: baba de perro y moco de gato, oreja de vieja y pico de pato, lago Ness y no sé qué es pata de brujo vuelta del revés. ¡Para un sortilegio del que te precies, a revolver basta que empieces!*

—Lamento interrumpir —dije—, pero la verdad es que estoy muy ocupada... y ninguna de sus profecías se ha cumplido, aparte de lo de ciudadana de Swindon y cualquiera con una guía de teléfonos podría haberlo descubierto. Y escuchen, ¡sabían

que era aprendiz, por lo que tarde o temprano estaría haciendo los exámenes de Jurisficción!

Dejaron de reír y se miraron. La primera bruja se sacó un enorme reloj de los pliegues de la capa raída y lo examinó cuidadosamente.

—¡Dale tiempo, no seas impaciente! —gritó—. ¡*Salve, señorita Next, presta atención y cuídate de la regla de las tres lecturas!*

—¡*Salve, señorita Next, N antes de N!* —dijo la segunda.

—*Salve, señorita Next* —añadió la tercera, que evidentemente no quería ser menos—. *Conoce a un rey, pero no seas rey, lee a un rey, pero no...*

—¡A callar! —gritó una voz potente a mi espalda.

Las tres brujas miraron cabreadas al recién llegado. Era un anciano cuyo rostro arrugado parecía haber sido tallado por años de aventuras recorriendo el globo. Vestía una chaqueta azul sobre un suéter de cuello alto estilo Aran y en la cabeza llevaba una gorra de capitán, que coronaba los rasgos marcados y dejaba ver algunos mechones de pelo gris. Sus ojos relucían de vida y mientras se nos acercaba por el sendero una mueca le distorsionaba la cara. Sólo podía ser el capitán Nemo.

—¡Fuera de aquí, viejas! —gritó—. ¡Id a vender a otra parte!

Probablemente las hubiese molido a palos con la rama que blandía si las brujas no se hubiesen acobardado y huido en un trueno, con caldero y todo.

—¡Ja! —dijo Nemo, lanzando la rama hacia el lugar donde habían estado—. ¡La próxima vez os haré picadillo, repugnantes destructoras de la naturaleza, con vuestro *salve* esto y *salve* aquello!

Me miró acusador.

—¿Les has dado dinero?

—No, señor.

—¡Ahora en serio! ¿Les has dado algo?

—No.

—Bien —respondió—. *Nunca* les des dinero. No hace más que animarlas. Engatusan con profecías caprichosas; sugieren que tendrás un coche nuevo y, tan pronto como empiezas a pensar que podrías necesitarlo, ¡toma!, se ponen a ofrecerte prestamos, seguros y otros servicios financieros que no quieres. El pobre Macbeth se las tomó un poco demasiado en serio... no querían más que venderle una hipoteca y un seguro para un castillo más grande. Cuando lo del bosque de Birnham y lo de «no nacido de mujer» se cumplió, las brujas fueron las primeras en sorprenderse. Así que *nunca* caigas en sus estafas. Te vaciarán la cartera antes de que te des cuenta. Por cierto, ¿tú quién eres?

—Thursday Next —dije—. Sustituyo a...

—¡Ah! —murmuró pensativo—. La exterior. Dime, ¿cómo funcionan las escaleras mecánicas? ¿Tienen una escalera larga enrollada alrededor de un enorme

tambor y luego la vuelven a enrollar cada noche, o se trata de una cinta continua que da vueltas y vueltas?

—Una... eh... cinta continua.

—¿En serio? —respondió reflexivo—. Siempre me lo había preguntado. Bienvenida a *Caversham Heights*. Soy el capitán Nemo. He preparado café. ¿Me concederías el honor de tu compañía?

Le di las gracias y seguimos caminando por la orilla.

—Una mañana hermosa, ¿no te parece? —me preguntó, usando la mano para señalar el lago y las nubes esponjosas.

—Normalmente lo es —respondí.

—Para ser un paisaje campestre es casi pasable —añadió Nemo con rapidez—. No es nada comparado con la belleza de las profundidades, pero la jubilación exige sacrificios.

—Leí su libro muchas veces —dije con toda la cortesía posible—, y he encontrado mucho placer en la narración.

—Julio Verne no sólo era mi autor, sino también un buen amigo —dijo Nemo con tristeza—. Me entristece su muerte, una emoción que no comparto con muchos otros de los míos.

Habíamos llegado al hogar de Nemo. Ya no era la estilizada y peligrosa nave de *20.000 leguas de viaje submarino*. El submarino de hierro remachado era una ruina destartada manchada de óxido, con una gruesa capa de algas creciendo en el vidrio de dos de las grandes ventanas de observación. Pertenecía a una época que rebosaba de esperanzas en la alta tecnología. Era el *Nautilus*.

Recorrimos la pasarela y Nemo me ayudó a subir a bordo.

—Gracias —dije, recorriendo la superficie exterior hasta la pequeña torreta donde había dispuesto una silla y una mesa sobre la que había un narguile. Abrió otra silla plegable y me indicó que me sentase.

—¿Estás aquí, como yo —preguntó—, descansando... entre misiones?

—Es una especie de baja maternal —le expliqué.

—De esas cuestiones no sé nada —dijo con seriedad, sirviendo una taza de café; la porcelana era de la naviera White Star Line.

Tomé un sorbo y acepté la galleta que me ofreció. El café era excelente.

—Bueno, ¿no es cierto? —me preguntó, con una sonrisa en los labios.

—¡Así es! —respondí—. El mejor que he probado nunca. ¿Qué es?

—De la fosa de la Guayana —me explicó—, una zona subacuática llena de montañas y colinas tan hermosas como los Andes. En un valle profundo de esa región descubrí una planta acuática cuyas semillas, al secarse y molerse, producen un café tan bueno como cualquier café terrestre.

Su rostro se puso triste un momento y miró la taza, removiendo el líquido marrón.

—Tan pronto como nos bebamos este café, será el fin. Ya hace casi un siglo que me mueven por el Pozo de las Tramas Perdidas. ¿Sabes?, iba a aparecer en una continuación. Verne había escrito la mitad cuando murió. Por desgracia, tras su muerte tiraron el manuscrito y fue destruido. Apelé al Consejo de Géneros contra la orden de destrucción forzosa, y a mí y al *Nautilus*, claro está, nos dieron un respiro. —Suspiró—. Hemos sobrevivido a muchos traslados de libro en libro dentro del Pozo. Ahora, como ves, estoy varado aquí. Las pilas voltaicas, que son la fuente de energía del *Nautilus*, están casi agotadas. El sodio, que extraigo del agua marina, se acaba. Hace años que soy objeto de una orden de conservación, pero la conservación sin inversión no sirve de nada. Al *Nautilus* sólo le hacen falta un par de miles de palabras para estar como nuevo... pero no dispongo de dinero ni de influencia. Sólo soy un solitario excéntrico que aguarda una continuación que teme que no se escribirá nunca.

—Me... me gustaría poder hacer algo —respondí—, pero Jurisficción sólo se ocupa de mantener el orden en la ficción. No dicta la política, ni tampoco escoge qué libros se escriben. Supongo que se habrá hecho publicidad.

—Desde hace años. Mira, aquí tienes.

Me pasó un ejemplar de *The Word*. La sección «Se busca puesto» ocupaba la mitad del periódico y leí lo que Nemo me indicaba.

Lobo de mar excéntrico y autocrático (ex Verne) busca narración emocionante y de moral elevada para ejercitar su conocimiento de los océanos y comentar la relación del hombre con su entorno. Habla francés y posee submarino en propiedad. Dirigirse a: capitán Nemo, *Caversham Heights*, subsótano seis, PDTP.

—Todas las semanas durante más de un siglo —gruñó—, pero nadie me ofrece nada razonable.

Dudaba de que su idea de una oferta razonable coincidiese con la de alguien... era difícil superar *20.000 leguas de viaje submarino*.

—¿Has leído *Caversham Heights*? —me preguntó.

Asentí.

—Entonces sabrás que la destrucción no es sólo inevitable, sino muy necesaria. Cuando el libro vaya al desguace, no pediré el traslado. El *Nautilus* y yo quedaremos convertidos en texto... ¡y hace tiempo que lo deseo! —Frunció el ceño mirando al suelo y se sirvió otra taza de café—. A menos —añadió, alzando de pronto la cabeza— que creas que debería poner el anuncio dentro de un recuadro, con foto. Cuesta más, pero puede que lo haga más atractivo.

—Por supuesto, vale la pena probar —respondí.

Nemo se puso en pie y se metió en el submarino sin decir nada más. Pensé que volvería, pero al cabo de veinte minutos decidí irme a casa. Recorría de vuelta el

sendero del lago cuando recibí una llamada de Havisham por el notaalpiéfono.[\[12\]](#)

—Como siempre, señorita Havisham.[\[13\]](#)

—Perkins se habrá llevado un buen disgusto —dije, pensando que con gramásitos, un Minotauro, yahoos y uno o dos millones de conejos la vida en el bestiario debía de ser más bien incontrolable.[\[14\]](#)

—Voy para allá.

Problemas con el Minotauro

GUÍA DE VIAJE. Parte del equipamiento estándar para todos los agentes de Jurisficción, la dimensionalmente ambivalente guía de viaje contiene información, consejos, mapas, recetas y extractos de novelas populares o problemáticas para facilitar así el viaje rápido entre libros. Contiene también muchos artilugios de JurisTec adecuados para tareas especializadas. Por ejemplo, una máscara VAO, marcatexto y eyecto-sombrero. La portada de cada guía de viaje está codificada de forma que sólo puede abrirla el agente al cual pertenece y posee alarma de emergencia y mecanismo de autodestrucción.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

Me leí al Pozo y enseguida llegué al ascensor, camino de la Biblioteca. Había comprado un ejemplar de *The Word*. El titular de portada era: «Personajes de poemas infantiles en huelga indefinida.» Más abajo se informaba del ataque de la noche anterior contra Heathcliff. Añadía que un grupo terrorista autodenominado El Gran Danés también había amenazado con matarle... querían que ese año Hamlet ganase el premio del MundoLibro al protagonista romántico más turbulento y harían lo que fuese necesario para lograrlo. Pasé a la página dos y encontré un largo artículo que alababa las virtudes de UltraPalabra™ con una carta abierta de la Gran Central Textual en la que se explicaba que nada cambiaría y que todos los trabajos y privilegios estarían garantizados.

El ascensor se detuvo en el primer piso; llegué rápidamente hasta *Sentido y sensibilidad* y me leí dentro. La multitud seguía a las puertas de Norland Park, en esta ocasión con tiendas, una banda de música y un pequeño brasero de leña. Se pusieron a cantar tan pronto como me vieron:

—NECESITAMOS DESCANSO, NECESITAMOS DESCANSO...

Una mujer de aspecto cansado, con una cantidad impresionante de hijos, me entregó un folleto.

—Llevo trescientos veinticinco años con este trabajo —dijo—, ¡sin tomarme ni un fin de semana libre!

—Lo siento.

—No queremos compasión —dijo Solomon Grundy, quien, puesto que era sábado, no tenía un aspecto muy bueno—, queremos acciones. Los personajes de la tradición oral deberían tener los mismos derechos que cualquier otro ficticio.

—Exacto —dijo un joven que llevaba la cabeza en un cubo, envuelta en papel marrón—, ninguna suma de dinero puede compensar a la hermandad por los inconvenientes derivados del hecho de ser contados repetidamente. Sin embargo, nos gustaría presentar las siguientes demandas. Uno: que a todos los personajes de poemas infantiles se les conceda de inmediato un permiso de dos semanas. Dos: que...

—En serio —le interrumpí—, estáis hablando con la persona equivocada. Sólo soy una aprendiz. Y además, Jurisficción no tiene poder para dictar la política. Tenéis que hablar con el Consejo de Géneros.

—El Consejo nos mandó hablar con la GCT, que a su vez nos dirigió al Gran Panjandrum —dijo Humpty Dumpty apoyado por un coro de vigorosos asentimientos—, pero nadie está realmente seguro de que exista siquiera.

—Si no le has visto nunca, probablemente no existe —dijo el pequeño Jack Horner—. ¿Alguien quiere pastel?

—Nunca he visto a Vincent Price —comenté—, pero sé que existe.

—¿Quién?

—Un actor —expliqué, sintiéndome un poco tonta—. De casa.

Humpty Dumpty entornó los ojos con suspicacia.

—Habla exactamente igual que Lear, señorita Next.

—¿El rey?

—No —respondió—, Edward.

—Oh.

—¡UNA MANGOSTA! —gritó Humpty, sacando un pequeño revólver y tirándose al suelo, donde, para sus desgracia, había un charco de lodo.

—Te equivocas —explicó Grundy con desgana—, no es más que un perro guía. Guarda el arma antes de que te hagas daño.

—¿Un perro guía? —repitió Humpty, poniéndose en pie despacio—. ¿Estás seguro?

—¿Habéis hablado con el verbalizador Libris? —pregunté—. Todos sabemos que él existe.

—No quiere hablar con nosotros —dijo Humpty Dumpty, frotándose la cara con un enorme pañuelo—. A la tradición oral no le afecta la actualización UltraPalabra™, por lo que no cree que seamos importantes. Si no negociamos algunos derechos antes de que entre en vigor el nuevo sistema, ¡nunca los tendremos!

—¿Libris no habla con vosotros? —repetí.

—Nos envía notas —chilló el más anciano de los tres ratones. Ninguno tenía cola y todos sostenían un bastón blanco en una mano y un golden retriever en la otra—. Dice que está muy ocupado pero que estudiará con «la máxima atención nuestras peticiones».

—¿Qué está pasando? —chilló otro de los ratones—. ¿Es la señorita Next?

—Es un insulto —dijo Grundy—. A menos que recibamos pronto una respuesta, no quedará ni una sola rima infantil, ¡ya sea hablada o leída! A medianoche iniciaremos un paro de cuarenta y ocho horas. Cuando los padres no recuerden los poemas, rodarán cabezas, ¡se lo prometo!

—Lo siento —volví a decir—. No tengo autoridad... no puedo hacer nada...

—Entonces, entréguele esto al agente Libris.

Humpty Dumpty me pasó una lista de exigencias, elegantemente redactadas en una hoja de papel de aspecto oficial. La multitud guardó de pronto silencio. Una masa de ojos, parpadeando expectantes, me miraba.

—No prometo *nada* —dije, aceptando la hoja—, pero si veo a Libris se la entregaré, ¿vale?

—Muchas gracias —dijo Humpty—. ¡Al menos *alguien* de Jurisficción nos escucha!

Me di la vuelta y oí que Humpty le decía a Grundy:

—Creo que ha ido muy bien, ¿no te parece?

Caminé con rapidez hasta los escalones delanteros de Norland Park. Me dejó pasar el mismo sirviente rana que había visto en mi primera visita. Atravesé el vestíbulo y entré en el salón de baile. La señorita Havisham estaba en su mesa con Akrid Snell, que hablaba por notaalpiéfono. Junto a ellos se encontraba Bradshaw, que *no* se había retirado como había prometido, rellenando un formulario en compañía de Bellman, que estaba muy serio. Sólo había otra persona más: Harris Tweed, que leía un informe. Alzó la vista cuando entré, no dijo nada y siguió leyendo. Me acerqué y vi que la señorita Havisham examinaba unas fotografías.

—¡Maldita sea! —dijo, mirando una antes de lanzarla por encima del hombro y pasar a la siguiente—. ¡Patético! —murmuró, mirando otra—. ¡Una burla!

—¿Perkins? —pregunté mientras me sentaba.

—Fotografías de la cámara de tráfico recién llegadas del laboratorio —dijo, pasándomelas—. Pensaba que habría alcanzado los doscientos sesenta, pero mira... Bien, ¡sólo puede definirse como *lamentable*!

Miré. La cámara había pillado al Higham Special pero sólo había registrado una velocidad máxima de 245,84. Peor aún, mostraba al Señor Sapo *superando* los doscientos noventa... e incluso se había levantado el sombrero al pasar junto a la cámara.

—Logré doscientos setenta cuando probé en la M4 —dijo con tristeza—. El problema es que necesito un tramo de carretera más largo... o de arena. Bien, ya no tiene remedio. Han vendido el coche. Tendré que ir a rogar a sir Malcolm que me lo preste si quiero tener posibilidades de derrotar al Sapo.

—Norland Park a Perkins —dijo Snell por el notaalpiéfono—. Conteste, por favor. Cambio.

Miré a Havisham.

—No responde desde hace seis horas —dijo—. Mathias tampoco responde. Una vez ha contestado un yahoo, pero bien podríamos haber hablado con la señora Bennett. ¿Qué es eso?

—Es una lista de exigencias de los personajes de la tradición oral.

—Escoria —respondió Havisham—, hasta el último se puede reemplazar. ¿Qué dificultad puede tener aparecer en una serie de pareados? Si no se controlan, los reemplazarán con esquirols genéricos sacados del Pozo. Sucedió cuando la Unión Amalgamada de Guardianes de Paso atacó en 1932. No aprenderán nunca.

—Sólo quieren vacaciones...

—No deberías implicarte en la política de los personajes infantiles, señorita Next —dijo Havisham, tan bruscamente que di un respingo.

—Buen trabajo con el ataque de ProCath —nos felicitó Tweed, que se había acercado—. He hablado con Plum en JurisTec; va a ampliar la red de notaalpiéfono para tener más cobertura en *Cumbres borrascosas*. No deberíamos volver a tener el problema de perder los notaalpiéfonos móviles.

—Será mejor que no —respondió la señorita Havisham con frialdad—. Perderemos a Heathcliff y el Consejo de Géneros usará nuestros cólones como ligeros. Bien, al trabajo. No sabemos qué esperar en lo que al Minotauro se refiere, por lo que es mejor ir preparados.

—¿Como *boy scouts*?

—No los soporto, pero eso no importa. Pasad a la página setecientos ochenta y nueve de vuestra guía de viaje.

Hice lo que había ordenado. Era una parte del libro cuyas páginas contenían dispositivos encajados en huecos más profundos que el grosor del volumen. Una contenía un dispositivo similar a una pistola de señales con la inscripción «IV marcatexto Mk IV». Otra página tenía una cubierta de vidrio que decía: «ROMPA EL CRISTAL EN CASO DE EMERGENCIA SIN PRECEDENTES.» La página indicada por Havisham no era ninguna de éstas; la 789 contenía un sombrero de fieltro marrón. Del ala colgaba un enorme tirador rojo que decía: «Tirar con fuerza en caso de emergencia.» También disponía de una cinta para sujetarlo a la barbilla, algo que nunca había visto que tuviera un sombrero de aquéllos ni, ya puestos, tampoco un bombín ni ningún sombrero tirolés.

Havisham me quitó el sombrero y me ofreció un breve curso de iniciación.

—Éste es el eyecto-sombrero Martin-Bacon Mk VII —me explicó—, para la evacuación a alta velocidad de un libro. En caso de emergencia, te saca de inmediato.

—¿Adonde te lleva?

—A una novela muy poco conocida titulada *A mediados de la próxima semana*. Desde ahí puedes llegar a la Gran Biblioteca con tranquilidad. Pero una advertencia: el salto puede ser doloroso, incluso fatal. Así que sólo debe usarse como último recurso. Recuerda mantener la cinta de la barbilla bien sujeta o te cortará las orejas durante la secuencia de eyección. Diré «¡SALTA!» dos veces. A la tercera habré desaparecido. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo funciona?

—Corrijo lo dicho. ¿Alguna pregunta que remotamente tenga esperanzas de poder responder?

—¿Significa que veremos a Bradshaw sin su salacot?

—¡Ja ja! —rio Bradshaw, soltando el tirador del ala—. Yo tengo la versión Mk XII, más pequeña. Se puede encajar en una boina o incluso en un velo, si se desea.

Recogí el sombrero de fieltro de la mesa y me lo puse.

—¿Con qué vamos a encontrarnos? —pregunté algo nerviosa, ajustándome la cinta.

—Creemos que el Minotauro ha escapado —respondió Havisham muy seria—. Si así ha sido y nos cruzamos con él, tira del cordón tan rápidamente como puedas. Iniciar el procedimiento de salto estándar lleva siempre al menos diez o doce palabras. Para entonces podrías ser un aperitivo de Minotauro.

Saqué la automática para comprobar su estado, pero Bradshaw negó con la cabeza.

—El plomo exterior no será suficiente.

Me mostró una caja de munición que había conseguido en el almacén.

—Punta de boojum —me explicó, tocando el enorme rifle de caza que llevaba al hombro—, para su completa aniquilación. Volverá a ser texto en menos de un segundo. Las llamamos cabezas borradoras. ¿Snell? ¿Estás listo?

Snell tenía una versión estilo bombín del eyecto-sombrero que pegaba más con su gabardina. Rezongó, pero no nos miró. Para él la misión era personal. Perkins era su compañero, no sólo en Jurisficción, sino también en la serie de novelas de detectives Perkins & Snell. El futuro se le presentaba muy negro si Perkins había sufrido algún daño. Se podía entrenar a un genérico para ocupar el puesto vacante, pero no era lo mismo.

—Vale —dijo Havisham, poniéndose su sombrero de fieltro—, partimos desde aquí. Dame la mano, Next. Si nos separamos, nos reuniremos en la entrada. Que nadie entre en el castillo sin Bradshaw, ¿vale?

Todos asentimos y Havisham murmuró la contraseña y un fragmento de *La espada de los zenobianos*.

Norland Park desapareció de pronto y nos saludó el reluciente sol de Zenobia. La hierba era mullida y las manadas de unicornios pastaban tranquilamente junto al río. Los gramásitos volaban en el cielo azul, cabalgando las corrientes termales que surgían de la tierra cálida.

—¿Estamos todos? —preguntó Havisham.

Bradshaw, Snell y yo asentimos. Caminamos en silencio cruzando el puente hasta la vieja torre de entrada y salvamos el puente levadizo. Una sombra oscura saltó desde un rincón de la desierta sala de guardia, pero antes de que Bradshaw disparase Havisham gritó:

—¡Espera! —Bradshaw se detuvo. Era un yahoo. No estaba allí para lanzarnos mierda. Huía presa del pánico.

Bradshaw y Havisham intercambiaron miradas nerviosas y nos aproximamos al lugar donde Perkins y Mathias trabajaban. La puerta estaba rota y las bisagras habían desaparecido. Sólo quedaba madera chamuscada.

—¡Alto! —dijo Bradshaw, indicando las bisagras—. ¿Perkins mantenía algún virus en las instalaciones?

Por un momento no comprendí por qué Bradshaw planteaba esa pregunta, pero lo fui entendiendo lentamente. Se refería al virus antiortográfico. La cerradura se había convertido en *quemadura*. El virus era mucho más potente de lo que yo había supuesto. El habla incorrecta no era más que el principio.

—Sí —respondí—, en un frasco pequeño... bien aislado con diccionarios.

Siguió una pausa extraña y significativa. El peligro era muy real y más que claro, e incluso agentes veteranos como Bradshaw y Havisham se estaban replanteando la idea de entrar en el laboratorio de Perkins.

—¿Qué opinas? —preguntó Bradshaw.

—Virus y un Minotauro. —Havisham suspiró—. No bastará con nosotros cuatro.

—Yo voy a entrar —dijo Snell, sacando un respirador de su guía de viaje. La máscara era de goma, similar a las que yo conocía... sólo que tenía un diccionario en lugar de filtro. Tampoco era un simple diccionario: era el Lavina-Webster combinado con el Oxford English Dictionary.

—No olvides el loto —dijo Havisham, colgándole un vegetal en la solapa.

—Me hará falta el rifle —dijo Snell.

—No —respondió Bradshaw—. He firmado yo por él, así que me lo quedo.

—Éste no es el momento de ceñirse a las reglas, Bradshaw... ¡Mi compañero está ahí dentro!

—Éste es *precisamente* el momento de ceñirse a las reglas, Snell.

Se miraron fijamente.

—Entonces entraré solo —respondió Snell dejándolo bien claro, cubriéndose la cara con la máscara y soltando el seguro de la automática.

Havisham le atrapó por el hombro mientras rebuscaba en su propia guía de viaje.

—Entramos todos o no entra nadie.

Encontré la página de la máscara, la saqué del hueco y me la puse bajo el eyecto-sombrero. La señorita Havisham también me puso un loto en la solapa.

—Un loto es el mejor papel de tornasol para el virus antiortográfico —dijo mientras ayudaba a Bradshaw a ponerse la máscara—. Tan pronto como el loto entra en contacto con el virus se convierte en *loro*. Debes salir antes de que pueda hablar. La máxima es: «Cuando oigas a Polly, da un tirón.»

Tocó el tirador del eyecto-sombrero.

—¿Comprendido?

Asentí.

—Bien. Bradshaw, ¡adelante!

Cuidadosamente atravesamos la puerta de bisagras mal escritas y entramos en el laboratorio, que se encontraba en estado caótico. Para los lectores del mundo real la errata no es más que una molestia... pero *en el interior* de la ficción es una amenaza. Las erratas son el resultado de la distorsión sensorial, no su causa. Una vez que el sentido interno de la palabra se va desmoronando la errata surge como consecuencia. Corregir la palabra en la GCT sería factible si el virus no había causado mucho daño, pero no solía tener sentido hacerlo; como no lo tiene hacer la cama en una casa en llamas.

El interior del laboratorio estaba muy alterado. En el otro extremo, los estantes estaban repletos de *litros encadenados en suero*; avanzamos sobre la *alondra tullida* sólo para comprobar que la mesa imponente que ocupaba el centro de la habitación no era ahora más que una enorme *pesa*. El aparato de vidrio se había convertido en *páramo de vicio* y, lo peor de todo, Mathias el caballo parlante no era más que una enorme *caballa* que había muerto por falta de aire. La señorita Havisham me miró y se señaló el loto. Ya empezaba a cambiar de color... adquiría tonos rojos, amarillos y azules.

—¡Con cuidado —dijo Snell—, mira!

En el suelo, junto a unos fragmentos de *crispar* roto, había una pequeña capa de la misma neblina púrpura que había visto la primera vez que había estado allí. La zona del suelo que el virus tocaba cambiaba constantemente de significado, textura, color y apariencia.

—¿Donde tenían encerrado al Minotauro? —preguntó Havisham, mientras su loto empezaba a criar un pequeño pico.

Señalé el camino y Bradshaw avanzó el primero. Saqué el arma, a pesar de que

Bradshaw me hubiera asegurado que era una pérdida de tiempo, y él abrió despacio la puerta que daba a la cámara situada bajo el viejo salón del trono. Snell encendió una antorcha e iluminó la cámara. La puerta de la jaula del Minotauro estaba abierta; de la bestia no quedaba ni rastro. Hubiese querido decir lo mismo de Perkins. Él, o lo que quedaba de él, estaba tendido en el suelo. El Minotauro le había devorado hasta el pecho. Le había cercenado limpiamente la columna y había lanzado a un lado la parte inferior de una pierna. Al verlo sentí náuseas y se me hizo un nudo en la garganta. Bradshaw maldijo y se volvió para cubrir la puerta. Snell se echó de rodillas para cerrar los ojos de Perkins, que miraban al vacío, todavía con expresión de terror. La señorita Havisham colocó una mano sobre el hombro de Snell.

—Lo siento, Akrid. Perkins era un buen hombre.

—No puedo creer que llegase a ser tan estúpido —murmuró Snell furioso.

—Deberíamos irnos —dijo Bradshaw—. Ahora que sabemos que *definitivamente* hay un Minotauro suelto, debemos regresar con mejores armas y más agentes.

Snell se puso en pie. En sus ojos, tras la máscara VAO, vi lágrimas. La señorita Havisham me miró y se señaló el loto, que ya empezaba a echar alas. Haría falta todo un pelotón para limpiar. Snell tapó con la chaqueta a Perkins y se unió a nosotros mientras Bradshaw iniciaba la retirada.

—De vuelta a Norland, ¿no?

—Ya he cazado Minotauros otras veces —dijo Bradshaw. Tenía todos los sentidos en alerta—. Tsaritsyn, 1944. Nunca se alejan mucho del lugar de la matanza.

—¡Bradshaw...! —insistió la señorita Havisham, pero el comandante no era de los que aceptaban órdenes de otra persona, ni siquiera de alguien tan directo como Havisham.

—No lo comprendo —murmuró Snell, deteniéndose un momento y mirando el caos del laboratorio y la pequeña acumulación de neblina púrpura en el suelo—. Aquí no hay virus suficiente para provocar todos los problemas que hemos visto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Bradshaw miró con cuidado al otro lado de la puerta abierta, nos indicó que el camino estaba libre y nos hizo un gesto para que saliésemos.

—Podría haber *más* virus por aquí —preguntó Snell—. ¿Qué hay en ese armario?

Se acercó a un pequeño armario de madera. Lo habían forrado de páginas de guías telefónicas.

—¡Espera! —dijo Bradshaw, acercándose desde el otro lado de la estancia—. Déjame a mí.

Agarró el pomo y a mí se me ocurrió una idea. No eran páginas de guía telefónica, eran páginas de un diccionario. La puerta estaba *reforzada*.

Grité, pero ya era demasiado tarde. Bradshaw abrió el armario y quedó de

inmediato bañado por una ligera luz púrpura. El armario contenía unas dos docenas de frascos rotos, de los cuales fluía el virus pestilente.

—¡Ah! —gritó, echándose atrás y dejando caer su *rama* mientras el loto se transformaba en un *loro* muy chillón. Bradshaw, en un acto instintivo después de tantos años de entrenamiento, tiró del cordón de su eyecto-sombrero y desapareció con estruendo.

La estancia mutó a medida que la antiortografía tomaba el control. El suelo fue reblandeciéndose y licuándose en *suero*, los muros se convertían en *meros*. Miré a Havisham. Su loto también era un *loro*: le había saltado al otro hombro y me miraba con la cabeza inclinada a un lado.

—¡VETE, VETE! —me gritó Havisham, tirando del cordón de su sombrero y desvaneciéndose como Bradshaw un momento antes. Yo agarré el tirador del mío y... se me quedó en la mano. Lo tiré al suelo donde se convirtió en *mirador*.

—Roma —dijo Snell, quitándose el eyecto-sombrero—, usa el myo.

—¿Pera el vyruz?

—Ke qu le den al vyruz, Nest... ¡bete!

No me volvió a mirar. Se limitó a caminar hacia el armarito de los frascos rotos y, lentamente, cerró la puerta. Sus manos se transformaron en *mazos* en contacto con el poder total del virus. Corrí al exterior, arrojando el sombrero ya inútil e intentando atarme la cinta del de Snell. No fue fácil. Tropecé con un trozo de construcción semihundido y caí cuan larga era... para aterrizar a tres pasos de unas grandes pezuñas hendidas.

Alcé la vista. El Minotauro estaba agachado sobre sus musculosos cuartos traseros, dispuesto a saltar. La cabeza de toro era enorme y parecía encajada en el cuerpo. El poco cuello que tenía quedaba oculto por los músculos tensos. En la boca, dos hileras de dientes afilados relucían de saliva, y sus cuernos puntiagudos apuntaban hacia delante, listos para atacar. Cinco años comiendo sólo yogur. Como darle natillas a un tigre.

—Bonito Minotauro —dije con voz tranquilizadora, intentando alcanzar la automática que se me había caído en la hierba—, buen Minotauro.

Dio un paso al frente. Las pezuñas se hundieron profundamente en la hierba. Me miró fijamente y resopló, lanzando tentáculos de moco. Dio otro paso. Sus hundidos ojos amarillos me miraban con desprecio. Cerré la mano alrededor de la culata de la automática mientras el Minotauro se inclinaba y alargaba una mano de largas uñas. Acerqué lentamente el arma a mi cuerpo mientras el Minotauro bajaba la mano y... me quitaba el sombrero de Snell. Le dio la vuelta entre las garras y lamió el borde con una lengua del tamaño de mi antebrazo. Había visto suficiente. Apunté la automática y disparé justo cuando la mano del Minotauro agarraba el tirador y activaba el eyecto-sombrero. El hombre-bestia mitológico se esfumó con una potente

detonación justo cuando el arma disparaba. El tiro atravesó inútil el aire.

Respiré aliviada pero, rápidamente, rodé de lado porque, con un fuerte silbido, una caja cayó del cielo y aterrizó de golpe justo donde yo había estado. La caja decía: «Propiedad de Jurisficción.» Se había abierto. Estaba llena de... *diccionarios*. Otra caja aterrizó cerca, seguida de una tercera y una cuarta. Antes de tener siquiera tiempo de pensar qué estaba pasando, Bradshaw había reaparecido.

—¿Por qué no has saltado, tonta?

—¡Me ha fallado el sombrero!

—¿Y Snell?

—Dentro.

Bradshaw se puso la máscara VAO y corrió al interior del edificio mientras yo intentaba protegerme de las cajas de diccionarios que iban cayendo cada vez con mayor frecuencia. Harris Tweed apareció y se puso a ladrar órdenes al pequeño ejército de señoras Danvers que se había materializado con él. Todas vestían idénticos vestidos negros abotonados hasta el cuello, que lograban que su piel blanca pareciera aún más pálida y que sus ojos vacíos resultasen más siniestros. Se movían despacio pero con decisión, y se pusieron a apilar, uno a uno, los diccionarios contra la torre.

—¿Dónde está el Minotauro? —preguntó Havisham, que de pronto había aparecido cerca.

Le dije que había escapado usando el bombín de Snell y Havisham se fue sin decir ni una palabra.

Bradshaw volvió de la torre arrastrando a Snell. La goma de la máscara de Snell se había convertido en *gota*, su chaqueta en *maqueta*. Bradshaw lo sacó de *La espada de los Zenobianos* para llevárselo a la enfermería de Jurisficción justo cuando regresaba la señorita Havisham. Juntas miramos cómo los diccionarios se iban amontonando alrededor de los restos del laboratorio de Perkins. El montón, de seis metros de espesor en la base, se alzaba para formar una bóveda sobre la torre del homenaje. Podría haber llevado mucho tiempo levantarlo, pero había muchas señoras Danvers, estaban muy bien organizadas y disponían de un suministro inagotable de diccionarios.

—¿El Minotauro? —pregunté a Havisham.

—Ya está muy lejos —respondió—. ¡Todo esto tendrá sus consecuencias, te lo aseguro!

Cuando nuestros lotos volvieron a ser bonitas flores y desaparecieron los últimos vestigios de lorismo, Havisham y yo nos quitamos las máscaras antiviral y las tiramos a la basura. Los filtros de diccionario estaban casi destrozados.

—¿Ahora qué? —pregunté.

—Le prenderemos fuego —respondió Tweed, que andaba cerca—. Es la única forma de destruir el virus.

—¿Qué hay de las pruebas? —pregunté.

—¿Pruebas? —repitió Tweed—. ¿Pruebas de qué?

—De lo de Perkins —respondí—. No conocemos todos los detalles de su muerte.

—Creo que podemos afirmar con seguridad que lo mató y lo devoró un Minotauro —dijo Tweed mordaz—. Volver a entrar es demasiado peligroso, eso si quisiéramos hacerlo. Prefiero prenderle fuego ahora a arriesgarme a que el virus se propague y tener que destruir el libro entero y todo lo que contiene. ¿Sabe cuántas criaturas viven aquí? —Encendió una llama—. Será mejor que se alejen.

Las DanverClones ya se iban; desaparecían con un ligero estallido, de vuelta al lugar del que hubiesen salido. Bradshaw y yo nos apartamos mientras Tweed lanzaba la llama a la pila de diccionarios. Ardieron y no tardó en hacer tanto calor que tuvimos que marcharnos a la torre de entrada. El aire negro que se retorció en el aire se llevaba consigo los restos del virus... y las pruebas del asesinato de Perkins. Porque yo estaba segura de que *era* asesinato. Cuando habíamos entrado en la mazmorra, me había dado cuenta de que la llave no estaba en el gancho. *Alguien había dejado escapar al Minotauro.*

Snell descansa en pez y Lucy Deane

No me di cuenta de inmediato, pero Vernham, Nelly y Lucy tenían el mismo apellido: Deane. No eran parientes. Eso sucede continuamente en el Exterior, pero es muy poco habitual en la ficción; dicha circunstancia es atajada inmediatamente por el ECOLOCALIZADOR, que insiste en que dos personajes del mismo libro no pueden llamarse igual. Años después descubrí que Hemingway llegó a escribir un libro que fue destruido porque insistió en que sus ocho personajes se llamasen todos Geoff.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

El Minotauro había logrado despistar a Havisham y se le había visto por última vez dirigiéndose hacia las obras de Zane Grey; el semitoro no era estúpido: sabía que tendríamos problemas para localizarle en medio del ganado. Snell aguantó tres horas más. Se le mantenía aislado en una tienda fabricada con una fina lámina de plástico con páginas impresas del Oxford English Dictionary. Nos encontrábamos en la enfermería del Grupo Ortográfico de Respuesta Rápida. A la primera señal de errata ortográfica, miles de esos volúmenes se enviaban al libro infestado y levantaban barreras a cada lado del capítulo. La barrera se iba moviendo, párrafo a párrafo, hasta que el virus quedaba acorralado en una única frase y luego en una palabra para finalmente ser eliminado por completo. El fuego no era una opción aceptable para una obra publicada; en una ocasión lo habían intentado en los diarios de Samuel Pepys y habían conseguido quemar medio Londres.

—¿Tiene familia? —pregunté.

—Snell era un detective solitario, señorita Next —me explicó el doctor—. Perkins era su única familia.

—¿Es seguro acercársele?

—Sí... pero esté preparada para aceptar erratas.

Me senté junto a su cama mientras Havisham se ponía en pie y hablaba en voz baja con el médico. Snell estaba tendido de espaldas y respiraba entrecortadamente. El pulso del cuello se le aceleraba... pronto el virus se lo llevaría y él lo sabía. Me acerqué y le agarré la mano a través de la lámina. Estaba pálido, respirando con esfuerzo, tenía la pie cubierta de olorosas, teas y desagradable póstulas berdes.

Mientras hilaba, sus sekos labios intentaron hormar taladras pero lo ke dioj no tenia setido.

—¡Thirsty! —he chilló—. ¡Wode... Cono... urdar retumba... locon triste...!

Me agarró el bazo con los deos, emitió un último rito teible antes de traer hacia atrás, cuando su tuerza vital abandonó su patético cuerpo yeno de erratas.

—Era un buen agente —dijo Havisham mientras el doctor le tapaba la cara con la sábana.

—¿Qué va a pasar con la serie de Perkins & Snell?

—No estoy segura —respondió en voz baja—. Será destruida, salvada con nuevos genéricos... No lo sé.

—¡Qué tal! —exclamó Bradshaw, apareciendo de la nada—. ¿Está...?

—Eso me temo —respondió Havisham.

—Snell era uno de los mejores —murmuró Bradshaw con tristeza—. ¿Dijo algo antes de morir?

—Nada coherente.

—Hummm. Bellman quiere un informe de su muerte lo antes posible. ¿Qué opinas?

Le pasó a Havisham una hoja de papel y ésta la leyó:

—«Minotauro escapa, encuentra a su captor, se come al captor, el captor muere. El caballo muere de faltas ortográficas. Colega muere durante un intento de rescate. Minotauro escapa.»

Le dio la vuelta a la hoja, pero la otra cara estaba en blanco.

—¿Esto es todo?

—No quería aburrirle —respondió Bradshaw—, y Bellman lo quería lo más escueto posible. Me da la impresión de que tiene a Libris presionándole. La investigación sobre la muerte de un agente de Jurisficción estando tan próxima la fecha de lanzamiento de UltraPalabra™ pondría muy nervioso al Consejo de Géneros.

La señorita Havisham le devolvió el informe a Bradshaw.

—Quizá, comandante, sería conveniente que perdieses el informe en la bandeja de asuntos pendientes.

—Estas cosas pasan continuamente en la ficción —respondió él—. ¿Tienes alguna prueba de que *no* fuese accidental?

—La llave del candado no estaba en el gancho —murmuré yo.

—Buena observación —comentó la señorita Havisham.

—¿Hay gato encerrado? —susurró Bradshaw emocionado.

—Espero fervientemente que no —respondió ella—. Simplemente, retrasa unos días la presentación del informe. Debemos comprobar si las dotes de observación de la señorita Next nos llevan a alguna parte.

—¡De acuerdo! —respondió Bradshaw—. ¡Veré qué puedo hacer!

Y se esfumó. Nos quedamos solas en el pasillo. Los camastros de las DanverClones se extendían en la distancia, en ambas direcciones.

—Podría no ser nada, señorita Havisham, pero...

Se llevó un dedo a los labios. Los ojos de Havisham, habitualmente tan resueltos y tranquilos, durante un breve instante habían parecido inquietos. No dije nada, pero interiormente me sentí preocupada. Hasta ese momento había creído que Havisham no le tenía miedo a nada.

Miró el reloj.

—Ve al puesto de bollos de *La pequeña Dorrit*, ¿vale? Yo tomaré donuts y un café. Ponlo en mi cuenta y pide algo para tí.

—Gracias. ¿Dónde nos reunimos?

—En *El molino del Floss*, página quinientos veintitrés, dentro de veinte minutos.

—¿Salimos en misión?

—Sí —respondió, reflexionando intensamente—. Algún maldito tonto entrometido le dijo a Lucy Deane que Stephen, no Philip, iría a pasear en barca con Maggie. Puede que intente detenerlos. Veinte minutos. Y los donuts que no sean de mermelada sino de los que están recubiertos de azúcar rosa, ¿vale?

Treinta y dos minutos más tarde me encontraba en el interior de *El molino del Floss*, a la orilla de un río, con la señorita Havisham, quien observaba a una pareja en un bote. La mujer tenía la piel oscura y el pelo negro azabache. Estaba tendida sobre una capa y se protegía con un parasol mientras un hombre remaba, paseándola río abajo. Él tendría unos veinticinco años, era guapo y llevaba el pelo corto y moreno de punta, como un campo de maíz. Hablaban con seriedad. Le entregué una taza de té a la señorita Havisham y una bolsa de papel llena de donuts.

—¿Stephen y Maggie? —pregunté, señalando a la pareja mientras recorríamos el sendero del río.

—Sí —respondió—. Como sabes, Lucy y Stephen están a punto de comprometerse. La indiscreción de Stephen y Maggie en ese bote produce una angustia infinita a Lucy Deane. Te había dicho que me trajeses los de cobertura rosa.

Había mirado en el interior de la bolsa.

—Se les habían acabado.

—Ah.

Seguimos vigilando intranquilas a la pareja del bote mientras yo intentaba recordar lo sucedido en *El molino del Floss*.

—Acuerdan huir juntos, ¿no es así?

—Lo acuerdan... pero no lo hacen. Stephen se está comportando como un idiota y Maggie debería tener más cabeza. Se suponía que Lucy iría de compras a Lindum

con su padre y la tía Tulliver, pero les ha dado esquinazo hace una hora.

Caminamos unos minutos más. La historia parecía estar siguiendo el sendero correcto sin intervención alguna de Lucy que pudiésemos apreciar. Aunque no entendíamos lo que decían, el sonido de las voces de Maggie y Stephen llegaba hasta nosotras.

La señorita Havisham le dio un mordisco a un donut.

—Yo también me di cuenta de que faltaba la llave —dijo tras una pausa—. Estaba tirada bajo un banco de trabajo. Fue asesinado. Asesinado... por un minotauro.

Se estremeció.

—¿Por qué no se lo dijo a Bradshaw? —pregunté—. Estoy segura de que el asesinato de un agente de Jurisficción merece una investigación.

Me miró intensamente y luego echó un vistazo a la pareja del bote.

—No lo comprendes, ¿verdad? *La espada de los zenobianos* está protegida por una contraseña.

—Sólo los agentes de Jurisficción pueden entrar y salir —murmuré.

—Quien mató a Perkins y a Mathias era miembro de Jurisficción —añadió—. Y eso es lo que me asusta. Un agente traidor.

Caminamos en silencio, digiriéndolo.

—Pero ¿por qué alguien iba a querer matar a Perkins y a un caballo parlante?

—Creo que Mathias simplemente estaba ahí.

—¿Y a Perkins?

—No sólo a Perkins. Quien le mató intentó acabar con alguien más ese mismo día.

Pensé un momento y de pronto sentí un escalofrío.

—Mi eyecto-sombrero. Falló.

La señorita Havisham sacó el sombrero de fieltro de una bolsa. Estaba ligeramente aplastado por las varias señoras Danvers que lo habían pisado. La cinta raída daba la impresión de que podían haberla cortado.

—Llévaselo al profesor Plum de JurisTec y que le dé un repaso. Quiero asegurarme.

—Pero... pero ¿por qué iba a ser yo una amenaza? —pregunté.

—No lo sé —admitió la señorita Havisham—. Eres el miembro más reciente de Jurisficción y, supuestamente, el menos amenazador. ¡Ni siquiera puedes saltar a un libro sin mover los labios, por amor de Dios!

No hacía falta que me lo recordase, pero comprendía lo que intentaba decir.

—¿Ahora qué hacemos? —pregunté al fin.

—Debemos asumir que el asesino lo volverá a intentar. Debes estar atenta. Espera... ¡ahí está!

Habíamos pasado una pequeña elevación e íbamos un poco por delante del bote.

En el suelo había una joven tendida de una forma impropia de una dama, apuntando con un rifle de francotirador al pequeño esquife que acababa de aparecer a la vista. Yo avancé con cautela; la joven estaba tan concentrada en la tarea que no se dio cuenta hasta que estuve lo suficientemente cerca para inmovilizarla. Era menudita y su resistencia, aunque enérgica, quedó pronto controlada. La retuve con una llave y Havisham descargó el rifle. Maggie y Stephen, inconscientes del peligro, siguieron avanzando hacia Mudport.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Havisham sosteniendo el rifle.

—No tengo que decir nada —respondió con voz dulce la joven de aspecto angelical—. Sólo iba a hacer unos agujeros en el bote, ¡en serio!

—Claro que sí. Suéltala, Thursday.

La solté y ella se apartó, tirándose de la ropa para adecentarse tras la breve escaramuza. La registré por si llevaba alguna otra arma, pero no.

—¿Por qué tiene Maggie que ser un escollo para nuestra felicidad? —preguntó furiosa—. Todo sería *maravilloso* entre mi querido Stephen y yo... ¿Por qué tengo que ser la víctima? Yo sólo quería hacer el bien y ayudar a todos, ¡sobre todo a Maggie!

—Eso se llama «dramatismo» —respondió Havisham con cansancio—. ¿Vas a decirnos de dónde has sacado el rifle o no?

—No. No puedes detenerme. Quizás ahora escapen, pero puedo estar aquí de nuevo durante la próxima lectura, ¡o de la que venga después de ésta! ¿Crees que hay suficientes agentes en Jurisficción para mantener a Maggie bajo vigilancia constante?

—Lamento que pienses así —respondió la señorita Havisham, mirándola directamente a los ojos—. ¿Es tu última palabra?

—Lo es.

—Entonces quedas arrestada por un intento de infracción ficticia, contraria al artículo FMB/0608999 del Código de Continuidad Narrativa. Por el poder que me otorga el Consejo de Géneros, te condeno al destierro fuera de *El molino del Floss*. Muévete.

La señorita Havisham me ordenó que esposase a Lucy y, una vez hecho esto, me agarró y saltamos a la Gran Biblioteca. Lucy, para ser una improvisadora bajo arresto, no parecía demasiado amedrentada.

—No puedes encarcelarme —dijo mientras recorríamos el pasillo del vigésimo tercer piso—. Dentro de siete páginas reaparezco en el sueño de Maggie. Si no estoy allí, tendrás tantos problemas que no sabrás cómo salir del lío. ¡Esto podría costarte el trabajo, señorita Havisham! De vuelta a la mansión Satis... para siempre.

—¿Podría pasar eso? —pregunté. De pronto dudaba de si la señorita Havisham no se habría excedido en su autoridad.

—Pasará lo mismo que la última vez —respondió Havisham—, absolutamente

nada.

—¿La última vez? —preguntó Lucy—. Pero ¡si ésta es la primera vez que intento algo así!

—No —respondió la señorita Havisham—, no, más bien todo lo contrario.

La señorita Havisham señaló un libro titulado *La curiosa experiencia de la familia Patterson en la isla de Uffa* y me indicó que lo abriese. Pronto estuvimos dentro, en la playa de una isla escocesa a finales de la primavera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucy, mirando a su alrededor a medida que su confianza inicial iba siendo reemplazada por un pánico creciente—. ¿Qué lugar es éste?

—Es una prisión, señorita Deane.

—¿Una prisión? —respondió—. ¿Una prisión para quién?

—Para ellas —dijo Havisham, señalando a varias Lucy Deanes idénticas que se dejaban ver y nos miraban. Nuestra Lucy Deane nos miró, luego miró a sus hermanas gemelas y otra vez a nosotras.

—¡Lo siento! —dijo, poniéndose de rodillas—. ¡Otra oportunidad... por favor!

—Por si te consuela, esto no te convierte en una mala persona —dijo la señorita Havisham—. Simplemente sufres un desorden repetitivo de personaje. Eres una improvisadora en serie y la Lucy número 796 que tenemos que encerrar aquí. En una época menos civilizada se te habría reducido a texto. Buenos días.

Y regresamos al pasillo de la Gran Biblioteca.

—¡Y pensar que era la persona más agradable de *Floss*! —dije, cabeceando con tristeza.

—Descubrirás que aquí abajo los personajes más rectos son los primeros en enloquecer. La vida media de una Lucy Deane son unas mil lecturas; después, se activa en ellas la indignación petulante. Tampoco nadie podía creerlo cuando David Copperfield mató a su primera esposa. Buenos días, Chesh.

El gato de Cheshire apareció en un estante alto, sonriéndonos, sonriendo para sí y a todo cuanto lo rodeaba.

—¡Bien! —dijo el gato—. ¡Next y Havisham! ¿Problemas con Lucy Deane?

—Lo de siempre. ¿Puedes hablar con el Pozo y hacer que envíen una sustitua lo antes posible?

El gato nos garantizó que lo haría tan pronto como le fuese posible, se puso triste porque yo no le había traído comida para gatos Mininoliciosa y volvió a desaparecer.

—Debemos encontrar cualquier detalle poco claro en la muerte de Perkins —dijo la señorita Havisham—. ¿Me ayudarás?

—¡Por supuesto! —dije entusiasmada.

La señorita Havisham me dedicó una de sus poco habituales sonrisas.

—Me recuerdas a mí misma hace ya muchos años, antes de que esa rata de

Gompeyson acabase con mi felicidad. —Se me acercó y entornó los ojos—. Que esto quede entre nosotras. El conocimiento puede ser peligroso. Si empiezas a husmear en las operaciones de Jurisficción podrías acabar encontrando más de lo que esperas... No lo olvides. —Guardó silencio un momento—. Pero primero debemos conseguir que tengas plena licencia como agente de Jurisficción. Lo que puedes lograr siendo aprendiz tiene un límite. ¿Acabaste la prueba escrita?

Asentí.

—Bien. Entonces hoy mismo podrás realizar tu examen práctico. Iré a organizarlo mientras tú llevas el eyecto-sombrero a JurisTec.

Se fundió en el aire que me rodeaba y yo recorrí el pasillo hacia los ascensores. Pasé junto a Falstaff, quien me invitó a «bailar alrededor de su poste». Le dije que se fuese al diablo, claro está, y pulsé el botón de llamada del ascensor. Las puertas se abrieron un minuto más tarde. Pero no iba vacío. Me acompañaban el emperador Zhark y la señora Bigarilla.

—¿Qué piso? —preguntó Zhark.

—Al primero, por favor.

Pulsó el botón con un dedo largo (la manicura era exquisita) y siguió hablando con la señora Bigarilla.

—... y fue entonces cuando los rebeldes destruyeron la tercera de mis estaciones de batalla —se lamentó el emperador—. ¿Tienes idea de lo que cuesta una de éstas?

—Sí —dijo la señora Bigarilla, erizando las púas—. Siempre encuentran una forma de derrotarte, ¿verdad?

Zhark suspiró.

—Es como si se tratase de una inmensa conspiración —murmuró—. Justo cuando creo tener toda la galaxia a mi merced, algún joven fanático al que superan ampliamente en número destruye mi Máquina Mortal más dañina atacando un punto débil desconocido hasta ese momento. Después de esta última debacle voy a demandar al fabricante. —Volvió a suspirar, le pareció que acaparaba la conversación y preguntó—: ¿Cómo va el negocio de lavandería?

—Bastante bien —dijo la señora Bigarilla—, pero hoy en día el almidón está carísimo.

—Oh, ya sé —respondió Zhark—, mira esto. Sólo mi nombre aterroriza a miles de millones, pero no consigo que me dejen los cuellos como a mí me gustan.

El ascensor paró en mi piso y bajé.

Me leí en el interior de *Sentido y sensibilidad* y evité un piquete de personajes de poemas infantiles que seguía frente a la puerta principal; en el bolsillo de atrás llevaba las propuestas de Humpty Dumpty, pero todavía no se las había pasado a Libris. Francamente, sólo había prometido hacer lo posible, pero no me apetecía

volver a discutirlo. Subí por las escaleras de atrás, saludé con un gesto a la señora de Henry Dashwood y, en el vestíbulo, me topé con Tweed; hablaba con un joven ágil y de aspecto aventurero cuya frente estaba grabada por un fruncimiento casi permanente. Dejaron de hablar en cuanto aparecí.

—¡Ah! —dijo Tweed—. Thursday. Lamento lo de Snell; era un buen hombre.

—Lo sé... gracias.

—He escogido al Grifo para que sea su abogado —dijo—. ¿Le parece bien?

—Suená bien —respondí, volviéndome hacia el joven, que se pasaba nervioso las manos por el pelo rizado—. ¡Hola! Soy Thursday Next.

—¡Lo siento! —murmuró Harris—. Le presento a Uriah Hope, de *David Copperfield*; me han pedido que le tome como aprendiz.

—Encantado de conocerla —dijo Hope en tono amistoso—. Quizás usted y yo podamos reunirnos en alguna ocasión para hablar sobre el proceso de aprendizaje.

—El placer es mío, señor Hope. Soy una gran fan de su trabajo en *David Copperfield*.

Les di las gracias a ambos y me fui a buscar las oficinas de JurisTec, siguiendo los aparentemente interminables pasillos de Norland Park. Me detuve al azar frente a una puerta, llamé y la abrí. Sentado a la mesa se encontraba uno de los innumerables héroes griegos a los que se podía ver vagando por la Biblioteca; las licencias de sus historias para las nuevas versiones les daban para vivir bastante bien. Estaba al notaalpiéfono.

—Vale —dijo—, el próximo viernes bajaré a buscar a Eurídice. ¿Hay algo que pueda hacer por usted a cambio? —Me hizo un gesto para indicarme que esperase—. ¿Que no mire atrás? ¿Eso es todo? Vale, no hay ningún problema. Ya nos veremos. Adiós.

Dejó el cuerno y me miró.

—Thursday Next, ¿no?

—Sí. ¿Sabe dónde está la oficina de JurisTec?

—Pasillo abajo, la primera a la derecha.

—Gracias.

Iba a marcharme, pero me llamó, indicando el notaalpiéfono.

—Ya lo he olvidado. ¿Qué se supone que no debo hacer?

—Lo lamento —dije—, no estaba prestando atención.

Recorrí el pasillo y abrí otra puerta que daba a una habitación completamente vacía excepto por un hombre al que le crecía una rana en la calva.

—¡Dios mío! —dije—. ¿Cómo le ha pasado eso?

—Todo empezó con un grano en el trasero —dijo la rana—. ¿Puedo ayudarla?

—Busco al profesor Plum.

—Está en JurisTec. Esto es Chistes Malos. Pruebe en la puerta de al lado.

Le di las gracias y llamé a la siguiente puerta. Oí un «¡Pase!» muy musical y entré. Esperaba ver un extraño laboratorio lleno de extrañas invenciones, pero no había nada de eso, sino, simplemente, un hombre trajeado sentado a una mesa leyendo unos papeles. Me recordó a mi tío Mycroft... sólo que un poco más alegre.

—¡Ah! —dijo, alzando la vista—. Señorita Next. ¿Ha traído el sombrero?

—Sí —respondí—. Pero ¿cómo...?

—La señorita Havisham me lo ha contado —se limitó a decir.

Parecía que había mucha gente dispuesta a hablar con la señorita Havisham o que no conseguía evitar hablar con la señorita Havisham.

Saqué el eyecto-sombrero abollado y lo coloqué sobre la mesa. Plum acercó el tirador roto, se colocó una lupa delante del ojo derecho y estudió con detenimiento el extremo deshilachado.[\[15\]](#)

—¡Oh! —dije—. ¡Me vuelve a pasar!

—¿El qué?

—¡Un cruce en mi notaalpiéfono!

—Puedo identificar la línea si quiere. Tome, póngase en la cabeza este cubo galvanizado.

—Déjeme un minuto o dos —le dije—, quiero saber cómo acaba.

—Como desee.

Así que mientras él examinaba el sombrero yo prestaba atención al parloteo de Sofía y Vera.

—Bien —dijo al fin—, parece que con el roce se ha desgastado. El Mk IV es un diseño antiguo. Me sorprende comprobar que se sigue usando.

—Por tanto, ¿ha sido sólo un fallo debido al mal mantenimiento? —pregunté, no sin alivio.

—Un fallo que le salvó la vida, sí.

—¿A qué se refiere? —pregunté, tras un alivio tan breve.

Me mostró el sombrero. En el interior de la tapa de inspección había un conjunto complejo de cables y luces parpadeantes de aspecto impresionante.

—Alguien ha conectado el inhibidor de retextualización con el rectificador de código ISBN. De haber tirado del cordón, se hubiese sobrecalentado el sistema primario de amplificación.

—¿Sobrecalentado? —pregunté—. ¿Se me habría calentado la cabeza?

—Más que calentado. Se hubiese liberado suficiente energía como para escribir catorce novelas.

—Soy una aprendiz, Plum, hábleme usando palabras simples.

Me miró con seriedad.

—No habría quedado demasiado del sombrero... ni de la persona que lo llevase.

Pasa a veces con el Mk IV. Habría parecido un accidente. Es una suerte que se rompiese el cordón. —Silbó por lo bajo—. También es un buen trabajo. Alguien sabía lo que hacía.

—Eso me resulta muy interesante —dije lentamente—. ¿Puede darme una lista de personas que podrían haberlo hecho?

—Me llevará unos días.

—Valdrá la pena esperar. Le llamaré.

Me reuní con la señorita Havisham y Bellman en las oficinas de Jurisficción. A modo de saludo, Bellman asintió y consultó su omnipresente sujetapapeles.

—Parece que es un día de perros, señoras.

—¿Otra vez Thurber?

—No, *Mansfield Park*. Han atropellado al cachorrillo de lady Bertram y hay que reemplazarlo.

—¿Otra vez? —respondió Havisham—. ¿No es el sexto? Me gustaría que tuviese más cuidado.

—El séptimo. Puede recogerlo en el almacén.

Se volvió hacia mí.

—La señorita Havisham dice que estás preparada para el examen práctico, para pasar de aprendiz a agente con restricciones.

—Estoy lista —respondí, pensando que más bien era todo lo contrario.

—Estoy seguro —respondió Bellman pensativo—, pero es un *pelín* pronto... de no ser por la vacante que ha dejado la señora Nakajima al retirarse creo que pasarías algunos meses más como aprendiz. Bien —suspiró—, no se puede hacer nada. He mirado las tareas pendientes y creo que he encontrado una misión que nos servirá para comprobar tu temple. Es una orden de Ajuste Interno de Trama emitida por el Consejo de Géneros.

A pesar de mi cautela, también, para mi vergüenza, me *emocionaba* la idea probar mis habilidades en la práctica. ¿Sería en Dickens? ¿En Hardy? Podía incluso que en Shakespeare.

—Sombra, *el perro ovejero* —anunció Bellman—, de Enid Blyton. Le hace falta un final feliz.

—Sombra... *el perro ovejero* —repetí lentamente, esperando que no se notara mi decepción—. Vale. ¿Qué quiere que haga?

—Es muy simple. Ahora mismo, *Sombra* se ha quedado ciego por culpa del alambre de espino, por lo que no lo pueden vender al productor de cine americano. Final positivo porque no lo venden, final negativo porque está ciego y es inútil. Sólo necesitamos que recupere milagrosamente la visión la próxima vez que vaya al veterinario, en la página... —consultó sus notas— doscientos treinta y dos.

—Y —dije con mucha cautela, porque no me apetecía que Bellman se diese cuenta de lo poco preparada que estaba— ¿qué plan tenemos?

—Cambiar el perro por otro —se limitó a decir Bellman—. Todos los collies se parecen.

—¿Qué hay de la Memoria Remanente de la Trama? —preguntó Havisham—. ¿Tenemos algún suavizante?

—Todo está en la descripción de la misión —respondió Bellman arrancando una hoja de papel y pasándomela—. Supongo que lo sabemos todo sobre los suavizantes.

—¡Por supuesto! —respondí.

—Bien. ¿Alguna otra pregunta?

Negué con la cabeza.

—¡Excelente! —exclamó Bellman—. Sólo un detalle más. Bradshaw está investigando el incidente de Perkins. ¿Se asegurará de que reciba su informe lo antes posible?

—¡Claro está!

—Eh... bien.

Emitió unos ruiditos de «debo seguir con lo mío» y se fue.

Tan pronto como hubo desaparecido le dije a Havisham:

—¿Cree que estoy preparada para esto, señorita?

—Thursday —me dijo empleando su voz más solemne—, préstame atención. Jurisficción precisa agentes en los que se pueda confiar para que hagan lo correcto. —Miró a su alrededor—. En ocasiones cuesta saber en quién confiar. En ocasiones los santurriones enfermizos como tú representan el último bastión defensivo contra los que pretenden hacer daño al MundoLibro.

—¿Lo que significa...?

—Lo que significa que dejes de hacer tantas preguntas y te ocupes de lo que te dicen. Límitate a pasar el práctico a la primera. ¿Comprendes?

—Sí, señorita Havisham.

—Entonces, de acuerdo —añadió—. ¿Algo más?

—Sí —respondí—. ¿Qué es un suavizante?

—¿No lees tu guía de viaje?

—Es muy larga —gemí—. He ido echándole un vistazo cuando me ha sido posible, pero todavía no he pasado del prefacio.

—Bien —empezó mientras saltábamos al almacén de Wemmick, en el vestíbulo de la Gran Biblioteca—, las tramas poseen cierta memoria intrínseca. Pueden, con sorprendente facilidad, volver a *saltar* a como eran originalmente.

—Como el tiempo —murmuré, pensando en mi padre.

—Si tú lo dices —respondió la señorita Havisham—. Por tanto, durante las labores de Ajuste Interno de Trama a menudo necesitamos un suavizante: un recurso

añadido que refuerza el cambio de la trama principal. Sabes que cambiamos el final de *Lord Jim* de Conrad. Originalmente, huía. Era un poco desangelado narrativamente. Pensamos que sería mejor que Jim se entregase al jefe Doramin, como había prometido tras la masacre de Brown.

—¿No salió bien?

—No. El jefe le perdonaba siempre. Lo probamos todo. Insultar al jefe, hacerle burla... Tras cuarenta y tres intentos estábamos desesperados; Bradshaw se tiraba de los pelos.

—¿Cómo lo resolvieron?

—Retrospectivamente hicimos que el hijo del jefe muriese en la masacre. Mano de santo. Después de eso el jefe no tuvo ningún inconveniente en dispararle a Jim.

Reflexioné un momento.

—¿Cómo se lo tomó Jim? —pregunté—. Me refiero a la decisión de morir.

—Fue él quien solicitó el ajuste de trama —comentó Havisham—. Creía que era la única acción honorable... aunque no es que al hijo del jefe le encantase precisamente la idea.

—Ah —dije. Por lo visto en el MundoLibro a veces el lápiz de la vida tenía una goma en el otro extremo.

—Bueno pues, enviaremos un cheque de cien libras al granjero y compraremos sus cerdos al doble del precio de mercado. Así no le hará falta el dinero y no tendrá que vender a *Sombra* al productor cinematográfico. ¿Lo comprendes? Buenas tardes, señor Wemmick.

Habíamos llegado al almacén. Wemmick era un señor bajito, un nativo de *Grandes esperanzas*, de unos cuarenta años, con el rostro marcado. Nos saludó efusivamente.

—Buenas tardes, señorita Havisham, señorita Next... Confío en que estén bien.

—Muy bien, señor Wemmick. Tengo entendido que tiene unos cánidos para nosotras.

—Así es —respondió el encargado, señalando dos perros atados con correas a una anilla de la pared—. Cachorrillo de reemplazo para lady Bertram, uno. *Sombra*, perro ovejero, vidente, para ser cambiado por un perro ciego, uno. Cheque para el granjero por el importe de cien libras esterlinas, uno. Efectivo para comprar cerdos, cuarenta y dos libras, diez chelines y cuatro peniques. Firme aquí.

Los dos perros jadeaban y meneaban la cola. El collie tenía los ojos vendados.

—¿Alguna pregunta?

—¿Tenemos una tapadera para este cheque? —pregunté.

—Usa la imaginación. Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

—Un momento —dije, con todas las alarmas sonando de pronto—, ¿no va a venir a supervisarme?

—¡Sólo faltaría! —Havisham sonrió con una curiosa mirada en los ojos—. Los exámenes hay que hacerlos en solitario; evaluaré tu informe y el éxito, o el fracaso, de la realineación narrativa del libro. Es una misión tan simple que ni siquiera tú podrás meter la pata.

—¿No podría ocuparme del cachorro de lady Bertram? —pregunté, intentando que pareciese una tarea difícil y de gran importancia.

—¡Ni hablar! Además, ya no me ocupo de libros infantiles... no desde el incidente con *Larry* el cordero. Pero como *Sombra* está descatalogado, si fallas miserablemente nadie se dará cuenta. Recuerda que Jurisficción es una entidad honorable y que eso debería reflejarse en tu porte y acciones. Sé resuelta, justa y honrada en el trabajo. Destruye a los gramásitos... y rechaza a cualquier hombre con intenciones amorosas. —Pensó un momento—. Ya puestos, con *cualquier* intención. ¿Tienes la guía de viaje para poder volver?

Me palmeé el bolsillo del pecho, donde guardaba el delgado volumen, y Havisham desapareció. Inmediatamente regresó, intercambió los perros y volvió a esfumarse. Yo estaba a punto de saltar al segundo piso cuando una voz me hizo volverme.

—¡Hola! ¿Va todo bien?

Era el gato de Cheshire. Estaba sentado en lo alto del Boojumento, sonriendo como si estuviese a punto de estallar.

—Estoy a punto de hacer mi examen práctico.

—¡Genial! —dijo el gato—. ¿Dónde?

—En *Sombra*, *el perro ovejero*.

—Enid Blyton, 1950, Collins, doscientas cincuenta y seis páginas, ilustrado —comentó el *gato*, para quien todos los libros de la Biblioteca eran amigos íntimos—. Aparte de las palabras con «P» que contiene, para ser de Blyton no está nada mal... un producto de su época podría decirse. ¿Qué vas hacer?

—Un final más feliz —le expliqué—. Tengo que cambiar un perro por otro.

—¡Ah! —dijo el gato, agitando los bigotes y sonriendo aún más—. El mismo trabajo que hicimos el año pasado en *Fiel amigo* de Gipson.

—¿*Fiel amigo*? —repetí incrédula—. ¡¿El nuevo final es el final *feliz*?!

—Deberías haberlo leído *antes* de que lo cambiásemos. Triste no es la palabra adecuada para describirlo. Era tan deprimente que los niños quedaban traumatizados. —Y estornudó con tal fuerza que se desvaneció con un «pop» apagado.

Esperé un momento por si reaparecía y, como no lo hizo, me leí diligentemente en el segundo piso de la Biblioteca y saqué del estante *Sombra*, *el perro ovejero*. Me detuve. Estaba nerviosa y me sudaban las manos. Me reprendí por ello. ¿Qué dificultad podía tener un reajuste de trama en una novela de Enid Blyton? Respiré hondo y, dejando de lado la naturaleza simplista de la novela, abrí el delgado

volumen con expectación... como si se tratase de *Guerra y paz*.

Sombra, el perro ovejero

Sombra, el perro ovejero, es la historia de un perro increíblemente leal e inteligente ambientada en la campiña inglesa de posguerra. Fue publicada por Collins en 1950. Emborronadora compulsiva desde su adolescencia, Enid Blyton encontró la forma de huir de su desgraciada infancia por medio de los cuentos que inventaba para los niños. Se han publicado ediciones revisadas de sus novelas para adaptarlas a los gustos modernos y su popularidad se ha mantenido más de cinco décadas. Los niños independientes de sus historias viven en un mundo ideal de eternas vacaciones de verano, aventuras, té, cerveza de jengibre y adultos tan poco inteligentes que hay que explicárselo todo... Algo que no anda muy lejos de la verdad.

MILLON DE FLOSS

Enid Blyton

Me leí en el interior del libro, como a mitad de la página 231. Johnny, el hijo del granjero propietario de *Sombra* y coprotagonista, llevaría dentro de unos días a su fiel amigo al veterinario para que le revisase la vista, así que parecía buena idea realizar un breve reconocimiento de la zona. Si podía *persuadir* al veterinario, en lugar de darle una orden, para que cambiase a los perros, todo iría mucho mejor. Entré en un pueblo que daba la impresión de ser una especie de idilio rural de los años cuarenta... una combinación de Warwickshire y Dales. Todo hierba verde, ganado de exhibición, muros de piedra cubiertos de líquenes, mucho sol y gente sonriente de aspecto muy saludable. Los caballos bajaban las cuestas tirando de carros cargados hasta arriba de paja y algún que otro coche pasaba petardeando. En los alféizares se enfriaban los pasteles y los niños jugaban con aros y trenes de lata. La brisa traía el olor de hierba recién cortada, sábanas limpias y cocina. Era un mundo de tomar el té, chucherías sabrosas, sin delincuencia, con veranos eternos y una buena salud general que se salía por las orejas. Sospechaba que vivir allí sería muy agradable... durante una semana.

Una mujer me saludó.

—¡Hermoso día! —dijo amablemente.

—Sí —respondí—. Mi...

—¿Lloverá?

Miré las pequeñas nubes esponjosas que se extendían hasta el horizonte.

—Me parece que no —dije—, pero ¿podría...?

—¡Bien, hasta pronto! —dijo la mujer, y se fue.

Encontré un callejón y até el perro a un desagüe; no resultaba ni útil ni necesario llevar a un perro por todo el pueblo durante horas. Recorrí pausadamente la calle, pasando junto a la carnicería, el salón de té y una tienda de golosinas que sólo vendía bolas de caramelo, osos de jengibre, limonada y regaliz. Unas puertas más adelante di con el quiosco y la oficina de Correos, todo en uno. La fachada de la tiendecita estaba forrada de carteles esmaltados de chocolates Fry, almidón, tónico Wyncarnis, Ovaltine y pastel Lyons. Un cartelito indicaba que se podía usar el teléfono y un expositor de postales compartía la acera con cajas de verdura fresca. También había periódicos, cuyos titulares reflejaban la política de entreguerras del libro. «Gran Bretaña elegida imperio favorito por décimo año consecutivo», decía uno. «Un estudio demuestra que no se puede confiar en los extranjeros», decía otro. Un tercero afirmaba: «“Chachi”, la nueva palabra que recorre la nación.»

Con el cheque al padre de Johnny envié una carta explicando que era para saldar un antiguo préstamo. Casi de inmediato apareció un cartero en bicicleta que recogió la carta... la única carta, por lo que vi... con absoluta reverencia, y se la llevó al interior de la oficina de Correos, desde donde me llegaron exclamaciones de asombro. Di por supuesto que en aquel libro no se enviaban muchas cartas. Me quedé un momento inmóvil frente a la oficina viendo cómo la gente seguía con sus asuntos. Sin previo aviso, un caballo decidió dejar caer un inmenso montón de excrementos en medio de la carretera. Un ciudadano llegó de inmediato con un cubo y una pala y retiró el ofensivo regalo. Visto y no visto. Miré un rato y luego me fui a buscar al subastador local.

—Déjeme ver si lo entiendo —dijo el subastador, un tipo corpulento y carente de sentido del humor con un monóculo encajado en el ojo—, ¿quiere comprar cerdos al triple de su precio? ¿Por qué?

—No los cerdos de cualquiera —respondí cansada, porque llevaba media hora intentando explicárselo—. Los cerdos del padre de Johnny.

—Eso es completamente imposible —murmuró el subastador, poniéndose en pie y caminando hasta la ventana. Debía de hacerlo a menudo, ya que en la alfombra había un caminito gastado que iba desde su silla hasta la ventana. Había otro caminito gastado en el suelo de madera, que iba desde la puerta hasta una mesita... cuyo origen todavía desconocía. Teniendo en cuenta sus limitaciones, suponía que el subastador no era más que un genérico C-9... lo que explicaba mis dificultades para hacerle cambiar—. Aquí hacemos las cosas según unas reglas —añadió el subastador—, y no nos gusta nada cambiar. —Regresó a la mesa, se volvió para mirarme y agitó

un dedo—. Y créame, si intenta cualquier acto deshonesto en la subasta, desestimaré su puja. —Nos miramos. No estaba logrando nada—. ¿Té y pastel? —preguntó, volviendo a la ventana.

—Gracias —respondí.

—¡Espléndido! —dijo entusiasmado, frotándose las manos y volviendo a la mesa—. ¡Dicen que no hay *nada* tan reparador como una taza de té! —Le dio al botón del intercomunicador—. Señorita Pittman, ¿me haría el favor de traer un poco de té?

La puerta se abrió al instante y entró la secretaria con una bandeja con todo lo necesario. Rondaba la treintena y era la típica joven inglesa bonita; llevaba un vestido estampado de flores bajo una rebeca beige.

La señorita Pittman caminó por el suelo de madera pulido, sin pisar la alfombra, desde la puerta hasta la mesita. Saludó y dejó el té junto a una bandeja idéntica depositada en una ocasión anterior. Tiró la vieja bandeja por la ventana y oí el estruendo de la vajilla rota; a mi llegada había visto en el exterior un montón enorme de juegos de té rotos. La secretaria se estrujó las manos.

—¿Le... le sirvo una taza? —preguntó, poniéndose colorada.

—¡Gracias! —exclamó el señor Phillips, caminando emocionado hasta la ventana y volviendo—. Leche y...

—Uno de azúcar. —La secretaria sonrió con timidez—. Sí, sí... lo sé.

—¡Claro que sí! —dijo el hombre, devolviéndole sonrisa.

A continuación se inició la siguiente fase de aquella extraña charada. El subastador y la secretaria se desplazaron hasta el punto donde sus dos senderos gastados estaban más cerca, en el mismísimo límite de lo que su existencia les permitía. La señorita Pittman sostuvo el platillo por el borde, colocó la punta de los pies justo donde empezaba la alfombra pero sin llegar a pisarla, estirándose todo lo posible. El señor Phillips hizo lo propio al otro lado. Las puntas de sus dedos casi rozaban el borde de la taza, pero por mucho que lo intentase no podía agarrarla.

—Permítanme —dije, incapaz de contemplar aquel espectáculo cruel más tiempo. Le pasé la taza a Phillips.

Me pregunté cuántas tazas de té se habrían enfriado en los últimos treinta y cinco años. ¡Qué insuperable era el metro de alfombra que los separaba! Quien allá en el Pozo decidiese los acontecimientos de aquel libro poseía un cruel sentido del humor.

La señorita Pittman saludó cortés y se fue seguida por la mirada del subastador. Éste se sentó a la mesa y devoró la taza con los ojos. Se relamió y se frotó las yemas con expectación, luego tomó un sorbo y saboreó el momento.

—¡Dios bendito! —dijo, presa del delirio—. ¡Es incluso mejor de lo que había imaginado!

Tomó otro sorbo y cerró los ojos trasfigurado.

—¿Dónde estábamos? —preguntó.

Respiré hondo.

—Quiero que compre los cerdos del padre de Johnny aceptando una oferta que supuestamente viene de un comprador desconocido... y tan cerca de la página doscientos treinta y dos como sea posible.

—¡Impensable! —dijo el subastador—. ¡Me está pidiendo que cambie la narración! La orden tendrá que venir de una autoridad más alta.

Le pasé mi identificación de Jurisficción. No era propio de mí hacer uso de mi autoridad, pero empezaba a desesperarme.

—Es un asunto oficial autorizado por el Consejo de Géneros por medio de la Gran Central Textual. —Creía que así lo habría hecho la señorita Havisham.

—Olvida que estamos descatalogados, pendientes de una modernización —respondió de inmediato, devolviéndome la identificación—. Aquí no tiene ningún poder ejecutivo, *aprendiza* Next. Creo que Jurisficción tendría que considerarlo muy seriamente antes de intentar cambiar un libro sin aprobación interna. Puede decírselo a Bellman de mi parte.

Nos miramos. Habíamos llegado a un *impasse*. Se me ocurrió una idea y le pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleva como subastador en este libro?

—Treinta y seis años.

—Y en ese tiempo, ¿cuántas tazas de té ha tomado? —le pregunté.

—¿*Incluida* ésta?

Asentí.

—Una.

Me incliné hacia él.

—Puedo arreglarlo para que tome todas las tazas de té que quiera, señor Phillips.

Entornó los ojos.

—Ah, ¿sí? —respondió—. ¿Y cómo va a hacerlo? ¡En cuanto logre lo que quiere, se irá de aquí y nunca podré volver a alcanzar la taza que me ofrezca la señorita Pittman!

Me puse en pie y me acerqué a la mesa sobre la que descansaba la bandeja de té. Se trataba de una mesita de roble, delicadamente labrada. Había un jarrón de flores encima, nada más. Mientras el señor Phillips me miraba, levanté la mesa y la dispuse junto a la ventana. El subastador me miró atónito, se levantó, fue hasta la ventana y, con delicadeza, tocó la mesa y el juego de té.

—Un gesto audaz —dijo, agitando las tenacillas del azúcar hacia mí—, pero no saldrá bien. Ella es D-7... no podrá modificar su conducta.

—Los D-7 nunca tienen nombre, señor Phillips.

—Yo le puse ese nombre —dijo con tranquilidad—. Está malgastando el tiempo.

—Veremos, ¿vale? —respondí. Le pedí por el intercomunicador a la señorita

Pittman que trajese más té.

La puerta se abrió como antes y la sorpresa se pintó en la cara de la mujer.

—¡La mesa! —jadeó—. ¡Está...!

—Puede hacerlo, señorita Pittman —le dije—. Simplemente, ponga el té donde siempre.

Avanzó, siguiendo el sendero marcado, llegó hasta donde solía estar la mesa y luego miró hacia su nueva posición, dos zancadas más allá. La alfombra lisa y sin gastar era un territorio alienígena y le daba miedo; bien podría haber sido un abismo sin fondo. Se detuvo en seco.

—¡No comprendo...! —comenzó a decir, desconcertada y con las manos temblando.

—Dígale que deje la bandeja —le dije al subastador, que se estaba poniendo tan nervioso como la señorita Pittman... quizá más—: DÍGASELO.

—Gracias, señorita Pittman —murmuró el señor Phillips, con la voz transida de emoción—, deje la bandeja aquí, ¿de acuerdo?

Ella se mordió el labio y cerró los ojos, alzó el pie y lo mantuvo en el aire, estremeciéndose, sobre el borde de la alfombra. Luego lo hizo avanzar y lo posó. Abrió los ojos, miró a sus pies y nos sonrió.

—¡Muy bien hecho! —dije—. Dos más.

Rebosante de confianza, se encargó de los dos pasos restantes con rapidez y dejó la bandeja sobre la mesa. Ella y el señor Phillips estaban más cerca de lo que habían estado nunca. Ella alargó una mano para tocarle la solapa, pero se contuvo de inmediato.

—¿Le... le sirvo una taza? —preguntó.

—¡Gracias! —exclamó el señor Phillips—. Leche y...

—... uno de azúcar. —Sonrió con timidez—. Sí, sí, lo sé.

Le sirvió el té y le pasó el plato y la taza. El los aceptó agradecido.

—¿Señor Phillips?

—¿Sí?

—¿Tengo nombre de pila?

—Claro que sí —respondió en un susurro emocionado—. He tenido más de treinta años para pensarlo. Te llamas Aurora, como es propio de una mujer tan hermosa como el amanecer.

Ella se cubrió la nariz y la boca para ocultar la sonrisa y enrojeció hasta las cejas. El señor Phillips alzó una mano temblorosa para tocarle la mejilla, pero se detuvo al recordar que yo seguía presente. Hizo un gesto imperceptible en mi dirección y dijo:

—Gracias, señorita Pittman... Quizá más tarde pueda venir para... *dictarle*.

—¡Estaré encantada, señor Phillips!

Y se volvió, cruzó la alfombra con ligereza hasta la puerta, miró atrás una vez

más y salió. Cuando volví a mirar, el señor Phillips se había sentado, agotado por un encuentro tan emotivo.

—¿Tenemos un acuerdo? —le pregunté—. ¿O vuelvo a colocar la mesa donde estaba?

Me miró sorprendido.

—No se atrevería.

—Lo haría.

Durante un momento reflexionó sobre su posición y me ofreció la mano.

—¿Cerdos al triple del precio actual?

—Al principio de la página doscientos treinta y dos.

—Hecho.

Encantada con mis acciones hasta ese momento, recogí el perro y salté a la segunda mitad de la página 232. Para entonces, la venta de los cerdos del padre de Johnny era la comidilla del pueblo e incluso había llegado a los titulares de los periódicos locales: «Pueblo conmocionado por precio sin precedentes del porcino.» Sólo quedaba una cosa por hacer... reemplazar el collie ciego por el vidente.

—Busco al veterinario —le dije a una transeúnte.

—¿En serio? —respondió la mujer muy amigable—. ¡Bien por usted! —Y se fue a toda prisa.

—¿Podría indicarme el camino al veterinario? —le pregunté a la siguiente persona con la que me crucé, un hombre cetrino con un traje de *tweed*. No se comportó menos literalmente.

—Sí, podría —respondió, intentando seguir caminando. Traté de agarrarle por la manga, pero fallé y momentáneamente le agarré la mano. Él soltó una exclamación. Dos mujeres que habían presenciado el incidente también expresaron su asombro. Empezaron a hablar entre sí animadamente. Saqué la identificación.

—Jurisdicción —les dije y, para asegurarme de que lo entendían, añadí—: Estoy en misión oficial.

Pero había pasado algo. Los habitantes del pueblo, que hasta ese momento recorrían las calles como autómatas, eran de pronto individuos animados, que hablaban, susurraban y señalaban. Yo era una extranjera en tierra extraña, y aunque no parecían hostiles, estaba claro que yo era el centro atención.

—Tengo que llegar a la consulta del veterinario —dije en voz alta—. ¿Alguien me puede decir dónde vive?

Dos damas que parlotaban sonrieron de pronto y asintieron.

—Nosotras le indicaremos dónde trabaja.

Dejé al hombre mirándose la mano y mirándome como a un bicho raro.

Seguí a las damas hasta un pequeño edificio alejado de la carretera. Les di las

gracias. Una de ellas, me di cuenta, permaneció en la puerta mientras la otra salía disparada con paso decidido. Llamé al timbre.

—¿Piola? —dijo el veterinario, abriendo la puerta con cara de sorpresa; ese día sólo tendría un cliente... Johnny, con *Sombra*. Se suponía que el veterinario debía decirle al joven que *Sombra* se quedaría ciego para siempre—. Este perro —agregó como un automáta el veterinario—, jamás volverá a ver. Lo siento, pero así son las cosas.

—Jurisdicción —le dije, mostrándole la identificación—. Ha habido un cambio de planes.

—Si está cambiando personajes caricaturescos de color por monos, se ha equivocado de libro —respondió.

—No estamos en *Noddy*.

—Entonces, ¿de qué tipo de cambio se trata? —dijo con amabilidad mientras yo entraba a la fuerza y él cerraba la puerta—. ¿Está aquí para modificar las poco adecuadas referencias a estereotipos gitanos del capítulo XIII al XV?

—Ya nos ocuparemos de eso, no se preocupe.

No iba a arriesgarme a pasar por la misma tontería que con el señor Phillips, así que miré furtivamente a mi alrededor y dije en un susurro de conspiradora:

—No debería contárselo, pero... ¡Unos hombres malvados planean robar a *Sombra* y venderlo para realizar experimentos médicos!

—¡No! —exclamó el veterinario, con los ojos como platos.

—Así es —respondí, y añadí en voz baja—: Y lo que es más, sospechamos que podrían no ser británicos.

—¿Quiere decir que son... foráneos? —preguntó el veterinario, visiblemente conmocionado.

—Probablemente franceses. Bien, ¿está de mi parte?

—¡Al ciento por ciento! —jadeó—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a cambiar los perros. Cuando Johnny llegue, dígame que salga un rato para que podamos intercambiar los perros. Cuando regrese, retire el vendaje, el perro podrá ver... y usted dirá esto.

La pasé un trozo de papel. Lo miró pensativo.

—¿Así que *Sombra* se queda aquí y al *Sombra cambiado* lo secuestran los forasteros para usarlo en experimentos médicos?

—Algo así. Pero no diga nada a nadie, ¿comprende?

—¡Palabra de honor! —respondió el veterinario.

Así que le di el collie y, como debía ser, cuando Johnny trajo al *Sombra* ciego, el veterinario le dijo que fuese a beber agua, intercambiamos los perros y, cuando Johnny volvió, maravilla de las maravillas, el perro podía ver. El veterinario fingió sorpresa absoluta y Johnny, claro está, quedó encantado. Se fueron poco después.

Yo salí del despacho donde me había ocultado.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó el veterinario, lavándose las manos.

—Perfecto. Merece una medalla.

Todo parecía haber salido maravillosamente bien. No podía creer en mi suerte. Pero más aún, tenía la sensación de que Havisham podría llegar a sentirse orgullosa de su aprendiz... Al menos la compensaría por haber tenido que rescatarme de los gramásitos. Encantada, abrí la puerta de la calle y me sorprendió encontrarme a los ciudadanos a mi alrededor, y todos me miraban. Mi sensación de euforia por la misión cumplida se evaporó a medida que crecía mi inquietud.

—¡Es la hora! ¡Es la hora! —anunció una de las damas que había visto antes.

—¿La hora de qué?

—¡La hora de la boda!

—¿De quién? —pregunté. Era una pregunta no del todo fuera de lugar.

—¡La *tuya*, claro está! —respondió encantada—. Tocaste la mano del señor Townsperson. Estás comprometida. ¡*Es la ley!*

La multitud avanzó hacia mí y yo moví la mano en busca no del arma sino de la guía de viaje para escapar rápidamente. No escogí bien. En unos momentos me habían reducido. Me quitaron la guía y la pistola, luego me retuvieron y me obligaron a ir a una casa cercana donde me obligaron a ponerme un traje de novia que ya se había usado muchas veces antes y que era varias tallas demasiado grande.

—¡No os saldréis con la vuestra! —les dije cuando me cepillaban y arreglaban el pelo a toda prisa mientras dos hombres me sostenían la cabeza—. Jurisficción sabe dónde estoy. ¡Vendrán a buscarme, lo juro!

—Te acostumbrarás a la vida de casada —me aseguró una de las mujeres, con la boca llena de alfileres—. Al principio *todas* se quejan... pero por la tarde ya son tan dóciles como un corderito. ¿No es así, señor Rustic?

—Así es, señora Passer-by —dijo uno de los hombres que me sujetaba los brazos—, como un corderito, dóciles.

—¿Eso significa que ha habido otras?

—Nada es comparable a una buena boda —dijo uno de los hombres—, nada excepto...

En este punto el señor Rustic le dio un codazo para que se callase.

—¿Nada excepto *qué?* —pregunté, volviendo a resistirme.

—¡Oh, calla! —dijo la señora Passer-by—. ¡Me has hecho fallar una puntada! ¿De verdad quieres parecer un desastre con tu traje de novia?

—Sí.

Diez minutos más tarde, magullada y con las manos atadas a la espalda y una guirnalda de flores en el pelo mal sujeto, me escoltaron hasta la pequeña iglesia del pueblo. Conseguí agarrarme a la puerta, pero me soltaron. Un momento más tarde me

encontraba de pie frente al altar, junto al señor Townsperson, que iba muy elegante con chaqué. Él me sonrió alegre y yo le miré furiosa.

—Nos hemos reunido hoy aquí ante los ojos de Dios para unir a este hombre y a esta mujer...

Me resistí, pero no sirvió de nada.

—¡Esta ceremonia es ilegal! —grité, intentando ahogar la voz del pastor. Le hizo un gesto al sacristán, quien me colocó una masa pegajosa sobre la boca. Volví a resistirme, pero, con cuatro granjeros fornidos reteniéndome, resultaba inútil. Contemplé con extraña fascinación el desarrollo de la boda. Los habitantes estaban henchidos de felicidad en la pequeña iglesia. Cuando llegó la hora de los votos, me obligaron a asentir y me pusieron un anillo en el dedo.

—¡Yo os declaro marido y mujer! Puedes besar a la novia.

El señor Townsperson se acercó. Intenté retroceder, pero me retuvieron con fuerza. El señor Townsperson besó con delicadeza la masa pegajosa que me tapaba la boca. Cuando lo hizo, un murmullo de emoción recorrió la congregación.

Hubo aplausos y me arrastraron hasta la puerta principal, donde me cubrieron de confeti y me obligaron a posar para una foto de bodas. Para hacerme la foto me quitaron la masa pegajosa, así que tuve tiempo de protestar.

—¡La ley no reconoce las bodas forzadas! —aullé—. ¡Déjenme ir *ahora mismo* y no los denunciaré!

—No se preocupe, señora Townsperson —dijo la señora Passer-by, hablándome—, dentro de diez minutos nada importará. Verá, rara vez tenemos la oportunidad de asistir a una boda, porque aquí no se casa nunca nadie... el Pozo nunca nos ofreció esos lujos.

—¿Qué hay de las otras bodas que ha mencionado? —pregunté, empezando a temerme lo peor—. ¿Dónde están las otras novias obligadas a casarse?

Todos adoptaron una expresión solemne, unieron las manos y miraron al suelo.

—¿Qué está pasando? —pregunté—. ¿Qué va a pasar dentro de diez minutos...?

Me volví justo cuando los cuatro hombres me soltaban y volví a ver al pastor. Pero en esta ocasión no parecía feliz. Estaba muy serio, y así debía ser. Delante tenía una tumba recién cavada. *La mía*.

—¡Oh, Dios mío! —murmuré.

—Queridos amigos, estamos aquí reunidos... —se puso a decir el pastor mientras la misma gente volvía a sonarse con los pañuelos. Pero en esta ocasión las lágrimas no eran de alegría... eran *de pena*.

Me maldije por ser tan descuidada. El señor Townsperson tenía mi automática y soltó el seguro. Miré desesperadamente a mi alrededor. Incluso de haber podido enviar un mensaje a Havisham, dudaba de que pudiese llegar a tiempo.

—Señor Townsperson —dije con voz tranquila, mirándole a los ojos—, ¡mi

propio esposo! ¿Mataría a su mujer?

El se estremeció ligeramente y miró a la señora Passer-by.

—Eso... eso me temo, querida —vaciló.

—¿Por qué? —pregunté, para ganar tiempo.

—Necesitamos... necesitamos el...

—¡Por amor a Panjandrum, acaba de una vez! —soltó la señora Passer-by, quien era por lo visto la principal instigadora de todo aquello—, ¡necesito mi dosis de emociones!

—¡Esperen! —dije—. ¿Buscan *emociones*?

—Nos llaman Yonkis de Sentimientos —dijo nervioso el señor Townsperson—. No es culpa nuestra. Somos genéricos, entre C-7 y D-3; no tenemos muchas emociones propias, pero somos lo suficientemente inteligentes para saber que nos faltan.

—¡Si tú no la matas, lo haré yo! —dijo el señor Rustic, tocando a mi «marido» en el hombro. Éste se apartó.

—Ella tiene razón —comentó—. Después de todo, es mi esposa.

Miró nerviosamente a izquierda y derecha.

—Sigue.

—Empezamos con comentarios ingeniosos que nos daban una pequeña satisfacción. Nos sirvieron durante unos meses, pero pronto quisimos más: risa, alegría, felicidad de cualquier forma que pudiésemos lograr. Fiestas de jardín tres veces al mes, festivales de la cosecha semanales y tómbolas cuatro veces al día no eran suficientes; queríamos... *material duro*.

—Pena —dijo la señora Passer-by—, pena, tristeza, lamento, pérdida... lo deseábamos, pero lo queríamos *intenso*. ¿Ha leído *Al servicio secreto de Su Majestad*? —Asentí—. Lo queríamos. ¡Nuestros corazones se aceleraban por la felicidad de la boda para enloquecer luego debido a la muerte súbita de la novia!

Miré a los genéricos algo trastornados. Incapaces de generar emociones sintéticamente dentro de los confines de un feliz idilio rural, se habían lanzado a una furia sistemática de bodas forzadas y funerales para obtener el cuelgue que deseaban. Miré las tumbas del camposanto y me pregunté cuántas habrían sufrido la misma suerte.

—Evidentemente, tu muerte nos dejará hundidos —susurró la señora Passer-by—, pero la superaremos... ¡cuanto más tardemos, mejor!

—¡Esperen! —dije—. ¡Tengo una idea!

—No queremos ideas, mi amor —dijo el señor Townsperson, apuntándome otra vez con el arma—, queremos *emociones*.

—¿Cuánto va a durar esta dosis? —le pregunté—. ¿Un día? ¿Cuánta tristeza se puede sentir por alguien a quien apenas se conoce?

Se miraron. Yo tenía razón. Con suerte, la dosis que obtendrían por matarme y enterrarme apenas duraría hasta la hora del té.

—¿Tienes una idea mejor?

—Puedo darles más emociones de las que puedan soportar —les dije—. Sentimientos tan intensos que no sabrán qué hacer.

—¡Miente! —gritó desapasionadamente la señora Passer-by—. Matémosla ahora... ¡ya no puedo esperar más! ¡Necesito tristeza! ¡Dádmela!

—Pertenezco a Jurisficción —les dije—. ¡Puedo hacer que sobre este libro descendan más peligro y más conflictos de los que podrían acumular un millar de Blytons en toda una vida!

—¿Podrías? —repitieron emocionados los ciudadanos, saboreando la expectación que estaba generando con mis palabras.

—Sí... y lo demostraré. ¿Señora Passer-by?

—¿Sí?

—Antes el señor Townsperson me ha contado que le parecía que tenía usted un culo enorme.

—¿Ha dicho *qué*? —respondió furiosa, con el rostro arbolado de placer, saboreando el rechazo que había generado.

—¡No he dicho nada de eso! —intervino el señor Townsperson, al sentirse evidentemente alcanzado por un poco de indignación.

—¡Nosotros también! —gritaron los ciudadanos emocionados, deseosos de descubrir qué más guardaba en mi caja de trucos.

—¡No hasta que me desatéis!

Lo hicieron a toda prisa; la pena y la felicidad los habían sostenido durante mucho tiempo, pero se habían acabado aburriendo... Yo había aparecido como un camello, ofreciéndoles experiencias nuevas y diferentes.

Pedí el arma y me la entregaron. Me miraban expectantes, como un dodo esperando la golosina.

—Para empezar —dije, frotándome las muñecas y arrojando a un lado el anillo de bodas—, ¡no recuerdo quién me dejó embarazada!

Se hizo el silencio.

—¡Escandaloso! —dijo el pastor—. Indignante, moralmente repugnante...

—Pero mejor aún —añadí—, si me hubieseis matado, también habríais matado a mi hijo nonato... ¡Una culpa así os habría durado meses!

—¡Sí! —gritó el señor Rustic—. ¡Matémosla ahora!

Les apunté con el arma y se detuvieron de inmediato.

—Siempre lamentarán no haberme matado —murmuré.

Se quedaron en silencio y lo pensaron bien, con la sensación de pérdida recorriendo sus venas..

—¡Es una sensación maravillosa! —dijo uno de los granjeros, sentándose para concentrarse mejor en el extraño batiburrillo de emociones que despertaba en él la oportunidad perdida de cometer un asesinato doble. Pero yo todavía no había terminado.

—Los voy a denunciar ante el Consejo de Géneros —les dije—, y contaré que intentaron matarme... ¡Podría ser que cerrasen el libro y lo redujesen a texto!

Ya eran míos. Todos habían cerrado los ojos y se balanceaban, gimiendo quedamente.

—O quizás —añadí, empezando a retroceder—, no lo haga.

En la puerta me quité el vestido de novia y miré atrás. Los ciudadanos estaban en el suelo, con los ojos cerrados, repasando sus sentimientos, afectados por un cóctel de emociones. Tardarían días en recuperarse.

De camino al veterinario, donde me esperaba el *Sombra* ciego, recogí la chaqueta y la guía de viaje. Había completado la misión, a pesar de que había estado a punto de acabar en desastre. Podía hacerlo mejor, y lo haría, con el tiempo. Cerca oí una voz baja similar a un gruñido.

—¿Qué me sucederá a mí? ¿Seré reducido a texto?

Era *Sombra*.

—Oficialmente, sí.

—Comprendo —respondió el perro—, y extraoficialmente...

Pensé un momento.

—¿Te gustan los conejos?

—Mucho.

Saqué la guía de viaje.

—Perfecto. Dame la patita. Nos vamos al paraíso de los conejos.

Ibb y Obb tienen nombre y otra vez por *Heights*

APILALIBROS. Para eliminar de un libro el virus antiortografía, a la novela en cuestión se trasladan muchos miles de diccionarios y se apilan a ambos lados de la zona afectada formando una *barrera ortográfica*. A continuación, ese muro de diccionarios se va desplazando, párrafo a párrafo, hasta que el virus queda retenido en una única frase, luego en una palabra, para finalmente ser eliminado por completo. El trabajo lo realizan los ApilaLibros, normalmente genéricos de grado D, aunque desde hace muchos años el Grupo Ortográfico de Respuesta Rápida (GORR) ha estado formado por más de seis mil señoras Danvers sobrantes del Pozo (véase Danvers, señora, superproducción de).

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

Habían transcurrido tres días. Acababa de pasar por mi vómito matutino y estaba tendida en la cama, mirando fijamente la nota de Yaya e intentando encontrarle sentido. Una única palabra: «Recuerda.» ¿Qué se suponía que debía recordar? Todavía no había vuelto de la corte de los Medici y, aunque la nota podría haber sido el producto de uno de los «momentos de confusión» de Yaya Next, me seguía inquietando. Había algo más. Junto a la cama tenía el boceto de un hombre atractivo de treinta y muchos años. No sabía quién era... lo que no dejaba de resultar curioso, porque lo había dibujado yo.

Una llamada emocionada a la puerta. Era Ibb. A lo largo de la semana su aspecto se había vuelto más femenino, hasta el punto de permitirse aires de altivez durante todo el miércoles. Obb, por su parte, había insistido en que él tenía razón en todo, lo sabía todo y se había enfurruñado cuando le demostré que no era así y que todos sabíamos dónde acabaría por ese camino.

—Hola, Ibb —dije, dejando el dibujo a un lado—, ¿cómo estás?

Ibb respondió bajándose la cremallera y abriéndose la parte superior del mono.

—¡Mira! —exclamó emocionada, mostrándome los pechos.

—Felicidades —dije lentamente, un poco mareada—. Eres *ella*.

—¡Lo sé! —dijo Ibb, incapaz de contener su emoción—. ¿Quieres ver el resto?

—No gracias —respondí—, te creo.

—¿Puedes prestarme un sostén? —preguntó, subiendo y bajando los hombros—. Las tetas no son muy cómodas.

—No creo que los míos te sirviesen —dije precipitadamente—. Tienes unos pechos mucho más grandes que los míos.

—Oh —respondió, desinflada, para luego añadir—: ¿Qué me dices de una goma para el pelo y un cepillo? No puedo hacer nada con este pelo. Arriba, abajo... quizá debería cortármelo. ¡Desearía *tanto* tenerlo rizado!

—Ibb, está perfecto, en serio.

—*Lola* —me corrigió—, quiero que a partir de ahora me llames Lola.

—Muy bien, Lola —respondí—, siéntate en la cama.

Así que Lola se sentó y, mientras yo le cepillaba el pelo, me contó una idea para perder peso que se le había ocurrido y que por lo visto consistía en pesarse con un pie en la báscula y otro en el suelo. Con esa idea, me dijo, podría perder todo el peso que quisiese y no tendría que renunciar a los pasteles. Luego se puso a hablar sobre otra genialidad que había descubierto, tan divertida que la estaba haciendo mucho... y además le parecía que no tendría ningún problema para conseguir que los hombres la ayudasen.

—Pero ten cuidado —le dije—. Piensa antes lo que vas a hacer y con quién vas a hacerlo. —Era el consejo que mi madre me había dado.

—Oh, sí —me aseguró Lola—. Tendré mucho cuidado. Siempre les pregunto antes cómo se llaman.

Cuando terminé, se miró al espejo un momento, me dio un tremendo abrazo y salió por la puerta. Me vestí despacio y bajé a la cocina.

Obb estaba sentado a la mesa pintando un oficial de caballería napoleónico de la altura de una tapa de bolígrafo. Miraba intensamente el jinete en miniatura y fruncía el ceño por la concentración. En los últimos días se había convertido en un hombre guapo de pelo oscuro y al menos metro noventa, con voz profunda de cadencia mesurada; aparentaba unos cincuenta años. Estaba claro que era un *él*, pero esperaba que no intentase demostrármelo de la misma forma que Lola.

—Buenos días, Obb —dije—. ¿Desayunamos?

El jinete se le cayó al suelo.

—¡Mira lo que me has hecho hacer! —gruñó, pero añadió—: Una tostada, por favor, y café... y me llamo *Randolph*, no Obb.

—Felicidades —le dije, pero sólo me gruñó en respuesta. Encontró el oficial de caballería y siguió pintando.

Lola entró a saltos en el salón, vio a Randolph y se detuvo un momento para mirarse las uñas recatadamente, con la esperanza de que él se volviese a mirarla. No lo hizo. Así que se le acercó y dijo:

—Buenos días, Randolph.

—Buenos días —gruñó él sin alzar la vista—, ¿cómo has dormido?

—Como un tronco.

—Muy propio de ti, ¿no?

Ella no captó el insulto y siguió parlotando.

—¿No quedaría más bonito en amarillo?

Randolph se detuvo y la miró.

—El *azul* es el color del uniforme de los oficiales de caballería napoleónicos, Lola. El amarillo es el color de las natillas... y de los plátanos.

Lola se giró hacia mí, hizo una mueca y luego se sirvió café.

—¿Podremos ir de compras? —me preguntó—. Si vamos a comprar ropa interior, bien podemos conseguir maquillaje y un poco de perfume; podríamos probarnos ropa y, en general, hacer cosas de chicas... Te llevaría a almorzar e intercambiaríamos chismes. Podríamos ir a la peluquería y luego comprar un poco más, hablar de novios y quizá luego ir al gimnasio.

—No es *exactamente* mi estilo —dije muy despacio, intentando decidir en qué libro San Tabularrasa había decidido que Lola podía encajar mejor. No recordaba la última vez que había pasado un día de chicas, pero desde luego no había sido en esa década. La mayor parte de lo que me ponía lo compraba por correo. ¿De dónde iba a sacar tiempo para ir de compras?

—¡Oh, vamos! —dijo Lola—. Un día de descanso te vendría bien. ¿Qué hiciste ayer?

—Asistir a un curso sobre el salto entre libros usando el sistema de posicionamiento por ISBN.

—¿Y anteayer?

—Prácticas en el uso de cribas textuales para capturar LibroHuidos.

—¿Y el día anterior?

—Estuve buscando en vano al Minotauro.

—Razón *concreta* por la que te hace falta un descanso. Ni siquiera tenemos que salir del Pozo. Todavía están construyendo el último catálogo de Grattan. Podemos entrar porque conozco a alguien que trabaja a tiempo parcial justificando texto. Por favor, di que sí. ¡Para mí significa mucho!

Suspiré.

—Vale, vale... pero después del almuerzo. Toda la mañana la tengo ocupada con lo de Mary Jones en *Caversham Heights*.

Dio saltos de alegría y palmadas de felicidad. No pude menos que sonreír ante esa manifestación de infantil entusiasmo.

—Podrías comprar una talla más —dijo Randolph.

Lola entornó los ojos y se volvió.

—¿Qué pretendes insinuar? —preguntó furiosa.

—Exactamente lo que he dicho.

—¿Que estoy gorda?

—Tú lo has dicho, no yo —respondió Randolph, concentrándose en el soldado de metal.

Lola le echó un vaso de agua en el regazo.

—¿Por qué demonios lo has hecho? —gritó Randolph poniéndose en pie y agarrando una servilleta.

—Para darte una lección —gritó Lola, agitando el dedo frente a su cara—. ¡No puedes decir *lo que te dé la gana a quien te dé la gana!*

Y se fue.

—¿Qué te había dicho? —me preguntó Randolph exasperado—. ¿Lo has visto? ¡No tenía ninguna razón para hacerlo!

—Creo que has salido bien parado —le dije—. Si fuese tú, me iría a disculpar.

Se lo pensó unos segundos, hundió los hombros y se fue en busca de Lola, a la que oía lloriquear en algún lugar cercano a la popa del bote volador.

—¡Amor juvenil! —dijo una voz a mi espalda—. Dieciocho años de emociones concentrados en una única semana... no puede ser fácil, ¿verdad?

—¡Yaya! —exclamé, girándome—. ¿Cuándo has vuelto?

—Ahora mismo —respondió. Se quitó el sombrero y los guantes de guinga y me dio dinero.

—¿Qué es esto?

—Los genéricos D-3 pueden ser insoportablemente literales pero también rentables. Le pedí al taxista que recorriese marcha atrás todo el camino hasta aquí y al final del viaje él me debía dinero a *mí*. ¿Cómo van las cosas?

Suspiré.

—Bien, es como tener en casa a un par de adolescentes.

—Considéralo como un entrenamiento para cuidar de tus propios hijos —dijo Yaya, sentándose y bebiéndose mi café.

—¿Yaya?

—Sí.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Es decir, estás aquí, ¿no? No será sólo un recuerdo o algo así, ¿verdad?

—Oh, soy completamente real. —Rio—. Sólo hace falta que te cuiden un poco hasta que acabemos con Aornis.

—¿Aornis? —pregunté.

—Sí. —Yaya suspiró—. Concéntrate en pensar un momento.

Repasé el nombre mentalmente y, sí, Aornis surgió de la oscuridad como un barco surge de la niebla. Pero la niebla era espesa y había otras cosas ocultas en ella...

podía sentirlo.

—Oh, sí —murmuré—, *ella*. ¿Qué más se supone que debía recordar?

Él también surgió de la niebla. El hombre del dibujo. Me senté y me agarré la cabeza con las manos. No podía creer que le hubiese olvidado.

—Yo lo considero un poco como pasar el sarampión —dijo Yaya, dándome palmaditas en la espalda—. Te curaremos, no temas.

—Pero ¿luego tendré que enfrentarme a ella otra vez, en el mundo real?

—Los mnemonomorfos son siempre más fáciles de contener en el plano físico —comentó—. Una vez que la hayas derrotado mentalmente, el resto será fácil.

La miré.

—Vuelve a hablarme de Landen.

Y lo hizo, durante una hora... hasta que tuve que volver a ocupar el puesto de Mary Jones.

Fui a Reading en el coche de Mary, adelantando Minis, Morris Marina azules y los ubicuos camiones de productos para los pies de Spong. A lo largo de mi vida había visitado el Reading real en muchas ocasiones y, aunque el Reading de *Heights* era una buena *imitación*, le faltaban detalles. Faltaban muchas calles, la biblioteca era un supermercado, el distrito de *Caversham* se parecía bastante más a Beverly Hills de lo que yo recordaba, y el centro, muy asqueroso, parecía más Nueva York en los años sesenta. Creía saber en qué se había inspirado su autor; supongo que era una licencia artística... para intensificar el dramatismo.

Me paré en un atasco y tamborileé con los dedos sobre el volante. La investigación de la muerte de Perkins no había avanzado mucho. Bradshaw había encontrado el candado y la llave parcialmente fundidos en los restos de la torre, pero no nos indicaban nada. Havisham y yo tampoco habíamos tenido mejor suerte: después de tres días de discretas investigaciones, sólo habíamos logrado averiguar dos cosas. Primero, que sólo ocho miembros de Jurisficción tenían acceso a *La espada de los zenobianos* y que uno de ellos era Vernham Deane. Lo menciono simplemente porque había sido declarado desaparecido después de una excursión a *Ulises* para intentar descubrir qué había pasado con los signos de puntuación robados del último capítulo. Nadie le había visto desde entonces. Batidas sucesivas por *Ulises* no habían logrado demostrar que hubiese estado allí. Puesto que carecíamos de más información, Havisham y yo habíamos empezado a considerar la posibilidad de que Perkins hubiese quitado él mismo el candado... para limpiar la jaula o algo así, aunque parecía más bien dudoso. ¿Y qué había de mi eyecto-sombrero saboteado? Ni a Havisham ni a mí se nos ocurría ninguna idea de por qué me iban a considerar una amenaza; como le encantaba comentar a Havisham, yo era «completamente insignificante».

Pero la gran noticia de los últimos días era que se había fijado la fecha de la implantación de UltraPalabra™. La Gran Central Textual la había adelantado una quincena para hacerla coincidir con el 923 Premios Anuales del MundoLibro. Durante la ceremonia, Libris inauguraría el nuevo sistema ante un público de siete millones de personajes. Bellman nos contó que había ido a la Gran Central Textual y que había visto personalmente los nuevos dispositivos UltraPalabra™. Nuevo y reluciente, cada dispositivo podía procesar hasta mil lecturas simultáneas de un mismo libro. Los viejos dispositivos V8.3 tenían suerte si podían soportar cien.

Bajé la ventanilla y miré al exterior. Los atascos en Reading eran habituales, pero normalmente se movían un *poquito* y ése llevaba inmóvil veinte minutos. Exasperada, salí del coche y fui a echar un vistazo. Curiosamente, parecía que se había producido un accidente. Digo curiosamente porque todos los conductores y peatones de *Caversham Heights* eran genéricos de D-2 a D-9 y algo tan dramático como un accidente de tráfico quedaba fuera de su capacidad. Mientras caminaba junto a los ocho Morris Marina azules que había delante de mí, me di cuenta de que todos ellos tenían una abolladura idéntica en la parte delantera y el parabrisas roto en el mismo sitio. Cuando llegué a la cabeza de la cola, vi que en el incidente estaba implicado uno de los camiones Spong. Pero aquel camión era diferente. Los otros eran Fords sucios de carrocería Luton con manchas de gasolina en la tapa del depósito y una puerta plegable en la parte posterior. Ese camión no era así. Era de un blanco immaculado y estaba limpiísimo. Me di cuenta de que las ruedas no eran exactamente redondas, sino más bien polígonos de cincuenta lados que daban la *impresión* de ser círculos. Presté más atención. Los neumáticos no tenían detalles superficiales ni textura. Eran de un negro plano, sin profundidad. El conductor no era mucho más detallado que el camión; él (o ella o ello) era rosado y cubista, de rasgos simples y con un mono azul claro. El camión había girado a la izquierda y había chocado con uno de los Morris Marina azules, dañándolos a todos de la misma forma. El conductor, un hombre de pelo gris con un traje de espiguilla, intentaba quejarse al chófer cubista sin demasiada fortuna. El chófer se giró para mirarle, intentó hablar, renunció y miró al frente, ejecutando los movimientos de conducir el camión a pesar de que estaba parado.

—¿Qué pasa? —pregunté a la pequeña multitud que se acumulaba.

—El idiota ha girado a la izquierda cuando no debía —explicó el conductor de pelo gris del Morris Marina, mientras un clon idéntico de pelo gris, genérico D-4, asentía vigorosamente—. ¡Podríamos haber muerto todos!

—¿Estás bien? —le dije al chófer cubista, que me miró sin verme e intentó cambiar de marcha.

—Llevo conduciendo por *Caversham Heights* desde que se escribió el libro y

jamás había tenido un accidente —continuó muy indignado el conductor del Morris Marina—. Perderé la bonificación de mi póliza por culpa de esto... y lo que es peor, ¡no le puedo sacar ni una palabra con sentido!

—Yo lo vi todo —dijo otro chófer de camión Spong... en esta ocasión uno de verdad—. Sea quien sea, debe volver a la autoescuela y asistir a algunas clases más.

—Bien, el espectáculo ha terminado —les dije—. Señor Conductor de Morris Marina, ¿puede conducir su coche?

—Eso creo —respondieron al unísono los ocho conductores idénticos de mediana edad.

—Entonces, salgan de aquí. ¿Chófer genérico de camión?

—¿Sí?

—Encuentre una cuerda para remolcar y saque este montón de basura de la carretera.

Se fue a cumplir mis órdenes mientras los ocho conductores de Morris Marina se llevaban sus coches, que petardeaban de la misma forma.

Estaba yo dirigiendo el tráfico alrededor del camión siniestrado cuando, con un restallido, el camión cubista desapareció de la carretera dejando sólo un ligero olor a melón. Miré fijamente el espacio que había ocupado el camión. Los conductores estaban más que contentos de que aquel obstáculo para sus rutinarias vidas hubiese sido eliminado, por lo que hicieron sonar las bocinas y siguieron su camino. Examiné con atención esa zona de la carretera, pero no encontré nada excepto un único tornillo del mismo estilo que el camión... sin textura, simplemente una forma cúbica. Regresé a mi coche, lo guardé en el bolso y seguí avanzando.

Jack me esperaba en el exterior del gimnasio de Mickey Finn, situado sobre unas tiendas de la avenida Coley. Estábamos allí para interrogar a un promotor de boxeo sobre unas acusaciones de peleas amañadas. Era la mejor escena de *Caversham Heights*: electrizante, realista y con buenos diálogos y caracterización. Me reuní con Jack un poco antes mientras la narración seguía por una subtrama relativa a un envío perdido de cetamina, por lo que tuvimos tiempo de cruzar unas palabras. *Caversham Heights* no era una narración en primera persona... lo que, la verdad, estaba bien, porque no me parecía a mí que Jack fuese un personaje lo suficientemente profundo como para sostener la primera persona.

—Buenos días, Jack —dije acercándome—. ¿Cómo van las cosas?

Parecía estar mucho más contento que la última vez que le vi y me sonrió amistosamente, pasándome una taza de café.

—Genial, Mary. Debería llamarte Mary, ¿no?, por si se me escapa cuando estemos leyendo. Escucha, anoche fui a ver a mi esposa, Madeleine, y tras un intercambio de opiniones con el corazón en la mano llegamos a un acuerdo.

—¿Vas a volver con ella?

—No exactamente —respondió Jack, tomando un sorbo de café—, pero ¡acordamos que si dejo de beber y no vuelvo a ver nunca a Agatha Diesel se lo pensará!

—Bien, es un comienzo, ¿no?

—Sí —respondió Jack—, pero puede que no sea tan fácil como crees. Esta mañana he recibido esta carta.

Me la entregó. La desdoblé y leí:

Estimado señor Spratt:

Ha llegado a nuestro conocimiento que es posible que esté intentando usted dejar el alcohol y reconciliarse con su esposa. Aunque lo aprobamos como recurso narrativo para generar más fricciones y conflictos internos, le aconsejamos encarecidamente que no lleve el asunto hasta una feliz reconciliación, ya que tal cosa sería contravenir la Regla 11c del código de la Unión de Detectives Tristes y Solitarios, ratificada por la Unión de Detectives Literarios, y podría ocasionar su expulsión de la asociación con la consiguiente pérdida de beneficios.

Confío en que haga lo razonable y abandone ese comportamiento dañino y anormal antes de que produzca su caída.

P. D. A pesar de habérselo exigido repetidamente no conduce usted un coche clásico ni se dedica a ninguna afición rara. Por favor, hágalo de inmediato o sufrirá las consecuencias.

—Vaya —murmuré—, viene firmada por...

—Sé quién la firma —respondió Jack con tristeza, recuperando la carta—. La unión es *muy* poderosa. Tiene influencias que llegan hasta el mismísimo Gran Panjandrum. Podría acelerar la destrucción de *Caversham Heights*, no retrasarla. El padre Brown quiso renunciar al sacerdocio en incontables ocasiones, pero, bien, la unión...

—Jack —dije—, ¿qué quieres *tú*?

—¿Yo?

—Sí, tú.

Suspiró.

—No es nada simple. Soy responsable de los setecientos ochenta y seis personajes del libro. Piénsalo... todos esos genéricos vendidos a precio de saldo como pavos después de Navidad o reducidos a texto. ¡Me estremezco sólo de pensarlo!

—Eso puede pasar igualmente, Jack. Al menos de esta forma podemos pelear. Actúa por ti mismo. *Aléjate* de la norma.

Volvió a suspirar y se pasó los dedos por el pelo.

—Pero ¿qué hay del *conflicto*? ¿No es ésa la gracia de ser un detective solitario? ¿La horrorosa autodestrucción, las batallas internas con uno mismo para condimentar

el procedimiento policial y permitir que la narración avance de forma más interesante? No podemos limitarnos a asesinato-interrogatorio-interrogatorio-segundo asesinato-conjetura-interrogatorio-conjetura-falso final-giro dramático-resolución, ¿verdad? ¿Dónde está el interés si el detective *no* se interesa sentimentalmente por alguien relacionado con el primer asesinato? Vamos, ¿es posible que nunca más tenga que volver a elegir entre la justicia y mis propios sentimientos!

—¿Y qué más da si no es así? —insistí—. No hace falta que sea así. Hay muchas formas de lograr que una historia sea interesante.

—Vale —dijo él—, digamos que *efectivamente* vivo feliz para siempre con Madeleine y los niños. ¿De dónde voy a sacar las subtramas? En una historia como ésta, el conflicto, a falta de un término mejor, es bueno. El conflicto es bueno. El conflicto *funciona*.

Me miró furioso, pero yo sabía que él seguía creyendo en sí mismo... lo demostraba el hecho de que estuviésemos manteniendo aquella conversación.

—No tienen que ser conflictos matrimoniales —le dije—. Podemos obtener algunas subtramas en el Pozo e incorporarlas. Estoy de acuerdo en que la narración no te puede acompañar siempre, pero si... Vaya, creo que tenemos compañía.

Un Triumph Herald rosa había parado. La mujer de mediana edad que lo conducía salió, fue directamente hacia Jack y le dio una buena bofetada en la cara.

—¡Cómo te atreves! —le gritó—. Te esperé tres horas en el bar Triste & Solo. ¿Qué te pasó?

—Te lo dije, Agatha, estaba con mi esposa.

—Claro que sí —escupió ella alzando la voz—. No me vengas con tus mentiras patéticas... ¿A quién te estás tirando? ¿A una de las putillas de la estación?

—Es cierto —le dijo él con tranquilidad, más conmovido que enfadado—. Ya te lo dije anoche... se ha acabado, Agatha.

—¿Ah, sí? Supongo que esto es cosa *tuya* —dijo mirándome, con el desprecio y la furia en los ojos—. ¿Te presentas gracias al Programa de Intercambio con tus aires del Exterior y esa tontería de la autodeterminación y crees que puedes mejorar la narración? ¡Vaya con vuestra suprema arrogancia!

Se detuvo un momento y nos miró.

—Os acostáis juntos, ¿no?

—No —le dije con firmeza—, y si aquí las cosas no mejoran pronto no habrá libro. Si quieres un traslado, seguro que podré arreglar algo...

—Para ti todo es muy fácil, ¿no? —dijo su rostro convulsionado de furia y luego de miedo, gritando—: ¿Crees que puedes hacer un par de llamadas de notaalpiéfono y todo estará genial? —Me apuntó con un dedo largo y huesudo—. Bien, te lo voy a decir claro, señorita Exterior, ¡no voy a rendirme sin luchar!

Nos miró con furia, regresó al coche y se alejó con un chirrido de ruedas.

—¿Te vale como subtrama conflictiva? —pregunté. Pero a Jack no le hizo gracia.

—Veamos qué más se te ocurre. No estoy seguro de que ésa me guste demasiado.
¿Has descubierto cuándo va a leernos la inspección de libros?

—Todavía no —le dije.

Jack miró la hora.

—Vamos, tenemos que hacer la escena de las peleas amañadas. Te gustará. Mary algunas veces llegaba un poco tarde con su frase «si no sabes nada no te podemos ayudar», cuando usábamos el viejo recurso del policía bueno y el policía malo, pero tú sígueme la corriente y todo irá bien.

Parecía mucho más feliz tras haberse enfrentado a Agatha, y cruzamos la calle para llegar a unas escaleras de hierro oxidado que llevaban hasta el gimnasio.

Reading, martes. Llevaba toda la noche lloviendo y las calles mojadas por la lluvia reflejaban el cielo adusto. Mary y Jack subieron los escalones de hierro que llevaban hasta el gimnasio de Mickey Finn, un antro lúgubre que olía a sudor y a sueños donde los prometedores intentaban escapar de la clase baja de Reading a base de entrenamiento. Mickey Finn era un ex boxeador, con ojos marcados y un temblor para demostrarlo; se había hecho entrenador y posteriormente mánager. Por entonces se limitaba a dirigir el gimnasio y ocasionalmente se dedicaba a la venta de drogas.

—¿A quién hemos venido a ver? —preguntó Mary mientras sus pies resonaban sobre los escalones metálicos.

—A Mickey Finn —respondió Jack—. Hace unos años tuvo problemas y yo di la cara por él. Me debe una.

Llegaron arriba y abrieron la puer...

Fue una suerte que la puerta se abriese hacia fuera. De haberse abierto hacia dentro, yo no estaría aquí para contarlo. Jack se balanceó en el borde hasta que le agarré por el hombro y tiré de él. Lo único que quedaba del gimnasio de Mickey Finn eran tablones cortos que a medio metro cambiaban a prosa descriptiva. Los jirones del final se agitaban como penachos al viento. Más allá de esos restos sólo había una caída de vértigo hasta un mar desapacible que un tifón había convertido en frenesí. Las olas se alzaban y caían empujando barquitos arrastreros con marineros a bordo con impermeable. Pero el mar no era un mar de agua como los que yo conocía; las olas eran de *letras*, algunas de las cuales formaban palabras y, en ocasiones, frases. De vez en cuando, una palabra o una frase se separaba de la superficie, momento en que los marineros la atrapaban con salabres.

—¡Maldición! —dijo Jack—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —pregunté mientras letras que formaban «saxofón» venían

directamente hacia nosotros, se convertían en un saxofón *real* al atravesar la puerta y luego golpeaban con estruendo la escalera. Las nubes de letras sueltas, en el cielo, sobre el mar agitado, contenían signos de puntuación que giraban formando feos patrones. De vez en cuando un rayo golpeaba el mar y las letras se arremolinaban cerca del punto de descarga, formando palabras espontáneamente.

—¡El Mar Textual! —gritó Jack para hacerse oír a pesar del viento. Intentamos cerrar la puerta contra la ventolera mientras un gramásito volaba junto a nosotros emitiendo un «¡garr!» y, con habilidad, ensartaba un verbo que había saltado del mar en el peor momento.

Descargamos todo nuestro peso contra la puerta y la cerramos. El viento ya no era tan ensordecedor y el trueno no era ahora más que un retumbar distante tras la puerta. Recogí el saxofón abollado.

—No tenía ni idea de que el Mar Textual tuviese una representación —dije, jadeando—. Pensaba que no era más que una idea abstracta.

—Oh, es real, muy real —respondió Jack recogiendo su sombrero—, tan real como cualquier otra cosa de aquí abajo. El Mar Sínico es la base de toda la prosa escrita en caracteres latinos. De alguna forma está conectado con el Océano Cirílico, pero no conozco los detalles. Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

—¿Los ladrones de escenas han pasado por aquí?

—A mí me suena más a borrado —respondió Jack—, *eliminado*. Todo el conjunto: personajes, ambientación, diálogos, subtrama y el recurso narrativo de las peleas amañadas que el autor había birlado de *La ley del silencio*.

—¿Adonde han ido a parar?

—Probablemente a otro libro del mismo autor. —Jack suspiró—. Viene a demostrar que no nos queda mucho tiempo en el Pozo. Es el siguiente clavo en el ataúd.

—¿No podemos saltar al siguiente capítulo y descubrir al traficante muerto cuando la operación encubierta sale mal?

—No serviría de nada —dijo Jack, negando con la cabeza—. Veamos... yo jamás habría sabido de la implicación de Hawkins en el gran plan de Davison. Lo que es más importante: si no habla conmigo, no habría razón para matar a Mickey Finn, así que habría estado presente para parar la pelea antes de que Johnson hiciese su apuesta de trescientas mil libras... y la emotiva escena en las dos últimas páginas del libro con el joven no tendrá sentido a menos que lo conozca aquí primero. Mierda. No hay congruentista en el Pozo que pueda arreglar esta situación. Estamos acabados, Thursday. Tan pronto como el libro se dé cuenta de que la escena del gimnasio ha desaparecido, la trama comenzará a deshacerse por sí sola. Tendremos que declararnos en quiebra literaria. Si lo hacemos rápido, es posible que consigamos que muchos trozos sean reasignados a otros libros.

—¡Debe haber *algo* que podamos hacer!

Jack pensó un momento.

—No, Thursday. Ya está. Me rindo.

—Un momento —dije—. ¿Qué tal si volvemos a entrar pero, en lugar de que *los dos* subamos las escaleras, tu empiezas arriba y nos encontramos a medio camino y tú me explicas lo que has descubierto? De ahí saltamos directamente al capítulo ocho y... me miras de una forma rara.

—Mary...

—Thursday.

—Thursday. Si lo hacemos, el capítulo siete sólo tendrá un párrafo.

—Es mejor que nada.

—No saldrá bien.

—Vonnegut lo hace continuamente.

Suspiró.

—Vale. Dirija usted, maestro.

Sonreí y retrocedimos tres páginas.

Reading, martes. Llevaba toda la noche lloviendo y las calles mojadas por la lluvia reflejaban el cielo adusto. Mary llegaba tarde y se encontró con Jack, que bajaba ya las escaleras del gimnasio. Sus pisadas resonaban en los escalones de hierro.

—Lamento llegar tarde —dijo Mary—. Se me ha pinchado una rueda. ¿Has hablado con el contacto?

—Eh... sí —respondió Jack—. Si hubieses visto el gimnasio, que por supuesto no has visto, te habría parecido un lugar lúgubre que huele a sudor y a sueños, donde los prometedores intentan escapar de la clase baja de Reading a base de entrenamiento.

—¿A quién ibas a ver? —preguntó Mary mientras iban hacia el coche.

—A Mickey Finn —respondió Jack—, un ex boxeador con ojos marcados y un temblor para demostrarlo. Me ha contado que Hawkins está implicado en el gran plan de Davison. Se habla de un gran envío que llegará el cinco y también ha dejado escapar que iba a ver a Jethro... un detalle cuya importancia no percibiré hasta más tarde.

—¿Algo más? —preguntó Mary, con expresión pensativa.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Estás SEGURO seguro?

—Eh... no, espera. Me acabo de acordar. Había un chico preparándose para

su primer combate. Podría irle bien. Mickey ha dicho que es el mejor que ha visto nunca. Podría ser un aspirante al título.

—Parece que has tenido una mañana ocupada —dijo Mary, mirando el cielo gris.

—La más ocupada de todas —respondió Jack, poniendo su chaqueta sobre los hombros de Mary—. Vamos, te invito a almorzar.

El capítulo concluyó y Jack se cubrió la cara con las manos y gimió.

—No puedo creer que haya dicho «un detalle cuya importancia no percibiré hasta más tarde». No se lo van a tragar. ¡Es *basura*!

—Escucha —dije—, deja de preocuparte. Quedará bien. Simplemente tenemos que sostener el libro el tiempo suficiente para encontrar un plan de rescate.

—¿Qué podemos perder? —respondió Jack con bastante estoicismo—. Ve a Jurisficción y a ver qué puedes descubrir sobre la inspección de libro. Yo haré algunas audiciones e intentaré reconstruir la escena de memoria. —Hizo una pausa—. Thursday...

—¿Sí?

—Gracias.

Volví al bote volador.

Tras haber dicho que no me iba a implicar en la política interna, me sorprendía mi camaradería con los de *Caversham Heights*. Lo admito, el libro era bastante malo, pero no mucho peor que cualquier novela de Farquitt. Quizá me sentía de aquel modo porque era mi hogar.

—¿Nos vamos de compras? —preguntó Lola, que me había estado esperando—. Tengo que comprar algo para llevar dentro de dos semanas a los Premios MundoLibro.

—¿Te han invitado?

—Nos han invitado a todos —dijo emocionada—. Aparentemente los organizadores van a pedir prestada a Ciencia Ficción tecnología de desplazamiento de campo. En resumen, nos podrán sentar a todos en la Starlight Room. ¡Va a ser todo un acontecimiento!

—Seguro que sí —dije subiendo. Lola me siguió y observó desde la cama mientras yo me quitaba la ropa de Mary.

—Eres muy importante en Jurisficción, ¿no?

—En realidad no —respondí, intentando abrocharme los pantalones y dándome cuenta de que me quedaban más apretados de lo normal.

—¡Maldita sea! —dije.

—¿Qué pasa?

—Los pantalones me quedan pequeños.

—¿Han encogido?

—No... —respondí, mirándome al espejo. No había ninguna duda. Se me estaba ensanchando la cintura. Me miré de un lado y del otro y Lola hizo lo mismo, intentando descubrir qué estaba mirando.

Comprar por catálogo desde dentro fue mucho más divertido de lo que había supuesto. Lola lanzó grititos de placer al ver toda la oferta de ropa y probó como treinta perfumes diferentes antes de decidir no comprar ninguno. Ella, como casi todas las personas ficticias, carecía de sentido del olfato. Verla era como soltar a un niño en una juguetería... y era casi increíble la energía que poseía para las compras. Mientras estábamos en la página de lencería me preguntó por Randolph.

—¿Qué opinas de él?

—Oh, está bien —respondí intentando no comprometerme, sentada en una silla y pensando en bebés mientras Lola se probaba un sujetador tras otro, cada uno de los cuales adoraba hasta que llegaba el siguiente—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bien, porque me gusta de una forma ciertamente curiosa.

—¿A él le gustas?

—No estoy segura. Creo que por eso pasa de mí y bromea acerca de mi peso. Es lo que hacen los hombres cuando están interesados. Se llama contenido implícito, Thursday... algún día te contaré en qué consiste.

—Vale —dije muy despacio—, entonces, ¿qué problema hay?

—Bien, la verdad es que no tiene mucho *carisma*.

—Ahí fuera hay muchos hombres, Lola —le dije—. No te apresures. A los diecisiete años me encapriché de un completo tonto llamado Darren. Mi madre estaba en desacuerdo, lo que lo convertía en un imán.

—¡Ah! —dijo Lola—. ¿Qué tal este sujetador?

—Me parece que el rosa te sentaba mejor.

—¿Cuál de los rosa? Había doce.

—El sexto rosa, justo antes del décimo negro y el decimonoveno con lazo.

—Vale, voy a probármelo otra vez.

Rebuscó en el montón, lo encontró y dijo.

—¿Thursday?

—¿Sí?

—Randolph me llama fulana porque me gustan los chicos. ¿Crees que es justo?

—Es una de las grandes injusticias de la vida —le dije—. Si él hiciese lo mismo le llamarían «conquistador». Pero, Lola, ¿has conocido a alguien que *realmente* te gustase, con quien quisieras tener *exclusividad*?

—Quieres decir... ¿un novio?

—Sí.

Una pausa mientras se miraba al espejo.

—Creo que no estoy escrita de esa forma, Thurs. Pero ¿sabes?, a veces, justo después de hacerlo, en ese momento realmente agradable, cuando estoy soñolienta entre sus fuertes brazos y me siento protegida y contenta, me parece que hay algo que necesito pero no puedo alcanzar... algo que deseo pero no puedo tener.

—¿Te refieres al amor?

—No... a un Mercedes.

No bromeaba.[\[16\]](#)

Era el notaalpiéfono.

—Un momento, Lola... Thursday al habla.[\[17\]](#)

Miré a Lola, que se probaba un corpiño.

—Sí —respondí—, ¿por qué?[\[18\]](#)

—¿A cubierto de qué?[\[19\]](#)

—Comprendo. ¿Qué puedo hacer por ti aparte de responder preguntas sobre pianos?[\[20\]](#)

No estaba ocupada. Aparte de la sesión de Jurisficción del día siguiente a mediodía, estaba libre.

—Claro. ¿Dónde y cuándo?[\[21\]](#)

—Vale.

Lola me miraba afligida.

—¿Eso significa que no irás al gimnasio? Tenemos que ir al gimnasio... si no voy me sentiré culpable por haberme comido todos esos pasteles.

—¿Qué pasteles?

—Los que me voy a comer de camino al gimnasio.

—Creo que ya haces bastante ejercicio, Lola. Todavía nos queda media hora... vamos, te invito a un café.

¿Quién robó las tartas?

Mi primera incursión adulta en el MundoLibro fue controvertida. Había entrado en *Jane Eyre* y cambiado el final. En la versión original, Jane se iba a la India con el empalagoso St John Rivers, pero en mi final, Jane y Rochester se casan. Tomé la decisión con el corazón, que no era lo que me habían enseñado a hacer, pero no pude evitarlo. El nuevo final gustaba a todos, pero mi actuación tuvo sus detractores. Técnicamente, había cometido una *infracción de ficción* y tenía que enfrentarme a un juicio. La primera vista se había celebrado en *El proceso* de Kafka sin que se alcanzara un veredicto. La vista ante el Rey y la Reina de Corazones, en *Alicia en el país de las maravillas*, no sería tan extraña... sería aún más extraña.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

El Grifo era una criatura con la cabeza y las alas de águila y el cuerpo de león. De joven debía dar miedo, pero a su avanzada edad llevaba gafas y pañuelo, lo que ciertamente suavizaba su por lo demás temible apariencia.

Era, me decían, una de las grandes águilas legales y, tras la muerte de Snell, se convirtió en el director del Departamento Jurídico de Jurisficción. Fue el Grifo el que logró la compensación millonaria, todo un récord, tras el famoso caso de *La esposa del granjero contra los tres ratones ciegos* y el que logró que la acusación de piratería contra Nemo quedara en homicidio involuntario.

El Grifo leía mis notas cuando llegué y emitía ruiditos incomprensibles mientras pasaba las páginas, gruñendo de vez en cuando y mirando por encima de las gafas con esos grandes ojos suyos.

—¡Bien! —dijo—. ¡Esto va a ser divertido!

—¿Divertido? —repetí—. ¿Defenderme por una infracción de ficción de clase II?

—Esta tarde llevo una demanda colectiva por ceguera contra los trífidos —dijo el Grifo muy serio—, y el juicio por crímenes de guerra de los marcianos de *La guerra de los mundos* se alarga interminablemente. Créame, una infracción de ficción es divertida. ¿Precisa ver mi argumentación?

—No, gracias.

—Vale. Veremos qué declaran los testigos y cómo presentará Hopkins su acusación. Es posible que decida no hacerla subir al estrado. Por favor, no haga nada estúpido, como ponerse a crecer. Eso casi acabó con las posibilidades de Alicia en su caso. Y si la Reina ordena que le corten la cabeza... pase de ella.

—Vale —suspiré—. Vamos allá.

Cuando llegamos, el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en sus tronos. Eran los únicos en la sala que no habían perdido la compostura. La salida de Alicia dos páginas antes había alterado mucho al jurado, cuyos miembros ya habían regresado a sus puestos, pero seguían discutiendo acaloradamente con el presidente, un conejo que los miraba fijamente mordisqueando una zanahoria enorme que, de alguna forma, había logrado introducir sin que le viesan.

La Jota de Corazones regresó escoltada a su celda, se llevaron las tartas (la prueba A) y las sustituyeron por el manuscrito original de *Jane Eyre*. Sentados frente al Rey y la Reina se encontraban el fiscal Matthew Hopkins y una colección de aves ceñudas. Me miró con odio mal disimulado. Parecía un poco menos divertido que la última vez que nos habíamos enfrentado, en *El proceso*, y entonces no lo parecía mucho. Era evidente que el Rey ejercía de juez, porque llevaba una enorme peluca, pero no tenía ni idea del papel que le correspondía en el juicio a la Reina de Corazones.

Los doce miembros del jurado se habían tranquilizado y empezaron a escribir apresuradamente en las pizarras.

—¿Qué hacen? —le susurré al Grifo—. ¡El juicio todavía no ha empezado!

—¡Silencio en la sala! —gritó el Conejo Blanco con voz aguda.

El Rey se calzó las gafas e intentó ansiosamente ver quién había hablado. La Reina le dio un codazo y me señaló.

—¡Tú! —dijo—. Pronto hablarás más que suficiente, señorita, señorita...

—Next —dijo el Conejo Blanco después de consultar el pergamino.

—¿Siguiente?[22] ¿En serio? —preguntó el Rey confuso—. ¿Eso significa que hemos terminado?

—No. Su Majestad —respondió pacientemente el Conejo Blanco—, se llama Next. *Thursday* Next.

—Le parecerá gracioso, ¿no?

—En absoluto, Su Majestad —respondí—. Nací con ese nombre.

El jurado se puso a escribir frenéticamente «nacé con ese nombre».

—Eres del Exterior, ¿no? —dijo la Reina, que llevaba mirándome un buen rato.

—Sí. Su Majestad.

—Entonces, respóndeme: si de dos personas una se marcha, ¿cuál se ha ido, la que se ha ido o la que se marcha? Me refiero a que no pueden haberse ido las dos,

¿verdad que no?

—¡Heraldo, lee la acusación! —ordenó el Rey.

Tras lo cual el Conejo Blanco hizo sonar tres veces la trompeta y luego desenrolló el pergamino para leer lo siguiente:

—A la señorita Thursday Next, aquí presente, se la acusa de infracción de ficción de clase II del código penal de Jurisficción FAL/0605937, sujeto a la ley general del MundoLibro relativa a la continuidad de las líneas narrativas, como fue ratificado por el Consejo de Géneros en 1584.

—Deliberen hasta llegar a un veredicto —dijo el Rey al jurado.

—¡Protesto! —gritó el Grifo—. ¡Hay mucho que hacer antes de llegar a ese punto!

—¡Denegado! —gritó el Rey, y añadió—: ¿O quiero decir «se admite»? Siempre me confundo... es un poco como eso de «más vale pájaro en mano que ciento volando» o «ciento en mano que pájaro volando». Nunca sé cuál es la fórmula correcta. En cualquier caso, pueden llamar al primer testigo.

El Conejo Blanco hizo sonar la trompeta tres veces más y gritó:

—¡Primer testigo!

El primer testigo era la señora Fairfax, el ama de llaves de Thornfield Hall, el hogar de Rochester. Parpadeó y lentamente miró al tribunal, sonriéndole a Hopkins y mirándome con hostilidad. Un ujier, en realidad un enorme conejillo de indias, la ayudó a llegar al estrado de los testigos.

—¿Jura decir la verdad y nada más que la verdad? —preguntó el Conejo Blanco.

—Lo juro.

—Apúntenlo —dijo el Rey al jurado, y los miembros del jurado ansiosamente escribieron «apúntenlo» en sus pizarras.

—Señora Fairfax —dijo Hopkins poniéndose en pie—, quiero que nos cuente con sus propias palabras los acontecimientos que rodearon la intrusión de la señorita Next en *Jane Eyre*, empezando por el principio y sin parar hasta llegar al final...

—¿Y luego qué? —preguntó el Rey.

—Entonces podrá parar —dijo Hopkins con un atisbo de irritación.

—Ah —dijo el Rey con la voz de alguien que cree haberlo comprendido todo pero que está lamentablemente equivocado—, proceda.

Durante dos horas escuchamos no sólo a la señora Fairfax sino también a Grace Poole, Blanche Ingram y St John Rivers. Todos explicaron el final anterior y como mi «¡Jane, Jane, Jane!» en el dormitorio de Jane había cambiado por completo la narración. Los miembros del jurado intentaban mantenerse al tanto del procedimiento y escribían siempre que se lo indicaba el Rey hasta que no les quedó sitio en las pizarras, momento en que intentaron escribir en los bancos que tenían delante y, cuando fracasaron, cada cual en la espalda del vecino.

Después de que cada testigo respondiese a la acusación, al lirón del jurado se le permitía ir al baño, lo que daba tiempo al Grifo para explicarle al Rey, que probablemente hubiese sido incapaz de tocarse la cabeza con los ojos cerrados, el funcionamiento de la ley. Cuando regresaba el lirón, el testigo pasaba al Grifo, quien invariablemente decía:

—No hay más preguntas.

La tarde pasó y el ambiente de la sala fue caldeándose. La Reina se aburría cada vez más y exigía que se alcanzara un veredicto con frecuencia creciente, en una ocasión en medio de un testimonio.

Y durante toda esa tediosa representación, mientras los personajes de *Jane Eyre* llegaban y repetían la verdad delante de mí, un aparentemente interminable desfile de conejillos de indias interrumpía la vista. Atrapaban a cada uno y lo metían de inmediato cabeza abajo en una enorme bolsa de lona para luego lanzarlo lejos de la sala. Cada vez que esto pasaba se producía una gran confusión, con gritos y ruido. Mientras la bulla se convertía en un caos absoluto, la Reina gritaba:

—¡Que le corten la cabeza! —como si ella por alguna razón compitiese directamente con el tumulto.

Para cuando lanzaron lejos del tribunal al último conejillo de indias, Grace Poole se había esfumado en una nube de vapores alcohólicos y nadie sabía dónde estaba.

—¡No importa! —dijo el Rey, con cara de alivio—. Que llamen al siguiente testigo. —Y añadió para la Reina—: En serio, querida, *tú* deberías interrogar al siguiente testigo. ¡A mí me da dolor de cabeza!

Vi que el Conejo Blanco repasaba la lista y leía con toda la potencia de su voz aguda:

—¡Thursday Next!

—Disculpen —dijo el Grifo, saliendo del letargo que había manifestado durante todo el juicio—, pero la señorita Next no va a declarar contra sí misma ante un tribunal.

—¿Eso está permitido? —preguntó el Rey. Los miembros del jurado se miraron y se encogieron de hombros.

—¡Eso demuestra que es culpable! —gritó la Reina—. ¡Que le corten la cabeza! ¡Que...!

—No demuestra nada —interrumpió el Grifo. La Reina se puso de un tono escarlata y probablemente habría explotado de no ser porque el Rey le colocó la mano en el brazo.

—Venga, venga, querida —le dijo en voz baja—, debes tranquilizarte. Tantas órdenes de ejecución probablemente no les hagan ningún bien a tus corazones. —Soltó una carcajada—. Tus corazones —repitió—. Diría que he hecho un chiste. Un buen chiste, ¿no creen?

Los miembros del jurado rieron como era de rigor y los listos les explicaron a los tontos dónde estaba el chiste, y los tontos también explicaron en qué consiste un chiste a los todavía más tontos.

—Disculpen —repitió el lirón—, ¿puedo ir al baño?

—¿Otra vez? —aulló el Rey—. Debes de tener la vejiga del tamaño de un maní.

—De un grano de arroz, más bien, Su Majestad —dijo el lirón, juntando las rodillas.

—Muy bien —dijo el Rey—, pero que sea rápido. Bien, ¿tenemos un veredicto?

—¿Quién quiere *ahora* un veredicto? —preguntó la Reina con aire triunfal.

—Todavía quedan más pruebas, Su Majestad —dijo el Conejo Blanco, saltando apresuradamente—. Todavía nos queda escuchar a la defensa.

—¿La defensa? —preguntó el Rey con desánimo—. ¿No la hemos escuchado ya?

—No, Su Majestad —respondió el Conejo Blanco—. Eso era la acusación.

—Esas dos posiciones me confunden —respondió el Rey mirándose los pies—, como ese galimatías de «se acepta» y «denegado»... ¿cuál era cuál?

—La acusación ha concluido —dijo Hopkins, quien se daba perfecta cuenta de que el juicio podía durar meses si no le daba algo de vida—. Creo —añadió— que hemos demostrado de manera concluyente que la señorita Next no sólo cambió el final de *Jane Eyre* sino que lo hizo premeditadamente. Éste no es un tribunal de la opinión pública, es un tribunal legal, y este tribunal sólo puede llegar a un veredicto: culpable.

—Te dije que era culpable —murmuró el Rey, poniéndose en pie para irse.

—Por favor, Su Majestad —dijo el Conejo Blanco—, eso no era más que el alegato final de la acusación. Ahora debe escuchar a la defensa.

—¡Ah! —dijo el Rey, volviendo a sentarse.

El Grifo se puso en pie y se aproximó al jurado, cuyos miembros retrocedieron atemorizados cuando el Grifo se frotó la barbilla con una enorme garra. El lirón volvió a alzar la mano para pedir permiso y se le permitió salir. Cuando volvió, el Grifo comenzó a hablar.

—La cuestión no es si la señorita Next se tomó algunas libertades textuales y narrativas con el final de *Jane Eyre*, como ha dejado tan claro mi preparado colega de la acusación. Admitimos que lo hizo. —El jurado quedó boquiabierto—. No. Afirmo que, aunque la señorita Next violó técnicamente la ley, lo hizo por el mejor de los motivos... por amor. —El Grifo hizo una pausa dramática.

—¿Amor? —preguntó el Rey—. ¿Eso es una defensa?

—Históricamente una de las mejores, Su Majestad —dijo el Conejo Blanco.

—¡Ah! —replicó el Rey—. Proceda.

—Y no por su propio amor —añadió el Grifo—. Lo hizo para que otras dos personas enamoradas pudiesen permanecer juntas sin tener que separarse. Porque

esas cosas van en contra del orden natural, un tribunal muy superior al tribunal al que hoy se enfrenta la señorita Next. —Hubo silencio, así que continuó—: Defiendo que la señorita Next es una persona extraordinaria con una vena tan poco egoísta que merece la benevolencia de este tribunal. Sólo llamaré a un testigo para demostrar la veracidad de esta defensa. Llamo a... ¡*Edward Rochester!*

La sala contuvo el aliento y el conejillo de indias que quedaba se desmayó. Los funcionarios del tribunal, sin saber qué hacer, metieron al conejillo de indias en un saco y se sentaron encima de él.

—¡Llaman a Edward Rochester! —gritó el Conejo Blanco con su voz aguda, una exigencia que se repitió cuatro veces a través de una sucesión de voces cada cual más alejada.

Oímos sus pisadas arrastradas antes de verle. El suyo era un paso ligeramente vacilante, puntuado por el golpeteo de un bastón. Entró lentamente en la sala con un aire frágil pero decidido y examinó el lugar con cuidado para determinar lo mejor que podía qué formas de las que tenía frente a sí eran el juez, el jurado y los abogados. El cambio que había provocado en *Jane Eyre* había tenido su precio. Rochester había perdido una mano y sólo veía muy débilmente con un ojo. Me llevé la mano a la boca al ver su cuerpo entrar en el silencioso tribunal. De haber conocido la consecuencia de mis actos, ¿hubiese hecho lo que hice? La perfidia de Acheron había sido la causante de los males de Rochester, pero yo había sido el catalizador.

El rostro de Edward había sanado, sin embargo había quedado muy marcado, aunque las cicatrices no lo habían desfigurado irremediabilmente. Juró, sus rasgos reluciendo bajo el pelo oscuro que le colgaba frente a la cara.

—Discúlpeme —dijo el lirón que estaba sentado casi al lado de Rochester—, ¿podría firmarme la pizarra, por favor?

Rochester le dedicó una semisonrisa adusta, empuñó la tiza y dijo:

—¿Nombre?

—Alan.

Rochester firmó, le devolvió la pizarra y de inmediato recibió once más, limpias por completo de las notas tomadas hasta entonces con tanto cuidado.

—¡Ya basta! —rugió el Rey—. ¡No permitiré que mi sala se convierta en un refugio de cazadores de autógrafos! ¡Aquí nos interesa la verdad, no los famosos! —Silencio sepulcral—. Pero si no le importa... —El Rey le pasó un cuaderno a Rochester y añadió en voz baja—: Es para mi hija.

—¿Y su hija se llama? —preguntó Rochester, con la pluma preparada.

—Rupert.

Rochester firmó y le devolvió el cuaderno.

—Señor Rochester —dijo el Grifo—, ¿podría exponer con sus propias palabras el efecto que le han producido las acciones de la señorita Next?

El tribunal guardó silencio. Incluso el Rey y la Reina estaban interesados en oír lo que Rochester tuviese que decir.

—¿En mi caso particular? —respondió Rochester lentamente—. Nada. Para nosotros, mi querida y dulce Jane y yo mismo... ¡todo! —Cerró en un puño la mano en la que llevaba el anillo de bodas, frotando el aro de oro con el pulgar, intentando expresar con palabras lo que sentía—. ¿Qué *no* ha hecho por nosotros la señorita Next? —entonó con calma—. Nos dio todo lo que podíamos desear. Nos liberó a los dos de un prisión que no habíamos construido, de un calabozo de desesperación del que pensábamos que jamás saldríamos. La señorita Next nos concedió la oportunidad de amar y ser amados... no se me ocurre mejor regalo. No tengo palabras para expresar el agradecimiento que sentimos.

Se hizo el silencio en el tribunal. Incluso la Reina se había quedado callada y miraba fijamente (me pareció un pez) a Rochester.

La voz del Grifo rompió el silencio.

—Su testigo.

—¡Ah! —dijo Hopkins, reuniendo sus ideas—. Dígame, señor Rochester, sólo como confirmación: ¿la señorita Next cambió el final de la novela?

—A pesar de que ahora estoy lisiado, como puede ver —respondió Rochester—, que no soy mejor que el viejo castaño golpeado por el rayo de Thornfield, me siento más feliz que nunca. Sí, señor, la señorita Next cambió el final, ¡y por ello le doy las gracias todas las noches!

Hopkins sonrió.

—No hay más preguntas.

—Bien —dijo el Grifo cuando el tribunal hubo concluido para que el Rey considerarse la sentencia. La Reina, en un gesto muy poco habitual, había solicitado la absolución. La palabra sonó muy extraña en sus labios y todos la miraron conmocionados en cuanto la pronunció; Bill el lagarto se atragantó y tuvieron que darle golpes en la espalda.

—El resultado estaba cantado —dijo el Grifo, haciendo un gesto de respeto hacia Hopkins, quien organizaba algunas notas con el Conejo Blanco—, pero sabía que Rochester sería un buen espectáculo a su favor. Puede que el Rey y la Reina de Corazones sean la pareja más estúpida que ha presidido un tribunal, pero son, después de todo, *corazones*, y dado que es indiscutiblemente culpable, nos hacía falta que el tribunal manifestase cierta compasión a la hora de dictar sentencia.

—¿Compasión? —repetí con sorpresa—. ¿De la Reina de «que le corten la cabeza»?

—Es un rasgo distintivo sin importancia —respondió el Grifo—. En realidad nunca ha ejecutado a nadie. Por un momento he temido la posibilidad de que

decretaran prisión preventiva hasta la sentencia, pero por suerte el Rey no está muy puesto en terminología legal.

—¿A qué me sentenciarán?

—¿Sabe? —respondió el Grifo—, no tengo ni idea. El tiempo lo dirá. ¡Hasta la próxima, Next!

Regresé despacio a las oficinas de Jurisficción, donde encontré a la señorita Havisham.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Culpable de todos los cargos.

—Mala suerte. ¿Cuándo se conocerá la sentencia?

—Ni idea.

—Podrían pasar años, Thursday. Tengo algo para ti.

Me pasó el informe que había preparado sobre Sombra, *el perro ovejero*. Leí la nota escrita en la portada, la volví a leer y miré a Havisham.

—¿Matrícula de honor? —dije, incrédula.

—¿Te parece que he sido demasiado generosa? —preguntó.

—Bien, sí. —Estaba bastante confusa—. ¡Me obligaron a casarme y casi me matan!

—El matrimonio forzado no es legal, Next. Pero ten en cuenta un detalle: hemos asignado esa misión en concreto a todos los aprendices de Jurisficción durante los últimos treinta y dos años y todos ellos fracasaron.

La miré boquiabierta.

—Incluso Harris Tweed.

—¿Tweed se casó con el señor Townsperson?

—Aparte de eso. Ni siquiera logró comprar los cerdos... y menos aún engañar al veterinario. Lo hiciste bien, Next. Tu técnica de causa y efecto es buena. Hay que pulirla, pero es buena.

—¡Oh! —dije, aliviada, para, después de pensar un poco, añadir—: Pero ¡podrían haberme matado!

—No te habrían matado —me aseguró—. Jurisficción tiene ojos y oídos en todas partes. No somos tan temerarios con nuestros aprendices. La nota del examen fue del noventa y tres por ciento. Felicidades. Pendientes de la propuesta final al Consejo de Géneros, lo has logrado.

Lo consideré y me sentí orgullosa, a pesar de saber en lo más profundo que no sería un trabajo que me durase mucho tiempo. Tan pronto como pudiese volver al Exterior, lo haría.

—¿Has descubierto algo sobre Perkins?

—Nada —respondí—. ¿Noticias de Vernham Deane?

—Ha desaparecido sin dejar rastro. Bellman nos lo contará.

—¿Podría haber relación?

—Quizá —dijo, con cierto misterio—. Tendré que investigar más. Pregúntamelo mañana.

Pesadillas de Crimea

ECOLOCALIZADOR. Artesano que entra en un libro a punto de publicarse y localiza ecos de palabras y los destruye. Como norma general, palabras idénticas (aparte de nombres propios, monosílabos y sinónimos) no se pueden repetir a menos de quince palabras de distancia ya que tal cosa interrumpe la transferencia de imágenes a la mente del lector (ver *Manual de uso del dispositivo de ImaginoTransferencia*, p. 782). Aunque los ecos son antiestéticos, lo son todavía más leídos en voz alta, lo que demuestra que su origen no se encuentra en el primer Sistema Operativo de TradiciónOral (ver también TradiciónOralPlus, sistemas operativos).

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

—¡Ah! —exclamó Yaya en cuanto entré por la puerta—. ¡Aquí estás! ¿Cómo te ha ido hoy en el trabajo?

—Bien y mal —le dije, sentándome en el sofá y desabrochándome el botón superior de los pantalones—. La buena noticia es que he pasado el examen práctico de Jurisficción; la mala noticia es que me han declarado culpable de infracción de ficción.

—¿Cuál ha sido la sentencia?

—Todavía tengo que esperar.

—Esperar es lo peor —murmuró—. En una ocasión me acusaron de asesinato y lo peor fue esperar a que el jurado volviese con el veredicto. Fueron las ocho horas más largas de mi vida.

—Te creo. ¿Has vuelto hoy a casa?

Asintió.

—Te he traído unas cosillas. Me he dado cuenta de que en el PDTP no hay bombones... o al menos ninguno que valga la pena.

—¿Descubriste algo sobre Yorrick Kaine?

—No demasiado —respondió Yaya, comiéndose los bombones que me había traído a mí—, pero tampoco es que se esté ocultando. Se ha comprado otra editorial y simultáneamente intenta rehacer su carrera política tras la debacle de *Cardenio*.

—Ah. ¿Dónde están Lola y Randolph?

—En una fiesta, creo. Pareces agotada... ¿Por qué no te acuestas pronto?

—¿Y dejar que como se llame me incordie?

Me miró muy seria a través de sus gafas de gruesa montura.

—Aornis. Se llama Aornis. ¿Recuerdas?

—Sí. ¿Quién era mi marido?

—Landen. La CronoGuardia lo erradicó, ¿sí?

Lo recordé y el corazón se me hizo pedazos.

—Sí —dije bajito. En mi estado de olvido me había sentido feliz, pero notaba cómo la furia reaparecía—. A veces pienso que sería mucho mejor si simplemente olvidase, Yaya.

—¡*Nunca* digas tal cosa, Thursday! —Yaya lo dijo tan bruscamente que di un salto y ella tuvo que descansar y comer un poco más de chocolate para recuperar el aliento—. Aornis no tiene derecho a llevarse lo que no le pertenece y tú debes ser fuerte enfrentándote a ella y a ti misma... ¡debes recuperar tus recuerdos!

—Es más fácil decirlo que hacerlo, Yaya —dije, intentando alcanzar un bombón justo cuando los apartaba de mí—. Quiero soñar con...

—Landen.

—Landen, sí... quiero volver a soñar con él. Está ahí, pero no hablamos como lo hacíamos antes.

La puerta se abrió de golpe y entró Randolph. Pasó de nosotras y colgó el abrigo.

—¿Randolph? —dije—. ¿Estás bien?

—¿Yo? —dijo, sin mirarnos—. Estoy genial. Es esa putita la que va a acabar mal. ¡No puede hablar con un hombre sin querer añadirlo a su colección!

Y se fue.

—¿Lola está bien? —le grité. Pero lo único que oí fue la puerta del dormitorio, que se cerraba. Nos miramos y nos encogimos de hombros.

—¿Por dónde íbamos?

—Te estaba contando que ya nunca sueño con Landen de la misma forma que antes. Solíamos ir a los grandes recuerdos que compartíamos. Nunca... ya sabes... pero era maravilloso. Al menos yo tenía *cierto* control sobre adonde íbamos cuando el «dios de los sueños» dejaba caer su manto.

Yaya me miró y me acarició la mano para tranquilizarme.

—Tienes que hacerle creer que está ganando, Thursday. Atraerla a la trampa. Puede que ella *crea* que tiene el control, pero sólo reside en tu mente y *tú* eres la única que controla tus pensamientos. Nuestros recuerdos son preciosos y ningún agente exterior debería mancillarlos.

—Claro... pero ¿cómo?

—Bien —dijo Yaya, pasándome un bombón que no le gustaba—, Aornis no está

ahí arriba, querida, sino sólo tu *recuerdo* de ella. Está sola y tiene miedo. Sin la presencia de la verdadera Aornis aquí, en el MundoLibro, no tiene mucho poder; lo único que puede hacer es intentar...

La puerta volvió a abrirse de golpe. En esta ocasión era Lola. Daba la impresión de haber estado llorando. Se detuvo de inmediato en cuanto nos vio.

—¡Ah! —dijo—. ¿Está aquí el cara de rata sin cerebro?

—¿Hablas de Randolph?

—¿De quién si no?

—Entonces sí, está aquí.

—¡Vale! Iré a dormir al submarino de Nemo.

Se preparó para irse.

—¡Espera! —dije—. ¿Qué está pasando?

Se detuvo y se puso en jarras. El bolso se le deslizó y se le quedó colgando del codo, lo que estropeaba la imagen, pero a Lola ya no le importaba.

—Fui a tomar café con él después de clase y que me aspen si no estaba hablando con esa piltrafa de D-2... ¿sabes, la que tiene ojos de estúpida y una risa tonta?

—Lola —dije con tranquilidad—, probablemente sólo estuviesen hablando.

Durante un momento se miró las manos.

—Tienes razón —anunció—, ¿y a mí que me importa? ¡Está claro que están hechos el uno para el otro!

—¡Lo he oído! —dijo una voz desde el fondo del bote volador. Randolph entró en la cocina y agitó un dedo ante Lola, que lo miró furibunda—. ¡Hace falta tener cara para acusarme de estar con otra mujer cuando tú te has acostado con casi todos los hombres de la universidad!

—¿Y qué si lo he hecho? —gritó Lola—. ¿Quién eres, mi padre? ¿Me has estado espionando?

—Incluso el peor espía del género no habría podido evitar descubrir a qué te dedicas. ¿Conoces el significado de la palabra «discreción»?

—¡Unidimensional!

—¡Caricatura!

—¡Estereotipo!

—¡Predecible!

—¡Pajillero!

—¡Gilipollas!

—Agáchate, Yaya —susurré cuando Lola agarró un florero y se lo lanzó a Randolph. Falló y nos pasó volando por encima antes de estrellarse contra la pared opuesta—. Vale —dije en voz alta usando mi voz más firme—, otra tontería por parte de cualquiera de los dos y os podéis ir a vivir a otro sitio. Randolph, puedes dormir en el sofá. Lola, tú vete a tu cuarto. Y si os oigo decir pío haré que os manden a los dos a

patrones de punto... ¿COMPRENDIDO?

Guardaron silencio, murmuraron algo parecido a una disculpa y salieron despacio de la cocina.

—Oh, eso ha estado bien, cerebro de mosquito —murmuró Lola mientras salían—. Nos has metido en un lío a los dos. Qué listo.

—¿Yo? —respondió Randolph furioso—. Te quitas tan a menudo las bragas que me sorprende que te molestes en volver a ponértelas.

—¿ME HABÉIS OÍDO? —les grité, y volvieron a callar.

Yaya recogía los restos del jarrón de encima de la mesa.

—¿Dónde estábamos? —preguntó.

—Eh... ¿recuperando recuerdos?

—Exacto. Querrá que te desmorones, así que las cosas empeorarán antes de mejorar. Sólo cuando crea haberte derrotado podremos pasar a la ofensiva.

—¿Qué quieres decir con empeorar? ¿Hades? ¿La erradicación de Landen? ¿Darren? ¿Hasta dónde tengo que llegar?

—Al peor momento de todos... a la verdad de lo sucedido durante la carga.

—Antón.

Gemí y me froté la cara.

—No quiero volver a ese momento, Yaya, ¡no puedo!

—Entonces ella irá eliminando tus recuerdos hasta que no quede nada; no es lo que quiere... quiere venganza. *Tienes* que volver a Crimea, Thursday. Encárate con lo peor y hazte más fuerte.

—No —dije—. No volveré y no puedes obligarme.

Me puse en pie sin decir nada y fui a darme un baño, intentando eliminar las preocupaciones. Aornis, Landen, Goliath, la CronoGuardia y por último los asesinatos de Perkins y Snell en el MundoLibro; para lavar todo eso me haría falta un baño del tamaño de Windermere. Había venido a *Caversham Heights* para alejarme de la crisis y los conflictos... pero parecían perseguirme como un dodo perdido.

Me quedé en el baño tanto tiempo que en dos ocasiones tuve que añadirle agua caliente y, cuando salí, me encontré a Yaya detrás de la puerta, sentada en el cesto de la ropa sucia.

—¿Preparada? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondí—. Estoy lista.

Dormí en mi cama... Yaya dijo que se sentaría en el sillón y me despertaría si daba la impresión de que las cosas se desmadraban. Miré el techo, la suave curva del revestimiento de madera y la única luz. Permanecí despierta durante horas, mucho después de que Yaya se quedase dormida y se le cayese al suelo el ejemplar de *Tristram Shandy*. En el pasado, la noche y el sueño eran un momento de feliz reunión

con Landen, una colección de momentos que apreciaba: té y bollos calientes con mantequilla, acurrucados frente a un buen fuego, o momentos dorados en la playa, jugando a cámara lenta mientras el sol se ponía. Pero ya no era así. Con Aornis suelta, mis recuerdos se habían convertido en un campo de batalla. Y con el silbido de un proyectil de artillería, me encontré de vuelta en el lugar que menos deseaba visitar... Crimea.

—¡Ahí estás! —gritó Aornis, sonriéndome desde su asiento en el transporte blindado de personal, mientras sacaban a los heridos. Yo había regresado del frente al hospital de campaña, donde el desastre había generado un estado de pánico sostenido y muy controlado. Los gritos de «¡médico!» y las maldiciones puntuaban el aire, mientras que a menos de cinco kilómetros todavía oíamos el sonido de los cañones rusos aplastando los restos de la ligera de tanques de Wessex. El sargento Tozer bajó de la parte posterior del vehículo de transporte con la mano todavía en la pierna de un soldado para intentar controlar la hemorragia; otro soldado, cegado por la metralla, parloteaba sin parar sobre una chica que había dejado en Bradford on Avon.

—¡Hace unas noches que no sueñas! —dijo Aornis mientras observábamos cómo bajaban a los heridos—. ¿Me has echado de menos?

—Ni un ápice —respondí. Luego pregunté a los que bajaban a los heridos—: ¿Hemos terminado?

—¡Hemos acabado! —fue la respuesta y, con el pie, le di al interruptor que elevaba la puerta trasera.

—¿Adonde crees que vas? —preguntó un oficial sonrosado al que no reconocí.

—¡A recoger al resto!

—¡Y una mierda! —respondió—. ¡Vamos a enviar los vehículos de la Cruz Roja con bandera blanca!

Para eso hacía falta mucho tiempo y los dos lo sabíamos. Volví a subir al transporte, aceleré y pronto estuve de vuelta en la zona del conflicto. Había tanto polvo en el aire que podía ocultarme... siempre que los cañones siguiesen disparando. Incluso así, sentí el silbido de un proyectil que casi me dio y en una ocasión hubo una detonación muy cercana, cuya onda expansiva rompió el vidrio del panel de instrumentos.

—¿Desobedeciendo órdenes directas, Thursday? —dijo Aornis cáustica—. ¡Te someterán a un consejo de guerra!

—Pero no lo hicieron —repliqué—. Me dieron una medalla.

—Pero no regresaste para ganarte la medalla, ¿verdad?

—Era mi deber. ¿Qué quieres que diga?

El estruendo se incrementaba al acercarme al frente. Sentí que algo enorme agarraba el vehículo y el techo se abrió, mostrando en el polvo un rayo de luz solar que resultaba curiosamente hermoso. La misma mano invisible que había agarrado el

transporte lo lanzó al aire. Durante unos metros voló y luego cayó derecho. El motor todavía funcionaba, los controles parecían estar bien; seguí avanzando, sin darme cuenta de los daños. Sólo cuando fui a darle al interruptor de la radio me di cuenta de que el techo había desaparecido, y sólo más tarde descubrí que en la barbilla tenía un corte de tres centímetros.

—Era tu deber, vale, Thursday, pero no lo hiciste por el Ejército, ni por el regimiento, la brigada o el pelotón... desde luego no lo hiciste por los intereses ingleses en Crimea. Volviste a buscar a Antón, ¿no?

Todo se detuvo. El ruido, las explosiones, todo. Mi hermano Antón. ¿Por qué tenía que nombrarle?

—Antón —susurré.

—Tu querido hermano Antón —respondió Aornis—. Sí. Tú le adorabas. Desde aquella vez que te construyó una casa en un árbol, en el jardín. Te alistaste para ser como él, ¿no?

No dije nada. Era cierto, todo era cierto. Las lágrimas empezaron a correrme por las mejillas. Antón había sido, así de simple, el mejor hermano mayor que una chica pudiese tener. Siempre había tenido tiempo para mí y siempre me había incluido en lo que fuese que estuviese haciendo. La furia de perderle me había estado impulsando desde que podía recordar.

—Te he traído aquí para que recordaras lo que se siente al perder a un hermano. Si pudieses encontrar al hombre que mató a Antón, ¿qué le harías?

—Perder a Antón *no* fue el equivalente moral de matar a Acheron —grité—. Hades merecía morir... ¡Antón simplemente cumplía con su erróneo deber patriótico!

Habíamos llegado a los restos del vehículo de Antón. Los disparos de los cañones eran más esporádicos, escogían con más cuidado los blancos; oía el sonido de las armas de la infantería rusa que avanzaba para recuperar el territorio perdido. Solté la puerta trasera. Estaba atascada, pero no importaba; la portezuela lateral había desaparecido con el techo y rápidamente metí a veintidós soldados heridos en un vehículo diseñado para ocho. Cerré los ojos y me puse a llorar. Era como ver que está a punto de producirse un accidente de coche, con la impotencia de saber que algo va a suceder y ser incapaz de hacer nada por evitarlo.

—¡Eh, Thuzzy! —dijo la voz de Antón, que yo conocía tan bien. Sólo él me había llamado así; era la última palabra que pronunciaría. Abrí los ojos y allí estaba, enorme como la vida misma y, a pesar del peligro evidente, sonriendo.

—¡No! —grité, sabiendo perfectamente lo que iba a suceder a continuación—. ¡Para! ¡No te acerques!

Pero lo hizo, al igual que lo había hecho tantos años antes. Abandonó la protección y vino corriendo hacia mí. El lateral de mi vehículo había desaparecido y podía verle con claridad.

—¡Por favor, no! —grité con los ojos anegados. La imagen de ese día ocuparía mi mente durante años. Yo me enfrascaría en el trabajo para alejarme de ese recuerdo.

—¡Vuelve por mí, Thuz...!

Y a continuación le dio el proyectil.

No explotó; fue más bien como si se desvaneciese en una neblina roja. Yo no recordaba haber conducido de vuelta ni que me hubiesen arrestado y encerrado en un barracón. No recordaba nada hasta el momento en que el sargento Tozer me dijo que me duchase y me pusiese presentable. Recuerdo haber manoseado los trocitos afilados de hueso que caían de mi pelo al ducharme.

—Esto es lo que intentas olvidar, ¿no? —dijo Aornis, sonriéndome mientras yo me pasaba los dedos por el pelo con el corazón desbocado, con el miedo y el dolor de la pérdida tensando todos mis músculos y abotargándome. Intenté agarrarla por el cuello, pero mis dedos se cerraron sobre el vacío y golpeé con los nudillos la pared de la ducha. Solté un juramento.

—¿Estás bien, Thursday? —dijo Prudence, una operadora de radiotelegrafía de Lincoln, que estaba en la ducha de al lado—. Dicen que volviste. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto —dijo Aornis—, ¡y ahora mismo va a volver otra vez!

Las duchas desaparecieron y nos encontramos de vuelta en el campo de batalla, en dirección al vehículo destrozado, entre el humo y el polvo.

—¡Bien! —dijo Aornis, palmoteando con entusiasmo—. Creo que tenemos tiempo para ocho de éstas antes del amanecer... ¿no odias las reposiciones?

Detuve el vehículo cerca del tanque aplastado y los heridos subieron a bordo.

—¡Eh, Thursday! —dijo una voz masculina que me resultó familiar. Abrí los ojos y miré a un soldado con el rostro ensangrentado a quien le quedaban menos de diez segundos de existencia. Pero no era Antón. Era otro oficial, el que había conocido antes y con el que me había enrollado.

—¡Thursday! —dijo Yaya en voz alta—. ¡Thursday, despierta!

Volvía a estar en la cama del Sunderland, empapada de sudor. Deseé que no fuese más que un mal sueño; pero *era* un mal sueño y eso era lo peor.

—Antón no está muerto —farfullé—. No murió en Crimea. Fue el *otro* tipo y es por eso que no está aquí, porque murió, y yo me he estado diciendo que fue erradicado por la CronoGuardia, pero no fue así...

—¡Thursday! —me soltó Yaya—. Thursday, *no* fue así como sucedió. Aornis intenta engañarte. Antón murió en la carga.

—No, fue el otro tipo...

—¿Landen?

Pero ese nombre no me decía nada. Yaya me explicó lo de Aornis, Landen y los mnemonorfos y, aunque yo *comprendía* lo que decía, no acababa de creerla.

Después de todo, había visto a ese Landen morir con mis propios ojos, ¿no?

—Yaya —dije—, ¿estás sufriendo uno de tus momentos de confusión?

—No —respondió—, nada más lejos de la realidad.

Pero su voz no transmitía la misma confianza de siempre. Con un rotulador me escribió «Landen» en la mano y yo me volví a dormir preguntándome qué estaría haciendo Antón y pensando en la corta y apasionada aventura que había tenido en Crimea con aquel teniente cuyo nombre no podía recordar... el que había muerto en la carga.

Sesión número 40.320 de Jurisficción

Snell fue enterrado en el Mar Textual en una ceremonia sólo para invitados y por tanto, aunque Havisham asistió, yo no. Genéricos B-2 ocuparían los puestos de Perkins y Snell. Ya les habían estado interpretando en libros adicionales... esos ejemplares que encuentras en las selecciones baratas del club del libro. Mientras bajaban el cuerpo de Snell al mar para ser convertido en letras, Bellman hizo sonar su campanilla y pronunció un breve discurso fúnebre por los dos. Havisham dijo que fue muy emotivo... pero lo más irónico es que toda la serie de detectives Perkins & Snell se ofrecería en un estuche y ninguno de los dos llegaría a saberlo.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

A la mañana siguiente me sentía cansada, destrozada. Cuando me levanté, Yaya todavía estaba profundamente dormida, roncando sonoramente con *Pickwick* en el regazo. Me preparé una taza de café y me senté a la mesa de la cocina para leer *Tipos móviles*. En ese momento llamaron a la puerta. Levanté la cabeza demasiado rápido y me empezó a doler.

—¿Sí? —dije.

—Soy el doctor Fnorp. Doy clases a Lola y a Randolph.

Abrí la puerta, comprobé su identificación y le dejé pasar. Era un hombre alto que parecía muy bajito y tenía un pelo oscuro que en ocasiones parecía rubio. Hablaba con un marcado acento de ninguna parte, y cojeaba... o quizá no cojease. Era un genérico de genéricos... era todo para todos.

—¿Café?

—Gracias —dijo y, cuando vio el artículo que había estado leyendo, añadió—: ¡Ajá! ¡Cada año hay más categorías!

Se refería a los Premios del MundoLibro que, como había comentado antes, estaban patrocinados por UltraPalabra™.

—«Personaje más lelo de Shakespeare» —dijo—. Otelo debería ganar de calle. ¿Va a asistir a los Bookies?

—Me han pedido que entregue uno —respondí—. Aparentemente, ser el miembro más reciente de Jurisficción te otorga ese privilegio.

—¿Ah, sí? Es el primer año que asistirán todos los genéricos... les hemos dado el día libre.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Bien —arrancó—, Lola ha llegado tarde todos los días esta semana, habla constantemente en clase, lleva a las otras chicas por el mal camino, fuma, maldice y la pillamos montando una destilería en el Departamento de Ciencias. No respeta la autoridad y se ha acostado con la mayoría de sus compañeros de clase.

—¡Eso es horrible! —dije—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer? —respondió Fnorp—. No vamos a hacer nada. Lola ha salido genial. Tanto es así que le hemos conseguido un papel protagonista en *Las chicas son las que mandan*, una comedia romántica sobre treintañeros. No, en realidad estoy aquí porque me preocupa Randolph.

—Ya... comprendo. ¿Cuál es el problema?

—Bien, simplemente no se toma muy en serio los estudios. No es tonto; podría convertirlo en A-4 si prestase un poco más de atención. Su buen aspecto físico será probablemente su perdición. De unos cincuenta y tantos años, siendo lo que llamamos el arquetipo del «maduro interesante», creo que tiene la impresión de que no precisa profundidad... que puede resolverlo todo con un buen párrafo descriptivo de presentación y luego no hacer nada más.

—¿Y eso es un problema por...?

—Quiero algo un poco mejor para él. —El doctor Fnorp suspiró. Estaba claro que realmente le preocupaba lo que convenía a sus alumnos—. Ha suspendido dos veces el examen de grado B; una vez más y quedará reducido a ser un personaje incidental con una o dos frases... si tiene suerte.

—Quizá sea eso lo que quiere. No hay espacio suficiente para que todos los personajes sean de grado A.

—Eso es lo malo del sistema —dijo Fnorp con amargura—. Si los personajes incidentales tuviesen más profundidad, toda la ficción ganaría en riqueza. Quiero que mis estudiantes den vida incluso a los personajes de grado C.

Le entendí. Incluso a pesar de mi relativa ignorancia, apreciaba la importancia de personajes bien desarrollados. El problema era que, por razones de presupuesto, desde hacía más de treinta años el Consejo de Géneros mantenía una política de requisitos mínimos.

—Temen una rebelión —dijo en voz baja—. El C de G quiere que los genéricos sigan siendo estúpidos; una población simple es una población complaciente... pero es a costa de perjudicar al MundoLibro.

—Bien, ¿qué quiere que haga?

Fnorp suspiró, acabándose el café.

—Hable con Randolph y vea qué puede hacer. Intente descubrir por qué es tan

intransigente.

Le dije que así lo haría y le acompañé a la puerta.

Me encontré a Randolph dormido en la cama. Estaba abrazado a la almohada. Lola se había ido temprano para verse con unos amigos. En la mesilla de noche del lado de Randolph había una fotografía de Lola. Roncaba. Volví a la puerta y llamé.

—Asmasfamjkms —dijo una voz somnolienta desde el interior.

—Tengo que arrancar uno de los motores —le dije—. ¿Me echas una mano?

Se oyó un golpe cuando se cayó de la cama. Sonreí y me llevé el café a la cabina del piloto.

Mary me había dicho que periódicamente pusiese en marcha el motor número tres y me había dejado una lista de instrucciones. Yo no sabía pilotar, pero sabía un par de cosas sobre motores... y me hacía falta una excusa para hablar con Randolph. Me senté en el asiento del piloto y miré el motor en el ala. Le faltaba la cubierta y el radial estaba manchado de grasa y mugre. Allí nunca llovía, lo que estaba bien, aunque las cosas tampoco envejecían, por lo que tampoco hubiese importado que lloviese. Consulté la lista que tenía delante. Para empezar había que arrancar a mano el motor y a mí no es que me apeteciese, así que hice que un algo molesto Randolph recorriese el ala.

—¿Cuántas veces? —preguntó, dándole al motor por medio de una manivela que se insertaba.

—Con dos debería bastar —le grité, y regresó diez minutos más tarde, sofocado y sudoroso por el esfuerzo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, de pronto mucho más interesado. Después de todo, poner en marcha grandes motores radiales era cosa de chicos mayores.

—Léelo tú —dije, pasándole la hoja.

—*Activar combustible principal, apagar interruptores de encendido* —leyó.

—Hecho.

—Levantar el control por completo y abrir la válvula reguladora tres centímetros. Me peleé con las palancas adecuadas en un pequeño nido del centro de la consola.

—Hecho. El señor Fnorp se pasó esta mañana.

—*Deflectores preparados y mezcla establecida al ralentí.* ¿Qué tenía que decir el vejestorio?

Fijé los deflectores y tiré de la palanca de mezcla.

—Dijo que podría irte mucho mejor. ¿Ahora qué?

—Conectar la bomba de combustible hasta que se apague la luz de aviso.

—¿Dónde crees que está eso?

Encontramos los controles de combustible en una posición bastante incómoda

sobre nuestras cabezas y hacia la parte de atrás de la cabina. Randolph conectó la bomba.

—No quiero ser personaje principal —dijo—. Estaría más que contento trabajando como mentor masculino o algo así; piden uno para *Las chicas son las que mandan*.

—¿No es ésa la novela en la que va a trabajar Lola?

—¿Lo es? —dijo, fingiendo muy mal ignorancia—. No tenía ni idea.

—Vale —dije a medida que la luz de advertencia de presión de combustible se apagaba—, ¿ahora qué?

—Cambiar el interruptor de selección al motor requerido y operar las bombas cebadoras hasta que se llenen las tuberías.

Bombeé lentamente. El ligero olor del espíritu de la aviación llenaba el aire.

—¿Qué es esa relación de amor/odio entre Lola y tú?

—Oh, eso se ha acabado —dijo desdeñoso—. Está viéndose con un tipo de las Clases Avanzadas de Héroe.

Dejé de bombear al encontrar resistencia en la palanca.

—Tenemos presión. ¿Ahora qué?

—Activar simultáneamente la ignición y el elevador de tensión.

—Hecho.

—*Presionar el arranque y, cuando el motor gire, dar gas. ¿Eso tiene sentido?*

—Veamos.

Le di al botón de arranque y la hélice empezó a moverse lentamente. Randolph dio gas y el motor tosió; luego volvió a toser, en esta ocasión soltando un penacho de humo negro. Algunas aves zancudas que rebuscaban en las aguas someras echaron a volar mientras el motor parecía morir, para luego recuperarse y empezar a moverse con más regularidad, las potentes detonaciones transmitiéndose a través de la estructura en series de estruendos, gruñidos y chirridos. Solté el botón de arranque. El motor adoptó un ritmo constante. Activé el automático y la presión del aceite empezó a subir. Solté el regulador y le sonreí a Randolph, quien me devolvió la sonrisa.

—¿Sales con alguien? —le pregunté.

—No.

Me miró con sus enormes ojos y perdió la compostura. Cuando nos vimos por primera vez, no era más que un cascarón vacío: un rostro en blanco sin personalidad ni rasgos propios. Ahora era un hombre de cincuenta años, pero con la inseguridad emocional de un niño de quince.

—¡No puedo imaginar la vida sin ella, Thursday!

—Díselo.

—¿Y quedar como un idiota? Lo contaría por toda Tabularrasa... ¡me convertiría en el hazmerreír de todos!

—¿Qué más da? El doctor Fnorp me contó que esto está afectando a tu trabajo; ¿quieres acabar como un extra?

—La verdad es que no me importa —dijo con tristeza—. Sin Lola *no* me queda demasiado futuro.

—¡Habrá otras genéricas!

—No como ella. Siempre riéndose y bromeando. Cuando ella está cerca, el sol brilla y los pájaros cantan. —Calló y tosió, avergonzado por lo que había admitido—. No le dirás a nadie que he dicho todo esto, ¿verdad?

Estaba completamente destrozado.

—Randolph —dije con calma—, tienes que contarle lo que sientes, aunque sea por tu bien. ¡Esto anidará en tu mente durante años!

—¿Y si se ríe de mí?

—¿Y si no se ríe? ¡Hay muchas probabilidades de que le caigas bien!

Randolph aflojó los hombros.

—Hablaré con ella en cuanto vuelva.

—Bien. —Miré la hora—. Tengo una reunión dentro de veinte minutos. Déjalo en marcha diez minutos y luego lo apagas. Nos veremos esta noche.

—¿Por quién esperamos? —preguntó Bellman.

—Por Godot —respondió Benedict.

—Ausente *otra vez*. ¿Alguien sabe dónde está?

Todos negaron con la cabeza.

Bellman lo apuntó, agitó la campanilla y se aclaró la garganta.

—Se abre la sesión número 40.320 de Jurisficción —dijo con la voz cargada de emoción—. Primer punto. Perkins y Snell. Buenos agentes que realizaron el sacrificio final cumpliendo con su deber. Sus nombres se grabarán en el Boojumento; que sean siempre fuente de inspiración para quienes nos sucedan en un futuro. Pido ahora dos minutos de silencio. ¡Por Perkins y Snell!

—Por Perkins y Snell —repetimos todos, y permanecemos en silencio por los agentes perdidos.

—Gracias —dijo Bellman al cabo de dos minutos—. El comandante Bradshaw pasará a ocuparse del bestiario. Hemos contactado con la yegua de Mathias y me ha pedido que dé las gracias a todos los que enviaron su pésame. Los clones B-2 de los libros adicionales se ocuparán de la serie de detectives Perkins & Snell, y sé que os uniréis a mí en desearles lo mejor en su nueva empresa. —Una pausa y tomó aliento—. Estas pérdidas nos conmocionan a todos y no debemos olvidar la lección. *Nunca* se es demasiado cuidadoso. Vale, segundo punto. —Pasó una página—. La investigación de la muerte de Perkins. Comandante Bradshaw, ¿no se ocupa usted de ella?

—La investigación prosigue —respondió Bradshaw muy despacio—. No hay razones para suponer que su muerte no fuese accidental.

—Entonces, ¿qué le impide cerrar el caso?

—Porque —respondió Bradshaw, intentando dar rápidamente con una excusa—, porque... eh... queremos hablar con Vernham Deane.

—¿Deane está implicado? —preguntó Bellman.

—Sí... quizá.

—Un giro interesante —dijo Bellman—, lo que nos lleva al tercer punto. Lamento anunciar que Vernham Deane ha sido añadido a la lista de LibroHuidos.

Conmoción en toda la sala. Ser clasificado como LibroHuido sólo significaba una cosa: actividades ilegales.

—Conocemos a Vern desde que lo escribieron y, por difícil que nos resulte, creemos que ha hecho algo muy malo. Tweed, ¿no tenías una cosa que decir al respecto?

Harris Tweed se puso en pie y se aclaró la garganta.

—Todos conocemos a Vernham Deane. Como el canalla residente de *El señor de High Potternews* era bien conocido por su crueldad con la sirvienta, a la que violaba y luego echaba de su casa. La sirvienta regresaba ocho capítulos más tarde, pero hace tres días... debo añadir que fue la mañana posterior a la muerte de Perkins... no volvió.

Pegó al tablón la fotografía de una mujer atractiva de pelo oscuro.

—Es una genérica C-3 llamada Mimi. Veinte años, código de identificación: CDT/2511922.

—¿Qué dijo Deane sobre su desaparición?

—Ésa es la cuestión —respondió Tweed con gravedad—, él desapareció al mismo tiempo. *El señor de High Potternews* está suspendido, pendiente de una investigación. Ha sido trasladado al Pozo y ahí se quedará hasta que Deane regrese. Si regresa.

—¿No estás llegando a conclusiones precipitadas? —preguntó Havisham, evidentemente preocupada por la falta de objetividad del informe de Tweed—. ¿Tenemos un motivo de sospecha?

—A todos nos caía bien Vern —dijo Tweed—, incluso a mí. A pesar de ser el villano de *Potternews*, nunca nos dio razones para preocuparnos. Me sorprendió lo que descubrí, y puede que a ustedes también los sorprenda. —Se sacó una hoja de papel del bolsillo superior de la chaqueta y la desdobló—. Aquí tengo una copia de la nota del subcomité de realineación narrativa del Consejo de Géneros por la que se rechaza la petición de Deane de un ajuste interno de trama. —La colocó en el tablón junto a la foto de la sirvienta—. Solicitaba que la sirvienta muriera al dar a luz, para ahorrarle a su personaje la escena traumática del final del capítulo veintiocho en que

la sirvienta se presenta con el niño, ya de seis años, en su boda con Ellen O'Shaugnessy, la hija del rico propietario del molino. Si elimina a la sirvienta, puede casarse con O'Shaugnessy sin sufrir el degradante hundimiento en el alcoholismo hasta la muerte que le espera en el capítulo treinta y dos. Lamento decir que tenía motivos, señorita Havisham. También tuvo la oportunidad... y conocimientos de Jurisficción para cubrir su rastro.

Se produjo un silencio mientras todos meditaban acerca de la posibilidad de que hubiese un agente de Jurisficción malvado. Sólo había sucedido una vez, cuando David Copperfield había asesinado a Dora Spenlow para poder casarse con Agnes Wickfield.

—¿Registró su libro? —preguntó Falstaff.

—Sí. Sometimos *El señor de High Potternews* a una búsqueda palabra a palabra y encontramos a una única persona que no debía estar allí... una polizón de un libro anterior de Farquitt, *Canon de amor*, oculta en un armario de Potternews Hall. La devolvimos al Pozo.

—¿Ha recurrido a los librosabuesos? —preguntó la Reina Roja limpiando el cañón de su pistola—. Una vez que captan un rastro olfativo no hay forma de detenerlos.

—Los perdimos en la secuencia de pintar la valla de *Las aventuras de Tom Sawyer*.

—Háblales de la relación con Perkins, Harris.

—Creo que es una suposición, Bellman —respondió Tweed.

—Cuéntalo —repitió Bellman—. Creo que todos deben conocer los detalles si van a perseguir a Deane.

—Muy bien —respondió Tweed, dándole la vuelta a una caja y depositando sobre la mesa una gran cantidad de puntos finales, comas y puntos y coma.

—Los encontramos ocultos en el fondo del armario de Deane. Los hemos analizado y hemos encontrado trazas de Guinness.

—¡Ulises! —dijo Benedict boquiabierto.

—Eso parece —respondió Tweed con gravedad—. Perkins mencionaba un «descubrimiento sorprendente» en el informe que presentó el día antes de su muerte. Trabajamos con la hipótesis de que Deane estaba implicado en el robo o el tráfico de puntuación robada. Perkins lo descubrió y Deane soltó al Minotauro y al virus para borrar su rastro. Borracho de éxito y sabiendo que tendrá que desaparecer, mata a la sirvienta, algo que quería hacer desde la primera edición.

—¿No era yo el que investigaba a Perkins? —preguntó Bradshaw.

—Mis disculpas —respondió Tweed—. Le entregaré una copia de mi informe.

Dejó de hablar y se sentó.

—Odio decirlo —comentó Bellman con tristeza—, pero da la impresión de que

hemos infravalorado a Deane. Hasta que se demuestre lo contrario, no tengo más elección que declararle LibroHuido. Hay que arrestarlo de inmediato... y hay que ser muy precavidos. Si ha matado dos veces, no vacilará en volver a matar.

Intercambiamos miradas ansiosas. Que te declarasen LibroHuido era grave... muy pocos eran capturados con vida.

—Cuarto punto —siguió diciendo Bellman—. El Minotauro. Ahora mismo pesa una orden de búsqueda sobre él, pero hasta que no aparezca o hasta que cometa alguna estupidez, no sabremos dónde está. Según un informe se había pasado a ensayo, lo que me encantaría creer. Hasta que sepamos algo, todos debemos permanecer en guardia. —Volvió a consultar las notas—. Quinto punto. El 923 Premios Anuales del MundoLibro. Como lanzamos UltraPalabra™ al mismo tiempo, se ha invitado a todos los miembros en activo del MundoLibro. Es evidente que no se pueden dejar despoblados los libros, así que habrá servicios mínimos. La ceremonia se volverá a celebrar en la sala Starlight, aunque con tecnología de desplazamiento de campo que hemos tomado prestada de ciencia ficción, para que pueda asistir todo el mundo. Eso significa que habrá que aumentar la seguridad y he asignado la tarea a Falstaff. ¿Alguna pregunta?

No las había, así que seguimos.

—Sexto punto. Thursday Next ha sido nombrada miembro de Jurisficción en periodo de prueba. ¿Dónde estás?

Levanté la mano.

—Bien. Permíteme ser el primero en darte la bienvenida al servicio... y justo a tiempo; nos hacen falta todas las manos que podamos conseguir. ¡Damas y caballeros, Thursday Next!

Sonreí con modestia. Hubo aplausos y la gente más cercana me dio palmadas en el brazo.

—¡Muy bien hecho! —dijo Tweed, que estaba cerca.

—La señorita Next tendrá todos los derechos y privilegios aunque seguirá bajo la supervisión de la señorita Havisham durante veinte capítulos o un año, lo que pase antes. ¿La llevará al Consejo de Géneros para que jure el cargo?

—Estaré encantada —respondió la señorita Havisham.

—Bien. Séptimo punto. El problema *había habido* y *de que*. Lady Cavendish, ¿trabaja usted en ellos?

Lady Cavendish se puso en pie y ordenó sus ideas.

—Efectivamente. El uso de *había habido* y de *de que* debe ser controlado estrictamente; estas formas pueden interrumpir de golpe la ImaginoTransferencia, provocando confusión en el lector y obligándole a releer la frase, algo que intentamos evitar.

—Siga.

—Es sobre todo un problema de uso sin licencia. Según el último recuento, sólo en *David Copperfield* había sesenta y tres *había habido*, todos ilegales excepto diez. Puede que *El progreso del peregrino* también dé problemas debido a su tasa de *había habido* frente a *de que*.

—Exactamente, ¿cuál es el problema de *El progreso*?

—Que había diez *de que* pero *había habido* había sólo tres. Había habido un incremento del uso de *había habido* que podría pasar desapercibido si su número no supera el de *de que*.

—Hummm —dijo Bellman—. ¿No había habido un permiso de la GCT para usar *había habido* en Dickens? ¿Cuál es el problema?

—Tomemos el primer *había habido* y el primer *de que* del libro a modo de ejemplo —explicó lady Cavendish—. Uno diría que el primer *había habido* tendría bastantes posibilidades de ser considerado un *hubo*, ¿no? Ese *hubo* estaba autorizado, pero el *había habido* no; igualmente podemos afirmar que había habido aprobación para el *de que* de *de qué*, pero lo otro, el *de de de que* no...

—En definitiva, ¿el problema con ese *de que* era que...?

—Que para ese *de que* no había habido aprobación.

—Vale —dijo Bellman, cuya cabeza corría peligro de estallar—, a ver si lo he entendido. En el caso de *David Copperfield*, no así en el de *El progreso del peregrino*, en el que había *había habido*, ¿había aprobación de la GCT para el *había habido* que había?

Se produjo una larga pausa.

—Vale —dijo Bellman suspirando—. Eso queda así por ahora. Dentro de diez minutos asignaré misiones. Doy por terminada la reunión... y tened cuidado ahí fuera.

—¡Por san Jorge, nunca lo hubiese pensado de Vernham! —exclamó Bradshaw acercándose—. ¡Para mí era como un hijo!

—Su personaje en *Potternews* no era muy agradable —comenté.

—Normalmente intentamos mantener la personalidad del libro al margen de nuestra personalidad en Jurisficción —dijo Havisham—. Considérate afortunada de que no cargue con ninguno de mis rasgos de personalidad de *Grandes esperanzas*. Si lo hiciese, ¡sería totalmente insoportable!

—Sí —dije diplomáticamente—. Estoy muy agradecida.

—¡Ah! —dijo Bellman uniéndose a nosotros—. Señorita Havisham. Acompañe a la agente Next al C de G para jurar el cargo, luego vaya al Pozo y vea si puede encontrar alguna pista en el interior de *El señor de High Potternews*. Si es posible, le quiero con vida. Pero —añadió—, no se arriesgue.

—Comprendido —respondió la señorita Havisham.

—¡Bien! —dijo Bellman entusiasmado, dando una palmada. Luego se marchó a hablar con la Reina Roja.

Havisham me llamó a su mesa y me indicó que me sentase.

—Primero, felicidades por convertirte en agente de pleno derecho de Jurisficción.

—¡No estoy preparada para esto! —susurré—. ¡Probablemente haré el ridículo más absoluto!

—Probablemente no —respondió Havisham—. Lo harás. El fracaso concentra la mente que es una maravilla. Si no cometes errores es que no te estás esforzando lo suficiente.

Iba a darle las gracias por una alabanza tan de refilón.

—Esto es para ti.

Del cajón inferior de su mesa había sacado una cajita de cuero de las que habitualmente contienen un anillo de bodas. Me la entregó y la abrí. Al hacerlo sentí que un destello de inspiración me recorría. Sabía lo que era. No era mayor que un grano de arroz, pero poseía un valor que excedía con mucho su tamaño.

—De la Última Idea Original —murmuró Havisham—, un pequeño fragmento de cuando tallaron el conjunto en 1884, pero una parte de todas formas. Usalo con sabiduría.

—No puedo aceptarlo —dije, cerrando la caja.

—Tonterías —respondió Havisham—, acepta con elegancia lo que se te entrega con elegancia.

—Muchas gracias, señorita Havisham.

—Ni lo menciones. ¿Por qué llevas «Landen» escrito en la mano?

Me miré la mano, pero no tenía ni idea. Yaya me lo había escrito... debía de estar pasando por uno de sus momentos de confusión.

—No estoy segura, señorita Havisham.

—Entonces lávatelo... te da un aspecto vulgar. Vámonos al Consejo de Géneros. ¡Debes firmar el juramento!

Juramentos, el Consejo de Géneros y la búsqueda de Deane

LIBROSABUESO/SIGUELIBRO. Nombre que se da a una raza de sabuesos endémica del Pozo. Con un privilegiado sentido del olfato (una capacidad desconocida en el MundoLibro) y energía inagotable, un librosabueso puede seguir a un LibroHuido no sólo de página en página, sino de libro en libro. Los mejores librosabuesos, entrenados con diligencia, han sido capaces de perseguir LibroHuidos trans-genéricos... en ocasiones incluso al Exterior. Babean un montón. No son mascotas recomendables.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
Biblioteca (glosario)*

Tomamos el ascensor. La señorita Havisham me comentó que saltar hasta el vestíbulo del Consejo de Géneros se consideraba el colmo de la ordinariez... y que por razones de seguridad resultaba imposible saltar directamente a las cámaras del Consejo, situadas en el piso veintiséis de la Gran Biblioteca. Al igual que el piso diecisiete, estaba casi desierto; no eran muy abundantes los autores cuyos nombres empezasen por Q o Z. Se abrieron las puertas y salimos. Pero no me encontré, como era lo común en los otros pisos que había visitado de la biblioteca, con paredes forradas de madera oscura y sombría, techos con molduras de yeso y bustos de escritores muertos desde hacía mucho tiempo. El piso veintiséis tenía el techo de vidrio. Muy arriba, sobre nuestras cabezas, las vigas de hierro forjado describían arcos que sostenían el vidrio a través del cual podíamos ver nubes y un cielo azul. Siempre había creído que la Biblioteca había sido creada *conceptualmente* para contener los libros y que no tenía sentido ni existencia más allá. La señorita Havisham se dio cuenta de que miraba al cielo y me llevó a un enorme ventanal. A pesar de que sólo estábamos en el piso veintiséis, parecía que estuviéramos mucho más arriba... y la Biblioteca, que internamente tenía la forma de una delgada cruz de muchos kilómetros de longitud, vista desde fuera era mucho más achaparrada. Contemplé el exterior mojado por la lluvia y dejé atrás las gárgolas de piedra para observar la selva tropical que teníamos abajo, donde nubes tenues rozaban el exuberante follaje.

—En el MundoLibro todo es posible —comentó la señorita Havisham—. Las únicas barreras son las de la imaginación humana. ¿Ves las otras bibliotecas?

A no más de ocho kilómetros de distancia, apenas visible en la neblina, había otra torre como la nuestra, y más allá otra, y a la derecha, seis más. No éramos más que una torre elevada entre cientos... o quizá miles.

—La más cercana es de alemán —dijo la señorita Havisham—, más allá están las de francés y español. Más lejos, la de árabe... y esa de ahí es de galés.

—¿Sobre qué se sostienen? —pregunté, contemplando la selva—. ¿Dónde estamos exactamente?

—Nos ponemos filosóficas, ¿eh? —comentó la señorita Havisham—. La versión larga y la corta de la respuesta son que realmente no lo sabemos. Algunos afirman que sólo formamos parte de una historia mayor que no podemos ver. Otros afirman que nos creó el Gran Panjandrum y, otros, que simplemente existimos en la *mente* del Gran Panjandrum.

—¿Quién —pregunté, rindiéndome al fin a la curiosidad— es el Gran Panjandrum?

—Ven a ver la estatua —me dijo.

Nos apartamos del ventanal y recorrimos el pasillo hasta una enorme masa de mármol que descansaba sobre un pedestal en medio del vestíbulo. El mármol estaba sujeto con cuerdas y, debajo, había una placa enorme y muy reluciente que proclamaba: «Nuestro Glorioso Líder.»

—¿Eso es el Gran Panjandrum? —pregunté, mirando el tosco bloque de piedra.

—No —respondió la señorita Havisham—, no es más que la estatua del Gran P... o, al menos, lo será en cuanto descubramos qué aspecto tiene él o ella. Buenas tardes, señor Price.

El señor Price era escultor, pero en aquel momento no hacía nada; es más, creo que *nunca* había hecho nada. Tenía las herramientas relucientes, sin arañosos y dispuestas en una fila perfecta junto al asiento en el que estaba leyendo un ejemplar de *Tipos móviles*.

—Buenas tardes, señorita Havisham —dijo, levantándose cortés el sombrero. Havisham señaló el entorno.

—Se supone que el Gran Panjandrum es el arquitecto de todo esto y que controla todo lo que hacemos. Yo soy un poco escéptica; nadie controla *mis* movimientos.

—No se atreverían —susurré.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que *se equivocarían*. No sería para tanto, considerando la violencia que hay en los libros.

Me miró y alzo una ceja.

—Quizá. Ven a ver cómo trabaja el Consejo.

Me llevó por el pasillo hasta una puerta que daba a una galería de observación sobre una vasta cámara con mesas dispuestas en círculos concéntricos.

—Los principales géneros se sientan delante —me susurró la señorita Havisham—. Los subgéneros se sientan detrás y forman un grupo de votación que puede avanzar hasta el jefe electo de cada género, aunque tienen derecho de veto. Tras los subgéneros hay representantes electos del Congreso de Repeticiones que presentan información a los inspectores de subgéneros... y detrás de éstos están los subcomités que deciden asuntos del día a día como la inspección de libros, nuevas palabras, suministro de letras y permisos para reutilizar viejas ideas. La inspección de libros también expide los permisos para los recursos narrativos, de los agentes de Jurisficción y para el suministro y educación de genéricos.

—¿Quién es ese que está hablando? —pregunté.

—El delegado de Suspense. Argumenta contra la propuesta de que los detectives tengan un género propio... actualmente los detectives pertenecen a Novela Negra, pero si se escinden Suspense querrá dividirse en tres: Aventura, Espías y Suspense.

—¿Siempre es tan aburrido? —pregunté, mientras veía hablar y hablar al delegado de Suspense.

—Siempre —respondió Havisham—. Intentamos evitar cualquier enredo y dejamos que la Gran Central Textual se lleve todas las críticas. Vamos, tenemos que firmar el juramento.

Abandonamos la galería de observación y recorrimos el pasillo hasta una puerta que conducía a la habitación más pequeña que hubiese visto nunca. En ella había únicamente archivadores y una mesa. Un hombre igualmente pequeño comía galletas... y la mayor parte se le caía por el pecho.

—Thursday Next viene a jurar —anunció la señorita Havisham—. Tengo todos los documentos firmados y sellados por Bellman.

—Trabajo, trabajo, trabajo —dijo el hombrecito, tomando un sorbo de té y mirándome con ojos pequeños pero extrañamente penetrantes—. Rara vez tengo descanso... éste es el segundo juramento de este año. —Suspiró y se limpió la boca con la corbata—. ¿Quién apoya la solicitud?

—El comandante Bradshaw.

—¿Y quién responde por la señorita Next?

—Yo.

—Bien. Repita el juramento del MundoLibro.

Alentada por la señorita Havisham, repetí:

—Juro por el Gran Panjandrum que haré cumplir las reglas de Jurisficción, protegeré el MundoLibro y defenderé a cualquier personaje ficticio, por mal escrito que esté, contra la opresión. No descuidaré mis obligaciones ni usaré mis conocimientos y mi posición en mi propio beneficio. Los secretos que me confíe el

Consejo de Géneros o la Gran Central Textual no saldrán de mí y haré todo lo posible para mantener el poder de la narración en las mentes y los corazones de los lectores.

—Con eso basta —dijo el hombrecito, dándole un mordisco a la galleta—. Firme aquí, aquí y... eh... *aquí*. Y usted firma como testigo, señorita Havisham.

Firmé en el enorme libro, donde me indicó. Vi que el último agente de Jurisficción en hacerlo había sido Beatrice. Cerró el libro de golpe cuando la señorita Havisham hubo firmado.

—Bien. Aquí tiene su placa.

Me pasó una reluciente placa de Jurisficción con mi nombre y número grabados bajo el alegre logotipo. Me permitiría entrar sin impedimentos en cualquier libro que quisiese... incluso en Poe, aunque eso no fuese recomendable.

—Ahora, si me disculpan —dijo el burócrata, mirando la hora—, estoy muy ocupado. Tengo unos formularios que debo rellenar para dentro de un mes.

Volvimos al ascensor y la señorita Havisham pulsó el botón del subsótano veintiséis. Regresábamos al Pozo.

—Bien —dijo—. Cumplido este trámite pongámonos en marcha. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que asesinaron a Perkins y a Mathias; a todos los efectos también asesinaron a Snell. Seguimos esperando a Godot y alguien intentó matarte con un sombrero explosivo. Como aprendiz tienes poderes limitados; como miembro de pleno derecho de Jurisficción puedes hacer mucho más. ¡Debes permanecer atenta!

—Pero ¿por qué?

—Porque no te quiero muerta y, si sabes lo que te conviene, tú tampoco quieres estarlo.

—No, quiero decir ¿por qué iba alguien a querer matarme?

—Me gustaría saberlo.

—Supongamos —dije— que Deane no está sólo desaparecido... que le han asesinado. ¿Hay alguna relación entre Perkins, Deane, Mathias y yo?

—Ninguna que se me ocurra —dijo la señorita Havisham después de pensarlo un buen rato—, pero, si tenemos en cuenta que es posible que asesinasen a Mathias por ser testigo de algo, y que uno de tus amigos del Exterior podría estar intentando matarte a *ti*, entonces la lista se reduce a Perkins y a Deane. Y *hay* una relación entre esos dos.

—¿Sí?

—A Harris Tweed, Perkins, Deane y a mí nos dieron libros UltraPalabra™ para que los probásemos.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabía. Sólo te lo puedo contar porque eres agente de pleno derecho...

¿no prestaste atención al juramento?

—Comprendo —dijo lentamente—. ¿Cómo es UltraPalabra™?

—Como afirma Libris: «La experiencia de lectura definitiva.» Lo primero que llama la atención son la música y los colores.

—¿Qué hay de las nuevas tramas?

—Eso no lo vi —confesó la señorita Havisham cuando se abrían las puertas del ascensor—. Nos dieron un ejemplar de *El principito* actualizado al nuevo sistema operativo, pero PagiLuz™, AyudaPalabra™, PuntosDeTramaPlus™ y ResumeLectura™ son bastante impresionantes por su simplicidad.

—Eso está bien.

—Pero algo falla.

—Eso no está tan bien.

Seguimos por el pasillo hasta donde el Mar Textual se abría frente a nosotras, el techo del pasillo más y más alto hasta que no se le veía el fin y sólo discerníamos patrones revoltosos de puntuación formando furiosas nubes de tormenta. En el embarcadero los garabateros se agitaban lentamente en sus amarres mientras la captura del día se subastaba en el puerto.

—¿Qué falla? ¿Hay algún problema con el sistema?

—Me gustaría saberlo —dijo la señorita Havisham—, pero por mucho que lo intenté no logré que el libro hiciese nada indebido. En LIBRO V7.2 podías forzar una traducción automática al esperanto sometiendo el libro a una maniobra de «G» mayúscula. En LIBRO V6.3 el verbo «comer» entraba en conflicto con cualquier descripción de «oso hormiguero» y provocaba un caos completo de tiempos verbales. Lo probé todo para lograr que UltraPalabra™ fallase, pero es sólido como una roca.

Dejamos atrás el puerto para llegar hasta donde unas grandes cañerías lanzaban las letras de vuelta al Mar Textual en medio de un intenso olor a goma.[\[23\]](#)

—Aquí es donde acaban las palabras cuando las borras en el Exterior —comentó la señorita Havisham mientras paseábamos—. ¿Algún problema?

—Otra vez un mensaje basura de notaalpiéfono —murmuré, intentando que no me llegaran más—. Una estafa, creo. ¿Qué le hace creer que hay algún problema con UltraPalabra™?

—Perkins me llamó la noche antes de su muerte. Dijo que había realizado un descubrimiento sorprendente pero que no quería comentarlo por notaalpiéfono.

—¿Era sobre UltraPalabra™?

Havisham se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Es posible... pero también podría haber sido sobre Deane.

El camino acababa en una playa formada por fragmentos de letras rotas. Allí terminaban las novelas. Bajo el cielo plomizo, los libros, con aspecto de edificios de

siete pisos, se alineaban en la orilla para arrancar cualquier recurso narrativo y cualquier ambiente útil para su venta. Genéricos trabajando en equipo desguazaban lo que quedaba usando alta tecnología de palancas, sopletes de corte y cadenas. Así desmontaban las viejas novelas otra vez en palabras, que llevadas en carretillas eran arrojadas al mar. Las palabras se disolvían en letras, sus significados se perdían en la neblina ligeramente azulada que se arremolinaba en la orilla.

Llegamos al ejemplar de *El señor de High Potternews*. En las orillas del Mar Textual tenía un aspecto sombrío y oscuro. Si alguien en el Exterior intentaba encontrar un ejemplar iba a tener muchos problemas; cuando la Gran Central Textual quería retirar un libro, lo hacía en serio.

El libro descansaba de lado y estaba ligeramente abierto. Habían puesto en la tapa una cinta que decía: «Jurisficción, no pasar.»

—¿Buscan algo?

Eran Harris Tweed y Uriah Hope; saltaron del libro y nos miraron inquisitivos.

—Buenas noches, Harris —dijo la señorita Havisham—. Intentamos localizar a Deane.

—Yo también. Eche un vistazo si quiere, pero que me aspen si soy capaz de encontrar una sola pista de su paradero.

—¿Alguien ha intentado matarle recientemente? —pregunté.

—¿A mí? —respondió Harris—. No. ¿Por qué iban a querer matarme?

Le conté lo de la relación con UltraPalabra™.

—Es posible que haya una relación —comentó—, pero hice una prueba completa de UltraPalabra™. ¡Funcionaba condenadamente bien independientemente de lo que yo hiciese! ¿Tienen algún detalle de lo descubierto por Perkins?

—No sabemos que le encontrase ningún defecto —dijo Havisham.

Harris pensó un momento.

—Creo que deberíamos mantenerlo entre nosotros —dijo al fin—, y tener mucho cuidado con lo que hacemos. Si Deane anda suelto y tiene alguna relación con la muerte de Perkins, puede que a continuación venga por usted o por mí.

Havisham estuvo de acuerdo, me dijo que fuese a ver al profesor Plum para ver si podía arrojar algo más de luz sobre el eyecto-sombrero fallido y se esfumó tras decirme que tenía una cita urgente. Cuando se hubo ido, Harris me dijo:

—Cuida de la vieja muchacha, ¿lo harás?

Se lo prometí y volví a los ascensores reflexionando profundamente.

grabado en la cinta con un número, detalles de fabricación y tamaño.

—Pero —pronuncié lentamente— yo llevaba este sombrero en...

Comprendí la espantosa verdad. Se había producido una confusión con los sombreros. Ese día no habían intentado matarme a mí... *¡iban por la señorita Havisham!*

—¿Problemas? —dijo Plum.

—De los peores —murmuré—. ¿Puedo usar su notaalpiéfono?

No esperé la respuesta, tomé el cuerno metálico y pregunté por la señorita Havisham. No estaba en el Pozo ni en *Grandes esperanzas*. Colgué y salté al vestíbulo de la Gran Biblioteca, donde estaba situado el almacén general; si alguien sabía donde estaba Havisham, sería Wemmick.

El señor Wemmick no estaba ocupado; leía el periódico con los pies apoyados en el mostrador.

—¡Señorita Next! —dijo feliz, poniéndose en pie para darme la mano—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—La señorita Havisham —solté—, ¿sabe dónde está?

Wemmick se retorció las manos, atrapado.

—No estoy seguro de que quiera que se lo diga.

—¡Wemmick! —grité—. ¡Alguien ha intentando matar a la señorita Havisham y es posible que lo intente de nuevo!

Quedó conmocionado y se mordió el labio.

—No sé *dónde* está —dijo lentamente—, pero sé qué está haciendo.

Se me heló el corazón.

—Otro intento de lograr el récord de velocidad, ¿verdad?

Asintió mortificado.

—¿Dónde?

—No lo sé. Dijo que el Higham no era lo suficientemente potente. Firmó por un Bluebird, un coche de dos motores, de dos mil quinientos caballos de potencia. Casi no cabía en el almacén.

—¿Tiene idea de dónde iba a conducirlo?

—Ni la más mínima.

—¡Maldita sea! —grité, golpeando el mostrador con la mano—. ¡Piensa, Thursday, piensa!

Tuve una idea. Agarré el notaalpiéfono y pedí que me pusiesen con el Señor Sapo de *El viento en los sauces*. No estaba, pero Ratita sí y, después de explicarle quién era y lo que quería, me dio toda la información que precisaba. Havisham y el Señor Sapo corrían en Pendine Sands, en la República Socialista de Gales.

Corrí escaleras arriba para llegar a la obra de Dylan Thomas. Saqué un delgado

volumen de poesía y me concentré en un punto de salida del Exterior. Para mi deleite, funcionó y salí catapultada de la ficción y llegué de bruces a una pequeña librería de Laugharne, el viejo pueblecito de Thomas en el sur de Gales. Era un santuario para visitantes galeses y no galeses, una de las ocho librerías del pueblo que vendían exclusivamente literatura galesa y recuerdos de Thomas.

Uno de los compradores, sorprendido, gritó al verme aparecer y yo di un paso atrás y caí sobre un montón de libros de cocina galesa. Me puse en pie y salí corriendo de la tienda. Un coche paró en seco delante de mí. Pendine Sands, con sus dieciséis kilómetros de playa llana, estaba en la costa de Laugharne y me haría falta un medio de transporte para llegar allí.

Le mostré a la conductora la placa de Jurisdicción, que tenía *aspecto* oficial aunque no valiera para nada, y en mi mejor galés le dije:

—*Esgipysgod fi ond ble mae bws i Pendine?*

Pilló la idea y me llevó hasta Pendine. Antes de que llegásemos vi el Bluebird en la arena al lado del coche del Señor Sapo y un grupito de gente. La marea estaba baja y una amplia extensión de invitadora arena lisa llamaba a la señorita Havisham. Mientras miraba con el pulso acelerado, dos penachos de humo negro surgieron de la parte posterior del Bluebird cuando arrancaron los motores. Incluso yo oía el gutural sonido mecánico.

—*Dewch ymlaen!* —le dije a la conductora, y nos metimos en el aparcamiento para coches cerca de la estatua de John Parry Thomas.

Corrí hacia la playa, agitando los brazos y gritando, pero el ruido de los motores impidió que nadie me oyese, e incluso en caso de que me hubiesen oído, había pocas razones para que me hiciesen caso.

—¡Eh! —grité—. ¡Señorita Havisham!

Corrí todo lo rápido que pude, pero sólo logré agotarme, así que corrí algo más despacio con cada paso que daba.

—¡Alto! —grité, cada vez más débil y sin aliento—. ¡Por amor de Dios...!

Pero era demasiado tarde. Con otro gruñido profundo el coche empezó a moverse y aceleró sobre la arena. Me detuve y me hincé de rodillas, intentando llenarme los pulmones de aire, con el corazón desbocado. El coche se alejó de mí, el rugido del motor fue disminuyendo a medida que la señorita Havisham surcaba la arena. La observé ir a velocidad medida hasta el otro extremo de la playa, luego girar en un amplio semicírculo para iniciar el primero de los dos recorridos. El motor volvió a rugir, convirtiéndose en un grito agudo a medida que el coche ganaba velocidad, las ruedas lanzando muy atrás una lluvia de arena y guijarros. Deseé que Havisham estuviese segura y que no pasase nada, y efectivamente, no pasó nada hasta que empezó a desacelerar después del primer recorrido. Yo suspiraba ya de alivio cuando una de las ruedas delanteras se soltó y quedó bajo el coche, que salió catapultado. El

morro se hundió en la arena y el coche viró violentamente de lado. Oí que la gente gritaba de miedo y también oí una serie de golpes terribles del coche, que rodaba una y otra vez por la playa con el motor fuera de control porque las ruedas sólo se agarraban al aire. Acabó a unos quinientos metros de mí y corrí hacia él. Estaba a trescientos metros cuando el tanque de combustible estalló en un hongo de fuego que levantó de la arena el coche de tres toneladas. Cuando llegué, descubrí que por algún milagro la señorita Havisham había sobrevivido. Quizás habría sido mejor que no lo hubiese hecho. Tenía unas quemaduras horribles.

—¡Agua! —grité—. ¡Aguapara sus heridas!

El grupito de espectadores era inútil y no pudo hacer nada excepto mirar.

—¿Thursday? —murmuró a pesar de que no podía verme—. Por favor, llévame a casa.

Nunca había hecho un salto dual, llevando a alguien conmigo, pero lo hice. Salté directamente desde Pendine hasta *Grandes esperanzas*, justo a la habitación de la señorita Havisham, en la mansión Satis, junto al banquete de bodas en descomposición que no había sido, la estancia oscura, los relojes parados a las nueve menos veinte. Era el lugar donde la había visto por primera vez hacía muchas semanas ya, y sería el lugar donde la vería por última vez. La tendí en la cama e intenté ponerla cómoda.

—Querida Thursday —dijo—, me han pillado, ¿verdad?

—¿Quiénes, señorita Havisham?

—No lo sé. —Se puso a toser y durante un momento me pareció que no iba a parar—. Tú estás demasiado cerca de mí... ¡ahora irán por ti!

—Pero ¿por qué, señorita Havisham, por qué?

Me agarró la muñeca y me miró con sus penetrantes ojos grises, que no habían perdido la decisión ni un instante.

—Aquí tienes —dijo, pasándome su ejemplar UltraPalabra™ de *El principito*—. ¡Prueba tú!

—Pero...

—No voy sobrevivir a esto —susurró—, pero me quedan fuerzas suficientes para una buena salida. Pásame el *brandy* y llévame a mi última aparición en el libro; quedaré en paz con Pip y Estella. Creo que es lo mejor.

La noticia del accidente de la señorita Havisham se extendió con rapidez por *Grandes esperanzas*; me inventé la historia de que se había caído en el fuego e invité a Pip a que viniese a improvisar la escena de su muerte. Estaba disgustado, pero le daba un buen motivo para volver a la mansión Satis. Lo discutieron juntos, ella y Pip, y cuando estuvieron listos dije adiós y salí de la habitación. Esperé fuera con el corazón destrozado y me senté cuando oí un grito y vi un destello de luz anaranjada

bajo la puerta. Oí que Pip maldecía y luego más golpes y gritos mientras apagaba el fuego con la capa. Con la mandíbula apretada me alejé, sintiendo la pérdida en mi corazón. En ocasiones había sido mandona y odiosa, pero me había protegido y me había enseñado bien. La recordaría hasta el momento de mi muerte.

Tristeza post-Havisham

Bellman vivía en un apartamento en Norland Park cuando no estaba trabajado en *La caza del Snark*. Llevaba veinte años como jefe de Jurisficción y estaba obligado, por mandato del Consejo de Géneros, a abandonar el puesto. Bellman, curiosamente, siempre se había llamado Bellman... no era más que una coincidencia que realmente hubiese sido también el personaje Bellman. Bradshaw había sido Bellman con anterioridad y, antes que él, lo había sido Virginia Woolf. En la época de Woolf, las reuniones de Jurisficción tendían a durar varias horas.

BELLMAN

El trabajo más difícil de la ficción

Llegué a la oficina de Jurisficción con una hora de retraso y toqué la campanilla de Bellman. Era la señal para llamarlo con urgencia y al momento apareció, todavía con la servilleta del almuerzo en el cuello. Me senté y le conté lo sucedido. Al oírlo, él también tuvo que sentarse.

—¿Dónde está ahora el Bluebird? —preguntó.

—De vuelta en el almacén —respondí—. He ordenado una investigación; da la impresión de que el eje falló por fatiga del metal.

—¿Un accidente?

Asentí. Después de todo no habían ido por ella. A pesar de todo lo sucedido, no tenía nada sospechoso para su muerte y sólo una llave fuera de su sitio en el caso de Perkins. Las carreras de coches tenían sus peligros y Havisham lo sabía mejor que la mayoría.

—¿Cuánto le queda?

—Ahora mismo están improvisando la escena de su muerte en *Grandes esperanzas*. El doctor dice que como mucho un capítulo... siempre que puedan mantener en un nivel mínimo las referencias y las apariciones.

Me palmeó el hombro.

—Tendremos que conseguir un genérico de grado A para ocupar su lugar —dijo en voz baja—. No destruiremos las *esperanzas*.

Se volvió hacia mí.

—Queda usted relevada del servicio activo durante unos días, señorita Next.

Tómeselo con calma en casa y le asignaremos algunos trabajos tranquilos hasta que pueda volver al trabajo.

Apareció Tweed.

—¿Qué pasa? —exigió saber—. Me han dicho...

Bellman le agarró por el brazo y le explicó lo sucedido, mientras yo pensaba en Havisham y en la vida sin ella. Tweed se acercó y me puso una mano en el hombro.

—Lo lamento, Thursday. Havisham era una de las mejores; todos la teníamos en mucha estima.

Le di las gracias.

—Puede que le interesen estas copias de informes de la Gran Central Textual.

—¿Qué son?

Los puso en la mesa, frente a mí.

—Son los informes sobre UltraPalabra™ redactados por Perkins, Deane y la señorita Havisham. Todos lo valoran muy positivamente. Si a Perkins le asesinaron, no fue por UltraPalabra™.

—¿La experiencia de lectura definitiva?

—Eso parece. Un sistema moderno como éste precisa gente como usted para controlarlo, Next. Quiero que considere la posibilidad de aceptar un puesto permanente aquí, en la ficción.

Le miré. A mí me parecía bastante buena idea. Después de todo, en Swindon no me esperaba nadie.

—Suenan bien, Tweed. ¿Puedo consultarlo con la almohada?

Sonrió.

—Tómese todo el tiempo que haga falta.

Regresé al bote volador y leí lo que la señorita Havisham había hecho con su escena final en *Grandes esperanzas*. Profesional hasta el final, había representado su propia muerte con una sensibilidad y una falibilidad que nunca le había visto manifestar en vida. Encontré una botella de vino, me serví un buen vaso y me lo bebí agradecida. Curiosamente, se me ocurrió que había una razón por la que *no debía* beber, pero no tenía ni la menor idea de cuál era. Me miré la mano en la que aquella mañana había llevado un nombre escrito. Havisham me había dicho que me lo borrara... pero aun así me intrigaba e intentaba deducir lo escrito de las marcas que quedaban.

—Londres —murmuré—. ¿Por qué me escribiría «Londres» en la mano?

Me encogí de hombros. El tinto era un amigo al que daba la bienvenida y me serví otra copa. Abrí el ejemplar UltraPalabra™ de *El principito* que me había dado Havisham. El libro olía un poco a melón y el papel parecía plástico fino, con las letras negras destacando contra el blanco lechoso de la página. El texto relucía a la

débil luz de la cocina e, intrigada, metí el libro en la oscuridad de la alacena, donde el texto siguió tan claro como el día. Regresé a mi sitio en la mesa y probé la página *sensible a la lectura*. Las palabras cambiaron de rojo a azul a medida que las leía, luego volvieron al color original al releerlas. Apagué y encendí la característica PagiLuz™ y luego jugueteé con los niveles de volumen de las bandas sonoras de fondo y música.

Me puse a leer el libro, y en cuanto las primeras palabras entraron en mi cabeza se me abrió un inmenso abanico de nuevas sensaciones. Mientras leía la escena del desierto oí el sonido del viento en las dunas e incluso noté el calor y el sabor de la arena quemada. La voz del narrador era diferente a la del príncipe y no hacían falta incisivos para distinguirlos. Era, como había afirmado Libris, una tecnología extraordinaria. Cerré el libro, me recosté en la silla y cerré los ojos.

Llamaron a la puerta.

Le indiqué al visitante que entrase. Era Arnold .

—¡Hola! —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Como si estuvieses en tu casa —respondí—. ¿Una copa?

—Gracias.

Se sentó y me sonrió. No me había dado cuenta, la verdad, pero era bastante guapo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Por ahí —respondí, agitando la mano en dirección al bote y sintiéndome algo mareada—. Lola probablemente esté debajo de su último amante, Randolph se estará quejando de eso mismo a alguien... y no tengo ni idea de dónde está Yaya. ¿Quieres una copa?

—Ya me has servido una.

—Pues sí. ¿Qué te trae por aquí, Arnie?

—Pasaba por delante. ¿Cómo van las cosas en él trabajo?

—Una mierda. Havisham está agonizando y algo va mal... pero no sé qué.

—He oído que los exteriores en ocasiones pasan por un periodo de «caída libre imaginativa» cuando intentan crear líneas argumentales de la nada. Se te pasará. Yo no me preocuparía. Por cierto, felicidades —añadió—. He leído en el periódico lo de tu nombramiento.

Alcé la copa a modo de saludo y los dos bebimos.

—Entonces, ¿cómo va la cosa entre Mary y tú? —pregunté.

—Pues ha estado muerta durante mucho tiempo. Ella me considera un fracasado y...

—Te dice que te vayas al infierno. Sí, lo he oído. ¿Qué hay de Lola? ¿Te has acostado con ella?

—¡No!

—Debes de ser el único tipo en todo *Caversham Heights* que no lo ha hecho — declararé—. ¿Quieres otra copa?

—Vale. ¿Qué hay de ti? —preguntó—. Háblame de tu marido en el Exterior.

—No tengo marido —le dije—, nunca lo he tenido.

—Me dijiste...

—Probablemente fuese una de esas cosas que las mujeres dicen a veces para alejar a los hombres. Hubo un tipo llamado Snood, de la CronoGuardia, pero fue hace mucho tiempo. Sufrió de agre-gre-gre-gación temporal.

—¿Qué?

—Envejeció antes de tiempo. Murió.

De pronto me sentía confusa. Miré la copa de vino y la botella medio vacía.

—¿Qué pasa, Thursday?

—Oh... nada. ¿Sabes cuando de pronto te acuerdas de algo y no sabes por qué... una especie de *flashback*?

Sonrió.

—No tengo muchos recuerdos, Thursday, soy un genérico. Podría haber tenido un pasado, pero no se me consideró lo suficientemente importante.

—¿Eso es un lecho? Digo, ¿es un hecho? Bien, acabo de acordarme del White Horse, en Uffington, en casa. Hierba suave y cálida y cielos azules, sol en la cara. ¿Por qué me habré acordado de eso?

—No tengo ni idea. ¿No crees que ya has bebido demasiado?

—Estoy bien —le dije—. Bien como la lluvia. Nunca he estado mejor. ¿Qué tal es ser un genérico?

—No está mal —respondió, echando un trago—. El ascenso a un papel mejor o nuevo siempre es una posibilidad si eres lo suficientemente diligente y pasas por el intercambio de personajes. Echo de menos tener familia... eso debe de estar bien.

—Mi madre está como una chota —le dije— y papá no existe... es un caballero andante que viaja por el tiempo... no te rías... y tengo dos hermanos. Los dos viven en Swindon. Uno es sacerdote y el otro...

—¿Qué es?

Volvía a sentirme confusa. Probablemente fuese por el vino. Me miré la mano.

—No sé a qué se dedica. Hace años que no hablamos.

Tuve otro *flashback*, en esta ocasión de Crimea.

—Esta botella está vacía —murmuré intentando servirme vino.

—Primero hay que quitar el tapón —comentó Arnold—. Déjame.

Jugueteó con el corcho y lo sacó con mucho esfuerzo. Creo que estaba borracho. Algunas personas no saben controlarse.

—¿Qué opinas del Pozo? —preguntó.

—Está bien —respondí—. Aquí la vida es bastante cómoda para alguien del

Exterior. No hay que pagar facturas, siempre hace buen tiempo y, lo mejor de todo, no hay Goliath, OpEspec ni comida de mi madre.

Reí estúpidamente y también él. A los pocos segundos nos desternillábamos. Hacía años que no me reía así.

Dejamos de reír.

—¿De qué nos reímos? —preguntó Arnold.

—No lo sé.

Y nos echamos a reír otra vez.

Me recuperé y volví beber.

—¿Bailas?

Arnie quedó patidifuso un momento.

—Claro que sí.

Lo llevé de la mano al salón, encontré un disco y lo puse. Le coloqué las maños sobre los hombros y él me agarró por la cintura. Me sentía extraña, como si algo no encajara, pero no me importaba. Ese día había perdido a una buena amiga y me merecía relajarme.

La música empezó a sonar y nos movimos a su ritmo. En tiempos pretéritos había bailado mucho, casi siempre con Filbert.

—Arnie, para tener una sola pierna bailas muy bien.

—Tengo dos piernas, Thursday.

Y volvimos a reír. Me apoyé en él y él se apoyó contra el sofá. *Pickwick* echó un vistazo y ahuecó las plumas con desagrado.

—¿Tienes alguna chica en el Pozo, Arnie?

—Ninguna —dijo muy despacio. Acerqué mi mejilla a la suya, encontré su boca y la besé, muy suavemente y sin ceremonia. El hizo un amago de apartarse, pero se detuvo y me devolvió el beso. Lo sentí peligrosamente necesario; no sabía por qué había estado soltera tanto tiempo. Me pregunté si Arnie se quedaría a dormir.

Dejamos de besarnos y dimos un paso atrás.

—Thursday, esto está *mal*.

—¿Qué podría estar mal? —pregunté, mirándole inestable—. ¿Quieres ver mi dormitorio? Tiene una vista espléndida del techo. —Tropecé un poco y me agarré al respaldo del sofá—. ¿Qué miras? —pregunté a *Pickwick*, que me miraba con furia.

—Me resuena la cabeza —murmuró Arnold.

—A mí también —respondí.

Arnold inclinó la cabeza y prestó atención.

—No son nuestras cabezas... es la puerta.

—La puerta de la percepción —comenté—, del cielo y el infierno.

Arnold abrió y entró una señora muy anciana vestida de guinga azul. Empecé a reír, pero me detuve cuando se me acercó y me quitó la copa.

—¿Cuánto has tomado?

—¿Dos? —respondí, apoyándome en la mesa.

—Botellas —me corrigió Arnie.

—Cajas... —añadí, riendo, aunque de manera súbita ya nada me parecía gracioso—. Presta mucha atención, Mujer de Guinga —añadí, mientras agitaba el dedo—, devuélveme la copa.

—¿Qué hay del bebé? —Me miraba peligrosamente.

—¿Qué bebé? ¿Quién va a tener un bebé? Arnie, ¿vas a tener un bebé?

—Es peor de lo que pensaba —murmuró—. ¿Los nombres de Aornis y Landen significan algo para ti?

—Nada en absoluto —respondí—, pero beberé por ellos si quieres. Hola, Randolph.

Randolph y Lola habían llegado a la puerta y me miraban conmocionados.

—¿Qué? —les pregunté—. ¿Me ha crecido otra cabeza o algo parecido?

—Lola, trae una cuchara —dijo la Mujer de Guinga—. Randolph, lleva a Thursday al baño.

—¿Por qué? —pregunté cayéndome al suelo—. Puedo caminar.

Lo siguiente que vi fue la parte posterior de las piernas de Randolph y el suelo del salón, luego las escaleras mientras me subía a hombros. Me dio hipo, pero el resto está un poco confuso. Recuerdo que me atraganté y vomité en el váter, luego me dejaron en la cama y me puse a llorar.

—Ha muerto. Quemada.

—Lo sé, cariño —dijo la anciana—. Soy tu yaya, ¿lo recuerdas?

—¿Yaya? —sollocé, comprendiendo de pronto quién era—. ¡Lamento haberte llamado Mujer de Guinga!

—No hay problema. Quizás emborracharse sea para bien. Ahora vas a dormir... y en este sueño lucharás para recuperar tus recuerdos. ¿Comprendes?

—No.

Suspiró y me limpió la frente con su pequeña mano rosada. Me tranquilizó y dejó de llorar.

—Te cuidado, querida. Usa el ingenio y sé más fuerte de lo que has sido nunca. Te esperaremos al otro lado, cuando amanezca.

Pero ya empezaba a desvanecerse porque el sueño me vencía, su voz resonando en mis oídos a medida que mi mente se relajaba y me transportaba a lo más profundo de mi subconsciente.

El faro al borde de mi mente

La familia Hades estaba compuesta, cuando la conocí, por Acheron, Styx, Phlegethon, Cocytus, Lethe y, la única chica, Aornis. Su padre había muerto muchos años antes, dejando a la madre completamente sola a la cabeza de la joven y diabólica familia. En una ocasión, *Vlad el Empalador* describió a la familia Hades como «absolutamente repelente». Los Hades sacaban fuerzas de la desviación y cometiendo todo tipo de horrores. Algunos con garbo, algunos con falta de entusiasmo, otros con una especie de despreocupación por lo que hacían. Lethe, la «oveja blanca» de la familia, apenas era cruel... pero los otros lo compensaban con creces. Con el tiempo, yo acabaría derrotando a tres de ellos.

THURSDAY NEXT

Hades: la familia surgida del infierno

Una ola se precipitó contra las rocas que había a mi espalda, *rociándolas* de agua fría y espuma. Me estremecí. Estaba en un saliente rocoso en la más oscura de las noches azotadas por el viento y, frente a mí, tenía un faro. El viento silbaba y gemía alrededor de la torre y un rayo dio en el punto más alto. La electricidad recorrió el cable de tierra provocando una lluvia de chispas, dejando atrás el olor acre del azufre. El faro era tan negro como la obsidiana y, al mirar arriba, daba la impresión de que la lámpara de arco que rotaba en el interior de la enorme lente realmente flotaba en el aire. La luz recorría la oscuridad tenebrosa iluminando sólo un mar estremecido y furioso. Retrocedí en mi mente, pero no encontré nada; carecía de recuerdos y experiencias pasadas. Ése era el punto más solitario de mi subconsciente, una isla sin memoria donde no existía nada excepto lo que pudiese ver y oler en ese momento concreto. Pero todavía conservaba las emociones y era consciente del peligro y de la intencionalidad. De alguna forma comprendía que estaba allí para vencer... o ser vencida.

Otra ola golpeó a mi espalda y con el corazón intranquilo tiré de la puerta de acero y enseguida estuve dentro, a salvo del viento. La puerta quedó bien cerrada y miré a mi alrededor. En el centro había una escalera de caracol, nada más... ni un mueble, ni un libro, ni una maleta: nada.

Volví a estremecerme y saqué el arma.

—Un faro —murmuré—, un faro en medio de la nada.

Subí lentamente los escalones de cemento, mirando con cautela hacia donde se perdían de vista por la curvatura. El primer piso estaba desierto y subí otro. En ninguna de las estancias circulares a las que llegué había signos de ocupación, de forma que fui subiendo lentamente con el brazo del arma bien estirado y temblando de temor por una pérdida inmediata que no podía controlar ni comprender. En el piso superior moría la escalera; una escalerilla de metal era la única forma de seguir subiendo. Sobre mi cabeza oía el gemido de los motores eléctricos que impulsaban la lámpara rotatoria. La brillante luz blanca surgía por el tejado abierto a medida que el faro daba vueltas. Pero esa habitación no estaba vacía. Una joven sentada en un sillón se empolvaba la nariz con ayuda de un espejito.

—¿Quién eres? —pregunté, apuntándole con el arma.

Bajó el espejo, sonrió y miró la pistola.

—¡Vaya! —exclamó—. Nunca dejarás de ser una mujer de acción, ¿verdad?

—¿Qué hago aquí?

—De verdad que no lo sabes, ¿eh?

—No —respondí, bajando el arma. No podía recordar ningún hecho, pero sí sentir amor y pérdida y frustración y miedo. La mujer se relacionaba conmigo en uno de esos aspectos, pero no sabía en cuál.

—Me llamo... —dijo la joven. Calló y volvió a sonreír—. No, creo que incluso eso es demasiado. —Se puso en pie y se me acercó—. Te basta con saber que mataste a mi hermano.

—¿Soy una asesina? —susurré, buscando en mi corazón la culpa por tal crimen sin encontrarla—. Yo... yo no te creo.

—Oh, es cierto —dijo—, y yo obtendré mi venganza. Deja que te muestre algo.

Me llevó hasta el ventanal y señaló. Cayó otro rayo y la vista quedó iluminada. Nos encontrábamos al borde de una impresionante catarata que se alejaba de nosotras curvándose hasta perderse en la oscuridad. El océano se vaciaba por el borde; millones de litros por segundo caían al abismo. Pero eso no era todo. Tras otro trueno comprobé que la cascada erosionaba lentamente la pequeña isla sobre la que se sostenía el faro... mientras miraba, el primer trozo del saliente rocoso cayó sin hacer ruido y desapareció en el espacio.

—¿Qué está pasando? —exigí saber.

—Lo estás olvidando todo —se limitó a decir, moviendo las manos en dirección a la habitación—. Esto de aquí no son más que algunos de tus recuerdos que he juntado... un último punto de apoyo, si te parece. La tormenta, el faro, la cascada, la noche, el viento... nada de esto es real. —Se me acercó tanto que olí su perfume—. Y todo esto no es más que una representación de tu mente. El faro eres tú: tu conciencia. El mar que nos rodea son tus experiencias, tus recuerdos... todo lo que te

convierte en la persona que eres. Todo se va como se va el agua del baño. Pronto el faro caerá al vacío y entonces...

—¿Y entonces?

—Y entonces habré ganado. No recordarás nada... ni siquiera esto. Volverás a aprender, claro está... en diez años es posible que seas capaz de atarte los cordones de los zapatos Pero durante los primeros años, la única decisión que podrás tomar es por qué lado de la boca babear.

Me volví para irme, pero me llamó:

—No puedes huir. ¿Adonde irías? Para ti, no hay ningún otro lugar más que éste.

Me detuve en la puerta y me volví, alcé el arma y disparé una vez. La bala atravesó a la joven y dio sin causar daño en la pared de atrás.

—Te va a hacer falta algo mejor, Thursday.

—¿Thursday? —repetí—. ¿Me llamo así?

—No importa —dijo la joven—. No recuerdas a nadie que pueda ayudarte.

—¿No es tu victoria un poco huera? —le dije, bajando el arma y frotándome la sien, intentando recordar aunque fuese una cosa.

—Eliminar de tu mente lo que más apreciabas fue lo más difícil —respondió la mujer—. Sólo tuve que invocar tu *miedo*, el recuerdo que más temes. Después, todo fue fácil.

—¿Mi mayor temor?

Volvió a sonreír y me mostró el espejito. No había reflejo, sino imágenes que destellaban anónimas. Sostuve el espejo y miré, intentando entender lo que veía.

—Son imágenes de tu vida —me dijo—. Tus recuerdos, la gente a la que amas, todo lo que aprecias... pero también todo lo que temes. Puedo modificarlas y cambiarlas a voluntad... o incluso borrarlas por completo. Pero antes de hacerlo voy a obligarte una vez más a ver la peor de todas. Contempla esto, Thursday, ¡contempla y siente por última vez la pérdida de tu hermano!

El espejo me mostró la imagen de una guerra muy lejana, la muerte violenta de un soldado que me resultaba familiar, y sentí el dolor de la pérdida atravesándome. La mujer rio mientras las imágenes se repetían, en esta ocasión más claras y más gráficas. Cerré los ojos para bloquear el horror, pero conmocionada los volví a abrir rápidamente. Había entrevisto algo más, justo en los límites de mi mente, tenebroso y amenazador, esperando a anegarme. Jadeé y la mujer captó mi terror.

—¿Qué es? —gritó—. ¿Algo que he pasado por alto? ¿Peor que Crimea? ¡Déjame ver!

Intentó agarrar el espejo, pero lo dejé caer. Se hizo añicos contra el piso de cemento y oímos un choque apagado cuando algo golpeó la puerta de acero, cinco pisos más abajo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Comprendí lo que había visto. Su presencia, tan desagradable durante muchos años en el fondo de mi mente, podía ser justo lo que precisaba para derrotarla.

—Mi peor pesadilla —le dije—, y ahora la tuya.

—Pero ¡no puede ser! Tu peor pesadilla era Crimea, la muerte de tu hermano... lo sé, ¡busqué por tu mente!

—Entonces —le dije despacio, recuperando las fuerzas a medida que la mujer perdía confianza—, ¡deberías haber buscado con más atención!

—Pero sigue siendo demasiado tarde para que te ayude —dijo, con la voz temblorosa—. No logrará entrar, ¡eso te lo aseguro!

Otro golpe tremendo; la puerta de acero había saltado de los goznes.

—Te vuelves a equivocar —dije con tranquilidad—. Le pediste que viniese y ha venido.

Corrió a los escalones y gritó.

—¿Quién está ahí? ¿Quién eres? ¿Qué eres?

Pero no hubo respuesta; sólo un suspiro apagado y el sonido de las pisadas sobre los escalones a medida que subía, lentamente. Miré justo cuando caía otra sección de la isla rocosa. El faro se encontraba al borde mismo del abismo y podía mirar directamente sus hipnóticas profundidades. Un temblor agitó los cimientos; el faro se inclinó y un trozo de yeso cayó de la pared.

—¡Thursday! —me rogó a gritos—. ¡Puedes controlarlo! ¡Haz que pare!

Cerró la puerta que daba a la escalera. Mientras la aseguraba las manos le temblaban.

—Podría ocultarlo si quisiese —dije mirando a la mujer aterrorizada—, pero decido no hacerlo. Tú me pediste que contemplase mis miedos... ahora puedes unirme a mí.

El faro volvió a moverse y se abrió una grieta en la pared, por la que se veía el mar agitado por el viento que había más allá; la luz dejó de girar emitiendo un gemido de metal retorcido. Golpearon la puerta.

—Siempre hay un pez más grande, Aornis —dije despacio, comprendiendo de pronto quién era ella a medida que el pasado iba surgiendo de la niebla—. Como todos los Hades, eres perezosa. Creiste que la muerte de Antón era lo peor que podrías encontrar. No buscaste más. Apenas miraste en mi subconsciente. Lo antiguo, lo aterrador, lo que nos mantiene despiertos de niños, las pesadillas que apenas puedes entrever al despertar, el miedo que relegamos al fondo de nuestra mente pero siempre está ahí, relamiéndose en la distancia.

La puerta cayó hacia dentro mientras el faro se agitaba y parte de la pared caía. Entró un viento helado, el techo cayó medio metro y la electricidad saltó de varios cables. Aornis miró la forma que acechaba en el umbral, babeando.

—¡No! —gimió—. Lo siento, no pretendía... yo...

Vi cómo el pelo de Aornis se volvía de un blanco niveo, pero de su garganta no surgió ningún grito. Bajé la vista y me volví hacia la puerta, sólo entreviendo con el rabillo del ojo una forma indeterminada que avanzaba hacia Aornis, que se había hincado de rodillas y sollozaba sin control. Atravesé la puerta destrozada y bajé los escalones de dos en dos. Al salir, el saliente de roca volvió a estremecerse y el tejado cónico del faro cayó dando vueltas entre ladrillos y fragmentos de hierro oxidado. Aornis recuperó al fin la voz y gritó.

No me detuve ni aminoré el paso. Todavía podía oírla pidiendo misericordia a gritos cuando subí al pequeño bote que Aornis había dejado allí para huir y remé en las aguas negras. Sus gritos sólo se apagaron cuando el faro cayó al abismo, llevándose con él el espíritu malévolo de Aornis.

Me detuve un momento, para luego volver a remar. Los remos resonaban en los toletes.

—Ha sido impresionante —dijo una voz tranquila a mi espalda. Me volví para encontrarme a Landen sentado allí. Era exactamente como le recordaba. Alto y guapo, con el pelo ligeramente gris en las sienes. Mis recuerdos, embotados durante tanto tiempo, ahora le daban más vida de la que había tenido durante semanas. Dejé los remos y estuve a punto de hacer zozobrar el bote en mis prisas por abrazarle, por sentir su calor. Le abracé hasta que apenas pudo respirar, con las lágrimas corriéndome por las mejillas.

—¿Eres tú? —grité—, ¿*realmente* tú, no uno de los jueguecitos de Aornis?

—No, soy yo —dijo, besándome con ternura—, o al menos tu recuerdo de mí.

—Volverás de verdad —le aseguré—. ¡Te lo prometo!

—¿Me he perdido mucho? —preguntó—. No es agradable que tus seres queridos te olviden.

—Bien —empecé a decir mientras nos poníamos cómodos en el bote, tendiéndonos para mirar a las estrellas—, hay una actualización llamada UltraPalabra™ y...

Estuvimos abrazados mucho tiempo en el pequeño bote, a la deriva por el museo de mi mente, con el mar en calma frente a nosotros a medida que se acercaba la aurora.

Lola se va y *Heights* otra vez

Daphne Farquitt escribió su primer libro en 1936 y en 1988 ya había escrito trescientos exactamente iguales. *El señor de High Potternews* era posiblemente el menos malo, aunque lo mejor que se podía decir de él es que era una horripilancia «diferente». Los lectores más sagaces se han quejado de que antes *Potternews* acababa de una forma diferente, comentario que también han hecho acerca de *Jane Eyre*. Es todo lo que ambas obras tienen en común.

THURSDAY NEXT

Las crónicas de Jurisficción

A la mañana siguiente tenía la impresión de llevar un martillo neumático dentro de la cabeza. Me quedé despierta en la cama, con el sol entrando por la portilla. Sonreí al recordar el sueño de la noche antes y dije en voz alta:

—¡Landen Parke-Laine, Landen Parke-Laine!

Me senté muy despacio y me desperecé. Eran casi las diez. Me tambaleé para llegar al baño y me bebí tres vasos de agua, la vomité y me cepillé los dientes, bebí más agua, me senté con la cabeza entre las rodillas y luego regresé de puntillas a la cama para no despertar a Yaya. Estaba profundamente dormida en el sillón, con un ejemplar de *Finnegans Wake* en el regazo. Sabía que tendría que disculparme con Arnie y darle las gracias por no haberse aprovechado de la situación. No podía creer que me hubiese comportado como una tonta de tal calibre, pero tenía la impresión de que, sin dudarlo, podía echar la culpa de todo a Aornis.

Me levanté media hora más tarde y bajé. Encontré a Randolph y a Lola en la mesa del desayuno. No se hablaban y vi que la maletita de Lola estaba en la puerta.

—¡Thursday! —dijo Randolph, ofreciéndome una silla—. ¿Estás bien?

—Mareada —respondí mientras Lola me colocaba una humeante taza de café delante de la cara, que inhalé agradecida—. Mareada pero feliz... He recuperado a Landen. Gracias por la ayuda de anoche. Lamento haberme comportado como una completa idiota. Arnie debe de pensar que soy la buscona más grande del Pozo.

—No, ésa soy yo —dijo Lola inocentemente—. Tu yaya nos lo explicó todo sobre Aornis y Landen. No teníamos ni idea de lo que estaba pasando. Arnie lo comprendió perfectamente y dijo que se pasaría más tarde a ver cómo estabas.

Miré la maleta de Lola y luego a ellos dos; evitaban muy cuidadosamente mirarse.

—¿Qué está pasando?

—Me voy para trabajar en *Las chicas son las que mandan*.

—Qué gran noticia, Lola —dije, sinceramente impresionada—. ¿Tú qué dices Randolph?

—Sí, está muy bien. Tendrá toda la ropa y los novios que quiera.

—Estás amargado porque no conseguiste el papel de mentor que querías —respondió Lola.

—En absoluto —respondió Randolph, con el resentimiento hirviendo bajo la superficie—. Me han ofrecido un pequeño papel en la próxima de Amis... una novela de verdad. *Literaria*.

—Bien, buena suerte —respondió Lola—. Envíame una postal si no te causa molestias relacionarte con alguien que trabaja en literatura para mujeres jóvenes y profesionales.

—Chicos —dije—, ¡no os separéis de esta forma!

Lola miró a Randolph, que se apartó. Lola suspiró, me miró durante un momento y luego se levantó.

—Bien —dijo recogiendo la maleta—. Tengo que irme. Hay pruebas de vestuario toda la mañana y luego ensayos hasta las seis. Estoy ocupada, ocupada, ocupada. Me mantendré en contacto, no te preocupes.

Me puse en pie, me agarré la cabeza un momento porque me daba vueltas y luego la abracé. Lola me devolvió el abrazo con alegría.

—Gracias por toda tu ayuda, Thursday —dijo con lágrimas en los ojos—. No habría llegado a B-3 sin ti.

Fue hasta la puerta, se detuvo un momento y miró a Randolph, quien miraba resueltamente por la ventana sin concentrarse en nada en particular.

—Adiós, Randolph.

—Adiós —dijo sin volverse.

Lola me miró, se mordió el labio, fue hasta él y le besó en la parte posterior de la cabeza. Regresó a la puerta, me volvió a decir adiós y salió.

Me senté junto a Randolph. Una enorme lágrima le corrió por la nariz y cayó sobre la mesa. Le puse una mano en el hombro.

—¡Randolph...!

—¡Estoy bien! —gruñó—. ¡Simplemente me ha entrado una mota en el ojo!

—¿Le dijiste lo que sentías?

—¡No, no lo hice! —respondió—. Y lo que es más, ¡no quiero que me dictes lo que puedo hacer o dejar de hacer!

Se puso en pie, se fue a su dormitorio y cerró de un portazo.

—¡Holaaa! —dijo una voz como de Yaya Next—. ¿Estás lo suficientemente bien como para subir?

—Sí.

—Entonces sube y ayúdame a bajar.

La ayudé a bajar las escaleras y la senté a la mesa con un par de cojines del salón.

—Gracias por tu ayuda, Yaya. Anoche me comporté como una verdadera idiota.

—¿Para qué sirve la vida? —respondió—. Ni lo menciones. Y por cierto, Lola y yo te desvestimos, no los chicos.

—Creo que ni siquiera me importa.

—Da igual. Aornis tendrá muchos más problemas para llegar hasta ti en el Exterior, querida... mi experiencia con los mnemonomorfos es que, una vez que te deshaces del gusano mental, el resto es fácil. Tardarás en olvidarla, te lo aseguro.

Charlamos durante una hora, Yaya y yo, sobre la señorita Havisham, Landen, bebés, Antón y otras muchas cosas. Me contó lo de la erradicación de su propio esposo y su regreso final. Yo sabía que él *había* regresado porque sin él yo no hubiera existido, pero fue igualmente interesante hablar con ella. Me sentía tan bien como para ir a mediodía a *Caversham Heights* a ver cómo le iba a Jack.

—¡Ah! —dijo Jack cuando llegué—. Justo a tiempo. Hemos estado pensando en una remodelación... ¿quieres echar un vistazo?

—Adelante.

—¿Te pasa algo? No parece estar bien.

—Anoche me emborraché. Estaré bien. ¿Qué tienes en mente?

—Entra. Quiero que conozcas a alguien.

Subí al Allegro y me pasó un café. Estábamos aparcados frente a un edificio grande de ladrillo rojo, en el norte del pueblo.

En el libro vigilábamos esa casa durante dos días, para acabar viendo al alcalde salir de ella con el capo Angel DeFablio. Con el personaje del alcalde eliminado del manuscrito sin ninguna razón concreta, la espera iba a ser muy larga.

—Éste es Nathan Snudd —dijo Jack, señalando a un joven sentado en el asiento de atrás—. Nathan es un tramador que acaba de graduarse en el Pozo y que, amablemente, ha aceptado ayudarnos. Tiene algunas ideas sobre el libro que me gustaría que oyeses. Señor Snudd, ésta es Thursday Next.

—Hola —dije, dándole la mano.

—¿La *exterior* Thursday Next?

—Sí.

—¡Fascinante! Dígame, ¿por qué la cola no se pega al interior del bote?

—No lo sé. ¿Cuáles son sus ideas para el libro?

—Bien —dijo Nathan, adoptando la expresión de alguien que sabe mucho—, he

estado examinando lo que queda y he preparado un plan de rescate que invierte de la mejor forma todo el presupuesto disponible, los personajes y los momentos decisivos que quedan.

—¿Sigue siendo una investigación de asesinato?

—Oh, sí, y creo que también podemos conservar lo de las peleas amañadas. He traído algunos recursos narrativos de bajo coste que compré en un almacén de oportunidades en el Pozo y los he añadido. Por ejemplo, pensé que en lugar de una sola escena en la que el detective jefe Briggs suspende a Jack, podríamos tener seis.

—¿Eso funcionará?

—Claro. Luego tendremos algo de «policía corrupto»: un agente muy amigo tuyo acepta sobornos y te traiciona a la Mafia. Tengo un ama de casa genérica de media edad y muy inquietante que podemos adaptar. Es más, tengo diecisiete de ellas con las que podemos salpicar todo el libro.

—¿Señoras Danvers, por casualidad? —pregunté.

—El presupuesto es muy ajustado —respondió Snudd fríamente—, no lo olvidemos.

—¿Qué más?

—Se me ocurrió que podría haber varias amiguitas del gángster o una prostituta que quiere reformarse y ayudarte.

—¿Una «puta de buen corazón»?

—Eso. En el Pozo están a diez por penique... podríamos conseguir cinco por medio penique.

—¿Qué pasa a continuación?

—Ahora viene lo bueno. Alguien intenta matarte poniéndote una bomba en el coche. Se me ha ocurrido una escena genial en la que vas al coche, estás a punto de arrancar pero encuentras un trocito de cable en la alfombrilla. También está chupado y sale muy barato. Se la puedo comprar a precio de coste a mi primo; me dijo que nos añadiría un envío perdido de lingotes nazi y una escena de «detective fracasado y triste borracho en un bar con whisky y cigarrillos». Eres un detective inconformista, triste y solitario con problemas con la bebida, ¿no?

Jack me miró y sonrió.

—No —dijo—, ya no. Vivo con mi esposa y tengo cuatro hijos encantadores.

—El presupuesto no lo permite —rio Snudd—. Los secundarios, niños y demás, cuestan una fortuna.

Llamaron a la ventanilla.

—Hola, Prometeo —dijo Jack—. ¿Conoces a Thursday Next? Viene del Exterior.

Prometeo me miró y me tendió la mano. Era un hombre de piel olivácea de unos treinta años, con pelo negro muy rizado y muy corto. Tenía unos profundos ojos oscuros y una tremenda nariz griega tan recta que podías usarla de escuadra.

—Exterior, ¿eh? ¿Qué te pareció la versión de Byron de mi historia?

—Me pareció excelente.

—A mí también. ¿Cuándo vamos a recuperar los mármoles de Elgin?

—Ni idea.

Prometeo, más conocido como dador del fuego, era un titán que había robado el fuego a los dioses y se lo había entregado a la humanidad, un buen gesto o un gesto fatal, dependiendo del periódico que leyese. Como castigo, Zeus le había encadenado a una roca en el Cáucaso, donde todas las noches las águilas le devoraban el hígado, que le volvía a crecer al día siguiente. A pesar de todo, parecía tener muy buena salud. No tenía ni idea de qué hacía en *Caversham Heights*.

—He oído que has tenido problemas —le dijo a Jack—. La trama se desmorona o algo así.

—Parece que mis intentos por mantener el secreto son un fracaso —murmuró Jack—. No quiero que cunda el pánico. La mayoría de los genéricos tienen un corazón de oro, pero si se huelen problemas con la narración abandonarán *Heights* como las ratas un barco... y una llegada de genéricos buscando empleo en el Pozo podría disparar la inspección de libros como si fuese un cohete.

—Ah —respondió el titán—, ciertamente es complicado. Me preguntaba si podría ofrecerte mis servicios para lo que haga falta.

—¿Como traficante de drogas griego? —preguntó Nathan.

—No —respondió Prometeo algo molesto—, como Prometeo.

—¿Ah, sí? —Snudd rio—. ¿Qué vas a hacer? ¿Robarle el fuego a la familia DeFablio y entregárselo a Mickey Finn?

Prometeo le miró como si Snudd fuese un imbécil... y supongo que lo era.

—No, se me ocurrió que podría estar por aquí esperando la extradición al Cáucaso por petición de los abogados de Zeus, o algo así, y Jack podría estar encargado del programa de protección de testigos, intentando protegerme de los pistoleros de Zeus... una especie de *El cliente*, pero con dioses en lugar de la Mafia.

—Si quieres mezclar géneros hay que reconstruir desde los cimientos —respondió Snudd desdeñoso—, y para eso hace falta más dinero y más experiencia de la que tenéis.

—¿Qué has dicho? —preguntó Prometeo con aires amenazadores.

—Me has oído. Todo el mundo cree que es fácil ser tramador. —Señaló con un dedo a Prometeo—. Pues deja que te diga algo, señor listillo titán griego dador del fuego. ¡No pasé cuatro años en la facultad de tramas para que un ex convicto me diga cómo hacer mi trabajo!

A Prometeo le tembló el labio.

—Vale —le soltó, remangándose—. Tú y yo. Ahora mismo, en la acera.

—Vamos —dijo Jack conciliador—, esto no nos va a llevar a ninguna parte.

Snudd, me parece que podríamos escuchar lo que Prometeo tenga que decir. Puede que tenga razón.

—¿Razón? —gritó Snudd, saliendo del coche pero evitando a Prometeo—. Te daré razones. Viniste a mí buscando ayuda y te la di. Ahora tengo que escuchar las ideas absurdas del primer mito que pasa por aquí. Esto era un *favor*, Jack... mi tiempo no sale barato. Y ya que todos estamos proponiendo ideas, deja que te diga una verdad fundamental: ni el Gran Panjandrum en persona podría resolver los problemas de este libro. ¿Sabes por qué? Porque era mierda para empezar. Ahora, si me disculpáis, ¡tengo que escribir dos subtramas para clientes de verdad, de los que pagan!

Y, sin decir nada más, se desvaneció.

—Bien —dijo Prometeo, sentándose en el asiento trasero—, ¿quién necesita a cretinos como éste?

—Yo —dijo Jack suspirando—. Me hace falta toda la ayuda que pueda conseguir. De todas formas, ¿a ti qué más te da lo que nos pase?

—Bien —dijo el titán lentamente—. Me gusta estar por aquí y lo de reenviar el correo es un incordio. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Almorzamos? —propuse.

—Buena idea —dijo Prometeo—. Soy camarero en Zorba, en la calle Mayor... puedo conseguir un descuento.

La señora Bradshaw y Juicio Salomónico Inc.

El recurso narrativo «policía suspendido por jefe reacio» era muy común en el género de detectives. Normalmente se usaba justo antes de un segundo capítulo deprimente, cuando el autor lo dispone todo de forma que el lector crea que no hay forma de que el héroe pueda salir del atolladero. Un segundo capítulo deprimente normalmente precede a un tercero feliz, pero no siempre; puede que el tercero sea deprimente, aunque habitualmente sale mejor si el final del segundo es feliz... lo que significa que el final del primero debería ser feliz, no deprimente.

JEREMY FNORP

Altibajos en la narración

A la mañana siguiente fui a trabajar como siempre, con la cabeza despejada y sintiéndome mejor que desde hacía bastante tiempo. Randolph, sin embargo, estaba inconsolable sin Lola y se había pasado abatido toda la noche anterior. Además, se había puesto furioso porque le creí cuando me dijo que no le pasaba nada. Yaya estaba fuera y dormí bien por primera vez en varias semanas. Incluso soñé con Landen... sin interrupciones durante las partes buenas.

—Comparto tu pena por la señorita Havisham —me dijo Beatrice cuando llegué a Norland Park.

—Gracias.

—Maldita suerte —dijo Falstaff cuando pasé por su lado—. En Havisham quedaban los restos de una excelente mujer.

—Gracias.

—¿Señorita Next?

Era Bellman.

—¿Podemos hablar?

Fui con él hasta su despacho y cerró la puerta.

—Primero, lamento mucho lo de la señorita Havisham. Segundo, le voy a encargar tareas menos *exigentes*.

—Estoy bien, en serio —le aseguré.

—Estoy seguro... pero ya que su aceptación es muy reciente y no tiene mentor, a nosotros nos parece mejor sacarla de la lista de agentes en activo una temporada.

—¿Nosotros?

El sujetapapeles había emitido un pitido y lo consultó. Havisham me había contado que realmente nunca llevaba papeles en su imprescindible sujetapapeles... las palabras llegaban directamente desde la Gran Central Textual.

—El Consejo de Géneros se interesa especialmente por su caso —dijo tras leer el sujetapapeles—. Tengo la impresión de que creen que es demasiado valiosa para perderla debido al estrés. Como sabe, un exterior en Jurisficción es todo un logro. Posee un poder de autodeterminación que nosotros sólo podemos imaginar. Tómesele con calma, ¿vale?

—Por tanto, ¿no ocuparé el lugar de Havisham en Jurisficción?

—Me temo que no. Quizá cuando todo vuelva a su cauce. ¿Quién sabe? En el MundoLibro todo es posible.

Me dio un papel.

—Preséntese ante Salomón en el piso veintiséis. ¡Buena suerte!

Me puse en pie, le di las gracias a Bellman y salí del despacho. Hubo silencio mientras pasaba junto a los otros agentes, que me miraban como disculpándose. Me habían castigado sin que hubiera hecho nada y todos lo sabían. Me senté a la mesa de Havisham y miré sus cosas. En *Grandes esperanzas* la había reemplazado un genérico y, aunque el aspecto sería casi idéntico, jamás serían la misma persona. La Havisham que conocía se había perdido en Pendine Sands. Suspiré. Quizás el descenso de categoría me viniese bien. Después de todo, tenía mucho que aprender y probablemente trabajar durante un tiempo para el C de G tuviese sus ventajas.

—¿Señorita Next?

Era el comandante Bradshaw.

—Hola, señor.

Sonrió y se levantó el sombrero.

—¿Te apetecería tomar el té conmigo en la veranda?

—Estaré encantada.

Sonrió, me tomó del brazo y nos hizo saltar a *Bradshaw y la caza mayor*. Nunca había estado en el este de África, ni en mi mundo ni en aquél, pero era tan hermoso como había imaginado a partir de las múltiples imágenes con las que había crecido. La casa de Bradshaw era un edificio colonial bajo con una veranda desde la que se contemplaba la puesta de sol; la tierra que la rodeaba era salvaje, llena de maleza y espinos, manadas de ñúes y cebras paseándose desganadas y levantando polvo rojo con los cascos.

—Muy hermoso, ¿no te parece?

—Extraordinario —respondí, mirando la escena.

—¿Verdad que sí? —Sonrió—. Me gustan las mujeres que aprecian la belleza en cuanto la ven. —Su voz bajó un tono—. Havisham era una de las mejores —dijo—.

Un poco demasiado rápida para mí, pero destacaba del montón. Te apreciaba mucho.

—Y yo a ella.

—Eché un vistazo a los restos del Bluebird cuando volvió al almacén —añadió—. Parece un accidente, mi niña, nada más. El Señor Sapo estaba muy disgustado por todo el asunto y recibió una reprimenda terrible por haber visitado el Exterior sin permiso.

—¿Havisham le confió algo sobre Perkins?

—Sólo que creía que le habían asesinado.

—¿Y fue así?

—¿Quién sabe? La oficina cree que fue Deane, pero no lo sabremos con seguridad hasta que no le arrestemos. ¿Conoce a la *memsahib*? Querida, ésta es Thursday Next... una colega del trabajo.

Alcé la vista y di un respingo porque la señora Bradshaw era una gorila. Enorme y peluda, iba vestida exclusivamente con un mandil floreado.

—Buenas tardes —dije, pillada por sorpresa—. Es un placer conocerla, señora Bradshaw.

—Buenas tardes —respondió educadamente la gorila—. ¿Le gustaría tomar un poco de tarta con el té? Alphonse ha preparado una excelente de limón.

—Estaría bien, gracias —dije mientras la señora Bradshaw me miraba fijamente con sus ojos profundos y muy hundidos.

—¡Excelente! —dijo—. Volveré enseguida para unirme a vosotros. Los pies, Trafford.

—¿Qué? ¡Oh! —dijo Bradshaw bajando las botas de la silla que tenía delante. Cuando la señora Bradshaw se hubo ido, se volvió hacia mí y me dijo muy serio:

—Dime, ¿has notado algo raro en mi *memsahib*?

—Eh —empecé, temerosa de herir sus sentimientos—, en realidad no.

—Piensa —dijo—, es importante. ¿Hay algo en ella que te parezca que se sale un poco de lo común?

—Sólo lleva un mandil —logré decir.

—¿Eso te incomoda? —preguntó, totalmente en serio—. Cuando nos visitan hombres siempre hago que se tape. Es una chica de muy buen ver, ¿no te parece? Volvería loco a cualquier hombre, ¿no crees?

—De muy buen ver —admití.

Movió la silla y se me acercó más.

—¿Algo más? —dijo, mirándome fijamente—. Lo que sea. No me disgustaré.

—Bien —empecé a decir muy despacio—, no he podido evitar darme cuenta de que...

—¿Sí?

—...es una gorila.

—Hummm —dijo recostándose—, nuestro pequeño subterfugio no te ha engañado, ¿eh?

—Me temo que no.

—¡Melanie! —gritó—. Por favor, ven con nosotros.

La señora Bradshaw regresó a la veranda y se sentó en una de las sillas, que gimió bajo su peso.

—Lo sabe, Melanie.

—¡Oh! —dijo la señora Bradshaw, sacando un abanico y ocultando la cara detrás—. ¿Cómo se ha dado cuenta?

Apareció un sirviente con una bandeja de té, la dejó en la mesa, se inclinó y se fue.

—¿Es por el pelo? —preguntó, sirviendo delicadamente el té con los pies.

—En parte —admití.

—Te dije que el polvo no lo tapanía —le dijo a Bradshaw en tono de reproche—, y *no voy a afeitarme*. Me pica. ¿Uno o dos terrones?

—Uno, por favor —respondí. Luego pregunté—: ¿Es un problema?

—*Aquí* no es un problema —dijo la señora Bradshaw—. Sólo aparezco en los libros de mi marido y en ningún punto se especifica que no sea humana.

—Llevamos casados más de cincuenta años —añadió Bradshaw—. El problema es que tenemos una invitación para los Bookies la próxima semana y la *memsahib* se encuentra un poco incómoda en público.

—Que se vayan todos al infierno —respondí—. ¡Cualquiera que no pueda aceptar que la mujer a la que ama es una gorila no merece su amistad!

—¿Sabes? —dijo la señora Bradshaw—, ¡creo que tiene razón, Trafford!

—¡Yo también! —Sonrió—. Me gustan las mujeres que saben cuándo llamar gorila a una esposa. ¡Genial! ¿Tarta de limón?

Tomé el ascensor hasta el piso veintiséis y entré en el vestíbulo del Consejo de Géneros sosteniendo la orden que me había entregado Bellman.

—Disculpe —le dije a la recepcionista, que estaba muy ocupada atendiendo llamadas de notaalpiéfonos—. Tengo que ver al señor Salomón.

—Séptima puerta a la izquierda —dijo sin levantar la vista. Recorrí el pasillo entre la masa apretujada de burócratas que iban rápidamente de un lado a otro sosteniendo gruesas carpetas como si de ello dependiese su vida. Probablemente fuese así.

Encontré la puerta. Se abría a una vasta sala de espera llena de gente aburrida que sostenía tiques con números y miraba al techo inexpresiva. Había otra puerta en el otro extremo, junto a una mesa que ocupaba una recepcionista libre. Miró la hoja que le presenté, sorbió y dijo:

—¿Cómo ha sabido que soy soltera?

—¿Cuándo?

—Justo ahora, en esta descripción de mí.

—Me refería a libre en el sentido de «no estar ocupada con nadie».

—Ah. Llega tarde. Esperaré diez minutos para que usted y «Su Señoría» se conozcan. ¿Vale?

—Supongo.

Abrí la puerta para entrar en otra habitación alargada, en esta ocasión con una única mesa en el otro extremo. Sentado tras la mesa había un anciano barbudo con túnica que dictaba una carta a un estenógrafo. Las paredes de la habitación estaban cubiertas con copias de cartas enviadas por clientes satisfechos; estaba claro que se tomaba a sí mismo muy en serio.

—Gracias por su carta fechada el siete de este mes —dictó el anciano cuando me acercaba—. Lamento informarle de que esta agencia ya no se ocupa de los problemas relativos a los mensajes basura de notaalpiéfono. Le sugiero que dirija su furia contra el departamento de quejas de NAF. Cordialmente suyo, Salomón. Con eso estará bien. ¿Verdad?

—Thursday Next se presenta al servicio.

—¡Ah! —dijo, poniéndose en pie y ofreciéndome la mano—. La *exterior*. ¿Es cierto que, allá afuera, dos o más personas pueden hablar *al mismo tiempo*?

—En el Exterior sucede continuamente.

—¿Y los gatos hacen algo aparte de dormir?

—La verdad es que no.

—Comprendo. ¿Y qué te parece esto?

Levantó de la mesa un pequeño cono de tráfico y me lo presentó con una fioritura dramática.

—Es... es un cono de tráfico.

—Toda una rareza, ¿verdad?

Escogí con cuidado las palabras.

—En muchas zonas del Exterior son completamente desconocidos.

—Colecciono objetos del Exterior —dijo con bastante orgullo—. Un día debes venir a ver mi colección de teteras con una forma extraña.

—Estaría encantada.

Se sentó y me indicó que yo también lo hiciese.

—Lamenté lo de la señorita Havisham; era uno de los mejores agentes de la historia de Jurisficción. ¿Habrás un funeral?

—El martes.

—Me aseguraré de enviar flores. Bienvenida a Juicio Salomónico®. Es un servicio general de arbitraje y posee la debida licencia. Hace falta alguien que cuide de la

multitud. En ocasiones es un poco revoltosa.

—¿Es usted el rey Salomón?

El anciano rio.

—¿Yo? ¡Debes estar de coña! El día no tiene suficientes horas para Salomón... Desde que decidió lo de «partir el bebé en dos», todo el mundo le quería arbitrando, desde en adquisiciones corporativas hasta en disputas en los patios escolares. Así que hizo lo que haría cualquier hombre de negocios en su sano juicio: montó una franquicia. ¿Cómo crees que se puede permitir el templo, los carros, los ejércitos y demás? ¿Con el importe de las tierras que vendió a Hiram de Tiro? ¡No, no, no! Mi verdadero nombre es Kenneth.

Le miré dubitativa.

—Sé lo que estás pensando. «El juicio de Kenneth» suena un poco estúpido... es por eso que tenemos licencia para emitir juicios usando su nombre. Todo está perfectamente reglamentado, te lo aseguro. Tienes que comprar la túnica, dejarte crecer la barba y asistir a un curso de entrenamiento, pero el resultado es muy bueno. El *verdadero* Salomón trabaja desde casa, pero hoy en día se concentra en las cuestiones fundamentales de la existencia.

—¿Y si una franquicia emite un juicio fraudulento?

—Muy sencillo. —Kenneth sonrió—. El responsable será aplastado desde las alturas y estará obligado a pasar una eternidad muy dolorosa, torturado sin piedad por demonios sádicos salidos de las profundidades más recónditas del infierno. Salomón es muy estricto en ese punto.

—Comprendo.

—Bien. Veamos al primer cliente.

Fui a la puerta y llamé al número treinta y dos. Un hombre bajito con cartera me acompañó hasta la mesa de Kenneth. Cuando llegó a la silla las rodillas le temblaban, pero logró dominarse muy bien.

—¿Nombre?

—Señor Toves, de la Gran Central Textual, Su Eminencia.

—¿Motivo de su consulta?

—Tengo que pedir más aplicaciones de la regla «N antes de N».

—¿Más?

—Como parte de la actualización a UltraPalabra™, Su Señoría.

—Muy bien, adelante.

—Connatural.

—Aprobada.

—Innoble.

—Aprobada.

—Ennegrecer.

—Aprobada.

—Alumno.

—No se aprueba.

—Connubio.

—Aprobada.

—Eso es todo por ahora —dijo el hombrecito, entregando sus papeles para que Kenneth los firmase.

—Es decisión del Juicio Salomónico® —dijo Kenneth lentamente— que estas palabras se sometan a la Regla 7b del código arbitrario de ortografía ratificado por el Consejo de Géneros.

Selló los papeles y el hombrecito se fue corriendo.

—¿Ahora?

Pero yo estaba pensando. Aunque me habían dicho que pasase de las tres brujas, su premonición sobre la regla «N antes de N» se había cumplido. Es más, el perro ciego *había* ladrado, el erizo *había* planchado y la señora Passer-by *había* gritado: «¡Es la hora! ¡Es la hora!» ¿Significaba eso algo? ¿Realmente creían que yo me convertiría en Bellman? ¿Y qué era eso de la «regla de las tres lecturas»?

—Soy un hombre ocupado —dijo Kenneth, mirándome con furia—. ¡No me sirves si te pones a soñar despierta!

—Lo siento —dije—, pensaba en algo que me dijeron las tres brujas.

—¡Charlatanas! —anunció Kenneth—. Y lo que es peor... son la *competencia*. Si las vuelves a ver, intenta sonsacarles su lista de direcciones, ¿vale? Mientras tanto, ¿podemos recibir al siguiente cliente?

Los hice pasar. Se trataba de varios personajes de *Cumbres borrascosas* y estaban tan ocupados mirándose con odio que ni me reconocieron. Heathcliff llevaba gafas de sol y no decía nada; le acompañaban su agente y un abogado.

—¡Adelante!

—Una disputa sobre la narración en primera persona de *Cumbres borrascosas* —dijo el abogado, colocando una hoja de papel sobre la mesa.

—Veamos —dijo Kenneth, examinando la petición—. Señor Lockwood, Catherine Earnshaw, Heathcliff, Nelly Dean, Isabella y Catherine Linton. ¿Están todos aquí?

Asintieron. Heathcliff me miró por encima de las gafas de sol y me guiñó un ojo.

—Bien —murmuró Kenneth al cabo de un rato—, todos consideran que deberían ser la primera persona de la narración, ¿es eso?

—No, Su Santidad —dijo Nelly Dean—, es al contrario. Ninguno quiere serlo. Es una maldición para cualquier genérico honrado... y para algunos *no* tan honrados.

—¡Contén la lengua, sirvienta! —gritó Heathcliff.

—¡Asesino!

—¡Repítelo!

—¡Ya me has oído!

Y empezaron a gritarse hasta que Kenneth dio un golpe de maza que les hizo callar. El Juicio Salomónico[®] era la última forma de arbitraje, sin derecho de apelación. Todos lo sabían.

—El Juicio Salomónico[®] es que... *todos* compartan la narración en primera persona.

—¿Qué?! —gritó el señor Lockwood—. ¿Qué locura es ésa? ¿Cómo podemos ser todos la primera persona?

—Es justo y adecuado —respondió Kenneth, juntando las puntas de los dedos y mirándolos con serenidad.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Catherine sarcástica—. ¿Hablar al mismo tiempo?

—No —respondió Kenneth—. El señor Lockwood presentará la historia y tú, Nelly, contarás la mayor parte a modo de profunda retrospectiva; los demás hablarán en estas proporciones.

Lo apuntó en la parte posterior de un sobre, lo firmó y lo entregó. Todos se quejaron un rato, sobre todo Nelly Dean.

—Señora Dean —dijo Kenneth—, usted es, para bien o para mal, el único elemento de unión de todas estas familias. Considérese afortunada de que no le diese todo el libro. Es el Juicio Salomónico[®]. ¡Ahora váyanse!

Nelly se quejaba amargamente mientras salía y Heathcliff iba delante pasando de los demás.

—Eso ha estado muy bien —dijo tan pronto como se fueron.

—¿En serio? —preguntó Kenneth, sinceramente encantado por mi alabanza—. Lo de juzgar no se le da bien a todo el mundo, pero a mí me gusta bastante. El truco consiste en ser escrupulosamente justo y equitativo... en el Exterior os vendrían bien un par de franquicias de Salomón. Dime, ¿crees que Lola asistirá la próxima semana a los Bookies?

—¿Conoce a Lola?

—Digamos que la he conocido en cumplimiento de mis funciones.

—Estoy segura de que asistirá. Estará en la mesa de literatura para mujeres jóvenes y profesionales, imagino. Va a protagonizar *Las chicas son las que mandan*.

—¿En serio? —dijo—. ¿Quién va a ser el siguiente?

—No lo sé; dependerá de a quién tenga a mano. En ocasiones los elige por orden alfabético y otras por orden de altura.

—No el siguiente para Lola, el siguiente para *mí*.

—Lo siento —dijo, poniéndome un poco colorada—. Iré a ver.

Se trataba del emperador Zhark. Parecía sorprendido de verme y me dijo lo gran agente que había sido la señorita Havisham. Le hice pasar, y él y Kenneth se miraron

fijamente. Estaba claro que ya se habían encontrado antes... pero hacía tiempo.

—¡Zhark! —gritó Kenneth, saliendo de detrás de la mesa y ofreciéndole un habano al emperador—. ¡Viejo alborotador! ¡Hace siglos que no te veo! ¿En qué estás metido?

—Soy gobernante tiránico de la galaxia conocida —respondió con modestia.

—¡No me digas! El viejo Zharky *el Ladino* de 5°-C de San Tabularrasa... ¡Quién lo hubiese dicho!

—Ahora soy Zhark *el Emperador*, viejo amigo —dijo entre dientes.

—Me alegra oírlo. ¿Qué ha sido del capitán Ahab? No le he visto desde que dejamos la escuela.

—¿Ahab? —preguntó el emperador frunciendo el ceño.

—Hombre, sí. Con una pierna y más loco que la liebre de marzo. Para ganar una apuesta prendió fuego a sus propios pantalones y llenó la piscina de pirañas.

—Oh, *ése* —respondió Zhark—. La última vez que le vi estaba convencido de que una ballena blanca le perseguía... pero eso fue hace años. Deberíamos organizar una reunión; en el MundoLibro es muy fácil perder el contacto.

—Ni que lo digas —respondió Kenneth con tristeza.

Se quedaron sentados en silencio un momento, supongo que recordando a varios amigos de estudios.

—Bien, Zharky, viejo, ¿en qué puedo ayudarte?

—Se trata de los rambosianos —dijo al fin—. Se niegan a cederme el poder.

—Qué situación más incómoda para ti. ¿Hay alguna razón para que tengan que cedértelo?

—La estabilidad, viejo amigo, la estabilidad. Los rambosianos han sido responsables de numerosas sátiras salvajes en el periódico de la Federación Galáctica, *Las estrellas mi destino*. Se ríen de mí constantemente y las ilustraciones son tremendamente insultantes.

—¿Y quieres iniciar una invasión?

—Claro que no; eso sería malgastar recursos. No, quiero que me abran los brazos y me adoren como su dios único y verdadero. Me entregarán el poder ejecutivo y a cambio yo los protegeré con el poder del Imperio zharkiano.

—Hummm —respondió Kenneth pensativo—, eso no será porque el planeta Rambosia está compuesto por dieciocho trillones de toneladas de nuez moscada de clase A, ¿verdad?

—En absoluto —fue la poco convincente respuesta del emperador.

—Muy bien —dijo Kenneth—. El Juicio Salomónico® es que llegues a un acuerdo de paz con los rambosianos.

—¡¿Qué?!

El emperador se puso en pie con una expresión tan tenebrosa como una nube de

tormenta. Amenazó a Kenneth con un dedo.

—No volverás a jugar al golf en el Club de Hombres Blancos e Ilustres —gritó—. ¡Me pondré tan en tu contra que ni siquiera podrás dejar el sombrero en guardarropía aunque te acompañe el Gran Panjandrum en persona!

Dicho lo cual se echó la capa atrás, soltó un tremendo bufido, giró sobre sus talones y salió por la puerta.

—Bien —dijo Kenneth—, los tiranos son todos iguales. ¡Tienen muy mal carácter cuando no se les da gusto! ¿A quién toca ahora?

Revelaciones

En los primeros años el comandante Bradshaw realizó la mayoría de las librosploraciones, antes de que las Categorías Rebeldes de Libro quedasen bajo el control del Consejo de Géneros. Inexplicablemente, las novelas sólo se pueden visitar cuando alguien ha encontrado la forma de entrar en ellas... y la forma de salir. Los mapas Bradshaw del MundoLibro conocido (1927-1949) fueron una hazaña extraordinaria, y hasta la llegada del Sistema de Posicionamiento por ISBN (1962), los mapas de Bradshaw eran la *única* guía para penetrar en la ficción. No todas las librosploraciones acaban bien. Ambroce Bierce se perdió intentando acceder a Poe. Su nombre, como los de muchos otros, está tallado en el Boojumento situado en el vestíbulo de la Gran Biblioteca.

IMPERIO RONANO

Una historia de Gibbons

No pude dar con las tres brujas por mucho que lo intenté. Sus profecías me inquietaban, pero no tanto como para que esa noche no pudiese dormir de maravilla. Dos días más tarde, cuando volvía a casa tras un largo día de juicios de Kenneth, me encontré a Arnie esperándome. El y Randolph bebían cerveza en la cocina y hablaban sobre el momento adecuado para usar puntos suspensivos para indicar que el diálogo de un personaje se había interrumpido.

—Puedes usarlos en...

—Arnie, te debo una disculpa —dije, poniéndome roja del todo y olvidándome de mis modales—. Debes de creer que soy la buscona más grande del Pozo.

—No, ésa es Lola. Olvídalo. Yaya nos lo explicó todo, ¿Cómo estás? ¿Han vuelto los recuerdos?

—Todos están en su sitio y en perfecto estado.

—Bien. ¿Quieres que salgamos a cenar uno de estos días? —me preguntó—. Como amigos, claro está —añadió a toda prisa.

—Me encantaría, Arnie. Y gracias por ser tan... bien, decente.

Sonrió y apartó la vista.

—¿Cerveza? —dijo Randolph, que parecía recuperado del trauma Lola.

—¿Algo que no tenga alcohol?

Me pasó un cartón de zumo de naranja y me serví un vaso.

—¿Vas a decírselo? —dijo Arnie.

—¿Decirme qué?

—No conseguí el papel en Amis —dijo Randolph—, pero estoy en la lista para una pequeña aparición con diálogo en el próximo Wolfe.

—¡Es una noticia excelente! —respondí con alegría—. ¿Cuándo?

—En algún momento de los próximos dos años. Hasta entonces voy a trabajar de sustituto; el Consejo de Géneros ha abierto los libros sobre viajes como destinos turísticos para los genéricos. Se acabaron las vacaciones en Bassetshire... voy a sustituir al conde Smorltork mientras él pasa dos semanas de vacaciones en *Guía pictórica de Lakeland Fells* de Wainwright.

—Felicidades.

Me dio las gracias, pero seguía distante. Se dio la vuelta para mirar el lago por la portilla, ensimismado.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Arnie—. ¿Qué vas a hacer? ¡Tu descenso de categoría es la comidilla del Pozo!

—Corren rumores de que Harris Tweed será el próximo Bellman —comentó Arnie—. A pesar de su falta de experiencia, Jurisficción prefiere a un exterior.

—¿Qué tienen de especial los exteriores? —preguntó Randolph.

—Poseemos habilidades que tienen pocos genéricos.

—¿Como cuál?

Tomé el ejemplar UltraPalabra™ encuadernado en piel de *El principito* que estaba sobre la mesa y se lo pasé a Arnie.

—¿Hueles algo?

Se lo llevó a la nariz y negó con la cabeza. Yo me acerqué el libro y lo olisqueé; había esperado oler la piel pero percibí un aroma a melón. Recordé la última vez que lo había oído: al lado del extraño camión de *Caversham Heights*; el camión sin textura, el camionero automático sin personalidad. Una idea encajó.

—Era un camión de UltraPalabra™ —murmuré, buscando en mi bolso el tornillo cuadrado y sin textura que había recogido tras la desaparición del camión. Lo encontré y lo olisqueé con cautela. La cabeza me iba a toda velocidad mientras intentaba encontrar una conexión.

—Si esto es una muestra —dijo Arnie, pasando las páginas de *El principito*—, los lectores van a quedar encantados.

—Efectivamente —respondí mientras Randolph intentaba abrirlo... sin conseguirlo.

Se lo saqué de las manos y el libro se abrió con facilidad. Se lo devolví y las tapas no quisieron abrirse.

—Qué extraño —dije mientras Arnie volvía a abrir el libro sin dificultad—. Es el

ejemplar de Havisham —añadí lentamente—. Ella lo leyó, yo también y ahora tú.

—¡Un libro que sólo pueden leer tres personas! —dijo Randolph desdeñoso—. ¡Un poco desagradable, diría yo!

—Sólo tres lectores —murmuré. Se me había helado el corazón al recordar la profecía de las tres brujas: *Tres veces es una vez y tres veces son dos veces y tres veces otra vez...* Quizás el nuevo sistema operativo no fuese el avance tecnológico igualitario que pretendía ser. Si así era y los libros de UltraPalabra™ sólo se podían abrir tres veces, entonces las bibliotecas serían cosa de la historia. ¿Y el camión cuadrado, el tornillo extraño? ¿Qué significaban? Me estremecí. Si estaban dispuestos a matar para encubrir el fallo del nuevo sistema, entonces la regla de las tres lecturas no era más que el principio. Mi orden de traslado había llegado de la Gran Central Textual vía sujetapapeles de Bellman. Quizá me estuviesen apartando por una razón... ¿Quién mejor que una aprendiz apenas para hacer preguntas incómodas? Si era así, lo de Havisham había estado lejos de ser un accidente.

—¿Problemas? —preguntó Arnie, que notó mi inquietud.

—Podría ser. La señorita Havisham estaba segura de que UltraPalabra™ tenía algún fallo. Creo que Perkins lo descubrió... y también Snell.

—¿Llegaron a decirlo? —preguntó Randolph, quien evidentemente había estado estudiando leyes para preparar su próxima aparición en una novela de Wolfe—. Va a ser difícil demostrarlo sin pruebas.

—Ni Perkins ni Havisham me dijeron nada... y lo único que saqué de Snell fue un galimatías en su lecho de muerte. Puede que me lo contase todo, pero tan mal escrito que no comprendí ni una palabra.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «¡Thirsty! Wode... Cono... urdar retumba... locon triste...!» o algo parecido.

Arnie y Randolph se miraron.

—El «Thirsty» podría ser «Thursday» —comentó Randolph.

—Lo suponía —respondí—, pero ¿qué hay del resto?

—Se me ocurre —dijo Randolph pensativo— que si recitases esas palabras cerca de una fuente de antiortografía volverían a su estado original.

Se produjo una de esas largas pausas que siempre acompañan un momento de epifanía.

—Vale la pena intentarlo —respondí, pensando intensamente. ¿Dónde podría encontrar virus de antiortografía sin que nadie hiciese preguntas?

Me puse en pie, comprobé el cargador de la automática y abrí la guía de viaje.

—¿Adonde vas? —preguntó Arnie.

—A visitar el Grupo Ortográfico de Respuesta Rápida, al piso diecisiete. Creo que podrán ayudarme.

—¿Querrán hacerlo?

Me encogí de hombros. Era irrelevante. Preguntar no formaba parte del plan.

La puerta del ascensor se abrió en el piso diecisiete. El piso contenía todos los libros de autores cuyo apellido empezaba por Q, y como no eran demasiados el espacio restante se había cedido al Grupo Ortográfico de Respuesta Rápida de Jurisficción; si Jurisficción tenía algún virus antiortográfico vivo, ése era el lugar donde encontrarlo.

Aquel piso de la Gran Biblioteca estaba menos iluminado que otros, y las filas de literas de las muchas DanverClones empezaban al final de las novelas de Quiller-Couch. Las Danvers, sentadas, me siguieron silenciosamente con los ojos mientras yo avanzaba despacio por el pasillo. Cierto, era muy inquietante, pero no se me ocurría ningún otro lugar al que recurrir.

Llegué hasta el núcleo central de la Biblioteca, un agujero circular rodeado de urna barandilla de hierro forjado situado en la confluencia de los cuatro pasillos. El que había recorrido estaba lleno de Danvers, como otros dos. El cuarto pasillo estaba lleno de cajas de diccionarios y, más allá, se encontraba la enfermería en la que había visto a Snell por última vez. Me acerqué. Mis pies no hacían ruido sobre la mullida alfombra. ¿Snell se había enterado de tanto como Perkins? Después de todo, eran compañeros. Me maldije por no haberlo pensado antes, pero me sentí un poco mejor cuando caí en la cuenta de que a Havisham tampoco se le había ocurrido.

Llegué hasta la pequeña enfermería, equipada para tratar a cualquier persona infectada, con sus cortinas aislantes y sus vendas impresas con entradas de diccionario, que podían calmar y contener, pero que muy rara vez curaban... Snell estaba condenado desde el momento en que lo invadió el virus, y él lo sabía bien.

Abrí algunos cajones aquí y allá sin encontrar nada. Luego vi que había un montón aislado de diccionarios en una zona acordonada. Me acerqué a ellos repitiendo la palabra *ambidextro*.

—Ambidextro... ambidextro... ambidextro... ambidextro.

Bingo. Lo había encontrado.

—¿Señorita Next? —dijo una voz—. En nombre del cielo, ¿qué hace aquí?

Casi me quedo tiesa del susto. Me habría preocupado si hubiese sido Libris; pero no lo era... era Harris Tweed.

—¡Me ha dado un susto de muerte! —le dije.

—¡Lo siento! —Sonrió—. ¿Qué trama?

—Hay un problema con UltraPalabra™ —le confié.

Tweed miró hacia ambos lados del pasillo y bajó la voz.

—Yo también lo creo —siseó—, pero no estoy seguro de qué es... Sospecho que aplica una utilidad de «desvanecimiento de memoria» más rápida que la de la versión

8.3, para que el lector quiera releer el libro antes. Al Consejo de Géneros le interesa incrementar la tasa de lectura... La batalla con el ensayo va a ir en aumento; más de lo que nos dicen.

Era el tipo de cosa que había sospechado.

—¿Qué ha descubierto *usted*? —preguntó.

Me acerqué.

—UltraPalabra™ sólo permite tres lectores.

—¡Buen Dios! —exclamó Tweed—. ¿Algo más?

—Todavía no. Esperaba descubrir qué me había dicho Snell antes de morir. Estaba lleno de erratas, pero se me ha ocurrido que podría corregir lo que me dijo repitiéndolo cerca de una fuente de mala ortografía.

—Buena idea —respondió Tweed—, pero debe tener cuidado... una excesiva exposición y podría acabar permanentemente desortografiada.

Se calzó un par de guantes para manipular una DiccioCaja.

—Siéntese aquí y repita las palabras de Snell —me dijo, situando una silla a menos de un metro del montón de diccionarios—. Yo iré retirando los volúmenes uno a uno y veremos qué pasa.

—*Wode... Cono... urdar retumba... locon triste* —recité cuando Tweed retiró un diccionario del enorme montón que cubría el virus.

»*Wode... Cone... uldar ratumbra... nocon treste*—repetí.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó—. Si lo que dice es cierto, es tan peligroso que ya han matado por ello tres veces. Odio decirlo, pero creo que en Jurisficción hay una manzana podrida.

—No lo monté a natie en Jurizfacción —le aseguré—. *Wedede... Caine... uldar ratabra... nocon tríes*.

Harris apartó con cuidado otro diccionario. Yo veía un resplandor violeta entre los libros amontonados.

—No sabemos en quién podemos confiar —dijo serio—. Concretamente, ¿a quién se lo ha dicho? Es importante que yo lo sepa.

Apartó otro diccionario.

—*Twede... Caine... ultarpatabra... no contíes*.

El corazón se me heló. *Twede*. ¿Sería *Tweed*? Fingí que no pasaba nada y le miré, intentando decidir si me había oído. Yo tenía una muy buena razón para preocuparme; allí estaba él, controlando una potente fuente de virus antiortográfico. Si sacaba un diccionario de más, yo podría quedar fatalmente convertida en *Thirsty Neck* o algo similar... y nadie sabía que estaba allí.

—Le escribiré una rista zi le zirbe de apuda —dije intentando aparentar normalidad.

—Dígamelo simplemente —dijo, todavía sonriendo—. ¿A quiénes? ¿A algunos

de los genéricos de *Caversham Heights*?

—Ze lo monté a vellman.

La sonrisa desapareció de su cara.

—Ahora sé que miente.

Nos miramos. Tweed no era ningún tonto; sabía que le había descubierto.

—*Tweed* —dije, ahora que el proceso se había invertido por completo—. *Kaine... UltraPalabra... ¡No confíes!*

Salté a un lado tan pronto como terminé de decirlo. Justo a tiempo... Tweed sacó tres diccionarios de la parte inferior y la DiccioCaja se derrumbó parcialmente.

Caí al suelo mientras el tremendo resplandor, que emanaba exclusivamente en una dirección desde el montón caído de diccionarios, convertía instantáneamente la cama de hospital que había tenido detrás en una *rana hospitalaria*, una rana de peluche que me saludó alegremente y me dijo que me pasase a cenar cualquier día de la semana... y que llevase a un amigo.

Me lancé contra Tweed, que no era tan rápido como yo. Mi habla había vuelto casi por completo a la normalidad.

—¿Snell y Perkins?! —grité, reteniéndole contra el suelo—. ¿Quién más? ¿Havisham?

—Eso da igual —gritó mientras yo sacaba el arma y le obligaba a pegar la barbilla contra la alfombra.

—¿Se equivoca! —le dije con furia—. ¿Cuál es el inconveniente de UltraPalabra™?

—No tiene ningún inconveniente —respondió, intentando parecer razonable—. Es más, ¡todo es *perfecto* en UltraPalabra™! Piénselo un momento. Con UltraPalabra™ el control del MundoLibro jamás habrá sido más simple. Y con exteriores modernos y de mente abierta como usted y yo, ¡podemos llevar la ficción hasta alturas nunca alcanzadas!

Hundí la rodilla con más fuerza en la base de su cuello y le grité:

—¿Y qué tiene que ver Kaine con todo esto?

—UltraPalabra™ beneficia a todos, Next. A nosotros aquí y a los editores ahí fuera. ¡Es el sistema perfecto!

—¿Perfecto? Si ha tenido que recurrir al asesinato para llevarlo adelante, ¿cómo puede ser perfecto?

—En la ficción hay asesinatos continuamente... sin el asesinato y el miedo que da hace mucho tiempo que habríamos perdido a millones de lectores.

—¿Era mi amiga, Tweed! —grité—. ¡No era carne de cañón para una novela de suspense barata!

—Está cometiendo un gran error —respondió, con la cara todavía pegada a la alfombra—. Puedo ofrecerle un puesto importante en la Gran Central Textual. Con

UltraPalabra™ bajo nuestro control, tendremos el poder de cambiar lo que nos dé la gana dentro de la ficción. Le dio un final feliz a *Jane Eyre*... podemos hacer lo mismo con incontables novelas y ofrecerle al público lector lo que quiere. Nosotros dictaremos las normas a esos burócratas apolillados del Consejo de Géneros y forjaremos una ficción nueva y más fuerte que catapultará la novela a lo más alto. ¡Las editoriales universitarias dejarán de mirarnos por encima del hombro y el ensayo dejará de marginarnos!

Llabía oído lo suficiente.

—Está acabado, Tweed. ¡Cuando Bellman se entere de lo que ha estado tramando...!

—Bellman es un tonto sin poder, Next. Hace lo que nosotros le decimos. Suélteme y ocupe su lugar a mi lado. La esperan aventuras y riqueza sin límites... Incluso podemos reescribir a su marido.

—Ni lo sueñe. Quiero al Landen real o nada.

—No podrá distinguirlo. Deme la mano... no volveré a ofrecérsela.

—No hay acuerdo.

—Entonces —dijo lentamente—, es un adiós.

Vi algo con el rabillo del ojo y me desplacé rápidamente a la derecha. Un mango de hacha me pasó cerca del hombro y golpeó la alfombra. Era Uriah Hope. No era de extrañar que Tweed no pareciese nada preocupado. Me aparté rodando de Tweed y esquivé el siguiente golpe de Uriah. Caí de espaldas sobre la alfombra en mi prisa por escapar. El volvió a atacar y destrozó una mesa, encajando la hoja en la madera e invirtiendo el tiempo suficiente en sacarla como para que yo pudiese ponerme en pie y apuntar. No fui lo suficientemente rápida y él hizo saltar la pistola de mi mano; me agaché para esquivar el siguiente golpe y correr hacia Tweed, que empezaba a ponerse en pie. Me agarró del tobillo y caí con un buen golpe. Me puse de espaldas mientras Uriah se lanzaba hacia mí dando un grito. Le apoyé un pie en el pecho y empujé. El impulso del salto le mandó directamente contra el montón de diccionarios... y el virus antiortográfico. Tweed intentó agarrarme, pero huí y salí corriendo por el pasillo justo cuando las DanverClones empezaban a inquietarse.

—¡Matadla! —gritó Tweed, y las Danvers empezaron a moverse rápidamente hacia mí. Me saqué la guía de viaje del bolsillo, la abrí por la página adecuada y me quedé quieta en medio del pasillo. No podía correr más que ellas, pero podía leer más rápido. Cuando saltaba sentí los dedos huesudos de las Danvers agarrando mi forma, que se desvanecía con rapidez.

Salté directamente a Norland Park. Dejé atrás a los personajes de poemas infantiles en huelga y al portero con cara de rana y me presenté un poco precipitadamente en las oficinas de Jurisficción. Choqué con la Reina Roja, que se

cayó y, a su vez, derribó a Benedict y a Bellman. Rápidamente me hice con la pistola de Benedict, por si Tweed o Hope llegaban y, en consecuencia, el ataque me vino de donde menos esperaba. Confundiendo mis intenciones, la Reina Roja me agarró el brazo y me lo retorció a la espalda mientras Benedict se lanzaba contra mi cintura y me derribaba, gritando:

—¡Arma! ¡Proteged a Bellman!

—¡Esperad! —grité—. ¡Hay un problema con UltraPalabra™!

—¿Qué quieres decir? —exigió saber Bellman una vez que hube entregado el arma—. ¿Es una broma?

—No es ninguna broma —respondí—. Es Tweed...

—¡No le haga caso! —gritó Tweed, que acababa de aparecer—. ¡Es una asesina ambiciosa que no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere!

Bellman nos miró por turnos.

—¿Tienes pruebas, Harris?

—Oh, sí. —Sonrió—. Más pruebas de las que necesito. Heep, tráelo.

Uriah Hope (ahora *Heep*) había sobrevivido a las erratas, pero había quedado irremisiblemente cambiado. Si antes era *violento*, ahora, gracias al virus, era *lento*; era *fiel* en lugar de *cruel*, *afectuoso* en lugar de *odioso*. Pero eso no era lo peor. Tweed lo había planeado todo a la perfección: Uriah sostenía la funda de almohada manchada que contenía la cabeza de Snell. No la suya propia, claro: el recurso narrativo por el que tanto había pagado en el Pozo.

—Lo encontramos en la casa de Thursday Next —anunció Tweed—, oculto en el armario de la escoba. Heep, por favor.

El joven delgado y cetrino, cuyo pelo era ahora *erizado* en lugar de *rizado*, dejó la bolsa sobre la mesa y sacó la cabeza sosteniéndola por los pelos. Benedict jadeó y la Reina Roja se persignó.

—¡Por todos los santos —murmuró Bellman—, es Godot!

Se vuelven las tornas

COMERCIO INTERNO. Jerga para Manipulación Narrativa Interna. Ilegal desde 1932 y contraria al artículo B17(g) del Código de Continuidad Narrativa, esta fluctuación de trama auto inducida está tan extendida por el MundoLibro que para controlarla no hay que andarse con chiquitas. Normalmente se hace caso omiso de las pequeñas manipulaciones, como violaciones de diálogo y demás, pero grandes ajustes de trama sin autorización se investigan con agresividad. El caso más conocido de alarde de romper esas reglas fue cuando Heathcliff quemó la casa en *Cumbres borrascosas*. Multado y sentenciado a 150 horas de servicios comunitarios en *Huevos verdes con jamón*, Heathcliff no fue más que uno de los casos de alto nivel que Jurisficción investigaba en esa época.

GATO DE AU DE W
*Guía de Jurisficción a la Gran
 Biblioteca (glosario)*

Heep me agarró dolorosamente por el brazo y me lo retorció empujándome contra una estantería.

—Lo lamento profundamente, señorita Next —gimió. El virus había atravesado la piel y le había podrido el alma—. ¡Imagine, un A-7 como yo arrestando a una guapa exterior como usted!

El aliento le olía a podrido; respiré por la boca para evitar las náuseas. Se hizo con mi guía de viaje y aprovechó la oportunidad para pasarme la mano por el pecho; me resistí... pero sin resultado.

—¡Esa cabeza no es mía! —grité, comprendiendo de inmediato lo estúpida que parecía.

—Es algo de lo que *estamos* completamente seguros —respondió Tweed con calma—. ¿Por qué le mató?

—No lo hice. Es de Snell —dije inútilmente—. La compró para usarla en su próximo libro y me pidió que se la guardase.

—¿Snell dedicado al comercio interno? ¿Alguna calumnia más que quiera echar sobre el muerto? No me parece muy probable... ¿y cómo es que ha resultado ser la de Godot? ¿Coincidencia?

—Es una encerrona —respondí—. UltraPalabra™ es...

Me callé. Mis instructores de OpEspec me habían repetido en múltiples ocasiones que el mayor error en una situación de mucho estrés es actuar demasiado rápido y hablar de más antes de pensar. Tenía que ganar tiempo... un artículo que empezaba a escasear.

—Tenemos pruebas de su implicación en al menos otros tres asesinatos, señor Bellman —dijo Tweed.

Bellman se giró de pronto para mirarlo mientras me quitaban la guía de viaje y me encadenaban a tres yunques para evitar que saltase a otro lugar.

—¿Havisham? —preguntó con un estremecimiento en la voz.

—Eso creemos —respondió Tweed.

—Le están engañando, Bellman, señor —dije, intentando parecer tan normal como pude—. Algo huele a podrido en el MundoLibro.

—Ese algo es usted, Next —escupió Tweed—. Cuatro agentes de Jurisficción muertos en cumplimiento de su deber... y Deane desaparecido. No puedo creerlo... ¿mató a su mentora?

—Calma, Tweed —dijo Bellman, acercando una silla y mirándome con tristeza—. Havisham confiaba en ella y eso cuenta.

—Entonces, permita que le ilumine, señor Bellman —dijo Tweed, sentándose en la esquina de una mesa—. He estado investigando. Incluso sin tener en cuenta a Godot, hay pruebas más que suficientes de la perfidia de Next.

—¿Pruebas? —me burlé—. ¿Como cuáles?

—¿La clave *zafiro* le suena?

—Por supuesto.

—Sólo ocho agentes de Jurisficción tienen acceso a *La espada de los zenobianos* —dijo Tweed—, y cuatro de ellos han muerto.

—Está lejos de ser una prueba definitiva, ¿no?

—No lo es por sí sola —respondió Tweed con mucho cuidado—, pero sumada a otros hechos adquiere consistencia. Bradshaw y Havisham saltaron de *La espada de los zenobianos* dejándola a solas con Snell... regresan unos minutos después y Snell ha sufrido un brutal ataque antiortográfico. Todo perfecto, todo muy inteligente.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué iba a matar a la señorita Havisham? ¿Por qué iba a querer matar a *cualquiera* de ellos?

—Mató a Havisham porque descubrió que había hecho trampas en el examen de Jurisficción. ¿Sabe cómo lo sabemos?

—Sorpréndame.

—Pregunta cincuenta: «¿Quién escribió *El sapo de Toad Hall*?

—A. A. Milne —respondí.

—Correcto —respondió Tweed a su vez—, pero ésa no la acierta nadie. *Nadie*. Ni

siquiera Havisham. Nadie lo ha hecho en los últimos cincuenta años. Todos responden Kenneth Grahame. Juran y vuelven a jurar que es él. Ha estado empleando Jurisficción como trampolín para alimentar sus desmesuradas ambiciones. Algo muy peligroso. La ambición sostiene durante un tiempo... y luego mata indiscriminadamente.

—¿Qué ambición? Sólo deseo tener a mi hijo y volverme a casa.

—El trabajo de Bellman —anunció Tweed, como si estuviera sacándose un as de la manga—. Sabía que se retira, ¿no?

—Todo el mundo lo sabe.

—Y como exterior está en buena posición, pero sólo detrás de Bradshaw, Havisham, Perkins, Deane... y yo. Bradshaw ya ha sido Bellman, por lo que queda descartado. ¿Ahora iba a matarme a mí?

—No ambiciono en absoluto ser Bellman y no maté a la señorita Havisham —dije mientras intentaba pensar en un plan.

—Macbeth también negó sus ambiciones —dijo Tweed, acercándoseme.

—¿Qué tiene que ver Macbeth con todo esto?

—Quizá no lo sepa, pero las tres brujas están obligadas a registrar sus profecías. No les gusta nada tener que hacerlo, pero están obligadas... Si no hay papeleo, no hay licencia para leer entrañas de pollo. Es así de simple.

Se sacó un papel del bolsillo.

—El día posterior a su llegada registraron una profecía para una tal «Thursday Next». Dice: «Profecía uno: *Ciudadana de Swindon*. Profecía dos: *Miembro de pleno derecho de Jurisficción, eso serás*. Profecía tres: *Al final, Bellman serás*.»

Dejó la hoja en la mesa y me la pasó.

—¿Lo niega?

—No —dije abatida.

—Lo llamamos *Síndrome de Macbeth* —dijo Bellman con voz triste—. Es el deseo enfermizo de cumplir las profecías. Casi siempre resulta fatal. Por desgracia, no sólo para el enfermo. ¿Iba a matarme o planeaba esperar a que me jubilara?

—No sufro ningún síndrome, señor Bellman, e incluso si así fuese, ¿no habría que prestar atención a cualquier posible error de UltraPalabra™?

—No hay ningún error —intervino Tweed—. UltraPalabra™ es la tecnología más perfecta que hayamos creado jamás... segura, estable y por completo carente de problemas. Dígame cuál es el fallo... seguro que hay una explicación satisfactoria.

No dije nada. Sabía que Bellman era un hombre honrado. ¿Debía contarle el problema de la triple lectura y arriesgarme a que Tweed ocultase aún más su rastro? Pensándolo bien, era mejor no hacerlo. Cuanto más escarbaba yo, más encontrarían contra mí. Necesitaba espacio para planear... tenía que *escapar*.

—¿Qué será de mí?

—Expulsión permanente del MundoLibro —respondió Tweed—. No tenemos pruebas suficientes para condenarla, pero tenemos lo suficiente para prohibirle la entrada en la ficción. No hay apelación posible. Sólo precisa la ratificación de Bellman.

—Bien —dijo Bellman, tocando la campanilla con desgana—, no puedo menos que estar de acuerdo con la recomendación de Tweed. Regístrenla por si tiene algún dispositivo del MundoLibro antes de enviarla de vuelta.

—Está cometiendo un error, señor Bellman —dije con furia—, un error muy...

—¡Oooh! —dijo Heep, que había estado rebuscando en mis bolsillos mientras intentaba magrearme otra vez—. ¡Miren lo que he encontrado!

Era el recurso narrativo «¡De pronto, se oyó un disparo!» que Snell me había dado en el Cordero Degollado.

—¿Un recurso narrativo, señorita Next? —dijo Tweed, aceptando aquel pequeño globo de vidrio que le entregaba Heep—. ¿Tiene los papeles?

—No. Es una prueba. Simplemente se me olvidó registrarla.

—Es estrictamente ilegal llevar encima cualquier Dispositivo de Cambio Narrativo. ¿Es traficante? ¿Quién le suministra? ¿Vende esta basura en la ficción para adolescentes?

—Métasela por el culo, Tweed.

—¿Qué ha dicho?

—Ya me ha oído.

Se puso de color carmesí y es posible que incluso me hubiese golpeado, pero yo sólo quería que se me acercase lo suficiente para darle una patada, o al menos un golpe, en la mano.

—Montón de mierda —dijo con desprecio—. Supe que no valía nada desde el mismo momento en que la vi. ¿Se cree muy especial, señorita OpEspec exterior suprema?

—Al menos yo no trabajo para Skyrail, Tweed. ¡Dentro de la ficción eres un tipo muy importante, pero en el mundo real eres menos que nadie!

Estas palabras provocaron el efecto deseado. Dio un paso hacia mí y le di una patada directa en la mano. El pequeño globo salió volando muy por encima de nuestras cabezas. Heep, cobarde como era, se puso a cubierto, pero Tweed y la Reina Roja, temiendo que un Dispositivo de Cambio Narrativo se activase en un espacio cerrado, intentaron atraparlo. Quizás hubiesen tenido éxito de no haber chocado entre sí. El globo cayó al suelo y se rompió ante su mirada impotente.

De pronto, sonó un disparo. No vi de dónde venía, pero sentí sus efectos; la bala dio en la cadena que me unía a los yunques, rompiéndola sin problemas. Tomé aliento y corrí hacia la puerta. No sabía adonde me dirigía; sin mi guía de viaje estaba atrapada y *Sentido y sensibilidad* no era tan grande. Tweed y Heep se pusieron pronto

en pié sólo para volver a agacharse en cuanto un segundo disparo siguió al primero. Me agaché y crucé la puerta para encontrarme con... Vernham Deane, pistola en mano. Heep y Tweed respondieron al fuego mientras Deane guardaba el arma y me agarraba ambas manos.

—No te sueltes y deja en blanco la mente —dijo—. Vamos a *abstraernos*.

Dejé la mente en blanco todo lo que pude y...[24]

—¡Qué extraño! —dijo Tweed, yendo al lugar donde había visto a Thursday por última vez. Sabía que ella era incapaz de saltar sin el libro, pero algo no encajaba. Se había *desvanecido*... no con el fundido de un salto a libro estándar, sino instantáneamente.

Heep y Bellman se unieron a él. Heep sujetaba por la correa un librosabueso que olisqueó el suelo y gimió ruidosamente, babeando.

—¿No hay rastro? —dijo Bellman confuso—. ¿No hay firma de destino? Harris, ¿qué está pasando?

—No lo sé, señor. Con su permiso, me gustaría llevar a cabo cribas textuales en todos los pisos de la Gran Biblioteca. Desde este momento Heep será su guardaespaldas; Next está loca, no cabe duda, e intentará matarle... seguro. ¿Tengo su permiso para solicitar al Consejo de Géneros una Finalización Extremadamente Perjudicial?

—No, no estoy preparado para dar ese paso. ¿Ordenar la muerte de una persona del Exterior? No seré yo quien lo haga.

Tweed ya se iba cuando Bellman le llamó.

—Tweed —le dijo—, Thursday ha comentado algo de un problema con UltraPalabra™. ¿Cree que deberíamos hablar con la Gran Central Textual y retrasar el lanzamiento?

—¿Se la toma en serio, señor? —exclamó Tweed sorprendido—. Discúlpeme por ser tan directo, pero Next es una asesina y una mentirosa. ¿A cuántos más tiene que matar para que la detengamos?

—UltraPalabra™ es más importante que todos nosotros —dijo Bellman rotundo—. Aunque sea una asesina, es posible que haya descubierto algún defecto. No puedo permitirme correr riesgos con una nueva actualización.

—Bien, podemos retrasarlo —dijo Tweed lentamente—, pero la puesta en marcha del nuevo sistema operativo ya no se llevaría a cabo estando usted en activo como Bellman. Si cree que ésa es la mejor opción, quizá debamos hacerlo. Pero el Bellman que convierta UltraPalabra™ en ley pasará a la historia como un héroe, ¿no cree?

Bellman se frotó el mentón sumido en profundas reflexiones.

—¿Qué otras pruebas podrían realizarse? —dijo al fin.

Tweed sonrió.

—No estoy seguro, señor. Corregimos el conflicto con el manual de vuelo y depuramos el AutoPasaPáginasDeluxe™. El problema de sobrecalentamiento por escenas picantes se ha resuelto y el módulo de traducción al esperanto funciona ahora al ciento por ciento. Todos esos errores se han corregido de forma abierta y transparente. Tenemos que actualizar y actualizar de inmediato... la popularidad del ensayo sigue aumentando y no podemos bajar la guardia.

Heep se acercó corriendo y susurró algo al oído de Tweed.

—Un mensaje de nuestra fuente de información, señor. Parece que recientemente Next ha sufrido un problema de mnemonomorfo.

—¡Gran Scott! —dijo Bellman—. ¡Es posible que ni siquiera sepa lo que ha hecho!

—Eso explicaría esa actuación tan convincente —añadió Tweed—. Una mujer sin memoria de su maldad no sentiría culpa. Bien, ¿tengo ahora su permiso para aplicar una orden de Finalización Extremadamente Perjudicial?

—Sí —dijo el Bellman suspirando y sentándose—. Sí, será mejor que lo haga... y UltraPalabra™ seguirá adelante como está planeado. Ya nos hemos portado con demasiada indecisión.

Volvimos a saltar a las oficinas de Jurisficción. Tweed y Heep estaban a solas con Bellman, repasando un documento que era, como supe más tarde, mi orden de finalización. Yo apuntaba con la pistola de Deane a... Deane; él tenía las manos en alto. Heep y Tweed intercambiaron miradas nerviosas.

—Le he traído a Deane, Bellman —anuncié—. No tenía ninguna otra forma de demostrar mi inocencia. Vern, cuéntales lo que me has contado a mí.

—¡Vete al infierno!

Le di un buen golpe en la nuca con la culata del arma y cayó al suelo, conmocionado momentáneamente. La sangre le mojó el pelo y yo me estremecí; por suerte, nadie me vio.

—Eso ha sido por la señorita Havisham —le dije.

—¿La señorita Havisham? —repitió Bellman.

—Oh, sí —respondí—. Cabrón.

Deane se tocó la parte posterior de la cabeza y se miró la mano.

—¡Putá! —murmuró—. También debería haberte matado a ti.

Se volvió y saltó sobre mí a una velocidad sorprendente. Me agarró la garganta antes de que pudiese detenerle y los dos caímos al suelo, derribando una mesa en el proceso. Fue una interpretación impresionante.

—¡La putilla de la sirvienta merecía morir! —gritó—. ¡Cómo se atrevía a destruir la vida feliz que me correspondía!

Yo no podía respirar y me desmayaba. Había querido que fuese realista... y bien,

supongo que él también lo pretendía.

Tweed colocó la pistola bajo la barbilla de Deane y le obligó a apartarse de mí. Me escupió en la cara mientras yo, tendida en el suelo, intentaba recuperar el aliento. A continuación Heep se encargó de Deane, y se divirtió de lo lindo golpeándole a pesar de que se disculpaba de forma muy exagerada cada vez que le daba un golpe.

—¡Ya basta! —gritó Bellman—. ¡Tranquilidad todo el mundo!

Sentaron en una silla al ahora sangrante Deane y Heep le ató las manos.

—¿Mataste a Perkins? —preguntó Bellman, y Dean asintió sombrío.

—Iba a delatarme... Havisham también. Snell y Mathias simplemente se interpusieron en mi camino. ¡La felicidad habría sido mía! —Sollozó—. ¿Por qué tuvo que presentarse la muy puta con ese pequeño bastardo? ¡Debería haberme casado con la señorita O'Shaugnessy! ¡Sólo quería lo que no consigue ningún señor malvado de Farquitt...!

—¿Y qué es eso? —preguntó Bellman con seriedad.

—Un final feliz.

—Penoso, ¿no diría usted, Tweed?

—Penoso, sí, señor —respondió hierático, mirándome mientras me levantaba del suelo.

Bellman rasgó la orden para mi finalización.

—Da la impresión de que la hemos infravalorado —dijo Bellman, feliz—. Sabía que Havisham no podía equivocarse. Tweed, creo que le debe una disculpa a la señorita Next.

—Me disculpo sin reservas —dijo Tweed con los dientes apretados.

—Bien —dijo Bellman—. Bien, Thursday, ¿cuál era ese problema con UltraPalabra™?

Era un momento delicado. Teníamos que llegar a instancias más altas que Bellman. Dado que Libris y toda la Gran Central Textual estaban implicados, no había forma de saber de qué serían capaces. Recordé un error de una de las primeras versiones de prueba de UltraPalabra™.

—Bien —dije—, creo que hay un conflicto con un manual de vuelo. Si lees un libro UltraPalabra™ en una nave aérea, los manuales de vuelo se vuelven locos.

—Eso está resuelto —dijo Bellman con amabilidad—, pero gracias por su diligencia.

—Qué alivio —respondí—. ¿Puedo irme?

—Por supuesto. Sí, y si encuentra cualquier otra irregularidad en UltraPalabra™ quiero que me lo comunique a mí y sólo a mí.

—Sí, señor. ¿Puedo?

Señalé mi guía de viaje.

—¡Claro que sí! Un trabajo impresionante la captura de Deane, ¿no cree, Tweed?

—Sí —respondió Tweed con gravedad—, impresionante... Bien hecho, Next.

Abrí la guía de viaje y me leí en la oficina de Juicio Salomónico. Tweed no intentaría nada en el C de G, y los siguientes tres días eran cruciales. Todo lo que necesitaba contarle a Bellman tendría que esperar hasta que tuviera siete millones de testigos.

El 923 Premios Anuales del MundoLibro

Los Premios Anuales del MundoLibro (o Bookies) se crearon en 1063 d.C. y, durante los primeros doscientos años, los acapararon Esquilo y Homero, que ganaron en la mayoría de las más o menos treinta categorías. Tras la expansión de la ficción y la inclusión de la tradición oral, en 1423 las categorías llegaron a ser doscientas. Veinte años más tarde se añadieron los premios técnicos, incluidos «palabra más empleada» y «palabra mal escrita en más ocasiones», lo que ha sido un tema polémico desde entonces. En 1879 ya había seiscientas categorías, pero ni la duración de la ceremonia ni el escándalo de manipulación de votos de 1965 mellaron la popularidad de una ocasión tan sonada. Durante muchos años seguirá siendo uno de los acontecimientos más famosos del MundoLibro.

TRAFFORD BRADSHAW, CBN
Guía Bradshaw del MundoLibro

Me encontraba entre bastidores de la sala Starlight, una más en una larga fila de celebridades menores, todas aguardando su turno para salir y leer las candidaturas. La zona de espera donde nos habían metido era grande y la cháchara de las voces emocionadas sonaba a agua corriente. Llevaba toda la velada intentando evitar a Tweed. Pero, en cuanto le perdía, Heep ocupaba su lugar. También había otros. Bradshaw me había señalado a Orlick y a Legree, dos ayudantes de Tweed que le parecía que tampoco eran de fiar.

De todos ellos, Heep era el menos profesional. Su capacidad para observar sin ser observado era asombrosamente inadecuada.

—¡Bien! —dije, al pillarle mirándome—. ¡Tú y yo, los dos esperando un premio! Se frotó las manos y unió los largos dedos.

—Impresionante, yo todo humildad y usted una exterior. Gracias a usted y al incidente antiortográfico soy candidato a «personaje más escalofriante de una novela de Dickens». ¿En qué categoría compite usted?

—Voy a presentar, no a recoger, Uriah... y, por cierto, ¿por qué me sigues?

—Mis disculpas, señora —dijo, retorciéndose un poco y juntando las manos para evitar que le temblaran—. El señor Tweed me pidió que la vigilase especialmente de cerca por si había algún ataque, señora.

—¿Ah, sí? —respondí, nada impresionada por una excusa tan tonta—. ¿De quién?

—De los que deseen causarle daño, claro está. ProCaths, bowdlerizadores... incluso los ciudadanos de Sombra. Estoy seguro de que fueron ellos los que intentaron matarla.

Por desgracia, era cierto. Desde el arresto de Deane ya habían atentado en dos ocasiones contra mi vida. La primera vez habían soltado un tigre en la oficina de Kenneth. Al principio había creído que era Big Martin, que al final me había dado caza... pero no. Bradshaw se había ocupado de la criatura; la mandó de viaje sin retorno a *La espada de los zenobianos*. La segunda vez fue un asesino a sueldo. Por suerte, la letra de Heep era bastante mala y Thursby de *El halcón maltés* fue quien recibió el tiro. Seguía viva sólo por el hecho de que era exterior. De haber sido una genérica, haría tiempo que me habrían borrado en la fuente.

—El señor Tweed dice que los exteriores tienen que cuidar unos de los otros —añadió Heep—. Los exteriores tienen obligaciones...

—La verdad es que es muy considerado por tu parte —le interrumpí—, pero puedo cuidar de mí misma. Buena suerte con tu premio; estoy segura de que ganarás.

—¡Gracias! —dijo, retorciéndose brevemente antes de apartarse un poco y seguir mirándome fijamente con más bien poca sutileza.

Me llamaron al escenario, donde vi al maestro de ceremonias cerrando el premio anterior. Me recordó a Adrián Lush: todo sonrisas, hipocresía y pelo cardado.

—Por tanto —decía—, «teletransportación» es la clara ganadora de «premisa más increíble en una novela de ciencia ficción». Mala suerte para «y vivieron felices para siempre», que ganó el año pasado. Me gustaría dar las gracias a todos los candidatos y especialmente a Ginger Hebblethwaite por presentarlo.

Hubo aplausos y un joven pecoso con chaqueta de aviador saludó a la multitud y me guiñó el ojo al salir del escenario.

El maestro de ceremonias respiró hondo y consultó su lista. Al contrario que en casa, allí los premios no se retransmitían por televisión, ya que en el MundoLibro no había televisión. No hacía falta. Los genéricos que se habían quedado en los libros cubriendo los servicios mínimos para mantener las historias en marcha se mantenían informados por medio de enlaces notaalpiéfono desde la sala Starlight. Con todos los personajes habituales asistiendo a los premios, la ficción no era *exactamente* igual de buena, pero por lo general nadie se daba cuenta. A menudo ésa era la razón por la que la gente del Exterior discutía acerca de la calidad de un libro recomendado. Lo habían leído durante los Bookies.

—Damas, caballeros y... eh... cosas, el próximo premio lo presentará la agente de Jurisficción más reciente en las filas de la agencia policial del MundoLibro. Recién llegada de una brillante carrera en el Exterior y artífice del final mejorado de

Jane Eyre, les presento a... ¡Thursday Next!

Se oyeron aplausos y salí, sonriendo como se esperaba de mí. Besé en el aire al maestro de ceremonias y miré al auditorio.

Era vasto. *Realmente* vasto. La sala Starlight era el espacio de su tipo más grande jamás descrito en un libro. Un candelabro encendido adornaba cada una de las cien mil mesas y, por tanto, al mirar la sala sólo vi un campo interminable de luces blancas parpadeando en la distancia como estrellas. Esa noche estaban presentes siete millones de personajes, pero haciendo uso de una conveniente tecnología de desplazamiento de campo temporal tomada prestada de los chicos del género de la ciencia ficción, todos los presentes ocupaban una mesa justo al lado del escenario y podían vernos y oírnos sin problemas.

—Buenas noches —dije, mirando el mar de caras—. He venido a leer los candidatos y anunciar el ganador de la categoría «mejor inicio de capítulo en lengua inglesa».

Las luces empezaban a darme calor. Me armé de valor y leí la parte de atrás del sobre.

—Optan al premio: *La caída de la casa Usher*, de Edgar Allan Poe; *Regreso a Brideshead*, de Evelyn Waugh, e *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens.

Esperé a que se apagasen los aplausos y abrí el sobre.

—Y la ganadora es... ¡*Regreso a Brideshead*! Se produjo un aplauso atronador y yo sonreí como se esperaba de mí cuando el maestro de ceremonias se inclinó hacia el micrófono.

—¡Maravilloso! —dijo entusiasmado mientras los aplausos iban muriendo—. Oigamos el párrafo ganador, ¿vale?

Colocó el breve texto, en el dispositivo de ImaginoTransferencia instalado en el escenario. Pero no se trataba de un dispositivo grabador como los empleados para crear libros en el Pozo. Era un transmisor. La máquina leyó las palabras de la historia de Waugh y las proyectó directamente a la imaginación del público.

«Ya había estado aquí», dije. Ya había estado allí. Primero con Sebastian, más de veinte años antes, un día despejado de junio, cuando las ulmarias llenaban de blanco las zanjas y los aromas veraniegos perfumaban el aire; era un día esplendoroso y, a pesar de haber estado allí en múltiples ocasiones, con muchos estados de ánimo diferentes, era a esa primera visita a la que regresaba mi corazón en aquella ocasión, la última...

Los invitados aplaudieron otra vez y, cuando dejaron de hacerlo, el maestro de ceremonias anunció:

—El señor Waugh no puede estar con nosotros esta noche, así que me gustaría

pedirle a Sebastian que acepte el premio en su nombre.

Se oyó un redoble de tambores y un breve estruendo de música cuando Sebastian caminó desde su mesa hasta el podio y, tras besarme en la mejilla, le dio un buen apretón de manos al maestro de ceremonias.

—¡Genial! —dijo tomando un trago de la copa que se había traído—. Es un gran honor aceptar el premio en nombre del señor Waugh. Sé que querría que diese las gracias a Charles, de cuya boca surgen todas las palabras, y también a lord Marchmain por su excelente escena de muerte; a mi madre, claro está, y a Julia, Cords...

—¿Qué hay de mí? —dijo una vocecilla desde la mesa de *Regreso a Brideshead*.

—Ya llegaba a ti, Aloysius.

Se aclaró la garganta y tomó otro trago.

—Claro está, también me gustaría decir que en *Regreso a Brideshead* no podríamos haberlo logrado por nosotros mismos. Me gustaría dar las gracias a todos los personajes de obras anteriores que tanto hicieron por cimentar las bases. En especial, me gustaría mencionar al capitán Grimes, a Margot Metroland y a lord Copper. Además...

Habló de la misma forma durante casi veinte minutos, dándoles las gracias a todos los que se le ocurrían antes de aceptar finalmente la estatuilla y volver a la mesa. El maestro de ceremonias me dio las gracias y salí del escenario muy aliviada, con la voz del maestro de ceremonias diciendo:

—Y en cuanto a la próxima categoría, «trama más incomprensible en cualquier género», nos alegra dar la bienvenida a alguien que amablemente se ha tomado unas horas libres de su agotador programa de dominación sádica de la galaxia. Damas, caballeros y cosas, ¡Su Suprema Santidad el emperador Zhark!

—Le toca —le susurré al emperador, que intentaba calmar los nervios con un cigarrillo rápido.

—¿Qué tal estoy? —preguntó—. ¿Como para llenar de terror los corazones de millones de formas de vida indefensas?

—Aterrador —le dije—. ¿El sobre?

Rebuscó en la gruesa capa negra hasta dar con él, me dedicó una amplia sonrisa, respiró hondo y subió decididamente al escenario para recibir gritos de terror y desprecio.

Volví a entrar en la sala Starlight cuando entregaban el premio a la «trama más incomprensible», por quinto año consecutivo, a *El mago*. Miré el reloj. Faltaba una hora para que se anunciase el último y más prestigioso premio al «protagonista romántico más turbulento». Era una competición muy animada y las probabilidades llevaban todo el día fluctuando. Heathcliff era el claro favorito 7 a 2. Había ganado

setenta y seis veces seguidas y, siempre consciente de que alguien podía restarle protagonismo, había estado alterando sus palabras y acciones de forma sutil para mantener la corona bien plantada en su cabeza, algo que la oposición también había intentado. Jude Fawley había intentado modificar su trama para añadirle dramatismo y ni siquiera Hamlet era inmune a sutiles modificaciones de trama; había exagerado su locura hasta tal punto que habían tenido que mandarle de crucero para que se relajase.

Pasé junto a una mesa ocupada por conejos.

—¡Camarero! —dijo uno, golpeando con la pata para llamar la atención—. ¡Más hojas de dientes de león para la mesa ocho, si me hace el favor, señor!

—Buenas noches, señorita Next.

Eran los Bradshaw. Me alegró comprobar que no se habían plegado a los convencionalismos. Al final la señora Bradshaw había decidido asistir.

—Buenas noches, comandante, buenas noches, señora Bradshaw... bonito vestido.

—¿Le parece? —preguntó la señora Bradshaw algo nerviosa—. Trafford quería que me pusiese algo largo pero creo que este traje de cóctel de Coco Chanel es una maravilla, ¿no crees?

—El negro hace juego con sus ojos —le dije, y ella sonrió recatadamente.

—Tengo lo que querías que te guardase —susurró Bradshaw en voz muy baja—. Me gustan las mujeres que saben delegar... ¡Dime cuándo y será tuyo!

—Espere al anuncio de UltraPalabra™ —siseé—. Tweed me sigue de cerca; ¡evite por cualquier medio que se haga con él!

—No te preocupes por eso —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la señora Bradshaw—. La *memsahib* lo sabe todo... puede que tenga un aspecto delicado, pero por san Jorge que es temible cuando la hacen enfadar.

Me dedicó un guiño y seguí avanzando, con el corazón desbocado. Esperaba que mis nervios no fuesen evidentes. Heep estaba en el escenario, pero Legree había ocupado su puesto y me vigilaba con disimulo a unas setecientas mesas de distancia. La tecnología de desplazamiento de campo temporal le favorecía... todas las mesas estaban junto a todas las demás.

De pronto percibí un fuerte olor a cerveza.

—¡Señorita Next!

—Sir John, buenas noches.

Falstaff me miró de arriba abajo. No me ponía vestido muy a menudo y crucé los brazos a la defensiva.

—¡Resplandeciente, querida, resplandeciente! —exclamó, fingiendo ser un experto.

—Gracias.

Habitualmente evitaba a Falstaff, pero ya que me vigilaban, era mejor que hablara con todos; si Tweed y la GCT creían que podía causarles problemas, no iba a ayudarlos llamando la atención sobre mis verdaderos aliados.

—Sé de una habitación discreta, dama Next, un rincón para conocerse... un *niche d'amour*. ¿Qué tal si nos retiramos para que te explique por qué me pusieron Falstaff?

—En otra ocasión.

—¿En serio? —preguntó, sorprendido por mi conformidad totalmente accidental.

—No, la verdad es que no, sir John —dije a toda prisa.

—¡Menos mal! —dijo, limpiándose la frente—. Si yacieses conmigo no sería ni la mitad de divertido... ¡La resistencia, dama Next, es efectivamente un potente atractivo!

—Si resistencia es lo que busca —le dije, sonriendo—, ¡entonces jamás tendrá una mujer más reacia!

—¡Brindo por eso! —Rio efusivamente... es posible que acuñasen la palabra especialmente para él.

—Tengo que irme, sir John. No más de un galón de cerveza por hora, ¿recuerda? —Le toqué la enorme barriga, que era tan dura como un barril de cerveza.

—¡Palabra de honor! —respondió, limpiándose la espuma de la barba.

Llegué hasta la mesa de Jurisficción. Beatrice y Benedict discutían, como siempre.

—¡Ah! —dijo Benedict tan pronto como me senté—. A menudo la belleza llena de orgullo a una mujer, pero ¡Dios sabe que Beatrice posee muy poca!

—¿De verdad? —respondió Beatrice—. ¡Ni los caníbales hambrientos se atreverían a tocar esa cara tuya!

—¿Habéis visto a Bellman? —pregunté.

Dijeron que no y los dejé que siguieran discutiendo. Entonces Foyle se me sentó al lado. Le había visto en ocasiones por Norland Park. También pertenecía a Jurisficción.

—Hola —dijo—, no nos han presentado. Gully Foyle me llamo, terra es mi nación; el espacio profundo es mi hogar y la muerte mi destino... Me encargo de la ciencia ficción.

Le di la mano.

—Thursday Next —respondí—. De Swindon. ¿Qué opina de los premios?

—Están bastante bien —respondió—. Me ha decepcionado que Hamlet ganase el de personaje de Shakespeare al que más nos gustaría abofetear. Yo apostaba por Otelo.

—Bien —respondí—. Otelo ha ganado el de protagonista de Shakespeare más lelo y no les gusta que se repitan.

—¿Es así? —reflexionó—. No consigo encontrarle sentido al sistema de

votación.

—Dicen que le van a asignar como compañero al emperador Zhark —dije, más por mantener la conversación que por otra cosa.

—Espero que no —respondió Foyle—. Llevamos bastante tiempo intentando elevar el nivel intelectual y filosófico de la ciencia ficción; gente como él no ayuda en nada a la causa.

—¿Cómo es eso?

—Bien —dijo Foyle—, ¿cómo podría expresarlo? Zhark pertenece a lo que describimos como «ciencia ficción menor», «divertida» o incluso «clásica».

—¿Qué tal «basura»?

—Sí, eso me temo.

El público prorrumpió en aplausos mientras el maestro de ceremonias anunciaba el siguiente premio.

—Damas, caballeros y cosas —declaró—, le pedimos a Dorothy que entregase el siguiente premio, pero, desgraciadamente, justo antes de la ceremonia la han secuestrado unos monos voladores. Por tanto, yo mismo leeré a los candidatos.

El maestro de ceremonias suspiró. La ausencia de Dorothy no era más que el último de una serie de problemas de poca importancia que habitualmente alteraban el desarrollo normal del espectáculo. Hacía un rato, Rumpelstiltskin había perdido la cabeza y atacado a alguien que había logrado adivinar su nombre. Marry Elliot de *Persuasión* se había declarado «demasiado indispuesta» para recibir el premio al personaje de Austen más cansino y no habían podido convencer a Boo Radley para que saliese de su camerino.

—Por tanto —siguió diciendo el maestro de ceremonias—, los candidatos a mejor muerto de ficción son los siguientes. —Miró la parte posterior del sobre—. Primer candidato: el conde Drácula.

Se produjeron algunos aplausos cortos, mezclados con algunos abucheos.

—Sí, efectivamente —exclamó el maestro de ceremonias—, el señor supremo del mal en persona, padre de todo un subgénero. Desde su castillo en los Cárpatos saltó al mundo y lo cubrió de sombras para siempre. Leamos un poco más.

Colocó un breve extracto bajo el dispositivo de ImaginoTransferencia y sentí una sombra fría en el cuello cuando la descripción del señor de las tinieblas entró en mi imaginación.

Allí, en una de las grandes cajas, de las que había cincuenta sobre un montón de tierra recién cavada, se encontraba el conde. No supe si estaba muerto o dormía, porque tenía los ojos abiertos y eran pétreos, pero no estaban vidriados por la muerte, y las mejillas poseían el calor de la vida a pesar de su palidez, y los labios eran tan rojos como siempre. Pero no había ninguna señal de movimiento,

ni pulso, ni respiración, ni le latía el corazón. Me incliné sobre él para encontrar alguna señal de vida, pero fue en vano.

Aplausos y volvieron a encenderse las luces.

—Del no muerto al muy muerto, el segundo candidato es un hombre que regresa desinteresadamente de la tumba para advertir a su antiguo socio empresarial de los terrores que le esperan si no cambia su modo de vida. Desde *Un cuento de Navidad*: ¡Jacob Marley!

El mismo rostro: justo el mismo. Marley con su coleta, su chaleco de siempre, calzas y botas; las borlas de estas últimas tiesas, como su coleta, los faldones de su chaqueta y el pelo de su cabeza. Tenía la cadena pasada por la cintura. Era una cadena larga y enrollada como una cola, y estaba formada (porque Scrooge la examinó con atención) por cajas de dinero, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras y pesados monederos, todo forjado en acero. El cuerpo era transparente, por lo que Scrooge, al observarle, y mirando el chaleco, veía los dos botones que la chaqueta tenía detrás.

Miré a Marley en la mesa de *Un cuento de Navidad*. A través de su silueta semitransparente vi a Scrooge preparando un petardo de Navidad con el pequeño Tim.

Cuando se apagaron los aplausos, el maestro de ceremonias anunció al tercer candidato:

—El fantasma de Banquo de *Macbeth*. Un amigo asesinado y la venganza sangrienta conforman el menú de esta obra escocesa sobre el poder y la obsesión en el siglo XI —dijo entusiasmado—. ¿Macbeth controla su destino, o el destino controla a Macbeth? Echemos un vistazo.

Entra el fantasma.

MACBETH. ¡Lejos, no te presentes a mi vista!

¡Ve a ocultarte en la tierra!

Tus huesos están reseco y tu sangre está fría;

no hay brillo en esos ojos

con los que me miras con furia.

LADY MACBETH. Pares, considerad lo que sucede

no más que como una costumbre. No es otra cosa,
aunque arruine la presente alegría.

MACBETH. Yo me atrevo a lo que se atreva cualquier
hombre,

acércate como el temible oso ruso,
el rinoceronte armado o el tigre de Hircania;
adopta cualquier forma menos la que tienes, y mis sólidos
nervios jamás temblarán. O vuelve a la vida
y desafíame con tu espada en el desierto.
Si entonces temblase, podrías decir de mí
que soy la muñeca de una niña.
¡Sólo entonces, sombra horrible!
¡Farsa irreal, sólo entonces!

Sale el fantasma.

—Y el ganador es... —anunció el maestro de ceremonias abriendo el sobre—: el conde Drácula.

Los aplausos eran atronadores cuando el conde fue a recibir el premio. Le dio la mano al maestro de ceremonias y aceptó la estatuilla antes de dirigirse al público. Tan blanco y cadavérico era que me estremecí involuntariamente.

—Primero —dijo el conde con una voz suave acompañada de un ligero ceceo—, muchas gracias a Bram por su relato admirable de mis actividades. También me gustaría dar las gracias a Lucy, el señor Harker y a Van Helsing...

—Espero que no se eche a llorar como el año pasado —dijo una voz cerca de mi oído. Me volví para encontrarme con el gato de Cheshire apoyado precariamente en el respaldo de una silla—. Resulta muy embarazoso.

Pero lo hizo. Al cabo de un momento el conde, hecho un mar de lágrimas, daba las gracias a todos los que se le ocurrían y en líneas generales quedaba como un tonto.

—¿Qué tal los premios? —le dije al gato, agradecida de ver una cara amistosa.

—No están mal —respondió—. Creo que Orlando está un poco contrariado por que el Gato con Botas se haya llevado el premio al mejor gato parlante.

—Yo apostaba por ti.

—¿En serio? —dijo el gato, sonriendo todavía más—. *Eres* muy amable. ¿Quieres un consejo?

—Nunca rechazo ninguno —respondí. El gato de Cheshire siempre había sido completamente imparcial en Jurisficción. Un centenar de Bellmans podían ir y venir, pero el gato siempre estaría allí... y sus conocimientos eran vastísimos. Me incliné hacia él.

—Vale —anunció con grandilocuencia—, aquí tienes mi consejo. ¿Estás lista?

—Sí.

—No bajes del bus mientras esté en marcha.

—Es muy buen consejo —dije con cuidado—. Muchas gracias.

—No hay de qué —dijo el gato, y se evaporó.

—Hola, Thursday.

—Hola, Randolph. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —dijo algo dubitativo—. ¿Has visto a Lola?

—No.

—No es propio de ella perderse una fiesta —murmuró—. ¿Crees que estará bien?

—Creo que Lola sabe cuidarse sola —le dije—. ¿Por qué la buscas?

—¡Voy a decirle que me gusta! —respondió con decisión.

—¿Por qué parar ahí?

—¿Quieres decir que debo decirle que me gusta *de verdad*?

—Y más que eso... pero sería un buen comienzo.

—Gracias. Si la ves, dile que estoy en la mesa de los genéricos sin puesto.

Le deseé buena suerte y se fue. Me puse en pie y me acerqué a una zona cerrada por cortinas donde varios corredores aceptaban apuestas. Aposté cien a que Jay Gatsby ganaba el premio al protagonista romántico más turbulento. No pensaba que fuese a ganar; sólo quería que Tweed malgastase el tiempo intentando deducir qué tramaba. Poco después visité la mesa de *Caversham Heights* y me senté junto a Mary, que había regresado para los premios.

—¿Qué está pasando en el libro? —exigió saber, indignada—. ¡Jack me dice que mientras he estado fuera ha cambiado algunas cosas!

—Algunas —dije—. Pero no te preocupes, no escribiremos nada vergonzoso sobre ti sin antes consultarte.

Sus ojos pasaron un momento a Arnie, quien compartía un chiste con el capitán Nemo y Agatha Diesel.

—Vale, está bien —respondió.

La velada avanzaba, los famosos que anunciaban los candidatos eran cada vez más importantes a medida que las categorías ganaban también en importancia. El premio al mejor protagonista romántico masculino fue para Darcy, y Scout Finch se llevó el de mejor mujer en una historia de maduración. Miré la hora. Sólo quedaban diez minutos para que se anunciase el prestigioso protagonista romántico más turbulento. La versión femenina de ese premio había estado muy bien presentada por Thomas Hardy y las candidatas Bathsheba Everdene y Tess Durbeyfield habían sido desbancadas por una ganadora inesperada: lady Macbeth. Sylvia Plath también optaba al galardón, pero la habían descalificado porque era real.

Me puse en pie y me acercaba a la mesa de Jurisdicción cuando un redoble de tambor anunció la última categoría. Bellman me hizo una amable inclinación de cabeza y miré a la sala. Era el momento de actuar. UltraPalabra™ no era el sistema operativo salvador del MundoLibro... sería su final, y esperaba que Mimí, en los conductos de notaalpiéfono, estuviese lista.[\[25\]](#)

—Y ahora, damas, caballeros y cosas, la hora de la verdad en el 923 Premios Anuales del MundoLibro. Protagonista romántico más turbulento. Para leer las candidaturas tenemos nada menos que al verbalizador Libris, venido desde la Gran Central Textual.

Hubo muchos aplausos, cosa que no había esperado; la GCT no era tan popular. Me vino un súbito ataque de duda. ¿Era posible que Deane se hubiese equivocado? Volví a pensar en Perkins, Snell y Havisham y mi resolución regresó. Agarré el bolso y me puse en pie. Vi que Legree se envaraba y se levantaba de la mesa de *La cabaña del tío Tom* hablándole a un puño de la camisa. Me dirigí hacia la salida con él siguiéndome de cerca.

—¡Muchas gracias! —dijo Libris, alzando las manos para acallar los aplausos mientras Hamlet, Jude Fawley y Heathcliff esperaban cerca, todos ellos deseando que Libris se diese prisa para poder recoger la estatuilla—. Debo decir algunas palabras sobre el nuevo sistema operativo y luego podremos volver a los premios. —Respiró hondo—. Se han escrito muchas buenas palabras sobre UltraPalabra™ y debo decir que todo lo que dicen es cierto. Todo el MundoLibro disfrutará de sus beneficios, desde los más humildes D-10 de las novelas más baratas hasta los mejores A-1 de la gran literatura.

Caminé hasta un lado del escenario, hacia las puertas dobles que daban a la zona de espera. Legree me siguió, pero la viuda de Mathias le hizo tropezar. Le colocó un casco en el pecho y le retuvo mientras la señora Hubbard le agarraba un brazo y la señorita Muffet el otro. Lo hicieron con tal sigilo que nadie se dio cuenta.

—El ensayo va ganando popularidad y es preciso cortar de raíz su invasión de zonas históricamente restringidas a la ficción. Con tal fin, yo mismo y los técnicos de la Gran Central Textual hemos creado UltraPalabra™, el Sistema Operativo Libresco que nos ofrece más posibilidades, más tramas, más ideas y más formas de trabajar. Con esas herramientas, todos nosotros forjaremos una nueva ficción, una ficción tan variada que los lectores vendrán en masa. El futuro es brillante... el futuro es UltraPalabra™.

—¿Va a alguna parte, señorita? —preguntó Heep, bloqueándome el camino.

—Apártate de mi camino, Uriah.

Se sacó un arma del bolsillo, pero se detuvo de inmediato cuando una voz dijo:

—¿Sabe lo que puede hacer una *cabeza borradora* con un A-7 como usted, Heep?

Bradshaw salió de detrás de un trífido sembrado en una maceta. Traía su querido rifle de caza. Heep, cobarde como era, dejó caer la pistola y se puso a suplicar por su vida.

Crucé las puertas dobles y saqué el notaalpiéfono móvil. La zona de espera estaba desierta, pero me encontré con Tweed en la entrada al escenario. Libris seguía

hablando y, más allá, el público se tragaba hasta la última palabra.

—Claro está —decía—, el nuevo sistema exigirá nuevos procedimientos de trabajo y todos tendréis tiempo de sobra para leer el detallado manual de setecientas páginas; todos los trabajos estarán protegidos, todos los genéricos conservarán su puesto. Dentro de unos minutos pediré una votación para activar el nuevo sistema, tal como exige el Consejo de Géneros. Pero antes de hacerlo, repasemos los puntos más importantes. Primero, UltraPalabra™ soporta la posibilidad de libros «sin florituras» con sólo cuarenta y tres palabras diferentes, ninguna de más de seis letras. Diseñado para aquellos a quienes cuesta leer, esos...

Me incliné y hablé con Tweed mientras Libris seguía hablando con el público.

—¿Es por eso que invitó a todos los genéricos C y D, Tweed?

—¿A qué te refieres?

—¿Para manipular la votación? Sus mentiras causan mayor efecto en los que menos influencia tienen en el Pozo... Les ofrece el poder de cambiar algo y obedientemente lo aceptarán. Cuando Libris termine yo desmentiré lo que afirma. Cuando termine yo, usted, Libris y UltraPalabra™ serán historia.

Tweed me miró fijamente mientras Libris pasaba al tercer punto.

—UltraPalabra™ es demasiado importante para que lo estropee alguien como tú —dijo Tweed con desprecio—. Admito que es posible que tenga sus aspectos negativos, pero en general sus beneficios superan sus desventajas.

—¿Beneficios para quién, Tweed? ¿Para Kaine y para usted?

—Claro está. Y para ti también si dejases de entrometerte.

—¿Con qué le compró Kaine?

—No me compró, Next. Nos *fusionamos*. Sus contactos en el Exterior y mi posición en Jurisficción. Una persona ficticia en el mundo real y una persona real en la ficción. ¡Es difícil imaginar una asociación mejor!

—Cuando oigan lo que tengo que decir —respondí con calma—, *nunca* votarán a favor.

Tweed sonrió con esa sonrisa altanera suya y se hizo a un lado.

—¿Quieres hablar, Thursday? Adelante. Queda como una tonta. Pero recuerda: podemos refutar todo lo que digas. Podemos modificar las reglas, cambiar los hechos, negar la verdad mostrando *pruebas escritas*. Esa es la belleza de UltraPalabra™: todo puede fijarse directamente desde la Gran Central Textual, y como has comprendido correctamente, allí todo lo controlamos Libris, Kaine y yo. Es tan fácil cambiar un hecho como escribir un fallo del eje del Bluebird... o abrir un candado, o esparcir un virus antiortográfico. Basta simplemente con pulsar teclas, Next. Tenemos la Gran Biblioteca bajo nuestro control... con el texto fuente al alcance de nuestros dedos podemos hacer lo que queramos. ¡La historia nos tratará bien porque nosotros la escribiremos! —Rio—. También podrías intentar remontar una cascada en canoa. —

Me dio un toquecito paternalista en el hombro—. Pero por si tienes alguna carta en la manga —añadió—, hay siete mil señoras Danvers entrenadas y a la espera, dispuestas a actuar en cuanto las llame. Si queremos, incluso podemos escribir una rebelión... el Consejo será incapaz de distinguir entre una real y una escrita. *Ganaremos* la votación, Thursday.

—Sí, es posible —admití—. Sólo quiero que los personajes decidan conociendo *todos* los datos, no sólo los suyos.

Miré a Libris en el escenario.

—Décimo punto —dijo mientras Heathcliff consultaba el reloj impaciente—: todos los personajes, independientemente de dónde residan, dispondrán de cuatro semanas de vacaciones al año en cualquier libro que quieran.

Un estruendo de aplausos; les estaba ofreciendo todo lo que querían oír, haciendo promesas vanas para comprar a los habitantes del MundoLibro.

Tweed habló por el notaalpiéfono móvil.

—La señorita Next quiere hablar.

Vi que Libris se tocaba la oreja y se giraba para mirarme, desdeñoso.

—Pero antes de la votación —añadió—, antes de dar la orden y antes de que saltemos a amplios prados iluminados por el sol, creo que tenemos a un agente de Jurisficción que desea rebatir mis afirmaciones. Está en su derecho. Es *vuestro* derecho exigir pruebas si lo deseáis... y os aconsejo que lo hagáis. Damas, caballeros y cosas... ¡la señorita Thursday Next!

Hablé por mi notaalpiéfono móvil.

—¡Adelante, Mimí, adelante![\[26\]](#)

Todos los presentes en la sala Starlight reaccionaron un poco a la explosión distante. Tweed se envaró y se giró para mirarme con furia.

—¿Qué ha sido eso?

Le di un toquecito paternalista en el hombro.

—Se llama igualar el terreno de juego, Harris.

UltraPalabra™

DISPOSITIVOS DE CÓDIGO NARRATIVO. Nombre que reciben las máquinas de ImaginoTransferencia empleadas por la Gran Central Textual para enviar los libros de la Gran Biblioteca a los lectores del Exterior. En un solo piso de máquinas de la GCT hay quinientos de esos colosos de hierro forjado, latón reluciente y caoba brillante. Un único dispositivo puede soportar hasta mil lecturas simultáneas del mismo libro a seis palabras por segundo y lector. Con cientos de pisos similares, la GCT maneja cincuenta millones de lecturas diferentes, aunque por lo general los últimos treinta pisos sólo se emplean cuando se publica un éxito de ventas muy ansiado. Empleando el sistema UltraPalabra™ sólo harían falta doce dispositivos para manejar hasta cien millones de lecturas simultáneas a una velocidad de hasta veinte palabras por segundo.

XAVIER LIBRIS

*UltraPalabra™: la experiencia
de lectura definitiva*

Hamlet y Jude Fawley intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros al verme subir los escalones y mirar a la multitud. Heathcliff, para quien todo aquello no hacía sino retrasar el momento de gloria, me miró furibundo. Curiosamente, no estaba nerviosa... más bien sentía un entumecimiento eufórico. Ya vomitaría luego en el retrete, pero por el momento estaba bien.

—Buenas noches —dije a un público totalmente mudo—. Nadie niega que necesitemos más tramas, pero hay un par de detalles sobre UltraPalabra™ que deberían conocer.

—¿Gran Central Textual?! —llamó Tweed inútilmente por el notaalpiéfono móvil—. ¡Tweed a Gran Central Textual, respondan por favor!

No me quedaba mucho tiempo. Tan pronto como la Gran Central Textual se enterase de lo sucedido, podría escribirse otro enlace de notaalpiéfono.

—Primero, no hay tramas nuevas. En todas las pruebas realizadas, no se ha descrito ni entrevisto ninguna. Libris, ¿podría indicarnos una trama nueva?

—No estarán disponibles hasta que no se active UltraPalabra™ —dijo, mirando con furia a Tweed, quien seguía intentando hablar con la Gran Central Textual.

—Por tanto, están sin probar. Segundo —añadí—, UltraPalabra™ contiene una limitación de tres lecturas. Lo que significa que ya no se podrán prestar libros. Las bibliotecas tendrán que cerrar de la noche a la mañana, las librerías de segunda mano serán cosa del pasado. Las palabras educan y liberan... pero la GCT quiere convertirlas en un producto para su venta y nada más.

La multitud comenzó a murmurar. No era el tipo de murmullo habitual en el MundoLibro, que es un simple término descriptivo, sino un murmullo *real*. Siete millones de personas comentaban lo que yo acababa de decir.

—¡Orlick! —oí gritar a Tweed—. ¡Ve a la GCT, corre si hace falta, y que reparen el notaalpiéfono!

—¡Esto es ridículo! —gritó Libris, a punto de sufrir una apoplejía—. ¡Mentiras, absurdas mentiras!

—Aquí tienen —dije, lanzando el ejemplar de Deane de *El principito* a la mesa que tenía delante. La tecnología de desplazamiento de campo actuó a la perfección: un único libro aterrizó en cada una de las cien mil mesas—. Es un libro UltraPalabra™ —expliqué—. Lean la primera página y pásenlo. Veamos cuánto tiempo pasa antes de que no puedan abrirlo.

—¿Tweed?! —gritó Libris, que seguía junto a mí en el escenario y cada vez se ponía más nervioso—. ¡Haga algo!

Señalé a Xavier.

—El verbalizador Libris podría refutar mi argumentación con toda facilidad, simplemente reescribiendo los hechos. A estas alturas podría haber desbloqueado el libro si no fuese porque todas las líneas que comunican con la Gran Central Textual están cortadas. Tan pronto como se activen, cada uno de esos libros estará desbloqueado. Perkins fue asesinado cuando descubrió lo que, tramaban. Se lo contó a Snell y también le mataron. La señorita Havisham no lo sabía, pero la GCT *sospechaba* de ella, así que la silenciaron.

Bellman se había puesto en pie y caminaba hacia el escenario.

—¿Es cierto? —preguntó, echando chispas.

—No, Su Señoría —respondió Libris—, por mi honor. Tan pronto como recuperemos la conexión, refutaremos todas las afirmaciones realizadas por la confundida señorita Next.

Bellman me miró.

—Será mejor que sigas, joven. Tienes la atención de la multitud, pero no tengo ni idea de por cuánto tiempo.

—Tercero y más importante, todos los libros escritos usando el sistema UltraPalabra™ pueden ser corregidos directamente desde la Gran Central Textual... Jurisficción no será necesaria. Todo lo que hacemos lo podrán hacer técnicos de bajo nivel en la GCT.

—¡Ah! —dijo Libris interrumpiendo—. Ahora llegamos a lo importante de verdad... ¿no temerá por su trabajo?

—No temo por mi trabajo, Libris. Mi verdadero hogar está en el Exterior. Yo aplaudiría un MundoLibro en el que no hiciese falta policía... pero ¿no si con ello perdemos el Pozo de las Tramas Perdidas!

La multitud quedó boquiabierta; siete millones de personas simultáneamente.

—No harán falta tramadores, ecolocalizadores, imaginadores, congruentistas, gramaticistas u ortógrafos. No será necesario entrenar genéricos porque los personajes se construirán con la descripción mínima necesaria. Estoy hablando de la completa destrucción de todo lo que la escritura tiene de intuitivo... reemplazado por una fórmula. El Pozo sería desmantelado y en su lugar algunos técnicos de la GCT harían que UltraPalabra™ escribiera los libros sin contar con el consejo de ninguno de ustedes.

—Entonces, ¿qué pasaría con nosotros? —dijo una voz de delante.

—Reemplazados —me limité a decir—, reemplazados por cadenas de nombres y verbos. Sin esperanzas, sin sueños, sin futuro. No habrá más vacaciones, porque nadie las necesitará ni nadie las querrá... os transformarán simplemente en palabras sobre una página, tan carentes de vida como la tinta y el papel en el que os convertirán.

Silencio.

—¡Pruebas! —gritó Libris—. ¡Hasta ahora sólo ha demostrado que puede inventar un cuento tan bien como cualquier tramador! ¿Dónde está la prueba?

—Muy bien —dije despacio—. ¿Señora Bradshaw? La alondra, por favor.

La señora Bradshaw sacó la jaula de debajo de la mesa y me la entregó.

—Con mis propios ojos he visto un personaje de UltraPalabra™ y no era más que un cascarón vacío; si un libro antiguo se lee con UltraPalabra™ queda muy bien... pero si se *escribe* en UltraPalabra™, resulta plano y manido, carente de sentimiento, la SmileyBurger del mundo de la narración. Puede que el Pozo sea un lugar despilfarrador y complejo, pero todos los libros que se leen en el Exterior se construyeron aquí... incluso las obras de genio. —Saqué la alondra de la jaula—. Perkins murió por obtener esta prueba.

Coloqué el pequeño pájaro cantor bajo el dispositivo de ImaginoTransferencia y la descripción de la alondra se transmitió al público.

*Oh, alondra de alas rápidas,
desciende, pósate orgullosa,
borra con tu canto la oscuridad.
Ven y haz volar mi espíritu,
permanece aquí un tiempo,*

*tienta al verano con tu trino,
dulce flujo de canto sinfín.*

El público reaccionó favorablemente a las palabras y hubos algunos aplausos, a pesar del nerviosismo.

—¿Qué tiene de malo? —insistió Libris—. ¡UltraPalabra™ toma el lenguaje y lo emplea de la forma más maravillosa que se pueda imaginar!

Bellman me miró.

—Señorita Next —exigió—, explíquese.

—Bien —dijo despacio—, ésa *no es* una alondra de UltraPalabra™. La he recogido esta mañana de la Biblioteca.

Se produjo un silencio de expectación cuando la señora Bradshaw sacó un *segundo* pájaro aparentemente idéntico al primero y me lo pasó.

—Ésta es la versión de UltraPalabra™. ¿Podemos compararla?

—¡No será necesario! —dijo Libris con rapidez—. Nos hacemos cargo. —Se volvió hacia el Bellman—. Señor, nos hacen falta algunas semanas más para resolver estos pequeños...

—Adelante, Thursday —dijo Bellman—. Veamos qué tal parado sale UltraPalabra™.

Coloqué el pájaro en el dispositivo y transmití al público la descripción fría y clínica.

De cola corta y grandes alas con un reborde más pálido, es fácil reconocer a la alondra en vuelo por su patrón, muy característico, en el plumaje marrón del pecho y blanco y negro bajo la cola. Las alondras anidan en huecos del suelo. Cantan un poco.

—¡Pido una votación ahora mismo! —exclamó Bellman subiendo al escenario.

[27]

Miré a Tweed, quien jugaba con el notaalpiéfono y sonreía.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.[28]

—¿Eh? —preguntó Bellman.

—¡La votación! —le insté—. ¡Rápido!

—Claro —respondió, sabiendo muy bien que no derrotaríamos a la Gran Central Textual hasta que no se realizase la votación. El Consejo de Géneros no estaba implicado... pero intervendría si la GCT intentaba ir en contra de un referendo del MundoLibro. Eso era algo que *jamás* conseguirían reescribir.

—¡Bien! —dijo Tweed por su notaalpiéfono móvil—. Se ha reestablecido la comunicación.

Me sonrió y le hizo un gesto a Libris, quien se tranquilizó de esa forma tan dramática de los que disfrutan de una seguridad absoluta.

—Muy bien —dijo Libris lentamente—. Bellman ha pedido una votación y, como establecen las reglas, se me permite responder a las alegaciones presentadas.

—¿Refutar la refutación? —grité—. ¡Las reglas no dicen tal cosa!

—¡Sí que lo dicen! —dijo Libris educadamente—. ¿Quieres echar un vistazo a la Constitución del MundoLibro?

Se sacó el delgado volumen del abrigo e incluso desde donde estaba pude oler a melón. Diría lo que él quisiese que dijese. Libris vino hasta nosotros y le dijo al Bellman en voz baja:

—Podemos hacerlo por el método fácil o el difícil. Nosotros creamos las reglas, podemos cambiarlas, podemos modificarlas. Podemos hacer lo que queramos. Pronto se jubilará usted. Secúndeme y tendrá un retiro cómodo. Opóngase a mí y le aplastaré.

Libris se volvió hacia mí.

—¿A ti qué te importa? En el Exterior nadie notará la diferencia. Tendrás una semana para resolver tus asuntos e irte... tienes mi palabra.

Bellman miró a Libris con furia.

—¿Cuánto le pagaron?

—No hizo falta. Aquí abajo el dinero no significa nada. No, lo que realmente adoro es la tecnología. Es demasiado perfecta para que la paren personas como vosotros. Obtengo control al ciento por ciento. Todo pasará por la Gran Central Textual. Ya no habrá más Pozo de las Tramas Perdidas, no habrá más genéricos, no habrá más Consejo, no habrá más huelgas de personajes de poesía infantil. El diseño y el marketing *deben* unificarse por razones de eficiencia. Pero lo mejor será que no habrá más autores. Ya no habrá más plazos incumplidos. Ya no habrá más segundos libros de calidad variable... cada libro de la serie será igual que el anterior. Cuando un editor necesite un éxito de ventas, ¡no tendrá más que llamar a nuestro representante en el Exterior!

—Yorrick Kaine —murmuré.

—Efectivamente. ¿Sabes cuánto dinero se pierde porque la gente presta sus libros? Las posibilidades publicitarias que permite UltraPalabra™ valen miles de millones. En cada página los libros tendrán enlaces a productos y servicios relacionados. Es todo para mejor, Thursday, artística y financieramente. Es más, como primer paso, fusionaremos para siempre ambos términos. ¿Qué tal te suena «fartinancialmente»?

Increíblemente, era *peor* de lo que había pensado. Era como si las fábricas de pintura hubiesen decidido vender directamente a las galerías de arte.

—¡Pero los libros serán horribles! —grité.

—A los pocos años nadie lo notará —respondió Libris—. Señor Bellman, ¿está con nosotros o no?

—¡Antes muerto! —exclamó, estremeciéndose de furia.

—Como desee —respondió Libris.

Se oyó un restallido y vi que Bellman se envaraba un poco.

—Bien —dijo Libris—, acabemos con esto. Bellman, ¿se encargará de desmentir los comentarios de la señorita Next?

—Estaré encantado —dijo lentamente y sin emoción. Le miré horrorizada y comprobé que sus rasgos estaban menos definidos que antes... como una fotografía desenfocada. Una vez más el olor a melón se extendió por el escenario.

—¡Amigos! —dijo Bellman—. La señorita Next está totalmente equivocada...

Miré a Libris y éste sonrió triunfal. Metí la mano en el bolso buscando la pistola, pero se había convertido en mermelada.

—No, no —dijo Libris en un susurro—. Esa es una pistola del MundoLibro y ahora está bajo *nuestro* control. ¡Qué pena que perdiese la Browning del Exterior cuando peleó con Tweed!

Sólo me quedaba una carta. Saqué la guía de viaje, la abrí y pasé el marcatexto y el eyecto-sombrero hasta el panel de vidrio que tapaba una palanca pintada de rojo. Una nota pintada en el vidrio decía: ROMPA EL CRISTAL EN CASO DE EMERGENCIA SIN PRECEDENTES. Si aquello no era una situación sin precedentes, no sabía qué lo era. Rompí el cristal, agarré la palanca y tiré con todas mis fuerzas.

Cabos sueltos

Al contrario de lo que afirmaba la Gran Central Textual, no había tramas nuevas en UltraPalabra. El ex verbalizador Libris se había obsesionado hasta tal punto con la perfección de su sistema operativo que, al margen de cualquier consideración, había mentido repetidamente para ocultar sus limitaciones. LIBRO V8.3 seguiría siendo el sistema operativo durante mucho tiempo, aunque en el museo de Jurisficción se pueden ver ejemplares UltraPalabra de *El principito*. Para evitar llegar otra vez tan al borde del desastre, el Consejo de Géneros tomó la única medida posible para garantizar que la GCT fuese lo suficientemente ineficaz y carente de imaginación para no constituir una amenaza: nombró un comité para dirigirla.

MILLON DE FLOSS

UltraPalabra: las consecuencias

Las fiesta de los Premios MundoLibro terminó casi de madrugada. Heathcliff estaba enfurecido porque con todo lo que sucedió habían olvidado conceder el último premio; una hora después de la aparición del Gran Panjandrum le vi hablar enfadado con su imaginador personal. Siempre quedaba el próximo año, claro está, pero no había logrado el récord de ganar setenta y siete veces seguidas y no le gustaba. Pensé que se resarciría con Linton y Catherine, cosa que hizo.

Después de darle a la palanca de emergencia, a nadie sorprendió más que a mí la aparición del Gran Panjandrum. Para los incrédulos fue toda una conmoción y más aún para los creyentes. Durante tanto tiempo no había sido más que una forma de hablar que al aparecer en carne y hueso pilló a todos por sorpresa. A mí me pareció una mujer normal de unos treinta años, pero más tarde Humpty Dumpty me contó que él la había visto con forma de huevo. En cualquier caso, la estatua de mármol del vestíbulo del Consejo de Géneros muestra a Gran Panjandrum tal como la vio el señor Price el escultor: con un delantal de cuero, martillo y cincel.

Al llegar, Gran Panjandrum se hizo cargo de la situación perfectamente. Congeló el texto en el interior de la sala, atrancó las puertas y decretó que se votase en ese mismo momento. Convocó al presidente del Consejo de Géneros y el voto contra UltraPalabra fue unánime. Me habló en tres ocasiones. Una vez para decirme que yo

estaba *Escrita Correctamente*. La segunda para preguntarme si aceptaría el puesto de Bellman. Y, finalmente, para preguntarme si las esferas de espejos de las discotecas del Exterior tenían un motor que las hacía girar o si se movían por efecto de la luz. Respondí que gracias, que sí y que no lo sabía, por ese orden.

Acabada la fiesta, caminé despacio por el Pozo de las Tramas Perdidas hasta el estante de *Caversham Heights* y me leí en su interior, cansada pero feliz. El trabajo de Bellman me mantendría ocupada con tareas puramente administrativas... justo lo que me hacía falta para dejar que los tobillos se me hinchasen en paz y tranquilidad, y para planear mi regreso al Exterior cuando el bebé Next y su madre estuviesen bien. Juntos nos enfrentaríamos a las tribulaciones del regreso de Landen, porque el pequeñín *tendría* padre, cosa que ya le había prometido. Abrí la puerta del Sunderland de Mary y sentí que al entrar el viejo bote volador se agitaba. La primera vez que entré me había dado aprensión, pero ya no lo hubiese cambiado por nada. Las olas suaves golpeaban el casco y en la distancia un búho ululó de regreso al nido. Me sentía tan en casa como me había sentido en casa. Me quité los zapatos y me eché en el sofá, junto a Yaya, que se había quedado dormida tejiendo un calcetín. Ya tenía sus buenos tres metros, porque, como decía, todavía tenía que reunir coraje para girar el talón.

Cerré los ojos un momento y me quedé dormida sin el miedo atroz a Aornis. Eran casi las diez cuando me desperté. Pero no desperté naturalmente... *Pickwick* tiraba del dobladillo de mi vestido.

—Ahora no, *Pickers* —murmuré somnolienta, intentando darme la vuelta y casi clavándome una aguja de hacer punto. Siguió tirando hasta que me senté, me froté los ojos y me despecé sonoramente. Tan insistente estaba que la seguí hasta mi dormitorio. Sentado en la cama y rodeado de cáscara de huevo rota había algo que sólo podía describir como una pelusa con dos ojos y pico.

—Ploc-ploc —dijo *Pickwick*.

—Tienes razón —le dije—, es una monada. Felicidades.

El pequeño dodo parpadeó, abrió mucho el pico y dijo con voz aguda:

—Plun.

Pickwick se sorprendió y me miró con ansiedad.

—¡Bien! —le dije—. ¿Ya tenemos una adolescente rebelde?

Pickwick le dio con el pico al pollito, que hizo *plun* indignado antes de sentarse.

Pensé un momento y dije:

—No irás a alimentarla con ese truco repugnante de la regurgitación que usan las aves marinas, ¿verdad?

Abajo, la puerta se abrió de golpe.

—¡Thursday! —gritó Randolph todo ansiedad—. ¿Estás aquí?

—Aquí estoy —grité, dejando a *Pickwick* con su retoño y bajando para encontrarme con un Randolph muy agitado que recorría el salón de un lado a otro.

—¿Qué pasa?

—Es Lola.

—¿Otro joven que no se la merece? Vamos, Randolph, debes aprender a no sentir celos...

—No —dijo con rapidez—, no es eso. *Las chicas son las que mandan* no encontró editor, ¡y el autor quemó el manuscrito presa de la furia y la borrachera! ¡Es por eso que anoche no estaba en los premios!

Me conmocioné. Si en el Exterior se destruía un libro, entonces todos los personajes y situaciones...

—Sí —dijo Randolph, leyéndome la mente—, ¡van a subastar a Lola!

Rápidamente me cambié de vestido y llegamos cuando la subasta terminaba. Ya se había vendido la mayoría de las escenas descriptivas, habían hecho un único lote con las respuestas ingeniosas y las habían vendido todas juntas, y ya habían dado cuenta de todos los coches y de casi todo el mobiliario y el vestuario. Me abrí paso entre la multitud y encontré a Lola con cara de pena sentada en su maleta.

—¡Lola! —dijo Randolph mientras se abrazaban—. ¡He traído a Thursday para que nos ayude!

Ella se puso en pie de un salto y sonrió, pero como mucho era una semisonrisa de desesperación más que elocuente.

—Vamos —dije, cogiéndola de la mano—, nos Vamos de aquí.

—¡No tan rápido! —dijo un hombre alto vestido con un traje immaculado—. ¡No se puede retirar ningún producto hasta que no se paga!

—Está conmigo —le dije mientras varios tipos fortachones aparecían de la nada.

—No, no lo está. Es el lote noventa y siete. Puede pujar si quiere.

—Soy Thursday Next, Bellman electa —le dije—, y Lola está conmigo.

—Sé quién es y lo ha hecho muy bien, pero esto es un negocio. No he hecho nada malo. Podrá llevarse la genérica a casa dentro de diez minutos... cuando haya ganado la puja.

Le miré furiosa.

—Voy a cerrar este asqueroso negocio —le dije—, ¡y voy a disfrutar haciéndolo!

—¿En serio? —respondió el hombre—. Mire cómo tiemblo. Bien, ¿va a pujar o retiro el lote y lo pongo a la venta privada?

—Ella no es un *lote* —dijo Randolph con furia—, es Lola... ¡y la amo!

—Me estás rompiendo el corazón. Puja o vete, tú eliges.

Randolph intentó dar un golpe a la barbilla del vendedor, pero uno de los fortachones se lo impidió y le retuvo con fuerza.

—¡Controle a su genérico o los expulso a los dos! ¿Entendido?

Randolph asintió y le soltaron. Nos quedamos juntos mirando a Lola, quien lloraba silenciosamente en un pañuelo.

—Caballeros, lote noventa y siete. Buena mujer B-4, genérica, identificación: TSI-1404912-C. Atractiva y agradable. No hay ocasión a menudo de conseguir a una de estas jóvenes entretenidas. Su gran apetito carnal, su ligero alelamiento y su atractiva inocencia se combinan con una energía infatigable que la hace especialmente adecuada para novelas picantes. ¿Pujas?

La situación era mala. *Muy* mala. Me volví hacia Randolph.

—¿Tienes dinero?

—Un billete de diez.

La puja ya había llegado a los mil. Yo no tenía ni una décima parte de esa cifra ni allí ni en casa... ni nada que vender para obtenerla. El precio siguió subiendo y Lola se deprimió aún más. Dada la cantidad que ofrecían, probablemente saliese en una serie de libros y los derechos cinematográficos... Me estremecí.

—¡Con usted, señor, seis mil! —anunció el vendedor mientras la puja proseguía entre dos tratantes conocidos—. ¿Alguien da más?

—¡Siete mil!

—¡Ocho!

—¡Nueve!

—No puedo mirar —dijo Randolph con las mejillas arrasadas de lágrimas. Se volvió y Lola le miró mientras se alejaba.

—¿Alguien da más? —repitió el vendedor—. Con usted, señor, estamos en nueve mil. Nueve mil a la una... a las dos...

—¡OFREZCO UNA IDEA ORIGINAL! —grité, buscando en el bolso el pequeño fragmento de originalidad que la señorita Havisham me había regalado y acercándome al subastador. Se produjo un silencio mortal cuando levanté el fragmento y, con una fioritura, lo coloqué sobre su mesa.

—¿Un fragmento de originalidad por una buscona como ésa? —dijo un hombre—. A Bellman le falta un tornillo.

—Para nosotros Lola es importante —dije muy seria. La señorita Havisham me había dicho que lo usase con sabiduría... y creo que eso hice—. ¿Es suficiente?

—Es suficiente —dijo el vendedor, recogiendo el fragmento y examinándolo avariciosamente con la lupa—. El lote se retira de la venta. Señorita Next, es usted la orgullosa propietaria de una genérica.

Lola casi se desmayó, pobrecilla, y me abrazó con fuerza durante los cinco minutos que hicieron falta para completar el papeleo.

Encontramos a Randolph sentado en un noray dél puerto mirando al Mar Textual con expresión triste y vacía. Lola se inclinó y le susurró algo al oído.

Randolph dio un salto y se giró, la rodeó con sus brazos y lloró de alegría.

—Sí —dijo—, sí, ¡hablaba en serio! ¡Todo lo que dije era en serio!

—Vamos, pichoncitos —les dije—. Creo que es hora de salir de este mercado de ganado.

Caminamos de vuelta a *Caversham Heights*, Randolph y Lola de la mano, haciendo planes para montar un hogar de genéricos que lo estuviesen pasando mal y pensando en formas de reunir fondos. Ninguno de los dos tenía recursos para semejante proyecto, pero me dieron una idea.

A la semana siguiente, poco después de mi toma de posesión como Bellman, presenté la propuesta ante el Consejo de Géneros: el Consejo debía comprar *Caversham Heights* y convertirlo en santuario para personajes que necesitasen un descanso de las tareas repetitivas y arduas a las que se enfrentan las personas de ficción. Una especie de lugar de vacaciones textual sin servicio de habitaciones. Para mi deleite, el Consejo aprobó la medida, ya que de rebote solucionaba el problema de los personajes de poemas infantiles. Jack Spratt quedó encantado con la noticia y no parecieron importarles en absoluto los cambios masivos que serían necesarios para acoger a los visitantes.

—Me temo que la trama de las drogas queda descartada —le dije mientras almorzábamos unos días después.

—Qué demonios —exclamó—. Tampoco es que me encantase. ¿Tenemos un boxeador de reemplazo?

—La trama de boxeo también queda descartada.

—Ah. ¿Qué hay de la subtrama de blanqueo de dinero, esa en la que descubro que el alcalde ha estado aceptando sobornos? Eso sigue, ¿no?

—No exactamente así —dije lentamente.

—¿También descartada? —preguntó—. ¿Tenemos al menos un asesinato?

—Eso sí —respondí, pasándole el nuevo plan que había escrito el día antes con ayuda de un imaginador contratado por horas.

—¡Ah! —dijo, examinando con anhelo las palabras—. «Ha llegado la Pascua a Reading... mala época para los huevos... y Humpty Dumpty aparece destrozado bajo un muro, en una zona poco recomendable de la ciudad...»

Pasó algunas páginas más.

—¿Qué hay de la doctora Singh, de Madeleine, de los agentes de policía sin nombre 1 y 2 y todos los demás?

—Siguen ahí. Hemos tenido que reasignar algunos papeles, pero debería sostenerse bien. La única persona que se ha negado a cambiar ha sido Agatha Diesel... creo que va a darnos algunos problemas.

—Puedo ocuparme de ella —respondió Jack, yendo al final del resumen para ver cómo acababa—. A mí me parece bien. ¿Qué dicen los personajes de poemas

infantiles?

—Con ellos hablaré ahora.

Dejé a Jack con el esquema y salté a Norland Park para darle la noticia a Humpty Dumpty; él y los suyos seguían acampados a las puertas de la mansión. Además se les habían unido los personajes de cuentos infantiles.

—¡Ah! —dijo Humpty cuando me vio—. Bellman. Después de todo, las tres brujas tenían razón.

—Suelen acertar —respondí—. Tengo una propuesta para usted.

A Humpty casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando le expliqué lo que tenía en mente.

—¿Un santuario? —preguntó.

—Más o menos —le dije—. Le necesito para que coordine a todos los personajes de la poesía infantil, a los que la narración puede resultarles algo extraña después de tanto tiempo en los pareados, así que usted habrá muerto cuando empiece la historia.

—¿No... será... lo del muro?

—Me temo que sí. ¿Qué le parece?

—Bien —dijo Humpty, leyendo con atención el resumen y sonriendo—. Se lo presentaré a los miembros, pero creo que puedo garantizar que no encontraremos ningún problema. Pendiente de ratificación, creo que tenemos un acuerdo.

Al C de G le llevó casi un año dismantelar los dispositivos UltraPalabra de la Gran Central Textual, y se produjeron muchos más arrestos aunque, por desgracia, ninguno en el Exterior. Liberaron a Vernham Deane y a él y a Mimí les concedieron la Estrella de Oro a la Lectura además del reajuste de trama que habían deseado tantos años. Se casaron y (caso sin precedentes para un malvado de Farquitt) vivieron felices para siempre, lo que provocó una brusca caída en las ventas de *El señor de High Potternews*. Harris Tweed, Xavier Libris y otros veinticuatro miembros de la Gran Central Textual fueron juzgados y declarados culpables de crímenes contra el MundoLibro. Harris Tweed fue expulsado permanentemente de la ficción y regresó a Swindon. Heep, Orlick y Legree fueron enviados de vuelta a sus libros y al resto se los redujo a texto.

Era el primer día de la llegada de personajes de los poemas infantiles y Lola y yo estábamos sentadas en un banco del parque de *Caversham Heights*... que pronto pasaría a llamarse *Asesinato pareado*. Veíamos cómo Humpty Dumpty daba la bienvenida a la larga fila de personajes a medida que Randolph iba asignando los papeles. Todos estaban encantados con la situación, pero yo no me sentía precisamente alegre. Todavía echaba de menos a Landen y lo recordaba cada vez que intentaba (infructuosamente) abotonarme los viejos pantalones sobre una cintura que

se ensanchaba con rapidez.

—¿En qué piensas?

—En Landen.

—Oh —dijo Lola, mirándome con sus enormes ojos marrones—, le recuperarás, estoy segura... ¡Por favor, no te pongas triste!

Le toqué la mano y le agradecí sus palabras.

—No llegué a darte las gracias por lo que hiciste —dijo muy despacio—. Sobre todo echaba de menos a Randolph. Si me hubiese contado lo que sentía me habría quedado en *Heights* o habría solicitado un pluriempleo... incluso como C.

—Los hombres son así —le dije—. Yo me alegro de que seáis felices.

—Echaré de menos ser la protagonista —dijo pensativa—. El de *Las chicas son las que mandan* era un buen papel pero en un libro de mierda. ¿Crees que volveré a ser la heroína?

—La verdad, Lola, algunos opinan que el héroe de una historia es el personaje que más cambia. Si tenemos en cuenta cómo erais en el momento en que nos conocimos al comienzo de la historia y cómo sois ahora mismo, al final, creo que tú y Randolph sois los más heroicos con diferencia.

—La verdad es que sí, ¿no? —Sonrió y permanecimos en silencio un momento—. ¿Thursday?

—¿Sí?

—Al final, ¿quién mató a Godot?

Créditos

Falstaff, las tres brujas, el fantasma de Banquo, Beatrice y Benedict suministrados amablemente por Shakespeare (William), Inc.

Nuestro agradecimiento al señor Heathcliff por aceptar amablemente aparecer en esta novela.

Uriah Heep es un amable préstamo de Wickfield & Heep, abogados.

Mi agradecimiento a ScarletBea, Yan, Ben, Carla, Jon, Magda, AllAmericanCutie y Dave del Fforde Fforum por sus candidatos a los Bookies.

Investigación sobre erizos, habladorías por notaalpiéfono sobre Anna Karenina y sarcasmo de dodo cortesía de Mari Roberts.

Juicio Salomónico®, Consejo de Géneros, 1986.

UltraPalabra: la experiencia de lectura definitiva™ sigue siendo marca registrada de la Gran Central Textual.

La categoría de mejor muerto de la ficción cortesía de C. J. Avery.

«Ficcionautas» creados por Jon Brierley.

Consultor de maldad: Ernst Blofeld.

Vestidos de la señora Bradshaw, Coco Chanel.

La idea de la hermanita pequeña Aornis fue de Rosie Fforde.

Nuestro agradecimiento al Gran Panjandrum por su ayuda y guía durante la elaboración de esta novela.

No se escribió ningún unicornio para este libro y durante su creación no se hizo daño a ningún animal ni a ningún yahoo (excepto gramásitos).

Esta novela ha sido escrita en LIBRO V8.3 y secuenciada empleando un dispositivo de ImaginoTransferencia Mk XXIV. Peggy Malone ha sido la imaginadora. Han suministrado los recursos narrativos y los incidentes provocadores el Garaje de Gangas de Billy Budd y la Corporación de Recuperación y Reciclado del PDTP.

Los genéricos han sido facilitados y entrenados por San Tabularrasa. Los aprendices del Gremio de Congruentistas se han encargado de las incongruencias narrativas, mientras que los trabajadores externos de Hodder y Penguin se han encargado de la ecolocalización y la gramatización.

La política de limpieza galáctica emprendida por el emperador Zhark es una visión personal del emperador y su inclusión en esta obra no implica aprobación tácita por parte del autor ni del editor, independientemente de cómo se lleve a cabo el proyecto. Advertencia: es posible que el autor comiese nueces mientras escribía el libro.

Realizado totalmente en el Pozo de las Tramas Perdidas.

Una producción Fforde/Hodder/Penguin/Ediciones B. Todos los derechos reservados.

¿Te gustaría trabajar en los libros?



*busca personal entusiasta
y lo está seleccionando*

Se precisan voluntarios para un trabajo complejo y emocionante.

Por favor, preséntense en Norland Parkh, *Sentido y sensibilidad*, en cualquier momento a partir del capítulo 5. Las tareas pueden ser peligrosas e implicar una agonía larga y dolorosa.

Por favor, no nos hagan perder el tiempo.

Novedad de



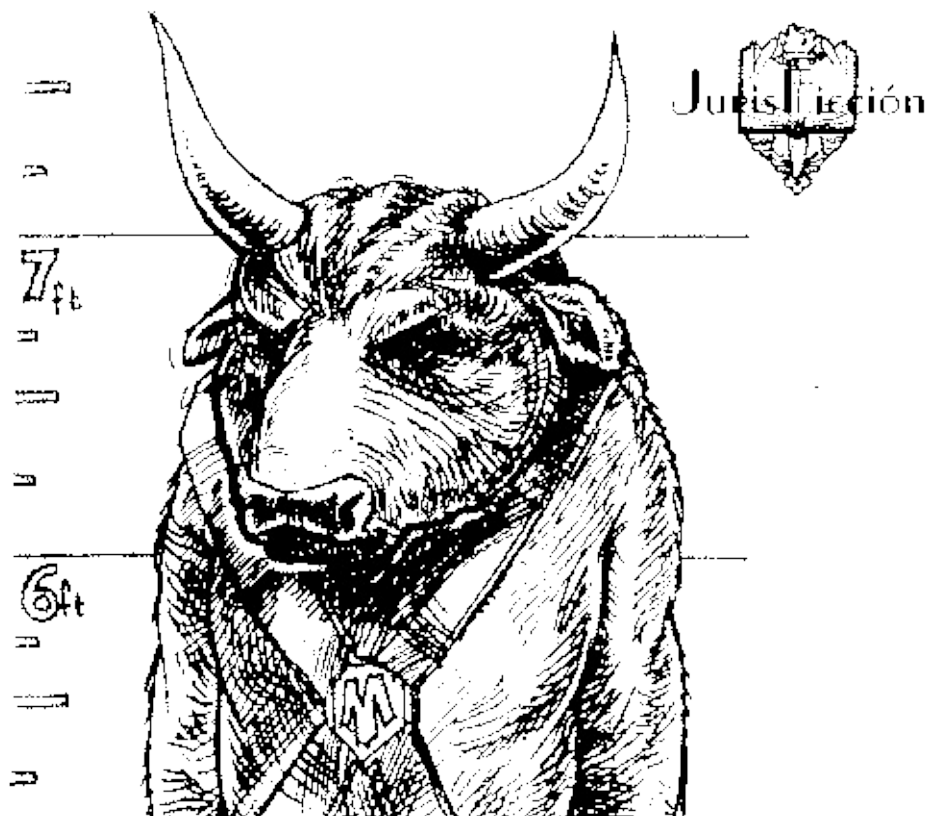
JurisTec y Comunicaciones NAF se enorgullecen de presentar el Notaalpiéfono EB75. Empleando tecnología totalmente nueva y protocolos mejorados de transferencia textual libro a libro, el EB75 ofrece una comunicación transgénica de alta calidad con apenas molestias ni inconvenientes. Si desea una demostración gratuita, póngase en contacto con nuestro equipo de ventas en el ISBN 0-14-043022-9, página 223.



El uso de cualquier equipo de transmisión NAF requiere licencia.
La tecnología NAF tiene la autorización del Consejo
de Géneros: IN/250642-203727.

SE BUSCA

Por asesino y LibroHuido



MINOTAURO

Altura: 2,20 metros, Peso: 190 kilos, Ojos: amarillos, Color: claro, Constitución: fuerte, Género: mitológico

Cualquiera que tenga información sobre el paradero del Minotauro pongase en contacto con Jurisficción. Es posible que use disfraz y viaje con el nombre de Norman Johnson. Se ofrece una recompensa sustanciosa, pero a los miembros del MundoLibro se les advierte de que por su extrema peligrosidad es mejor dejar en paz a la criatura.

Este anuncio se publica en pro de la seguridad de los personajes y la estabilidad narrativa. TTM/33983

Visite Tara



con el programa de intercambio de Personajes en sus próximas vacaciones

Rhett y Scarlett le ofrecen una tradicional bienvenida sureña en este hermoso hogar georgiano. Buena comida y alojamiento de lujo en un entorno exquisitamente descrito garantizados por el C de G. Salón de banquetes. No se admite fantasía ni ciencia ficción. Haga su reserva para evitarse chascos. Atlanta arde dos veces al día, a las 3 de la tarde y alas 11.30 de la mañana. Advertencia: es obligatorio ir de etiqueta.



Nota para los viajeros transgénéricos: *Lo que el viento se llevó* tiene la categoría de asombrosa descripción histórica y los visitantes están sometidos a normas especiales. Si desea más detalles, póngase en contacto con su funcionario del Programa de Intercambio o con el agente de viajes más cercano. Fara es un destino turístico con licencia TKD/1608976.

Notas

[1] ... Esto es PDTP-12 en la emisora de notaalpiéfono del Pozo de las Tramas Perdidas, transmitiendo en vivo y en punto cada hora para mantenerle al día de las noticias en la Fábrica de la Ficción...

[2] ... Tras los titulares podrán disfrutar de nuestro programa documental *Charla en el Pozo*, en el que hoy hablaremos de la exposición oculta, tras lo cual tendremos un especial *Noticias del Pozo* sobre el lanzamiento del nuevo sistema Operativo Libresco UltraPalabra™, que incluirá un debate en vivo con el verbalizador Xavier Libris de la Gran Central Textual...

[3] ... les ofrecemos los detalles más importantes de las noticias. Ayer siguieron cayendo los precios de puntos y coma, recursos narrativos, prólogos y provocadores de incidentes, lo que ocasionó un recorte de veintiocho puntos del índice Tomjones. El Consejo de Géneros ha anunciado los candidatos para los 923 Premios Anuales MundoLibro; Heathcliff vuelve a ser el favorito en la categoría «Protagonista romántico más turbulento» por septuagésimo séptimo año consecutivo...

[4] ... Por primera vez en ochenta y siete años se creará un nuevo poema épico. Están a punto de anunciar el título y el tema, pero los críticos lo han definido como un ejercicio sin sentido: las dotes necesarias prácticamente han desaparecido. La próxima semana también asistiremos a la inauguración de una nueva cadena de tiendas que comercializará requisitos narrativos al detalle. Se llamará Prêt-à-Écrire...

[5] Visite el Anexo de Aliteraciones Alternativas de Aaron, desde el siglo XVI el mejor vendedor de sílabas acentuadas o secuencias de habla de sonoridad similar. Pásese pronto y véanos situados en el piso dieciséis, estante seis setenta y seis...

[6] ¡Visite el *Diccionario de Bill* para encontrar todas las palabras que pueda necesitar! Desde «ser» hasta «anticonstitucionalmente», tenemos todas las que necesita para su trama. Piso doce, estante setenta y ocho...

[7] ... próximo lanzamiento: UltraPalabra™. La experiencia de lectura definitiva. Para obtener información GRATIS sobre el más reciente Sistema Operativo Libresco y de qué modo sus novedosas características ampliarán las posibilidades de su próximo libro, póngase en contacto con la Gran Central Textual en: *notaalpiefonogratis/ultrapalabra...*

[8] ... ¡Exposición de Personajes Prefabricados de John el Honrado! ¡Encontrará cualquier personaje que pueda necesitar! John el Honrado dispone de genéricos de grado A-6 a D-9. Principales ofertas de esta semana: señora Danvers, a escoger entre tres, sin usar. +++ La dama de Shallott clonada de un *remake* sin terminar: una A-6 con buena salud y en perfectas condiciones. +++ Grupo de C-5 indisciplinados adecuados para escenas de muchedumbres: llame para informarse. Escuche nuestro listado completo llamando a *notaalpiéfono/johnelhonrado...*

[9] —¡Vera Tushkevitch! ¿Me oyes?

—Sí, aquí estoy. No hace falta que grites. Me dejarás sorda.

—No confío en estos extraños dispositivos notaalpiéfono. Estoy segura de que pillaré alguna desagradable enfermedad proletaria. ¿Dónde nos vimos por última vez? ¿En esa fiesta con los Schuetzburg en la que sirvieron manzanas a la benedictina?

—No, Sofía, a mi marido y a mí no nos invitaron. En las últimas elecciones votó contra el conde Schuetzburg.

—Entonces debió de ser en el Bolshaia Marskaia con la princesa Betsy. ¿Tienes alguna idea de qué le pasó a esa tal Karenina?

—¿Anna? Sí... ¡Pero no debes contárselo a nadie! Alexei Vronsky quedó prendado de ella desde que la vio en la estación.

—¿La estación? ¿Qué estación?

—La de San Petersburgo. ¿Recuerdas que un empleado cayó y el tren lo aplastó?

—¿Anna y Vronsky se conocieron *allí*? ¡Qué terrible falta de sofisticación!

—Todavía hay más, mi querida Vera. Espera... ¡llaman a la puerta! Debo dejarte. ¡No cuentes nada a nadie, te llamaré pronto!

[10] Especial en la Universidad Genérica San Tabularrasa... Personajes Bloqueados de calidad superior disponibles para instalar de inmediato en su novela. Desde padres severos hasta superior de policía que lo hace todo «según el reglamento», ¡nuestros Bloqueadores de alta calidad garantizarán el conflicto incluso de los protagonistas más simples! Llama *notaalpiefonogratis/San Tabularrasa* para obtener más detalles...

[11] —¿Vera? ¿Estás ahí? ¡Vaya día! Todo ruido y lluvia. Por favor, ¡sigue hablándome de Anna!

—Bien. Anna bailó con Vronsky... en el baile, esa noche. ¡El se convirtió en su sombra y en mucho más!

—¡No! Alexei Vronsky y Anna... ¡una aventura! ¿Qué hay del marido? ¿Lo sabe?

—Lo acabó sabiendo, sí. Creo que Anna se lo dijo, pero no hasta que estuvo embarazada del hijo de Vronsky. *Eso* no lo podía ocultar.

—¿Qué dijo él?

—Lo creas o no, ¡los perdonó a los dos! Insistió en que siguiesen casados e intentó seguir como si no hubiese pasado nada.

—Siempre pensé que ese hombre era un tonto. ¿Qué sucedió luego?

—Vronsky se pegó un tiro. Dijo que no podía soportar estar lejos de ella. ¡Melodramático *no* le hace justicia!

—¡Parece sacado de una novela barata! ¿Murió?

—No, sólo quedó herido. La situación empeora. Karenin comprendió que, para salvar a Anna, él mismo debía caer en desgracia y admitir haber sido infiel, de forma

que Anna no quedase destrozada y pudiese casarse con Vronsky.

—¿Así que Karenin los dejó ir? ¿No le prohibió volver a ver a su amante? ¿No les dio de latigazos o vendió su historia a *The Mole*? Me da la impresión de que el propio Karenin tuvo que cometer algunas indiscreciones. ¡Espera! Me llama mi marido... sigue en contacto. ¡Adiós por ahora, mi querida Vera!

[12] Señorita Next, ¿estás ahí?

[13] Bien. Reúnete conmigo en la oficina de Jurisficción lo antes posible. Es Perkins... el Minotauro ha escapado

[14] No. Verás, Perkins no responde a las comunicaciones por notaalpiéfono. Creemos que le ha pasado algo.

[15] —¡Sofía! ¿Dónde has estado? ¡No hago más que llamarte! Háblame de los Karenin... ¿Se divorciaron?

—¡No! Quizá de *haberse* divorciado las cosas habrían sido diferentes. Recuerdo que ella fue al teatro en Petersburgo. ¡Vaya desastre!

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Quedó como una imbécil?

—Sí, ¡ya simplemente por ir! ¿Cómo pudo hacerlo? Madame Kartasova, que estaba en el palco contiguo, acompañada de ese marido calvo suyo, montó una escena: dijo algo en voz alta, algo insultante, y se fue del teatro. Todos lo presenciamos. Anna intentó hacer como que no se había dado cuenta pero...

—Pareja de tontos, ¿por qué no pidieron el divorcio?

—Vronsky quería que ella lo pidiese, pero Anna lo iba posponiendo. Se trasladaron a Moscú, pero nunca fue feliz. Vronsky pasaba todo su tiempo metido en política y ella estaba convencida de que se veía con otras mujeres. No era más que una celosa caída en desgracia. Luego, en la estación Znamanka no pudo aguantar más. ¡Se arrojó a las vías y el tren de las 20.02 de Obiralovka la arrolló!

—¡No!

—Sí, pero no se lo digas a nadie... ¡es un secreto entre tú y yo! Ven a cenar el martes. Tomaremos nabo à l'orange. Tengo un cocinero nuevo que es simplemente *adorable*. ¡Adieu, mi buena amiga, adieu!

[16] —Thursday, ¿estás ahí?

[17] —Soy el gato de Cheshire. ¿Sabes tocar el piano?

[18] —Oh, por nada; se me ha ocurrido preguntar sólo para estar a cubierto.

[19] —¡A cubierto del *piano*, claro está!

[20] —Tienes una vista de tu juicio. ¿Recuerdas la infracción de ficción? Bien, ha habido algunos retrasos con la apelación de Max de Winter, así que hemos pedido una continuación... ¿puedes venir esta tarde como a las tres en punto? Si no estás muy ocupada.

[21] En *Alicia en el país de las maravillas*, justo después del capítulo «El testimonio de Alicia». El Grifo te defiende. No lo olvides... a las tres.

[22] Juego de palabras. El apellido de la protagonista significa «siguiente» en inglés. (*N. del T.*)

[23] Estimado amigo, soy una dama de cincuenta años de la República de Gondal. Obtuve detalles sobre usted del Consejo de Géneros y decidí establecer contacto para ver si podría ayudarme. Mi marido, Reginald Jackson, era el líder rebelde de *Caos en Gondal* (PVP: 4.99£) y, justo antes de su asesinato, me entregó doce millones de dólares y yo abandoné el libro para refugiarme en El Pozo de las Tramas Perdidas con mis dos hijos. A mi llegada, decidí depositar el dinero en una empresa de seguridad para que estuviese bien protegido. Ahora mismo, deseo su ayuda para transferir los fondos desde el Pozo a su cuenta en el Exterior. Si esta oferta le parece adecuada, puede ponerse en contacto conmigo en mi notaalpiéfono. Gracias. SEÑORA DE R. JACKSON.

[24] La oficina de Jurisficción se desvaneció, sustituida por un enorme y reluciente tubo subterráneo. Era lo suficientemente ancho como para ponerse en pie, pero tenía que mantenerme pegada a la pared debido al flujo constante de palabras en ambas direcciones. Sobre nuestras cabezas otra tubería llevaba hacia arriba y, de vez en cuando, un flujo corto de palabras pasaba por ese pequeño conducto.

—¿Dónde estamos? —pregunté, con mi voz resonando en las paredes de acero.

—En un lugar muy seguro —respondió Deane—. Se estarán preguntando adonde hemos ido.

—¿Estamos en el Exterior... en casa?

Deane rio.

—No, tonta... estamos en los conductos del notaalpiéfono.

Volví a mirar el flujo de mensajes.

—¿En serio?

—En serio. Ven, deja que te muestre algo.

Seguimos el tubo hasta una habitación mucho más grande... un nexo donde los mensajes pasaban de un género a otro. Las salidas más cercanas decían «novela negra», «novela rosa», «suspense» y «comedia», pero había muchas más, todas ellas reenviando los mensajes de notaalpiéfono hacia un subgénero u otro.

—¡Es increíble! —dije sin aliento.

—Oh, éste no es más que un nexo pequeño —respondió Deane—, deberías ver los grandes. Funciona con el sistema numérico ISBN... y lo mejor de todo es que ni la Gran Central Textual ni el Consejo de Géneros saben cómo venir hasta aquí. Es un santuario, Thursday. Un santuario lejos de los ojos inquisitivos de Jurisficción y la rigidez narrativa.

Le miré a los ojos.

—Tweed cree que mataste a Perkins, a Snell y a la sirvienta.

Dejó de caminar y suspiró.

—Tweed está compinchado con la Gran Central Textual para garantizar que UltraPalabra™ se lance sin problemas. El sabía que no me gustaba. Me ofreció un ajuste de trama en *El señor de High Potternews* para «obtener mi apoyo».

—¿Intentó comprarte?

—Cuando me negué amenazó con matarme... por eso escapamos.

—¿Escapamos?

—Claro. La sirvienta a la que violo en el capítulo ocho y luego expulso cruelmente en la noche y yo. Ella muere de tuberculosis y yo bebo hasta morir. ¿Creías que íbamos a permitirlo?

—Pero ¿no es eso lo que sucede en la mayoría de las novelas de Farquitt? —pregunté—. Sirvienta violada por cruel amo.

—No lo comprendes, Thursday. Mimi y yo estamos enamorados.

—¡Ah! —respondí lentamente, pensando en Landen—. Eso cambia las cosas.

—Vamos —dijo Deane, guiándome a través del nexo y esquivando los mensajes de notaalpiéfono—, hay un asentamiento en una línea lateral que no se usa. Después de que Woolf escribiese *Al faro* y *La señora Dalloway* el Consejo de Géneros pensó que «flujo de conciencia» debía ir junto a «novela detectivesca». Construyeron un nexo enorme que diese cabida al montón de novelas que jamás se materializó.

Entramos en un enorme túnel, como del tamaño del metro de Swindon. Los mensajes corrían arriba y abajo, casi ocupando toda su capacidad.

Después de unos cientos de metros llegamos a otro nexo y nos metimos en el menos utilizado... apenas dos o tres mensajes por minuto pasaban lánguidamente y parecían perderse; se movían vagamente un momento y luego se evaporaban. Los laterales del tubo eran menos relucientes, en el fondo se había acumulado basura y el techo goteaba. De vez en cuando pasábamos por una ramificación sin usar, construida para dar cabida a libros que se habían previsto pero nunca se habían escrito.

—¿Por qué viniste por mí, Vern?

—Porque no creo que mates a la señorita Havisham y, me guste o no, a pesar de mi aversión hacia Farquitt, me encantan las historias tanto como a los demás. UltraPalabra™ es un producto fallido. Havisham, Perkins, Snell y yo intentábamos encontrar una prueba que lo demostrara. Entonces se comieron a Perkins.

El túnel daba a una enorme cámara donde se había levantado un asentamiento con restos y madera recuperada... cosas que se podían retirar del MundoLibro sin que nadie se diese cuenta. Los edificios eran poco más que chabolas en cuyo interior se apreciaban los destellos anaranjados de las lámparas de aceite.

—¡Vern! —dijo una voz y, desde la chabola más cercana, le hizo un gesto de llamada una joven de pelo oscuro. Estaba en avanzado estado de gestación y Deane se apresuró a abrazarla afectuosamente. Los miré un poco celosa. Me di cuenta de que, inconscientemente, me había llevado la mano al vientre. Suspiré y relegué esas

ideas al fondo de mi mente.

—Mimí, ésta es Thursday —dijo Vern. Le di la mano y ella nos indicó que entrásemos. Me ofreció una caja de madera, que en su momento se había usado para guardar verbos en tiempo pasado, para que me sentase.

—Recuperamos mucho del Pozo —me explicó Deane, preparando café—. Las cosas aquí abajo son bastante anárquicas y podemos conseguirlo casi todo.

—Bien, ¿qué tiene de malo UltraPalabra™? —le pregunté, porque me podía la curiosidad.

—El fallo es su necesidad de control —dijo lentamente—. ¿Crees que el MundoLibro está excesivamente regulado? ¡Créeme, es una utopía anarquista comparada con el futuro diseñado por la GCT!

Y durante una hora me explicó con detalle lo que había descubierto. El problema era que no podíamos demostrarlo. Necesitábamos algo más que posibilidades y deducciones, necesitábamos *pruebas*.

—Pruebas —dijo Deane—, sí, ése ha sido siempre el problema. No tengo pruebas. Perkins murió intentando proteger la única prueba que decía tener. Iré a buscarla.

Volvió con una jaula que contenía una alondra y la puso sobre la mesa.

Miré al pájaro y éste me miró.

—¿Esto es la prueba?

—Eso dijo Perkins.

—¿Tienes alguna idea de a qué se refería?

—Ninguna en absoluto —suspiró—. Era caca de Minotauro mucho antes de que pudiese explicarnos nada.

Me incliné para examinarlo más de cerca y lo olí. Olía a *melón*.

—Es *UltraPalabra™*—dije jadeando.

—¿Sí? —dijo Deane sorprendido—. ¿Cómo lo sabes?

—Es una habilidad exterior. ¿Todavía tienes el ejemplar *UltraPalabra™* de *El principito*?

Me pasó el delgado volumen.

—¿Qué tienes en mente?

—Tengo un plan —le dije—, pero para ponerlo en práctica tengo que estar en libertad... y necesito que Bellman no sospeche de mí.

—De eso puedo encargarme yo. —Deane sonrió—. Vamos, hagámoslo antes de que la situación empeore.

[25] Mimí estaba de pie en la entrada del tubo de notaalpiéfono de la Gran Central Textual y miraba la hora. Las palabras iban y venían, corriendo por el interior del túnel, que tenía una resistente rejilla llena de óxido. De vez en cuando un mensaje se desviaba. Era una criba textual... Allí se empleaba para borrar mensajes de

notaalpiéfono basura.

Le hizo un gesto al hombre que la acompañaba y se echó atrás.

Cuasimodo —que al fin había encontrado su santuario— emitió un gruñido de respuesta y cuidadosamente colocó un ejemplar de *El capital* junto a otro de *Mi lucha*, separándolos con una delgada lámina de metal. El «sándwich libresco» estaba sujeto con gomas y la placa de metal unida a una cuerda. Cuasimodo ató los libros a la rejilla y luego retrocedió por el conducto soltando cuerda. Se reunió con Mimí en una tubería muy poco utilizada y esperaron la señal de Thursday.

[26] Mimí le hizo un gesto a Cuasimodo, que tiró de la cuerda. La placa de metal salió disparada y *El capital* y *Mi lucha* se unieron. Sus ideologías en conflicto empezaron a emitir calor. Los libros se pusieron marrones, echaron humo durante un momento y luego, mientras Mimí y Cuasimodo se alejaban corriendo, los dos volúmenes alcanzaron la masa crítica, se pusieron de un blanco brillante y explotaron. La explosión resonó por las tuberías de notaalpiéfono, seguida de un silencio mortal. El conducto de notaalpiéfono había quedado destruido... Libris y Tweed no podían comunicarse con la Gran Central Textual.

[27] —¡Thursday! Al habla Mimí, ¿estás ahí?

[28] —Están desviando los mensajes a través de conductos auxiliares junto a Espías y a través de Terror. Si todavía no han votado, ¡que lo hagan ya!